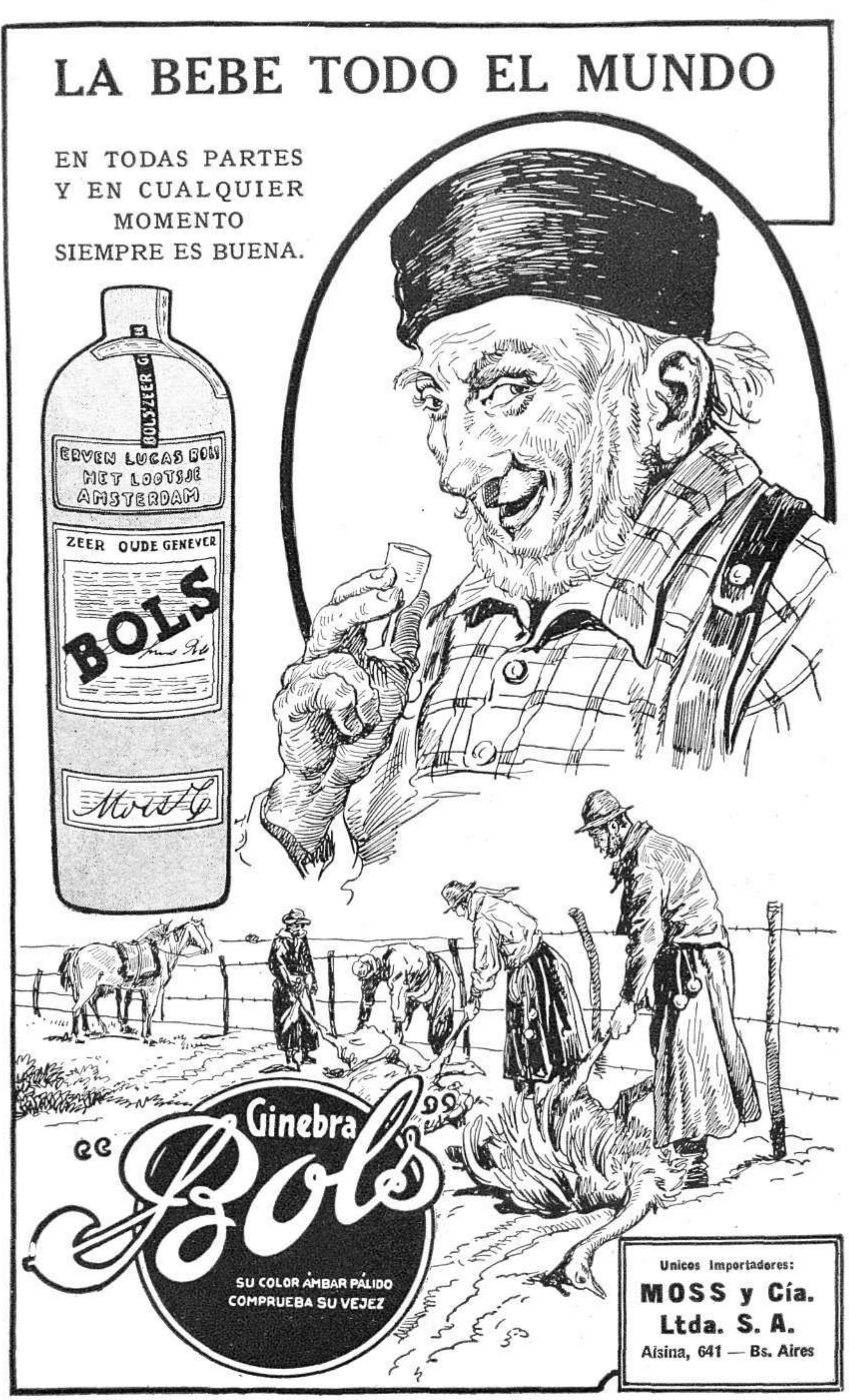
CARAS Y CARETAS

"LOS CÓNDORES" ÓLEO DE F. FADER



25


LA BEBE TODO EL MUNDO
EN TODAS PARTES
Y EN CUALQUIER
MOMENTO
SIEMPRE ES BUENA.
BOLSZEER
ERVEN LUCAS BOLS
HET LOOTSJE
AMSTERDAM
ZEER OUDE GENEVER
BOLS
"Ginebra Bols"
SU COLOR ÁMBAR PÁLIDO
COMPRUEBA SU VEJEZ
Unicos Importadores:
MOSS y Cía.
Ltda. S. A.
Alsina, 641 — Bs. Aires

EL JARDIN SECRETO

por

G. K. Chesterton

ILVSTRACIONES DE BESARES



RÍSTIDES Valentín, jefe de la Policía de París, llegó tarde a la cena, y algunos de sus huéspedes estaban ya en casa. Pero a todos los tranquilizó su criado de confianza, Iván, un viejo que tenía una cicatriz en la cara, y una cara tan gris *como sus bigotes*, y que siempre se sentaba tras una mesita que había en el vestíbulo; un vestíbulo tapizado de armas. La casa de Valentín era tal vez tan célebre y singular como el amo. Era una casa vieja, de altos muros y álamos tan altos que casi sobresalían, vistos desde el Sena; pero la singularidad — y acaso el valor policial — de su arquitectura estaba en esto: que *no había más salida a la calle que aquella* puerta del frente, resguardada por Iván y por la armería. El jardín era amplio y complicado, y había varias salidas de la casa al jardín. Pero el jardín no tenía acceso al exterior, y lo circundaba un paredón enorme, liso, inaccesible, con púas en las bardas. No era un mal jardín para los esparcimientos de un hombre a quien cientos de criminales habían jurado matar.

Según Iván explicó a los huéspedes, el amo había anunciado por teléfono que asuntos de última hora lo obligaban a retardarse unos diez minutos. En verdad, estaba dictando algunas órdenes sobre ejecuciones y otras cosas desagradables de este jaez. Y aunque tales menesteres le eran profundamente repulsivos, siempre los atendía con la necesaria exactitud. Tenaz en la persecución de los criminales, era muy suave a la hora del castigo. Desde que había llegado a ser la suprema autoridad policial de Francia, y en gran parte de Europa, había empleado honorablemente su influencia en el empeño de mitigar las penas y purificar las prisiones. Era uno de esos librepensadores humanitarios que hay en Francia. Su única falta consiste en que su perdón suele ser más frío que su justicia.

Valentín llegó. Estaba vestido de negro; llevaba en la solapa el botoncito rojo. Era una elegante figura. Su barbilla negra tenía ya algunos toques grises. Atravesó la casa y se dirigió inmediatamente a su estudio, situado en la parte posterior. La puerta que daba al jardín estaba abierta. Muy cuidadosamente guardó con llave su estuche en el lu-

gar acostumbrado, y se quedó unos segundos contemplando la puerta abierta hacia el jardín. La luna — dura— luchaba con los jirones y andrajos de nubes tempestuosas. Y Valentín la consideraba con una emoción anhelosa, poco habitual en naturalezas tan científicas como la suya. Acaso estas naturalezas poseen el don psíquico de prever los más tremendos trances de su existencia. Pero pronto se recobró de aquella vaga inconciencia, recordando que había llegado con retraso y que sus huéspedes lo estarían esperando. Al entrar en el salón se dió cuenta al instante de que, por lo menos, su huésped de honor aun no había llegado. Distinguió a las otras figuras importantes de su pequeña sociedad: a lord Galloway, el embajador inglés — un viejo colérico con una cara roja como amapola, que llevaba la banda azul de la Jarretera; — a lady Galloway, sutil como una hebra de hilo, con los cabellos argentados y la expresión sensitiva y superior. Vió también a su hija, lady Margaret Graham, pálida y preciosa muchacha, con cara de hada y cabellos color de cobre. Vió a la duquesa de Mont Saint-Michel, de ojos negros, opulenta, con sus dos hijas, también opulentas y ojinegras. Vió al doctor Simón, tipo del científico francés, con sus gafas, su barbilla obscura, la frente partida por aquellas arrugas paralelas que son el castigo de los hombres de ceño altanero, puesto que proceden del mucho levantar las cejas. Vió al padre Brown, de Cobhole, en Essex, a quien había conocido en Inglaterra recientemente. Vió, tal vez con mayor interés que a todos los otros, a un hombre alto, con uniforme, que acababa de inclinarse ante los Galloways sin que éstos contestaran su saludo muy calurosamente, y que a la sazón se adelantaba al encuentro de su huésped para presentarle sus cortesías. Era el comandante O'Brien, de la Legión francesa extranjera; tenía un aspecto entre delicado y fanfarrón, iba todo afeitado, el cabello obscuro, los ojos azules; y, como parecía propio en un oficial de aquel famoso regimiento de los victoriosos fracasos y los afortunados suicidios, su aire era a la vez atrevido y melancólico. Era, por nacimiento, un caballero irlandés, y, en su infancia, había conocido a los Galloways, y especialmente a Margarita Graham. Había abandonado su patria dejando algunas deudas, y ahora daba a entender su absoluta emancipación de la etiqueta inglesa presentándose en uniforme, espada al cinto y espuelas calzadas. Cuando saludó a la familia del embajador, lord y lady Galloway le contestaron con rigidez, y lady Margarita miró a otra parte.

Pero si las visitas tenían razones para considerarse entre sí con un interés especial, su distinguido huésped no estaba especialmente interesado en ninguna de ellas. A lo menos, ninguna de ellas era a sus ojos el convidado de la noche. Valentín esperaba, por ciertos motivos, la llegada de un hombre de fama mundial, cuya amistad se había ganado durante sus victoriosas campañas policiales en los Estados Unidos. Esperaba a Julio K. Brayne, el multimillonario cuyas colosales y aplastantes generosidades para favorecer la propaganda de las religiones no reconocidas había dado motivo a tantas y tan fáciles burlas y a tantas solemnes y todavía más fáciles felicitaciones por parte de la prensa americana y británica. Nadie podía estar seguro de si Mr. Brayne era un ateo, un mormón o un partidario de la ciencia cristiana; pero él siempre estaba dispuesto a llenar de oro todos los vasos intelectuales, siempre que fueran vasos hasta hoy no probados. Una de sus manías era esperar la aparición del Shakespeare americano — cosa de más paciencia que el oficio de pescar. — Admiraba a Walt Whitman, pero opinaba que Luke P. Tanner, de París (Filadelfia) era mucho más «progresista» que Whitman. Le gustaba todo lo que le parecía «progresista». Y Valentín le parecía «progresista», con lo cual le hacía una grande injusticia.

La deslumbrante aparición de Julio K. Brayne fué como un toque de campana que diera la señal de la cena. Tenía una notable cualidad, de que podemos preciarnos muy pocos; su presencia era tan ostensible como su ausencia. Era enorme, tan gordo como alto; vestía traje de noche, de negro implacable, sin el alivio de una cadena de reloj o de una sortija. Tenía el cabello blanco, y lo llevaba peinado hacia atrás, como un alemán; roja la cara, fiera y angelical, con una barbilla obscura en el labio inferior, lo cual transformaba su rostro infantil, dándole un aspecto teatral y mefistofélico. Pero la gente que estaba en el salón no perdió mucho tiempo en contemplar al célebre americano. Su mucha tardanza había llegado a ser ya un problema doméstico, y a toda prisa se le invitó a tomar del brazo a lady Galloway para pasar al comedor.

Los Galloways estaban dispuestos a pasar alegremente por todo, salvo en un punto: siempre que lady Margarita no tomara el brazo del aventurero O'Brien, todo estaba bien. Y lady Margarita no lo hizo, sino que entró en el comedor decorosamente acompañada por el doctor Simón. Con todo, el viejo lord Galloway comenzó a sentirse inquieto y a ponerse algo áspero. Durante la cena estuvo bastante diplomático; pero cuando, a la hora de los cigarros, tres de los más jóvenes — el doctor Simón, el padre Brown y el equívoco O'Brien, el desterrado con uniforme extranjero, — empezaron a mezclarse en los grupos de las damas y a fumar en el invernadero, entonces el diplomático inglés perdió la diplomacia. A cada sesenta segundos le atormentaba la idea de que el bribón de O'Brien tratara por cualquier medio de hacer señas a Margarita, aunque no se imaginaba de qué manera. A la hora del café se quedó acompañado de Brayne, el canoso yanqui que creía en todas las religiones, y de Valentín, el peligrisáceo francés que no creía en ninguna. Ambos podían discutir mutuamente cuanto quisieran; pero era inútil que invocaran el apoyo del diplomático. Esta logomaquia «progresista» acabó por ponerse muy aburrida; entonces lord Galloway se levantó también, y trató de dirigirse al salón. Durante seis u ocho minutos anduvo perdido por los pasillos; al fin oyó la voz aguda y didáctica del doctor, y después la voz opaca del clérigo, seguida por una carcajada general. Y pensó con fastidio que tal vez allí estaban también discutiendo sobre la ciencia y la religión. Al abrir la puerta del salón sólo se dió cuenta de una cosa: de quienes estaban ausentes. El comandante O'Brien no estaba allí; tampoco lady Margarita.

Abandonó entonces el salón con tanta impaciencia como antes abandonara el comedor, y otra vez metióse por los pasillos. La preocupación por proteger a su hija del pícaro argelinoirlandés se había apoderado de él como una locura. Al acercarse al interior de la casa, donde estaba el estudio de Valentín, tuvo la sorpresa de encontrar a su hija, que pasaba rápidamente con una cara pálida y desdeñosa que era un enigma por sí sola. Si había estado hablando con O'Brien, ¿dónde estaba éste? Si no había estado con él, ¿de dónde venía? Con una sospecha apasionada y senil se internó más en la casa, y casualmente dió con una puerta del servicio que comunicaba al jardín. Ya la luna, con su cimitarra, había rasgado y deshecho toda nube de tempestad. Una luz de plata bañaba de lleno el jardín. Por el césped vió pasar una alta figura azul camino del estudio. Al reflejo lunar sus facciones se revelaron: era el comandante O'Brien.

Desapareció tras la puerta vidriera en los interiores de la casa, dejando a lord Galloway en un estado de ánimo indescriptible, a la vez confuso e iracundo. El jardín de plata y azul, como un escenario de teatro, parecía atraerle tiránicamente con esa insinuación de dulzura tan opuesta al cargo que él desempeñaba en el mundo. La esbeltez y gracia de los pasos del irlandés le habían encolerizado como si, en vez de un padre, fuese un rival; y ahora la luz de la luna lo enloquecía. Una como magia pretendía atraparlo, arrastrándolo hacia un jardín de trovadores, hacia una tierra maravillosa de Watteau; y, tratando de emanciparse por medio de la palabra de aquellas amorosas insensateces, se dirigió rápidamente en pos de su enemigo. Tropezó con alguna piedra o raíz de árbol, y se detuvo instintivamente a escudriñar el suelo, primero con irritación, y después con curiosidad. Y entonces la luna y los álamos del jardín pudieron ver un espectáculo inusitado: un viejo diplomático inglés que echaba a correr, gritando y aullando.



— Amigos míos —dijo mientras se encaminaba hacia el jardín, — es muy extraño que, tras de haber andado por toda la tierra a caza de enigmas, se me ofrezca uno en mi propio jardín. ¿Dónde está?

A sus gritos, un rostro pálido se asomó por la puerta del estudio, y se vieron brillar los lentes y aparecer el ceño preocupado del doctor Simón, que fué el primero en oír las primeras palabras que al fin pudo articular claramente el noble caballero. Lord Galloway, gritaba:

— ¡Un cadáver sobre la hierba! ¡Un cadáver ensangrentado!

Y ya no pensó más en O'Brien.

— Debemos decirlo al instante a Valentín — observó el doctor, cuando el otro le hubo descrito entre tartamudeos lo que apenas se había atrevido a mirar. — Es una fortuna tenerle tan a mano.

En este instante, atraído por las voces, el gran detective entraba en el estudio. La típica transformación que se operó en él fué algo casi cómico: había acudido al sitio con el cuidado de un huésped y de un caballero que se figura que alguna visita o algún criado se ha puesto malo; pero cuando le dijeron que se trataba de un hecho sangriento, al instante tornóse grave, importante, y tomó el aire de hombre de negocios; porque, después de todo, aquello, por abominable e insólito que fuese, era su negocio.

— Amigos míos — dijo mientras se encaminaban hacia el jardín, — es muy extraño que, tras de haber andado por toda la tierra a caza de enigmas, se me ofrezca uno en mi propio jardín. ¿Dónde está?

No sin cierta dificultad cruzaron el césped, porque había comenzado a levantarse del río una ligera niebla. Guiados por el espantado Galloway, encontraron al fin el cuerpo, hundido entre la espesa hierba. Era el cuerpo de un hombre muy alto y de robustas espaldas. Estaba boca abajo, vestido de negro, y era calvo, con un escaso vello negro aquí y allá que tenía un aspecto de alga húmeda. De su cara manaba una serpiente roja de sangre.

— Por lo menos — dijo Simón con una voz profunda y extraña, — por lo menos no es ninguno de los nuestros.

— Examínele usted, doctor — ordenó con cierta brusquedad Valentín. — Bien pudiera no estar muerto.

El doctor se inclinó.

— No está enteramente frío, pero me temo que sí completamente muerto — dijo. — Ayúdenme ustedes a levantarlo.

Lo levantaron cuidadosamente hasta una pulgada del suelo, y al instante se disiparon, con espantosa certidumbre, todas sus dudas. La cabeza se desprendió del tronco. Había sido completamente cortada. El que había cortado aquella garganta había quebrado también las vértebras del cuello. El mismo Valentín se sintió algo sorprendido.

— El que ha hecho esto es tan fuerte como un gorila—murmuró.

Aunque acostumbrado a los horrores anatómicos, el doctor Simón se estremeció al levantar aquella cabeza. Tenía algún arañazo por la barba y mandíbula, pero la cara estaba substancialmente intacta. Era una cara amarilla, pesada, a la vez hundida e hinchada, nariz de halcón, párpados inflados: la cara de un emperador romano alterada con ciertos toques de emperador chino. Todos los presentes parecían considerarlo con la fría mirada del que mira a un desconocido. Nada más había de notable en aquel cuerpo, salvo que, cuando lo levantaron, vieron claramente el brillo de una pechera blanca manchada de sangre. Como había dicho el doctor Simón, aquel hombre no era de los suyos, no estaba en la partida, pero bien podía haber tenido el propósito de venir a hacerles compañía, porque vestía el traje de noche propio del caso.

Valentín se puso de rodillas, se echó sobre las manos, y en esa actitud anduvo examinando con la mayor atención profesional la hierba y el suelo, dentro de un contorno de veinte yardas, tarea en que fué asistido menos concienzudamente por el doctor, y sólo convencionalmente por el lord inglés. Pero sus penas no tuvieron más recompensa que el hallazgo de unas cuantas ramitas partidas o quebradas en trozos muy pequeños, que Valentín recogió para examinar un instante, y después arrojó.

— Unas ramas — dijo gravemente; — unas ramas y un desconocido decapitado; es todo lo que hay sobre el césped.

Hubo un silencio casi humillante, y de pronto el agitado Galloway gritó:

— ¿Qué es aquello? ¿Aquello que se mueve junto al muro?

A la luz de la luna se veía, en efecto, acercarse una figura pequeña con una como enorme cabeza; pero lo que de pronto parecía un duende, resultó ser el inofensivo curita, a quien habían dejado en el salón.

— Advierto — dijo con mesura — que este jardín no tiene puerta exterior. ¿No es verdad?

Valentín frunció el ceño con cierto disgusto, como solía hacerlo por principio ante toda sotana. Pero era hombre demasiado justo para disimular el valor de aquella observación.

— Tiene usted razón — contestó; — antes de preguntarnos cómo ha sido muerto, hay que averiguar cómo ha podido llegar hasta aquí. Escúchenme ustedes, señores. Hay que convenir en que, si ello resulta compatible con mi deber profesional, lo mejor será comenzar por excluir de la investigación pública algunos nombres distinguidos. En casa hay señoras y caballeros, y hasta un embajador. Si establecemos que este hecho es un crimen, como tal hemos de investigarlo. Pero mientras no lleguemos ahí, puedo obrar con entera discreción. Soy la cabeza de la policía: persona tan pública, que bien puedo atreverme a ser privado. Quiera el

cielo que pueda yo solo y por mi cuenta absolver a todos y cada uno de mis huéspedes, antes de que tenga que acudir a mis empleados para que busquen en otra parte el autor del crimen. Pido a ustedes, por su honor, que no salgan de mi casa hasta mañana a mediodía. Hay alcobas suficientes para todos. Simón, ya sabe usted dónde está Iván, mi hombre de confianza: en el vestíbulo. Dígale usted que deje a otro criado de guardia, y venga al instante. Lord Galloway, usted es, sin duda, la persona más indicada para explicar a las señoras lo que sucede y evitar el pánico. También ellas deben quedarse. El padre Brown y yo vigilaremos entretanto el cadáver.


El oficial irlandés se detuvo, desconcertado y receloso, en el umbral. —¿Para qué hago falta? — exclamó.

Cuando el genio del capitán hablaba en Valentín, siempre era obedecido como un clarín de órdenes. El doctor Simón se dirigió a la armería y dió la voz de alarma a Iván, el detective privado de aquel detective público. Galloway fué al salón y comunicó las terribles nuevas con bastante tacto, de suerte que cuando todos se reunieron allí las damas habían pasado ya del espanto al apaciguamiento. Entretanto, el buen sacerdote y el buen ateo permanecían uno a la cabeza y otro a los pies del cadáver, inmóviles, bajo la luna, estatuas simbólicas de dos filosofías de la muerte.

Iván, el hombre de confianza, de la gran cicatriz y los bigotazos, salió de la casa disparado como una bala de cañón, y vino corriendo sobre el césped hacia Valentín, como perro que acude a su amo. Su cara lívida parecía vitalizada con aquel suceso policial doméstico, y con una solicitud casi repugnante pidió permiso a su amo para examinar los restos.

— Sí, Iván, haz lo que gustes, pero no tardes; debemos llevar adentro el cadáver.

Iván levantó aquella cabeza, y casi la dejó caer.

— ¡Cómo! — exclamó; — esto... esto no puede ser. ¿Conoce usted a este hombre, señor?

— No — repuso Valentín, indiferente; — más vale que entremos.

Entre los tres depositaron el cadáver sobre un sofá del estudio, y después se dirigieron al salón.

El detective, sin vacilar, se sentó tranquilamente junto a un escritorio; su mirada era la mirada fría del juez. Trazó algunas notas rápidas en un papel, y preguntó después, concisamente:

— ¿Están presentes todos?

— Falta Mr. Brayne — dijo la duquesa de Mont Saint-Michel, mirando en redor.

— Sí — dijo lord Galloway, con áspera voz, — y creo que también falta Mr. Neil O'Brien. Yo lo vi pasar por el jardín cuando el cadáver estaba todavía caliente.

— Iván — dijo el detective, — ve a buscar al comandante O'Brien y a Mr. Brayne. A éste lo dejé en el comedor acabando su cigarro. El comandante O'Brien creo que anda paseando por el invernadero, pero no estoy seguro.

El leal servidor salió corriendo, y, antes de que nadie pudiera moverse o hablar, Valentín continuó, con la misma militar presteza:

— Todos ustedes saben ya que en el jardín ha aparecido un hombre muerto, decapitado. Doctor Simón: usted lo ha examinado. ¿Cree usted que supone una fuerza extraordinaria el cortar de esta suerte la cabeza de un hombre, o que basta con emplear un cuchillo muy afilado?

Y el doctor, pálido:

— Me atrevo a decir que no puede hacerse con un simple cuchillo.

Y Valentín continuó:

— ¿Tiene usted alguna idea sobre el utensilio o arma que hubo que emplear para tal operación?

— Realmente — dijo el doctor arqueando las preocupadas cejas, — en la actualidad no creo que se emplee arma alguna que pueda producir este efecto. No es fácil practicar tal corte, aun con torpeza; mucho menos con la perfección del que nos ocupa. Sólo se podría hacer con un hacha de combate, o con una antigua hacha de verdugo, o con un viejo montante de los que se esgrimían a dos manos.

— ¡Santos cielos! — exclamó la duquesa con voz histérica; — ¿y no hay aquí, acaso, en la armería, hachas de combate y viejos montantes?

Valentín, siempre dedicado a su papel de notas, dijo, mientras apuntaba algo rápidamente:

— Y dígame usted: ¿podría cortarse la cabeza con un sable francés de caballería?

En la puerta se oyó un golpecito que, quién sabe por qué, produjo en todos un sobresalto como el golpecito que se oye en *Lady Macbeth*. En medio del silencio glacial, el doctor Simón logró al fin decir:

— ¿Con un sable? Sí, creo que se podría.

— Gracias — dijo Valentín. — Entra, Iván.

E Ivan, el confidente, abrió la puerta para dejar pasar al comandante O'Brien, a quien se había encontrado paseando otra vez por el jardín.

El oficial irlandés se detuvo, desconcertado y receloso, en el umbral.

— ¿Para qué hago falta? — exclamó.

— Tenga usted la bondad de sentarse — dijo Valentín, procurando ser agradable. — Pero, ¡qué! ¿No lleva usted su sable? ¿Dónde lo ha dejado?

— Sobre la mesa de la biblioteca — dijo O'Brien; y su acento irlandés se dejó sentir, con la turbación, más que nunca. — Me incomodaba, comenzaba a...

— Iván — interrumpió Valentín. — Haz el favor de ir a la biblioteca por el sable del comandante. — Y cuando el criado desapareció: — Lord Galloway afirma que lo vió a usted saliendo del jardín poco antes de tropezar él con el cadáver. ¿Qué hacía usted en el jardín?

El comandante se dejó caer en un sillón con cierto desfallecimiento.

— ¡Ah! — dijo ahora con el más completo acento irlandés. — Admiraba la luna, comulgaba un poco con la naturaleza, amigo mío.

Se produjo un profundo, largo silencio. Y de nuevo se oyó aquel golpecito a la vez insignificante y terrible. E Iván reapareció trayendo una funda de sable.

— He aquí todo lo que pude encontrar — dijo.

— Ponlo sobre la mesa — ordenó Valentín, sin verlo.

En el salón había una expectación silenciosa e inhumana, como ese mar de inhumano silencio que se forma junto al banquillo de un homicida condenado. Las exclamaciones de la duquesa habían cesado desde hacía un rato. El odio profundo de lord Galloway se sentía satisfecho y amortigua-

do. La voz que entonces se dejó oír fué la más inesperada.

—Yo puedo deciros... —soltó lady Margarita, con aquella voz clara, temblorosa, de las mujeres valerosas que hablan en público. — Yo puedo deciros lo que Mr. O'Brien hacía en el jardín, puesto que él está obligado a callar. Estaba, sencillamente, pidiendo mi mano. Yo se la negué, y le dije que mis circunstancias familiares me impedían concederle nada más que mi estimación. El no pareció muy contento: mi estimación no le importaba gran cosa. Pero ahora —añadió con débil sonrisa—ahora no sé si mi estimación le importará tan poco como antes: vuelvo a ofrecérsela. Puedo jurar en todas partes que este hombre no cometió el crimen.


De nuevo se oyó el golpecito, e Iván asomó su cara señalada: — Perdón, señor—dijo — Mr. Brayne ha salido de casa.

Lord Galloway se adelantó hacia su hija, y trató de intimidarla hablándole en voz baja:

—Cállate, Margarita — dijo con un cuchicheo perceptible a todos. — ¿Cómo puedes escudar a ese hombre? ¿Dónde está su sable? ¿Dónde su condenado sable de caballería?

Y se detuvo ante la mirada singular de su hija, mirada que atrajo las de todos a manera de un fantástico imán.

—¡Viejo insensato! — exclamó ella con voz sofocada y sin disimular su impiedad. — ¿Acaso te das cuenta de lo que quieres probar? Yo he dicho que este hombre ha sido inocente mientras estaba a mi lado. Si no fuera inocente, no por eso dejaría de haber estado a mi lado. Y si mató a un hombre en el jardín, ¿quién más pudo verlo? ¿Quién más pudo, al menos, saberlo? ¿Odias tanto a Neil que no vacilas en comprometer a tu propia hija?...

Lady Galloway se echó a llorar. Y todos sintieron el escalofrío de las tragedias satánicas a que arrastra la pasión amorosa. Les pareció ver aquella cara orgullosa y lívida de la aristócrata escocesa, y junto a ella la del aventurero irlandés, como viejos retratos en la obscura galería de una casa. El silencio pareció llenarse de vagos recuerdos, de historias de maridos asesinos y de amantes envenenadores.

Y en medio de aquel silencio enfermizo se oyó una voz cándida:

—¿Era muy grande el cigarro?

El cambio de ideas fué tan súbito que todos se volvieron a ver quién había hablado.

—Me refiero—dijo el diminuto padre Brown,— me refiero al cigarro que Mr. Brayne estaba acabando de fumar. Porque ya me va pareciendo más largo que un bastón.

A pesar de la impertinencia, Valentín levantó la cabeza, y no pudo menos de demostrar, en su cara, la irritación mezclada con la aprobación.

—Bien dicho — dijo con sequedad. — Iván, ve a buscar de nuevo a Mr. Brayne, y tráenoslo aquí al punto.

En cuanto desapareció el factótum, Valentín se dirigió a la joven con la mayor gravedad:

—Lady Margarita — comenzó; — estoy seguro de que todos sentimos aquí gratitud y admiración a la vez por su acto: ha crecido usted más en su ya muy alta dignidad al explicar la conducta del comandante. Pero todavía queda una laguna. Si no me engaño, lord Galloway la encontró a usted entre el estudio y el salón, y sólo unos cuantos minutos después se encontró al comandante, el cual estaba todavía en el jardín.

—Debe usted recordar — repuso Margarita, con fingida ironía — que yo acababa de rechazarlo; no era, pues, fácil que volviéramos del brazo. El es, como quiera, un caballero. Y procuró quedarse atrás... ¡y ahora le achacan el crimen!

—En esos minutos de intervalo—dijo Valentín gravemente —muy bien pudo...

De nuevo se oyó el golpecito, e Iván asomó su cara señalada:

—Perdón, señor — dijo;—Mr. Brayne ha salido de casa.

—¡Que ha salido!—gritó Valentín, poniéndose en pie por primera vez.

—Que se ha ido, ha tomado las de Villadiego o se ha evaporado — continuó Iván en lenguaje humorístico. — Tampoco aparecen su sombrero ni su gabán, y diré algo más para completar: que he recorrido los alrededores de la casa para encontrar sus rastros, y he dado con uno, y por cierto muy importante.

—¿Qué quieres decir?

—Ahora se verá — dijo el criado. Y ausentándose, reapareció a poco con un sable de caballería, deslumbrante, manchado de sangre por el filo y la punta.

Todos creyeron ver un rayo. Y el experto Iván continuó tranquilamente:

—Lo encontré entre unos matojos, a unas cincuenta yardas de aquí, camino de París. En otras palabras, lo encontré precisamente en el sitio en que lo arrojó el respetable Mr. Brayne en su fuga.

Hubo un silencio, pero de otra especie. Valentín tomó el sable, lo examinó, reflexionó con una concentración no fingida, y después, con aire respetuoso, le dijo a O'Brien:

—Comandante; confío en que siempre estará usted dispuesto a permitir que la policía examine esta arma, si hace falta. Y entretanto — añadió metiendo el sable en la funda, — permítame usted devolvérsela.

Ante el simbolismo militar de aquel acto todos tuvieron que dominarse para no aplaudir.

Y, en verdad, para el mismo Neil O'Brien aquello fué la crisis suprema de su vida. Cuando, al amanecer del día siguiente, andaba otra vez paseando por el jardín, había desaparecido de su semblante la trágica trivialidad que de ordinario lo distinguía: tenía muchas razones para considerarse feliz. Lord Galloway, que era todo un caballero, le había presentado la excusa más formal. Lady Margarita era algo más que una verdadera dama: una mujer, y tal vez le había presentado algo mejor que una excusa, cuando anduvieron paseando antes del almuerzo por entre los macizos de flores. Todos se sentían más animados y humanos, porque aunque subsistía el enigma del muerto, el peso de la sospecha no caía ya sobre ninguno de ellos, y había huído hacia París sobre el dorso de aquel millonario extranjero a quien conocían apenas. El diablo había sido desterrado de casa: él mismo se había desterrado.

Con todo, el enigma continuaba. O'Brien y el doctor Simón se sentaron en un banco del jardín, y este interesante personaje científico se puso a resumir los términos del problema. Pero no logró hacer hablar mucho a O'Brien, cuyos pensamientos iban hacia más felices regiones.

—No puedo decir que me interese mucho el pro-

blema — dijo francamente el irlandés, — sobre todo ahora que aparece muy claro. Es de suponer que Brayne odiaba a ese desconocido por alguna razón: lo atrajo al jardín y lo mató con mi sable. Después huyó a la ciudad, y por el camino arrojó el arma. *Iván me dijo que el muerto* tenía en uno de los bolsillos un dólar yanqui: luego era un paisano de Brayne, y esto parece explicar mejor las cosas. Yo no veo en esto la menor complicación.



— En tal caso — exclamó Valentín con temible sonrisa — usted sabía muchas cosas de él, de su vida y de sus...

— Pues hay cinco complicaciones colosales — dijo el doctor tranquilamente, — metidas la una dentro la otra como cinco murallas. Entiéndame usted bien: yo no dudo de que Brayne sea el autor del crimen, y me parece que su fuga es bastante prueba. Pero, ¿cómo lo hizo? He aquí la primera dificultad: ¿cómo puede un hombre matar a otro con un sable tan pesado como éste, cuando le es mucho más fácil emplear una navaja de bolsillo y volvérsela a guardar después? Segunda dificultad: ¿porqué no se oyó un grito ni el menor ruido? ¿Puede un hombre dejar de hacer alguna demostración cuando ve adelante a otro hombre blandiendo un sable? Tercera dificultad: toda la noche ha estado guardando la puerta un criado; ni una rata puede haberse colado de la calle al jardín de Valentín. ¿Cómo pudo entrar este individuo? Cuarta dificultad: ¿cómo pudo Brayne escaparse del jardín?

— ¿Y quinta? — dijo Neil fijando los ojos en el sacerdote inglés, que se acercaba a pasos lentos.

— Tal vez sea una bagatela — dijo el doctor; — pero a mí me parece una cosa muy rara: al ver por primera vez aquella cabeza cortada, supuse desde luego que el asesino había descargado más de un golpe. Y al examinarla más de cerca descubrí muchos golpes en la parte cortada; es decir, golpes que fueron dados cuando ya la cabeza había sido separa del tronco. ¿Odiaba Brayne a tal grado a su enemigo para estar macheteando su guerpo una y otra vez a la luz de la luna?

— ¡Qué horrible! — dijo O'Brien, estremeciéndose.

A estas palabras ya el pequeño padre Brown se les había acercado, y con su habitual timidez esperaba a que acabaran de hablar. Al fin dijo, con embarazo:

— Siento interrumpir a ustedes. Me mandan a comunicar a ustedes las nuevas.

— ¿Nuevas? — repitió Simón, mirándole muy extrañado a través de sus gafas.

— Sí; lo siento — dijo con dulzura el padre Brown. — Sabrán ustedes que ha habido otro asesinato.

Los dos se levantaron de un salto, desconcertados.

— Y lo que todavía es más raro — continuó el sacerdote, contemplando con sus torpes ojos los rododendros, — es que el nuevo asesinato pertenece a la misma desagradable especie del anterior: es otra decapitación. Se encontraron la segunda cabeza sangrando en el río, a pocas yardas del camino que Brayne debió de tomar para París. De modo que suponen que éste...

— ¡Cielos! — exclamó O'Brien. — ¿Será Brayne un monomaníaco?

— Es que también hay «vendette» americanas — dijo el sacerdote, impasible. Y añadió: — Se desea que vengan ustedes a la biblioteca a verlo.

El comandante O'Brien siguió a los otros hacia el sitio de la averiguación, sintiéndose decididamente enfermo. Como soldado, odiaba las matanzas secretas. ¿Cuándo iban a acabar aquellas extravagantes amputaciones? Primero una cabeza y luego otra. Y se decía amargamente que en este caso falla la regla aquella: dos cabezas valen más que una. Al entrar en el estudio, casi se bamboleó ante una horrible coincidencia: sobre la mesa de Valentín estaba un dibujo a colores, que representaba otra cabeza sangrienta: la del propio Valentín. Pronto vió que era un periódico nacionalista llamado *La Guillotine*, que acostumbraba todas las semanas publicar la cabeza de uno de sus enemigos políticos, con los ojos saltados y los rasgos torcidos, como después de la ejecución; porque Valentín era un anticlerical notorio. Pero O'Brien era un irlandés que aun en sus pecados conservaba cierta castidad, y se sublevaba ante aquella brutalidad intelectual, que sólo en Francia se encuentra. En aquel momento le pareció sentir a todo París en un solo proceso que, partiendo de las grotescas iglesias góticas, llegaba hasta las groseras caricaturas de los diarios. Recordó las burlas gigantescas de la revolución. Y vió a toda la ciudad en un solo espasmo de horrible energía, desde aquel boceto sanguinario que yacía sobre la mesa de Valentín hasta la montaña y bosque de gárgolas por donde asoman, gesticulando, los enormes diablos de Notre Dame.

La biblioteca era larga, baja y penumbrosa; una luz escasa se filtraba por las cortinas corridas, y tenía aún el sonrojo de la mañana. Valentín y su criado Iván estaban esperándoles junto a un vasto escritorio inclinado, donde estaban los mortales restos, que resultaban enormes en la penumbra. La carota amarillenta del hombre encontrado en el jardín no se había alterado. La segunda, encontrada entre las cañas del río aquella misma mañana, escurría un poco. La gente de Valentín andaba ocupada en buscar el segundo cadáver, que tal vez flotaría en el río. El padre Brown, que no compartía la sensibilidad de O'Brien, acercóse a la segunda cabeza y la examinó con minucia de cegatón. Apenas era más que un montón de blancos y húmedos cabellos, irisados de plata y rojo en la suave luz de la mañana; la cara — un feo tipo sangriento y acaso criminal — se había estropeado mucho contra los árboles y las piedras, al ser arrastrada por el agua.

— Buenos días, comandante O'Brien — dijo Valentín con apacible cordialidad. — Supongo que ya tiene usted noticia del último experimento en carnicería de Brayne.

El padre Brown continuaba inclinado sobre la cabeza de cabellos blancos, y dijo, sin cambiar de actitud:

— Por lo visto es enteramente seguro que también esta cabeza la cortó Brayne.

— Es cosa de sentido común, al menos — repuso Valentín, con las manos en los bolsillos. — Ha sido arrancada en la misma forma, ha sido encontrada a poca distancia de la otra, y tal vez cortada con la misma arma, que ya sabemos que se llevó consigo.

— Sí, sí; ya lo sé — contestó sumiso el padre Brown. — Pero usted comprenderá: yo tengo mis dudas sobre el hecho de que Brayne haya podido cortar esta cabeza.

— ¿Y por qué — preguntó el doctor Simón, con sincero asombro.

— Pues mire usted, doctor — dijo el sacerdote, pestañeando como de costumbre: — ¿es posible que un hombre se corte su propia cabeza? Yo lo dudo.

O'Brien sintió como si un universo de locura estallara en sus orejas; pero el doctor se adelantó a comprobarlo, levantando los húmedos y blancos mechones.

— ¡Oh! No hay la menor duda: es Brayne — dijo el sacerdote tranquilamente. — Tiene exactamente la misma verruga en la oreja izquierda.

El detective, que había estado contemplando al sacerdote con ardiente mirada, abrió su apretada mandíbula y dijo, con acritud:

— Parece que usted hubiera conocido mucho a ese hombre, padre Brown.

— En efecto — dijo el hombrecillo con sencillez. — Lo he tratado algunas semanas. Estaba pensando en convertirse a nuestra Iglesia.

En los ojos de Valentín ardió el fuego del fanatismo; se acercó al sacerdote, y apretando los puños dijo, con candente desdén:

— ¿Y tal vez estaba pensando también en dejar a ustedes todo su dinero?

— Tal vez — dijo Brown con impasibilidad. — Es muy posible.

— En tal caso — exclamó Valentín con temible sonrisa — usted sabía muchas cosas de él, de su vida y de sus...

El comandante O'Brien cogió por el brazo a Valentín.

— Abandone usted ese tono injurioso, Valentín — dijo, — o volverán a lucir los sables.

Pero Valentín, ante la mirada humilde y tranquila del sacerdote, ya se había dominado, y dijo simplemente:

— Bueno; para las opiniones privadas siempre hay tiempo. Ustedes, caballeros, están todavía ligados por su promesa; manténganse dentro de ella y procuren que los otros también se mantengan. Iván les contará a ustedes lo demás que deseen saber. Yo voy a trabajar y a escribir a las autoridades... No podemos mantener este secreto por más tiempo. Si hay novedad, estoy en el estudio escribiendo.

— ¿Hay más noticias que comunicarnos, Iván? — preguntó el doctor Simón cuando el jefe de policía hubo salido del cuarto.

— Sólo una, me parece, señor — dijo Iván, arrugando su vieja cara color ceniza; — pero no deja de tener interés. Es algo que se refiere a ése que se encontraron ustedes en el jardín — añadió, señalando sin respeto al enorme cuerpo negro. — Ya lo hemos identificado.

— ¿De veras? — preguntó el asombrado doctor. — ¿Y quién es?

— Su nombre es Arnold Becker — dijo el ayudante, — aunque usaba muchos apodos. Era un pícaro vagabundo, y se sabe que ha andado por América: tal es el hombre a quien Brayne decapitó. Nosotros no habíamos tenido mucho que ver con él, porque trabajaba sobre todo en Alemania. Nos hemos comunicado con la policía alemana. Y da la casualidad de que tenía un hermano gemelo, de nombre Luis Becker, con quien mucho hemos tenido que ver: como que ayer apenas nos vimos en el caso de guillotinarlo. Bueno, caballeros, la cosa es de lo más extraño; pero cuando vi anoche a este hombre en el suelo, tuve el mayor susto de mi vida. A no haber visto ayer con mis propios ojos a Luis Becker guillotinado, hubiera jurado que era Luis Becker el que estaba en la hierba. Entonces, naturalmente, me acordé del hermano gemelo que tenía en Alemania, y siguiendo el indicio...

Pero Iván suspendió sus explicaciones por la excelente razón de que nadie le hacía caso. El comandante y el doctor consideraban al padre Brown, que había saltado sobre sus pies y se apretaba las sienes como presa de un dolor súbito.

— ¡Alto, alto, alto! — exclamó al fin. — ¡Pare usted de hablar un instante, que ya veo a medias! ¿Me dará Dios bastante fuerza? ¿Podrá mi cerebro dar el salto y descubrirlo todo? ¡Cielos, ayudadme! En otro tiempo yo solía ser ágil para pensar, y podía parafrasear cualquier página del Santo de Aquino. ¿Me estallará la cabeza o lograré al fin ver? ¡Ya veo la mitad, sólo la mitad!

Hundió la cabeza entre las manos y se mantuvo en una rígida actitud de reflexión o plegaria, en tanto que los otros no hacían más que asombrarse ante aquella última maravilla de aquellas maravillosas doce horas.

Cuando las manos del padre Brown cayeron al fin, dejaron ver un rostro serio y fresco cual el de un niño. Lanzó un gran suspiro, y dijo:

— Sea dicho y hecho lo más pronto posible. Escúchenme ustedes: esta será la mejor manera de convencer a todos de la verdad. Usted, doctor Simón, posee un cerebro poderoso: esta mañana lo he oído a usted proponer las cinco dificultades mayores de este enigma. Tenga usted la bondad de proponerlas otra vez, y yo trataré de contestarlas.

Al doctor Simón se le cayeron las gafas de la nariz, y dominando sus dudas y su asombro contestó al instante:

— Pues bien; ya lo sabe usted, la primera cuestión es ésta: ¿cómo puede un hombre ir a buscar un enorme sable para matar a otro, cuando, en rigor, le basta con un alfiler?

— Un hombre — contestó tranquilamente el padre Brown — no puede decapitar a otro con un alfiler, y para este asesinato especial era necesaria la decapitación.

— ¿Por qué? — preguntó O'Brien con mucho interés.

— Venga la segunda cuestión — continuó el padre Brown.

— Allá va: ¿por qué no gritó ni hizo ningún ruido la víctima? — preguntó el doctor. — La aparición de un sable en un jardín no es un espectáculo habitual.

— Ramitas — dijo el sacerdote tétricamente. Y se volvió hacia la ventana que daba al escenario del suceso. — Nadie ha visto de dónde procedían las ramitas. ¿Cómo pudieron caer sobre el césped (véanlo ustedes) estando tan lejos los árboles? Las ramas no habían estallado solas sino que habían sido tajadas. El asesino estuvo distrayendo a su víctima jugando con el sable, haciéndole ver cómo podía cortar una rama en el aire y otras cosas por el estilo. Y cuando la víctima se inclinó para ver el resultado, un furioso tajo le arrancó la cabeza.

— Bien — dijo lentamente el doctor; — eso parece muy posible. Pero las otras dos cuestiones desafían a cualquiera.

El sacerdote seguía contemplando el jardín reflexivamente, y esperaba, junto a la ventana, las preguntas del otro.

— Ya sabe usted que el jardín está completamente cerrado, como una cámara hermética — prosiguió el doctor. — ¿Cómo, pues, pudo el desconocido llegar al jardín?

Sin volver la cara, el curita contestó:

— Nunca hubo ningún desconocido en ese jardín.

Silencio. Y a poco se oyó el ruido de una risotada casi infantil. Lo absurdo de esta salida del padre Brown movió a Iván a enfrentársele abiertamente.

— ¡Cómo! — exclamó. — ¿De modo que no hemos arrastrado anoche hasta el sofá ese corpachón? ¿De modo que éste no entró en el jardín?

— ¿Entrar en el jardín? — repitió Brown reflexionando. — No: no del todo.

—¡Pero, señor! —exclamó Simón; —o se entra o no se entra en el jardín: imposible el término medio.

—No necesariamente— dijo el clérigo con tímida sonrisa.—¿Cuál es la cuestión siguiente, doctor?

—Me parece que usted desvaría — dijo el doctor Simón secamente. — Pero de todos modos, le propondré la cuestión siguiente: ¿cómo logró Brayne salir del jardín?

—Nunca salió del jardín — dijo el sacerdote, sin apartar los ojos de la ventana.

—¿Que nunca salió del jardín? — estalló Simón.

—No completamente — dijo el padre Brown.


—Sí—dijo el inmóvil sacerdote —para hacerle a usted dar por establecido que esa cabeza pertenece a ese cuerpo.

Simón crispó los puños en rapto de lógica francesa.

—¡O sale uno del jardín o no sale! — gritó.

—No siempre — dijo el padre Brown.

El doctor Simón se levantó con impaciencia.

—No quiero perder más tiempo en estas insensateces — dijo indignado. — Si usted no puede entender el hecho de que un hombre tenga necesariamente que estar de un lado u otro de un muro, no discutamos más.

—Doctor — dijo el clérigo muy cortésmente, — siempre nos hemos entendido muy bien. Aunque sea en nombre de nuestra antigua amistad, espere usted un poco y propóngame la quinta cuestión.

El impaciente doctor se dejó caer sobre una silla que había junto a la puerta, y dijo simplemente:

—La cabeza y la espalda han recibido unos golpes muy raros. Parecen dados después de la muerte.

—Sí — dijo el inmóvil sacerdote; — y se hizo así para hacerle suponer a usted el falso supuesto en que ha incurrido: para hacerle a usted dar por establecido que esa cabeza pertenece a ese cuerpo.

Aquella parte liminar del cerebro en que se engendran todos los monstruos conmovióse espantosamente en el gaélico O'Brien. Sintió la presencia caótica de todos los hombres-caballos y mujeres-peces engendrados por la absurda fantasía del hombre. Una voz más antigua que la de sus primeros padres pareció decir a su oído: «Aléjate del monstruoso jardín donde crecen los árboles de doble fruto; huye del perverso jardín donde murió el hombre de las dos cabezas». Pero mientras estas simbólicas y vergonzosas figuras pasaban por el profundo espejo de su alma irlandesa, su intelecto afrancesado se mantenía alerta, y contemplaba al extravagante sacerdote tan atenta y tan incrédulamente como los demás.

El padre Brown había vuelto la cara al fin; pero contra la ventana sólo se veía su silueta. Sin embargo creyeron adivinar que estaba pálido como las cenizas. Con todo, fué capaz de hablar muy claramente, como si no hubiera en el mundo almas gaélicas.

—Caballeros — dijo: — el cuerpo que encontraron ustedes en el jardín no es el de Becker. En el jardín no había ningún cuerpo desconocido. Y, a despecho del racionalismo del doctor Simón, afirmo todavía que Becker sólo estaba parcialmente presente. Vean ustedes — señalando el bulto negro del misterioso cadáver: — nunca han visto ustedes a este hombre en su vida. ¿Acaso han visto a éste?

Y rápidamente separó la cabeza calva y amarilla del desconocido, y puso en su lugar, junto al cuerpo, la cabeza canosa. Y apareció, completo, unificado, inconfundible, el cadáver de Julio K. Brayne.

—El matador — continuó Brown tranquilamente—cortó la cabeza a su enemigo, y arrojó el sable por encima del muro. Pero era demasiado ladino para sólo arrojar el sable. También arrojó la cabeza por sobre el muro. Y después no tuvo más trabajo que el de ajustarle otra cabeza al tronco, y (según procuró sugerirlo insistentemente en una investigación privada) todos ustedes se imaginaron que el cadáver era el de un hombre totalmente nuevo.

—¡Ajustarle otra cabeza! — dijo O'Brien espantado. — ¿Qué otra cabeza? Las cabezas no se dan en los arbustos del jardín, supongo.

—No — dijo el padre Brown secamente, mirando sus botas. — Sólo se dan en un sitio. Se dan junto a la guillotina, donde Arístides Valentín, el jefe de la policía, estaba apenas una hora antes del asesinato. ¡Oh, amigos míos! Escuchadme un instante antes de que me destrocéis. Valentín es un hombre honrado, si esto es compatible con estar loco por una causa disputable. Pero, ¿no habéis visto nunca en aquellos sus ojos fríos y grises que está loco? Lo hará todo, *todo*, por tal de destruir lo que él llama la superstición de la Cruz. Por eso ha combatido y ha sufrido, y por eso ha matado ahora. Los enormes millones de Brayne se habían dispersado hasta ahora entre tantas sectas que no podían alterar la balanza. Pero hasta Valentín llegó el rumor de que Brayne, como tantos escépticos, se iba acercando hacia nosotros, y eso ya era cosa muy diferente. Brayne podía derramar abundantes provisiones para robustecer a la empobrecida, y combatida Iglesia de Francia; podía mantener seis periódicos nacionalistas como *La Guillotine*. La balanza iba ya a oscilar, y el riesgo encendió la llama del fanático. Se decidió, pues, a acabar con el millonario, y lo hizo como podía esperarse del más grande de los detectives, resuelto a cometer su único crimen. Substrajo la cabeza de Becker con algún pretexto criminológico, y se la trajo a casa en su estuche oficial. Se puso a discutir con Brayne, y lord Galloway no quiso esperar al fin de la discusión. Y cuando éste se alejó, condujo a Brayne al jardín cerrado, habló de la maestría en el manejo de las armas, usó de unas ramitas y un sable para poner algunos ejemplos, y...

Iván el de la cicatriz se levantó:

—¡Loco! — aulló. — Ahora mismo lo llevo a usted junto a mi amo; lo voy a coger por...

—No; si allá voy yo — dijo Brown con aplomo. — Tengo el deber de pedirle que se confiese.

Llevando consigo al desdichado Brown como víctima al sacrificio, todos se apresuraron hacia el silencioso estudio de Valentín.

El gran detective estaba sentado junto a su escritorio, muy ocupado al parecer para percatarse de su ruidosa entrada. Se detuvieron un instante, y, de pronto, el doctor advirtió algo extraño en el aspecto de aquel dorso elegante y rígido, y corrió hacia él. Un toque y una mirada le bastaron para permitirle descubrir que, junto al codo de Valentín, había una cajita de píldoras, y que éste estaba muerto en su silla; y en la cara lívida del suicida había un orgullo mayor que el de Catón.



De Brasil



MOVIMIENTO REVOLUCIONARIO. — Capitán Carlos Alberto da Silva Tavares al frente de un batallón revolucionario.



El general Zeca Netto y su estado mayor, que dirige el movimiento subersivo.



Coronel Adao Latorre con sus ayudantes.



Con la lluvia y la humedad

aquel que tenga los bronquios delicados hará bien en llevar consigo una caja de las famosas

Pastillas iodeína Montagu

que preservará, como ningún remedio puede hacerlo, su aparato respiratorio.

En todo resfrío, ronquera, bronquitis, asma, enfisema, en en una palabra, en todos los casos en que es preciso calmar la tos, favorecer, agotándola luego, la expectoración, las **Pastillas iodeína Montagu** dan los mejores resultados. La iodeína (producto descubierto por Montagu) es específica en todas las afecciones del aparato respiratorio.

Farmacia Franco-Inglesa

La mayor del mundo

Sarmiento y Florida **Buenos Aires**



De Paraguay



Concurrentes al homenaje rendido al director del diario "La Democracia" por su brillante actuación al frente de ese periódico.

MÁXIMAS Y PENSAMIENTOS

Yo he salido de la casa de los sabios dando un portazo.

— Hablando, baila el hombre sobre todas las cosas.

— Si eres un esclavo, no puedes ser un amigo. Si eres un tirano, no puedes tener amigos.

— Hay quienes no pueden libertarse de sus propias cadenas, y, sin embargo, para sus amigos son salvadores.

— Sé al menos mi enemigo. Así habla el verdadero respeto, el que no se atreve a solicitar la amistad.

— Lo que se hace por amor se hace siempre más allá del bien y del mal.

— Hace demasiado tiempo que se escondían en la mujer un esclavo y un tirano. Por eso la mujer no es capaz aún de amistad: no conoce más que el amor.

— Sólo a los hombres se les debe hablar de la mujer.

— El verdadero hombre quiere dos cosas: el peligro y el juego. Por eso ama a la mujer, el juguete más peligroso.

— La felicidad del hombre es: *yo quiero;* la felicidad de la mujer: *él quiere.*

— Me ha trastornado no que me hayas mentido sino el no poder ya creerte.

— Esto es lo que he hecho — dice mi memoria. — Yo no he podido hacer eso — dice mi orgullo — que continúa inflexible. Y, al fin, es la memoria quien cede.

— Hay una *moral de amos* y una *moral de esclavos.*

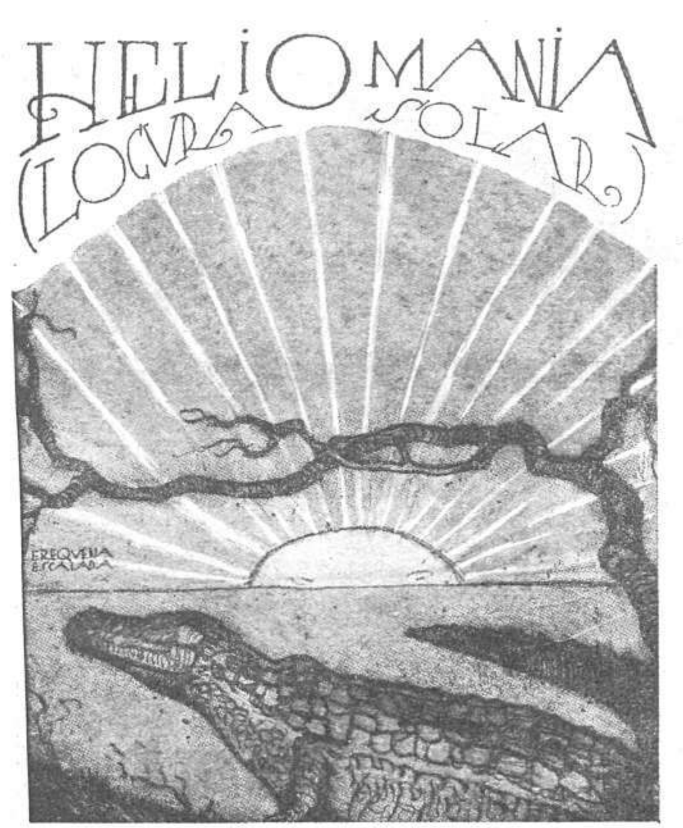
— Tú obligas a muchos a cambiar de opinión sobre ti; por eso te guardarán siempre rencor. Tú te acercaste a ellos y pasaste de largo; eso es lo que nunca te perdonarán.

— La piedad, ¿no es la cruz en que clavan al que ama a los hombres? Pero mi piedad no es una crucifixión.

— Siempre hay un poco de locura en el amor. Pero siempre hay también un poco de razón en la locura.

FEDERICO NIETZSCHE.


A la Fuerza...
Hay una fuerza a cuyo empuje casi nadie resiste: la fuerza de la costumbre. Arrastrados por ella hacemos muchas cosas que no deberíamos hacer. Así, por ejemplo, Ud. entra a la botica, pide "un remedio para el dolor de cabeza" y toma lo que le dan sin preocuparse de qué es ni de cómo se llama. ¿Por qué incurre en tal imprudencia? ¿Por qué acepta cualquiera de esos dudosos analgésicos de antaño exisitiendo ya algo positivamente eficaz y seguro? Por la simple "fuerza de la costumbre." No insista Ud. en dejarse arrastrar así. Siempre que quiera aliviarse rápidamente cualquier dolor o cortar cualquier resfriado, pida CAFIASPIRINA (Aspirina con Cafeína) que es lo que hoy prescriben los mejores médicos de preferencia a la aspirina sola, porque es de efecto mucho más rápido; porque levanta las fuerzas; porque regulariza la circulación de la sangre y, sobre todo, porque es ABSOLUTAMENTE INOFENSIVA PARA EL CORAZON. Puede obtenerla en tubos de 20 tabletas y SOBRES ROJOS BAYER de una dosis.
Este es el original y legítimo "SOBRE BAYER"
Limpio
Comodo
BAYER
Higiénico
Seguro
CAFIASPIRINA
DOS TABLETAS BAYER
de Aspirina y Cafeína
CAFIASPIRINA



tagiado a otros muchos, que son, como es fácil adivinarlo, los candorosos que están siempre en potencia propincua de recibir este linaje de contaminaciones.

Creen ellos de buena fe que hay en el Sol toda la energía, el vigor y la vida que, con egoísmo muy humano, quieren meter en sus cuerpos, y es bueno que sepan estos señores que esos escarceos tienen no pocos peligros.

Los rayos del Sol, como los rayos X, tienen su acción y su aplicación terapéutica bien conocidas; pero son, por otra parte, nocivos y peligrosos aplicados locamente al hombre que no está enfermo; y ya son muchos los mártires de la ciencia mutilados y muertos por la acción de los tales rayos X.

Los enfermos a quienes se les aplicaban han sanado muchas veces, y el médico operador ha sufrido las consecuencias de la acción nociva de éstos, justamente por estar sano. Entre unos rayos y otros hay una semejanza tan grande que hace suponer que sus efectos también deben ser muy semejantes

La observación está indicando al buen sentido que los hombres que han ambulado por el pasado se han defendido siempre ahincadamente del sol. Las casas, los techos, los árboles, las sombrillas y los quitasoles (y estos últimos son los más expresivos) vienen denunciando desde tiempo inmemorial el peligro solar.

Y los negros del Africa y de los desiertos ni viven más ni son más inteligentes ni más fuertes que los blancos que esquivan el Sol; y un distinguido especialista de enfermedades de la piel ha descubierto que los hombres de mar adquieren con cierta frecuencia el cáncer cutáneo. Esta enfermedad, que es conocida en medicina con el nombre de «cáncer de los marineros», es provocada por la acción persistente de los rayos solares sobre la piel.

Es de esperar que esta macabra comprobación sirva de algún escarmiento. Una cura de sol aplicada a un hombre sano implica una contradicción. La cura se ha de reservar para los enfermos, según ya lo lo dijo Perogrullo. La quinina es un excelente remedio para el enfermo de malaria y a nadie se le ocurre aplicarla en el estado de salud.

En lo más reservado de su magín han de pensar los heliómanos que el Sol da vida a la naturaleza toda: árboles, flores y plantas. Mas olvidan que ellos no no son ni una ni otra cosa, y olvidan también que sus antepasados habitaban en las cavernas.

En nuestro país son muchos los que se pasan la vida en las azoteas como los gatos, con la diferencia de que estos últimos se refrescan correteando a la luz de la luna mientras los otros se tuestan quietecitos a los rayos del Sol. Felizmente, casi todos se cubren la cabeza con sombreros o sombrillas. Si así no fuera correría grave riesgo la Sabiduría Nacional, ya que el caudal de ésta se encuentra encerrado dentro del cráneo como en una caja fuerte, y los rayos solares, penetrantes y traviesos como son, podrían achicharrar los sesos de estos heliómanos empedernidos.

Y, por fin, queda otra casta de adoradores del Astro Rey, que ni son casquivanos ni son ingenuos, antes por el contrario tienen no poco de sagaces y listos, y son los que se recuestan al Sol que más calienta.

La mujer que rinde culto de idolatría a la moda sufre voluntariamente la tiranía que ésta le impone y acepta, como verdad axiomática, que la moda no incomoda, ya que, a trueque de las molestias que le trae aparejadas, le realza su belleza y sus encantos.

Con estos atributos la mujer gobierna y maneja a los hombres a su antojo y es la reina admirada de todos. Es, por consiguiente, la suya, una vanidad harto justificada.

Las modas tienen casi todas su nacimiento a ras del suelo: en los talleres de los modistos y en las joyerías, que son algo así como los laboratorios donde trabajaran los magos elaborando la belleza.

De estos laboratorios terrenales han salido, como si fueran hadas, las mujeres más resonantes. Los murmullos de loa que se dejan oír alrededor de estas diosas han despertado en ciertos hombres el deseo de imitar a las mujeres, esperando de la moda una mayor resonancia para su nombre. Con este propósito han remontado su aspiración hasta el cielo pretendiendo sacar del Sol todos las glorias que las mujeres consiguen, tranquila y regaladamente, aquí en el suelo; y así como ellas cuidan en la sombra la blancura de su piel para no marchitar su hermosura, los hombres aludidos tratan, por el contrario, de que el Sol arramble con su belleza, si es que alguna tienen, enmascarándolos o, lo que es lo mismo, trasmutándolos de blancos en negros.

La metamorfosis sufrida por éstos no es celebrada sino en el circulo de sus amigos que les han conocido antes de estar como están. Los que llegan a conocerlos ya pigmentados y ampollados no pueden sospechar que hayan sido distintos antes, y, por ende, no hallan motivos para tributarles admiración.

Se echa de ver, desde luego, que esta vanidad no alcanza proyecciones gloriosas. Estos hombres que apoyan los puntales de su fama en el Sol han con-

DOCTOR SURGEON

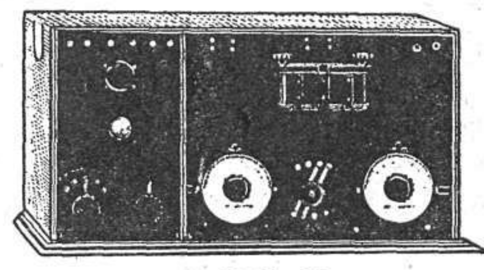
DIBUJO DE REQUENA ESCALADA.

VENTAJOSA OPORTUNIDAD

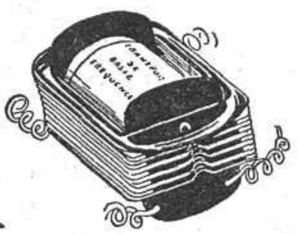
ALGO QUE VD. HA ESTADO BUSCANDO



$ 0.60



$ 80.00



$ 11.00



$ 2.80

$ 3.50



$ 2.90

$ 4.40



$ 6.80

MAS LUZ Y MENOS GASTO

UNA LINTERNA PARA CADA USO

Pida se le envíe el nuevo

CATALOGO

de linternas. - Pilas eléctricas y sus repuestos. Nuestro surtido es el más completo.

CALIDAD SUPERIOR, PRECIO BAJO.

Una diferencia científica hace que las pilas y linternas eléctricas que tenemos a la venta resuelvan el problema de la

LUZ RAPIDA Y BARATA.

RADIOTELEFONIA

ACCESORIOS GENERALES

Está en circulación el

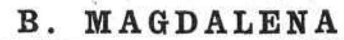
CATALOGO N.° 2

Consta de 52 páginas. Ilustrado con 230 grabados. Personas autorizadas dicen de este catálogo que es el más completo y el mejor amigo de los aficionados a la



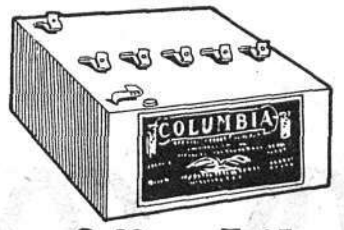
TELEFONIA SIN HILOS.

Investíguelo por sí mismo. Se remite franco de porte a quien lo solicite.



B. MAGDALENA

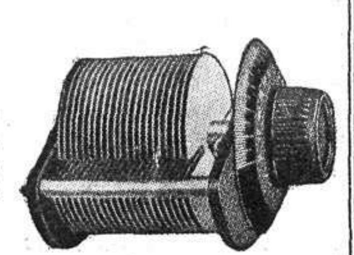
Buenos Aires MAIPU, 669



$ 2.90 y $ 5.25



$ 15.50



$ 9.50 y $ 12.50

$ 2.80



Bodas de plata



FRENCH. — Los esposos Tomás-Bauza, que conmemoraron recientemente el vigésimoquinto aniversario de su enlace.

GENERAL LAMADRID. — Los esposos Henrich y su familia en el vigésimoquinto aniversario de sus bodas.

Unas manos
blancas suaves
intensamente
perfumadas



denotan gustos delicados y proporcionan una "patente" inconfundible de distinción y elegancia. Sus manos serán admiradas por cuantos las vean si usa V. asiduamente el Jabón Heno de Pravia, cuyo perfume intenso y característico quedará incorporado permanentemente á su cútis. La pasta neutra del Jabón Heno de Pravia, exenta de toda materia cáustica, produce una abundante y untuosa espuma, que limpiará perfectamente los poros de su epidermis, facilitando la respiración cutánea.

Lavándose con Jabón Heno de Pravia experimentará V. una exquisita sensación de bienestar.



Es jabón puro, sin mezclas ni adulteraciones. Su perfume es tan intenso al final como al principio de la pastilla. De venta en los principales establecimientos. - Representante general para Argentina y Uruguay: Jorge E. Chadwick, Esmeralda, 132, Buenos Aires.

PERFUMERIA GAL.-MADRID

De Avellaneda



Gran festival organizado por la sociedad "La Cruz", institución piadosa y de carácter social integrada por obreras y empleadas, y al cual asistió el gobernador, señor Cantilo, y sus ministros.

EL HOMBRE MÁS GRANDE DE FRANCIA

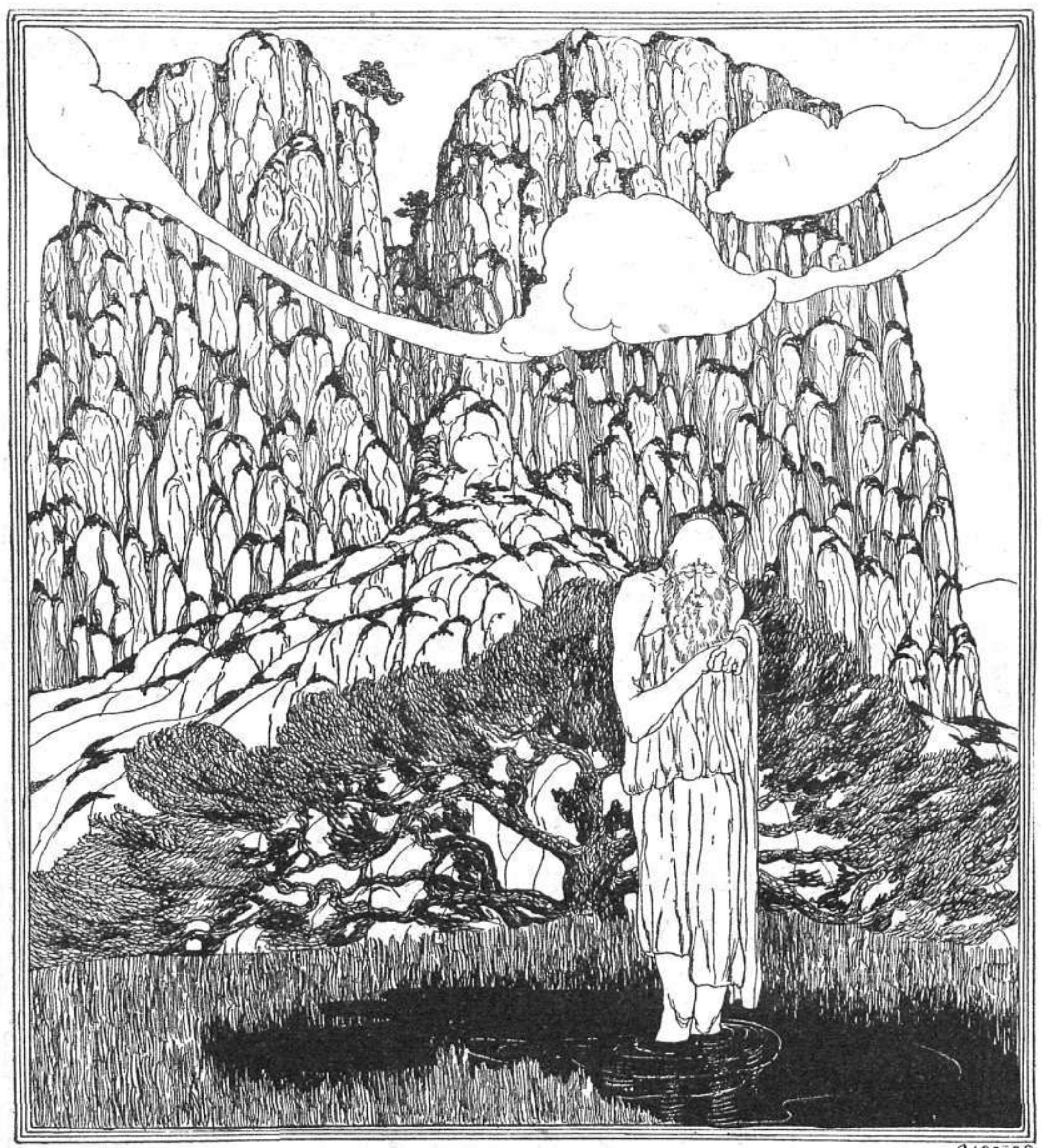
Un curioso episodio ha sido narrado por el «Cri de París». En la época de Víctor Hugo existía un cartero que una vez se vió con una carta que tenía esta dirección: «Al hombre más grande de Francia». El cartero no vaciló: aquel hombre no podía ser otro sino Víctor Hugo, y llevó la carta a la Avenida de Eylau. Cuando el autor de «Los Miserables» leyó aquella dirección, envió la carta a Pasteur, pues consideró que aquel «hombre más grande de Francia» era el sabio químico. Pero Pasteur devolvio la epístola al sublime poeta. Entonces éste se resolvió a leer lo que decía el contenido, y por él vió que la carta estaba dirigida a un brigadier de la guardia republicana cuya estatura extraordinaria había sido celebrada por los periódicos.

PENSAMIENTOS

La inmortalidad del alma es una invención tan extraordinaria como la de la pólvora.

—Es el amor ropa blanca y sus discordias son coloradas, y así, a cada colada vuelve amor con más blancura, pero... con más desgaste en la tela.

—El arte de la coquetería es de esencia femenina, y cuando no se exagera encanta.



EL CISNE NEGRO Y EL CISNE BLANCO

INASEQUIBLE aparecía el colibrí — conductor de las maravillas de la tierra en su pico y de la gracia del cielo en sus alas — trasvolando entre las flores... Bien cambiaban suspiros aromados por caricias sutiles cuando los sorprendiera el hijo del jardinero, atónito ante la aparición del ave, lleno de asombro por su pequeñez de insecto...

Más tarde pudo advertir su ciencia suprema del vuelo, cual si las arañitas hacendosas le dieran telas invisibles con que columpiarse en el éter...

Y, después de varios días, llegó a ponderar las gradaciones de su plumaje tornasolado: rico de incontables oros, que la discreta pátina de los años enverdecen, y de aceros bruñidos, que crisoles modernos avivan, — sorprendente amuleto vibrátil, donde el cielo y la pradera se espejaran a la vez.

Esta contemplación devota favorecía las visitas del picaflor, deambulando a su talante por el jardín y perdiendo la instintiva defensa de su desconfianza. ¡Era tan hermoso!

No afirmaré que la avecilla se posara voluntariamente en sus manos, como acontece con el tierno poeta bengalí; pues sólo me consta que ya no huía al acercársele el chicuelo. ¿Lo tomaría por algún árbol caminante?

Y la cosa no merecería contarse — desde que los pájaros debieran ser a los niños lo que las hojas secas son al Otoño — a no mediar un decisivo episodio triste.

Al penetrar el picaflor en el cucurucho de un lirio, para libar su esencia, aprovechando la confianza del pajarillo, el rapazuelo cerró su salida, atrapándole con toda crueldad...

Vanamente las alitas se crisparon para el vuelo; la mano despiadada fuese cerrando más y más...

Cuando el rapaz quiso deleitarse con la belleza aprisionada, el colibrí era un montoncito de hebras, muelles como «las barbas de choclo» pero con sus colores amortiguados y el trémolo de sus alas enmudecido para siempre.

Nadie podrá aclararnos si fué la tristeza del suceso, agravada por la soledad del jardín, o si fueron sus ansias de conocer cosas nuevas que le impulsaron a marchar por los caminos del mundo... Es el caso que lo volvemos a encontrar en pleno florecimiento de sus veinte años. El Sol parecía aclararse en sus ojos maravillados, y en la ruta polvorienta su recia estampa iba dejando una sombra larga y se esponjaba de orgullo oyendo cómo todos los labios elogiaban su fortaleza.

Sin conciencia del bien y del mal, andaba por todos los caminos, ignorando que tienen dos sendas, y que si carecemos de ruta se desanda lo andado... Así dejábase guiar por los instintos y nunca por la reflexión.

Siempre persiguiendo lo imposible, atravesaba collados y llanuras, bosques y praderas, sordo a sus voces paternales.

Inútil fué que la floresta le brindara el amparo de su sombra; el resplandor de las ciudades le atrajo — camino de ellas le vieron, ansioso de conocerlas todas, — no obstante al fin se acompañaran con el hastío y la desilusión...

———

Uno de esos días quiméricos, el Sol estaba por declinar, y el mozo proseguía su marcha sin tregua, desdeñando el natural reclamo, sin duda por capricho, desde que al borde de su camino unas higueras le ofrecían sus higos en sazón...

Caminaba sintiendo esa vez «como nunca el mal de los caminos» — poetizado por tu dulce amigo Amador — «en el espejismo de los cielos distantes»...

Encandilado por una idea fútil, despreciaba el doble ofrecimiento generoso del fruto dulce y de la confortante sombra. Quería hallar uno como el del granado, pero más hermoso, con áurea corteza y su interior cuajado de sangrantes rubíes.

Naturalmente, no era tan fácil, por no decir imposible, el hallarlo; a no ser por el Sol, que se complicó en el asunto. Aquella tarde hizo uno de sus mejores crepúsculos... tomando los colores más cálidos los concentró en la esfera de una piedra insignificante... y el sortilegio de la granada de oro del corazón sangriento se cumplió...

Fascinado por tanta belleza quiso recogerla, ansioso, llevándola con premura a la boca... y fué un grito de dolor al chocar la piedra dormida con su dentadura despierta...

El Sol, sin preocuparse ya, alejóse no sin recoger sus tramoyas...

Después, al par que en el alma del viajero, la sombra corrió su telón en el prado y en los montes.

———

Tamaña lección no fué decisiva; aunque mostrábase más sensible a ciertas voces íntimas de la naturaleza, continuaba prefiriendo las expresiones fastuosas.

Ignorante de que en las flores silvestres de corola simple también reside toda la esencia, las hollaba, movido por el deseo de poseer la más hermosa, (has de saber, pequeño mío, que no se percataba de los incontables tallos que se ponen de puntillas, para besar con sus corolas a sus hermanas las estrellas, y, después, se tumban a dormir el sueño eterno). Y tanto anduvo, que la halló al fin.

Dijo un poeta persa: «Nada es tan bello como la rosa en su brillante ropaje»; la flor aquella parecía ratificarlo: su magnificencia superaba a la de la misma Aurora...

Fervorosamente estuvo contemplándola largo tiempo, hasta que, deseoso de aspirar su perfume, la arrancó...

¡Imagina su angustia, Chalito: ¡aquella rosa de pétalos sorprendentes era de seda! Su corola policroma y tersa carecía de esa vida que el corazón de la tierra por las arterias de los tallos hace circular...

Abstraído, mirando al pozo de la desilusión, no alzó la vista para ver cómo la tarde en su última hora íbase poniendo cada vez más bella.

———

Luego — ya iba para viejo — alternó la vida plácida de las campiñas con el ajetreo de las ciudades tentaculares para llegar al conocimiento del bien y del mal, deseoso de comprender la naturaleza de los seres y de las cosas. Y, en tanto, su sensibilidad afinábase al extremo: cualquier injusticia de los hombres le indignaba, y su corazón se comprimía dolorido... solo distendiéndose, ilusionado en el bien, al ver el combado vuelo de las golondrinas, flechas lanzadas por misteriosos arcos, portadores de primaveras a los cuatro vientos...

Más los años devoraban su carne y más su espíritu crecía, en una contemplación sin límites.

Así llegó a entender qué decían las serias cigüeñas en sus largos concilios. ¡Y no fué un misterio, para el contemplativo, saber cómo la Noche tiende la red de la vía láctea para pescar alguna otra estrella!...

Y como cantaba supernamente lo bello, y, sobre todo, porque retransmitía la profundidad de su dolor, leve acento del discurso supremo, los hombres le admiraron y le siguieron como a un profeta... El verde lauro ciñóse en la arrugada frente y su gloria de poeta fué universal.

———

Acaso tanta satisfacción fuera motivo de un desencanto supremo. Breves días tuvo la corona de laurel: pronto se deshojó, como todas las muestras de la vanidad. ¡La gloria no puede dar más de lo que la gloria tiene!

De nuevo, como en los años mozos, el llanto brotó de sus ojos, que tantas cosas habían visto. Y a sus pies se formó un círculo de lágrimas; y, con ellas su cuerpo íbase secando; sólo la caridad y el desinterés alumbraban de vida interior sus pupilas.

Mientras la Primavera dió las incólumes gemas del rocío, las tormentas del Verano dieron sus goterones tibios, el Otoño el cendal húmedo de sus nieblas y el Invierno su mensaje de nieve, corolas de jazmines desprendidos graciosamente de sus tallos.

Y el hombre que buscaba los conceptos eternos halló su destino: en el lago de sus lágrimas deshizo el último copo de su vida nívea.

———

Aquel lago, en su serenidad absoluta, guarda todas las desilusiones, las esperanzas y los dolores de la tierra; y no le falta la sedante caricia del cielo y la compasión del infinito...

En la imposibilidad de sondar ese lago inconmensurable, los poetas y los artistas pusieron el símbolo dual de los cisnes, que bogan hieráticos.

Y aunque no sepamos cuál de ellos signifique el mal o el bien (en las interrogantes albas y sombrías de sus cuellos, el silencio pone su signo de misterio), no olvides al niño cruel; después garrido mozo, despreocupado de todos los caminos; luego, hombre fuerte de cualquier dolor, hasta el poeta de la sabiduría casi absoluta; llegando en alas de su pensamiento, constantemente perfeccionado, a la ascensión suprema.

Chalito, hijo mío, es preferible un dolor comprensivo a la fatua felicidad de la incomprensión.

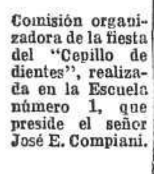



Boccanegra
El nombre "Boccanegra" define categóricamente la más alta calidad de aceite que pueda extraerse de las mejores olivas.

Cuando se nombra la marca "Boccanegra" se ha dicho todo en materia de aceite de oliva puro y delicado.



De Lomas de Zamora


Comisión organizadora de la fiesta del "Cepillo de dientes", realizada en la Escuela número 1, que preside el señor José E. Compiani.



Alumnos de la Escuela N.º 1 oyendo la interesante disertación científica del doctor Miranda sobre las enfermedades debidas a la falta de aseo bucal.

De Villa Domínico

Grupos de vecinos que ofrecieron una demostración al señor Augusto C. Firrie con motivo de haber construído el primer chalet de material en esta localidad.

PARÁBOLA DE ÁFRICA

Antes de que se llamara Escitia y Sarmacia y de que los férreos tauros, los rudos gothenes, los recios sauromatas y los batalladores estuenos poblaran el país de los hombres de barbas hirsutas, vivía en el Cáucaso, bajo el Kaskek, una mujer hermosa y altiva que se llamaba Europa.

Su rostro era ovalado, su cabellera opulenta, su busto ebúrneo, sus brazos mórbidos y su talle ondulante. Un guerrero fabuloso, blanco como un lirio, la amaba y, mientras ella escuchaba indiferente las músicas del Dvina o del Svir, él la abanicaba con su penacho blanco o la abrigaba con su manto de púrpura cuando la nieve encanecía las montañas.

Tenía un palacio de pórfido y un trono de ágata. Calzaba por sandalias dos rubíes de Sulú y de su cuello pendían las mejores perlas de Sanger. Ceñía a sus sienes una pancarpia y a sus brazos dos manecillas de turquesas. Sus estancias eran de melafiro, palacra, onique oripimente, nautillo y ófita, sus patios de mápula, sus techos de plata. Vestía una túnica de morles finísimo y, a su lado, diez braseros arrojaban humo perfumado de orabias, oleila y ámbar. Pero sus ojos eran duros y fríos como el acero, y sus carnes nardinas no temblaban al abrazo del guerrero Africa cuyos hierros sonaban cuando suspiraba solitario y dolorido frente al Elbouz.

No había capricho de Europa que no satisficiera ese soldado rudo y sensible que venía de tierras lejanas y pobladas de selvas y desiertos sin fin. De Frisia traía peces sabrosos; de Jutlandia metales lucibles; del océano Sármata caracoles tornasolados; de Escandinavia trozos de los templos que dejaron los dioses al irse; de la Dacia telas aéreas y suaves; de la tierra gálica que bañan los océanos Británico y Aquitánico, vasos de oro y marfil orfebrados por orífices gloriosos; de la India perfumes y yerbas aromáticas; del Azur piedras preciosas; del Norte aves multicolores y del Sur licores endulzados con dionisias. Pero Europa permanecía insensible; y Africa, murrio y cabizbajo, se iba silencioso. Con su parazonio pandio degollaba oseznos, y, furioso, injuriaba a los montes y a los cielos.



Llegó una época de tristeza y asolación para el Cáucaso, y el frío tendió sus manos heladas sobre los montes y los valles. Caía la nieve implacable y eterna, y las estepas se tornaron blancas, los árboles se sumergieron bajo el hielo y los aludes se desplomaron. Y Europa sintió frío por más que se arropaba al lado de los braseros olorosos y se calentaba en el pecho del guerrero; y Africa se tornó sombrío y dirigió sus puños amenazadores hacia los elementos ominosos.

Tenía frío la mujer hermosa de carnes nardinas y ojos azulados, y el guerrero resueltamente abandonó el palacio de pórfido y se dirigió hacia las selvas sepultadas bajo la nieve.

Sus dedos poderosos desenterraron los árboles corpulentos y, cargándolos en sus fuertes hombros, los fué llevando hacia el palacio donde temblaba la mujer amada. Luego en derredor de él encendió una hoguera cuyas llamas llegaban a las nubes.

Las lenguas de fuego iluminaban todo el Cáucaso, la nieve se derretía y el ambiente se entibiaba. Europa dejaba ver ahora una sonrisa feliz asomando su cabeza de entre un montón de plumas y mostrando sus brazos desnudos que cubrían las pieles de los osos muertos por su amante. Y Africa al lado de la gigantesca hoguera parecía un titán removiendo el Infierno. Montañas de árboles caían incansablemente sobre las montañas de llamas, y su fulgor se extendía lejos, hasta los dioses, llegando a la Frisia, hasta los límites de la columna de Hércules.

Y Europa sonreía dichosa pero insensible. Su amante parecía más bien un esclavo oferente calentando sus pies con sus besos.

Africa seguía incansable arro-

jando árboles a la hoguera que hacía sonreír a su amada. El fulgor del incendio iluminaba sus músculos titánicos, sus ojos llenos de amor; y el palacio de pórfido en medio de las llamas brillaba como una esmeralda. Continuaba el guerrero avivando los tizones como quien aviva un lampión colosal: era un dios subterráneo que soplaba debajo de un volcán para empenachar su cráter con un vómito de fuego. Y el coloso era feliz en medio de su trabajo porque Europa sonreía, porque la mujer amada no temblaba ahora en medio del frío mortal.

Pero el fuego, tiznándole, quemó su piel; el calor ensombreció la epidermis del guerrero blanco como un lirio. Sus cabellos largos y sedosos se chamuscaron mientras soplaba sobre los tizones enormes. Se volvió un acráceo y fué obscureciéndose cada vez más.

Y un día Europa, pensativa y bostezando, dejó su trono de ágata, apartó las pieles de osos que la cubrían y, ciñéndose una ligera túnica de lino, descendió las gradas y se dirigió al pórtico.

Había llegado el buen tiempo. El sol calentaba la atmósfera y el cielo brillaba como un zafiro. La hoguera, extinguiéndose, aun chisporroteaba alegre y triunfante, y Africa sentado sobre un peñasco, sudoroso y rendido, se secaba el sudor que le cubría el cuerpo. Parecía un dios junto a un planeta humeante, Plutón descansando después de una danza volcánica en el Etna... Europa se acercó a él...

Se acerca él y vió... Vió que Africa, su amante, el guerrero blanco como un lirio, se había tornado negro como el ébano. Vió que los hermosos cabellos rubios que le caían sobre la coraza, esos mismos cabellos que había acariciado con un poco de cariño cuando la voluptuosidad la vencía, se hallaban chamuscados y pegados al cuero. Los brazos eran negros, el rostro era negro, todo el cuerpo era negro... Europa horrorizada, espantada, se cubrió los ojos con las manos temblorosas.

El guerrero volvió su horrible cabeza y clavó en ella una mirada de amor infinito; y ella retrocedió con repugnancia.

Africa, asombrado, se levantó del peñasco y la interrogó angustiosamente, con los ojos. Ella, sin responder, le alargó un espejo metálico; y él miró...

El miró y retembló también horrorizado, se dobló sobre sí mismo, abrió las pupilas espantosamente, comprendió su desdicha y, después de rugir furioso, dejó caer los brazos con desaliento inclinando sobre el pecho la frente noble y sombría.

Ambos callaban. El incendio fatal crujía en medio del resplandor del sol victorioso. El guerrero negro y la mujer blanca se miraron otra vez...

Europa tembló de nuevo y el terror o el remordimiento enblanquecieron más su rostro. Entonces el hombre que fué su amante, Africa, el guerrero altivo y poderoso, se inclinó humildemente ante ella y le lamió los pies como un esclavo.



DIBUJOS DE GIGLI

TRAPICHE

Los mejores Vinos para
las mejores mesas.



BENEGAS Hnos. & Cía. Ltda.
Soc. Anón. Industrial y Comercial

744 - FLORIDA - 744
Buenos Aires

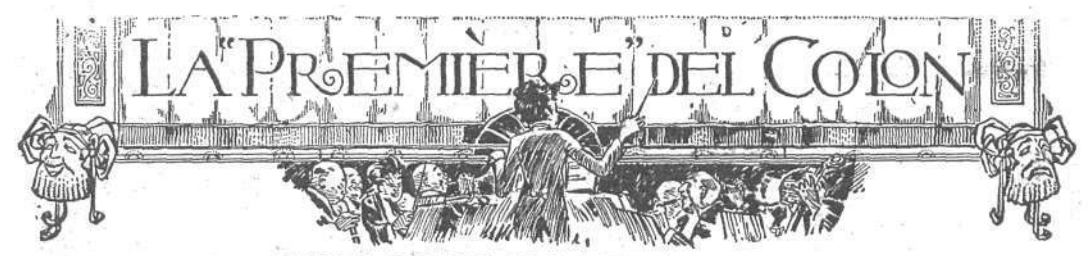
Unión Telefónica 1752 y 1365, Retiro
Cooperativa Telefónica 3708, Central

De Olivos



Dirigentes del centro "Los Liberales" que organizaron una matinée danzante en el salón de la sociedad C. S. M. local.

Grupo de parejas durante un intervalo de la interesante fiesta.



CARTA DE UNA DISTINGUIDA ABONADA

Una anónima colaboradora — a quien hemos de atribuir tanta belleza como gentileza... — nos envía copia de una carta que ha dirigido a una amiga ausente, reflejando sus impresiones sobre la «premiere» del Colón.

Sin comentarios... ¡que huelgan!... transcribimos parte de su interesantísima carta.

....

....

« Te escribo a las pocas horas de terminada la «pre« miere» del Colón... ¡Ya te imagino salteando líneas, « buscando los nombres de los protagonistas del «potin» « sensacional... ¡o los detalles del modelo «ultra« chic!»... ¡o los ceros de la suma en que se valuaba « la magnífica joya lucida por alguna «parvenue»!

« No es eso — querida Tota — lo que me apresura a « escribirte. Lo que hay de eso... lo dejo para otras « cartas. ¡Imagínate, pues, cómo será de interesante « *lo que es!*...

« Me apresuro a calmar tu ansiedad. ¡Se trata de « nuestra belleza, querida!... ¡Podemos poseer el « cutis naturalmente juvenil, la cabellera ondulada y « brillante que tanto envidiábamos a la viuda de X...! « Podemos librarnos tú del vello y yo de esos feos « barrillos que tantos gastos y disgustos nos han « ocasionado!... ¡Alégrate!... En la «premiere» del « Colón he encontrado el talismán que colmará nues« tras naturales ansias de belleza sin artificio!...

....

« Mi tercer visita, durante el primer entreacto, fué « para las de P. U..., que ocupaban el «avant scene» « de su propiedad. Al llegar, me sorprende la presencia « de una bellísima desconocida. — Mad. N..., me pre« sentan. Es la nueva soprano que nos brinda este año « la Empresa. »

— ¿Pero has notado, Martha — me dice Sara — qué bella ha vuelto la soprano M...?...

— ¡Efectivamente — respondo — más bella que cuando nos visitó hace cuatro años; y, sobre todo, maravillosamente rejuvenecida!... En los palcos que acabo de visitar no se comenta otra cosa...

— ¡Figúrate, Martha, cuánta será la bondad de Mad. N..., que nos estaba asegurando la completa naturalidad de la belleza y aspecto juvenil de la M...!...

— E insisto, mis gentiles damas — dijo Mad. N... — «sus encantos son completamente naturales»... ¡Y al proclamarlo, defiéndome también... ya que ustedes han prodigado a mi belleza los mismos elogios que a la de mi compañera de arte!... ¡No!... ¡No se excusen ustedes!... ¡Es muy explicable su duda!...

— Los cuantiosos emolumentos que percibimos actualmente las artistas y las circunstancias de que nuestra profesión nos lleva a todas partes del mundo, dan pábulo a la creencia de que somos poseedoras de misteriosos y costosísimos filtros de belleza... ¡No hay nada de eso!...

— En nuestra mesa de toilette sólo encontrarán ustedes simples substancias, conocidas de muy antiguo en todo el mundo, y cuyo uso es tan sencillo como su costo reducido...

— ¡Nuestro maravilloso cutis — siempre fresco y joven!... — lo debemos exclusivamente a la cera pura mercolizada, a la legítima «pure mercolized wax». Todas las noches, inmediatamente antes de acostarme, extiendo sobre mi rostro y cuello un poco de cera pura mercolizada; y todas las mañanas, al retirarla con un poco de agua tibia, constato en mi espejo la eficacia de su maravilloso poder!... ¡Y así, pasan los años sin que lleguen las arrugas!... ¡Y cambiamos continuamente de climas, y surcamos repetidamente los mares... sin que sufra la inmaculada frescura de nuestra tez!... ¡Y si este efecto de «conservación» es maravilloso, mucho más lo son los de «renovación» que he visto operarse por la sola acción de la cera mercolizada!... ¡Cuántos cutis ajados, manchados o descoloridos he visto renovados en muy poco tiempo!...

— ¡Ya sé lo que van ustedes a replicarme!... Que he tenido la suerte de no tener pecas, ni barrillos, ni vello... Pues se equivocan. ¡Como todas, también yo los he tenido; pero no los temo ya más!... Lavando periódicamente mi rostro con agua estimolizada, que preparo yo misma disolviendo en agua caliente una tableta de stymol, desaparecen de inmediato los barrillos y muy pronto las pecas; y con simples aplicaciones directas de porlac puro pulverizado a las partes afectadas por el vello, éste desaparece y sus raíces pierden la potencia de reproducción.

— Sólo me resta ahora — mis amigas — revelarles el secreto de la hermosura de nuestras cabelleras... ¿Un célebre «coiffeur»?... ¿Alguna de las muchas marcas de shampoos, tan pregonadas?... ¡No! Tan sólo el uso exclusivo de otra simple substancia: el stallax. Para los lavados periódicos de mi cabellera, preparo yo misma mi shampoo, con stallax granulado disuelto en agua caliente... Y éste es el único cuidado que presto a mi cabello. ¡Si basta el stallax para mantener la cabellera totalmente limpia, abundante, con brillo y ondulados permanentes y completamente naturales... ya lo han dicho ustedes al ponderar tan efusivamente mi cabello!...

....

— No, señora... el stallax no tiñe las canas; ni es prudente teñirlas. Lo racional es devolver a las canas el color primitivo del cabello y esto se obtiene seguramente usando una sencilla loción compuesta con tammalite y bay-rhum.

....

....

« Imagínate — querida Tota — cuán largo y des« provisto de interés nos pareció el resto de la función... « Yo — que había olvidado mi carnet — me lo pasé « deletreando continuamente los nombres de las pre« ciosas substancias: cera mercolizada, stymol, porlac, « stallax... y tammalite...

« ¿Que a qué famoso droguista europeo hay que « solicitarlas?... Cuando se lo preguntamos a Mad. « N... nos respondió sonriendo: «Con excepción de la « República de Andorra... creo haber visitado todos « los países del mundo. Y en todas las grandes y pe« queñas ciudades he encontrado esas substancias en « la primer farmacia o perfumería en que las he soli« citado...»

« ¡Yo ya las poseo!... ¡Y no las he adquirido para « ti, porque me han asegurado que las encontrarás en « la farmacia de esa pequeña y lejana localidad... de « la que deseo regreses pronto, para lucir juntas y « «epater» a... muchos!... con nuestras perfectas y « naturales bellezas. »

De General Lamadrid (F. C. S.)



Familias que asistieron a la interesante fiesta social con que los esposos Sutrey-Cousté obsequiaron a sus amistades celebrando sus bodas de oro.

LA VICTORIA

Si nada puede turbar tu alma; si los muchos pares de opuestos: placer y dolor, ganancias y pérdidas, felicidad y desdicha, goce y pesar, respeto y desprecio, alabanza y censura, prosperidad y pérdida, no pueden ni exaltarte ni deprimirte; si tienes éxito verdadero en ser dueño de ti mismo... esto es VICTORIA.

Si has trascendido todos los goces sensuales y has aprendido a darles en tu mente el lugar que les corresponde como sensaciones transitorias y fugitivas... esto es VICTORIA.

Si jamás brota de tus labios una palabra dura o colérica que perturbe tu amoroso lenguaje; si tu lengua ha perdido el poder de herir... esto es VICTORIA.

Si puedes soportar con fortaleza las enfermedades y las contrariedades, considerándolas como cosas creadas por ti mismo y que vuelven para enseñarte preciosas lecciones... esto es VICTORIA.

Si no te espanta la muerte, y estás preparado alegremente para sufrir este cambio en cualquier instante, como si debieses dormir o despertar de un largo sueño... esto es VICTORIA.

PENSAMIENTOS

En las guerras civiles es política el ser generoso, porque la venganza progresivamente se aumenta.

— Para juzgar bien de las revoluciones y de sus actores es preciso observarlos muy de cerca y juzgarlos muy de lejos.



EL AMOR de las MUJERES

BLANCA Emma Brun era una mujer triste. Su tristeza no estaba en su belleza ni en su juventud sino en sus pensamientos extraños, en su alma atormentada. Cuando reía por alguna ocurrencia pueril, su risa era medida y obligada. Toda amistad toda ilusión, toda alegría eran motivo para reflexionar. Hasta el amor ingenuo y lírico con Adrián Lery fué un caso de análisis moral, de filosofía moribunda. Esta delicada criatura, que para ser mujer pensaba demasiado, la había conocido en el instante más trágico de su vida: enferma, decepcionada y oprimida por la orfandad de su destino.

Por eso, cuando aquella tarde, trémula de frío, caminaban del brazo por la calle Juncal, una gran fatalidad pesaba sobre sus corazones. Breve tiempo antes, al encontrarse en la senda de la vida con la ternura y la ilusión de un amor puro, nunca imaginaron que ese mismo tiempo inexorable y mudo los obligaría a separarse para siempre. Pero la verdad llegaba. Sus angustias se multiplicaban en esa calle gris y silenciosa. Las casas tenían un aspecto sombrío y desolado Los balcones con ventanas cerradas, ponían una expresión conventual de misterio y pesadumbre. Todo agravaba la tragedia de esas almas: la tarde mustia, la calle desierta y el rumor incierto de algún piano herido...

Iban a separarse. Una razón de salud la obligaba a partir hacia tierras lejanas, llenas de aire y de sol. Era el último paseo crepuscular. Conversaban sobre el amor, la felicidad y el destino. La ausencia irremediable parecía preocuparlos intensamente. Adrián mira las pupilas tristes de Emma y se contagia de su sufrimiento interior. Hablan por no llorar.

— El amor es nuestra vida — le dice. — En él está todo nuestro destino de mujer; cuando él nos abandona, nuestra existencia se torna inútil y amarga, igual que la vejez. Los hombres son todavía malos, no saben comprender nuestra esperanza, siempre nos olvidan y nos hacen sufrir. Yo he perdido la fe del corazón.

— Sin embargo — le responde Adrián emocionado, — la mujer representa para nosotros el único encanto de vivir. Sin ella, la monotonía y el cansancio de la vulgaridad nos volvería extraños y tristes. El propósito niño, que lucha y se hace hombre para estabilizar un porvenir mejor, siempre es por ella.

— Será — le interrumpe serenamente, — pero las pasiones son superiores al sentimiento del corazón. Nosotros vivimos, creemos y nos sacrificamos cuando sabemos amar. Pero esa fuerza de fe siempre nos traiciona, nos castiga, nos humilla. ¡Oh, nuestro destino!

— Es necesario que no dudes — le responde. — La realidad de todas las cosas es dura si no la iluminamos con un poco de ideal y de belleza. El renunciamiento al amor es estéril, es censurable, es odioso.

— ¿Y la felicidad de la vida que se hará entonces? — le interroga resueltamente ella. — ¿Quién puede sacrificarse si la pureza de la verdad no existe? Por mí no me preocupo; sé que no viviré mucho tiempo; mi enfermedad es mortal. Sin embargo, quiero, antes de despedirme para siempre, recordarte que la única felicidad de nuestras almas está en la lealtad del amor, de los juramentos, de la conciencia. Las mujeres son débiles y es necesario salvarlas, ayudarlas, tenerles piedad.

— Pero el amor es como una esfera de cristal siempre en manos inseguras — le contesta. — Su duración será eterna si sabemos cuidarlo. Muchas veces una caricia inoportuna puede ocasionar su caída destructora.

— Para eso está el sentimiento y la comprensión de los corazones humanos — le repite ella nuevamente. — Sin una fraternidad espiritual pura y honrada, la vida no merece vivirse.

— Tienes razón — le grita Adrián desesperado. — La felicidad moral es la única dicha verdadera que existe sobre la tierra. En el hogar, en la amistad y en la vida diaria debemos cultivar esa virtud.

Tu idea es noble y generosa. La mujer representa un camino de perfección ideal para el espíritu, y por la grandeza de esa verdad ella será, a través de todos los tiempos, la razón triunfante del porvenir del hombre.

De pronto han callado, oprimidos por una extraña desesperación. Los ojos de Emma están húmedos y brillantes. Ha llorado sin duda porque se aleja y la comprenden. Adrián avalora toda su alma de mujer apasionada y dolorida. La fe y el optimismo de su corazón lo conmueven, lo llenan de misericordia. Llegan a la avenida Callao. Llaman un auto y con la pequeña valija se dirijen a la estación Retiro. Un enorme tren está ya listo para partir. En medio de pasajeros desconocidos se confunden con su inmenso dolor. La realidad de la partida les interroga de nuevo el corazón.

— Volverás, volverás — le dice Adrián, — sana y bella. La muerte es para los viejos; tú tienes todavía mucha juventud.

— La juventud — agrega ella fríamente, — la juventud es el engaño de nuestra propia vida. Creemos vivir y sin embargo nos vamos muriendo insensiblemente.

— No hables así Emma; tu existencia es necesaria para salvar las almas. Tus reflexiones son sabias y nobles para purificar las pasiones. Comprendo tu angustia y tu esperanza. No dudes, yo no te olvidaré jamás.

— Para qué jurar ya nada — le responde ella conmovida. — Si yo ya soy un despojo del destino, una idea que se extingue para siempre.

— Jamás; tu idea, como tu recuerdo, será inmortal. Emma, no nos atormentemos más. Confiemos en Dios que es el espíritu eterno de la justicia humana.

Ella ríe ante la mentira inútil; ella también sabe que no vuelve más, que todo está perdido para siempre, irremediablemente. Sube al tren. Abre la ventanilla del camarote y conversan las últimas palabras. Viaja sola. Adrían piensa en su tristeza, en su soledad, en su destino. Un golpe de campana y el silbato penetrante de la máquina inician la partida. Lloran y se estrechan la mano por última vez. El tren sale.

Desde el andén se ve su pañuelo blanco que se agita entre los últimos reflejos de las luces. Ya no se ve más que una sombra. El tren desaparece...

Con el alma entristecida, Adrián Lery abandona la estación. Camina maquinalmente. En medio de tanta gente se siente más solo que nunca. Un sufrimiento tenaz le roe el corazón. Entonces piensa que el destino es demasiado cruel con las criaturas buenas.

Aquella mujer que encarnaba un ideal de ternura, de verdad y de esperanza se alejaba para no volver; su vida se moría por ser excepcional y útil para la purificación del amor. Se estremece y mira el cielo. La inmensidad estaba taladrada de oro y de misterio.

Entonces, sin saber por qué, sube a un tranvía y se interna de nuevo en la ciudad, resuelto a vivir con la luz ideal de aquel recuerdo.

Julio Aramburu

DIBUJOS DE REQUENA ESCALADA





IMPORTADOS
Y
NACIONALES







POMMERY
& GRENO

CALVET & Cía. Bs. As.

De Martínez



Señoritas que integran la comisión directiva del Círculo Social Argentino, y a cuyo cargo estuvo la organización del gran festival benéfico recientemente realizado.



Aspecto del salón del Cine Select durante el festival que, dados los altos fines que se perseguían, resultó concurridísimo.



PARA las madres que crían, para los niños, ancianos, personas débiles y convalecientes, es lo mejor.

Su poder nutritivo es mayor que en sus similares; el contenido en las botellas es mayor también. Por estas dos condiciones debe considerársele más barato que los otros, aunque en apariencia cueste algo más.

No es dulce como no debe serlo ninguna malta de buena calidad; es de sabor agradable y estimula el apetito.

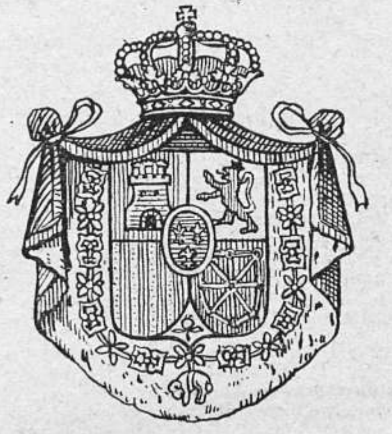
Satisface las exigencias de las autoridades y está en venta en los almacenes y farmacias. Si encuentra dificultad para adquirirla diríjase a sus únicos importadores:

1170 - BARTOLOME MITRE - 1174

Unión Telefónica, Rivadavia, 1990 — Cooperativa Telefónica, Central, 133

De la Infanta Isabel





CASA
DE
S. A. R.
LA SERMA. SRA. INFANTA
DOÑA MARÍA ISABEL FRANCISCA

S. A. R. la Serma. Sra. Infanta Dª María Isabel, accediendo a su instancia, se ha servido decretar el nombramiento a favor de Vds. de Proveedores de su Real Casa, de su producto "Licor de los Ocho Hermanos" y autorizándoles para que puedan usar el Escudo de Armas Reales en las muestras y facturas de su Comercio en Buenos Aires.

Lo que por orden de S. A. R. y con inclusión del correspondiente Diploma participo a Vds. para su debido conocimiento y satisfacción.

Dios guarde a Vds. muchos años.

Madrid, 1º de Mayo 1922.

El Secretario-Tesorero de S. A. R.

El Conde de Pozo Ancho del Rey

S. A. R. la Serma. Sra. Infanta Dª María Isabel, accediendo á su instancia, se há servido decretar el nombramiento á favor de Vds. de Proveedores de su Real Casa, de su producto "Licor de los Ocho Hermanos", y autorizándolez para qué puedan usar el Escudo de Armas Reales en las muestras y facturas de su Comercio en Buenos Airez.

Lo que por órden de S. A. R. y con inclusion del correspondiente Diploma participo á Vds. para su debido conocimiento y satisfaccion. Dios guarde á Vds. muchos años. Madrid 1º de Mayo 1922.

El Secretario-Tesorero de S. A. R.

Señores Freixas y Cia. = El Conde de Pozo ancho del Rey

Buenos Aires.



RIMAS DE LO

BALADA DE LOS VERBOS REGULARES Y DE LOS VERBOS IRREGULARES

Flebat virginitatem suam in montibus. —
LIBRO DE LOS JUECES, II, 38.

Mabel, la mayorcita de la clase,
les dice a sus vecinas Elsa y Dora:
— «Mirad qué triste está la directora.
Decidme, ¿no parece que llorase?»
Y llora en realidad — no es ilusión —
la solterona consuetudinaria;
llora su triste vida solitaria;
llora el vacío de su corazón
que nunca, que jamás...
(Tiene razón
Mabel, la mayorcita de la clase).

¡Oh, y ella amara; ella amaría o amase!

La directora — ¡pobre «señorita»! —
de todo tiene menos de bonita;
pero ¡es tan buena! (La verdad: da pena
que nadie quiera a una mujer tan buena).
La directora, concienzudamente,
a diario cumple su misión docente:
les enseña a las niñas la Gramática,
que es una ciencia y — ¡claro! — es antipática.
Y a veces — no, no son murmuraciones, —
mientras explica las conjugaciones
brillar el llanto en sus pupilas vese.

Y ella quisiera; ella querría o quisiese...

¡Cuántas cosas penosas cada verbo
dice a la señorita directora!
No extrañéis que derrame llanto acerbo;
no lo extrañéis, Elsa, Mabel y Dora.
¡Qué corazón no se disuelve en llanto
si una honda pesadumbre lo acibara!
Y a ella, la pobre, ¡la amargura tanto
que jamás el amor la visitara!

Y ella besase, besaría o besara.

Ojalá que vosotras algún día
no sufráis las torturas de ese drama,
no conozcáis la atroz melancolía
de aquel que es todo amor y a quien nadie ama;
de quien diera la vida por un beso
si fuera el ser amado quien lo diese;
de quien pide a la vida sólo eso
¡y no encuentra una boca que le bese!

Y ella muriera, moriría o muriese.

RIMA DEL HOMBRE ABURRIDO

Me aburro entre mis libros empolvados.
Tiro el Platón o el Kant en un rincón.
(Ya me duelen los ojos, fatigados
de dar entrada a tanta erudición).

El doctor no se cansa de decirme:
«Amigo, usted precisa distracción».
«Bueno — me digo, — voy a divertirme».
Y abro frente a la vida mi balcón.

Y bajo al mundo, a ver qué diablos pasa.
Y en medio de la humana agitación,
pienso en mis libros... y me vuelvo a casa.
Me vuelvo a con mi Kant y mi Platón.

RIMA DE LA MUCHACHA CURSI

Da lástima la pobrecita.
¿Cómo irá tan mal vestidita?
Y no es fea, no es fea del todo;
pero, la verdad, ¡tiene un modo
de vestirse tan singular!

COTIDIANO



Claro, ¿quién la va a festejar,
quién le va a mirar a la cara
usando esa ropa tan rara?

Fuera yo su padre o su hermano;
la tomaría de la mano,
la llevaría a un gran bazar
y en el tono más familiar
de esta manera le hablaría:

«Quítate todo eso, hija mía.
Quítate esas ridiculeces,
porque no sé lo que pareces.
Toma, pruébate este modelo
de sombrero de terciopelo.
Ahora esta blusa — encaje y seda.
¿Ya está?... ¿No ves que bien te queda?
Tira esas viles zapatillas;
ponte este par de maravillas.
Si añades este prendedor,
que es un primor deslumbrador,
no ha de faltarte algún festejo.
Pero, hija, mírate al espejo;
verás como tu silueta
ya, por lo menos, es discreta.
Y ahora, ve con tranquilidad
a lucirte por la ciudad,
sin hacer reir a las gentes
ni espantar a los pretendientes.»

¿Cómo no hay almas generosas
que hagan y digan estas cosas?
¿Cómo permiten que haga así
el ridículo por ahí?
¿Cómo, al menos, un conocido
no le advierte que exhibe un dedo
de enagua blanca bajo el ruedo
desnivelado del vestido?

EL POETA ABOMINA DE LA URBE

No me entierren en poblado;
entiérrenme en campo verde,
donde me pise el ganado.

HERNÁNDEZ. — «Martín Fierro».

Me inspiráis compasión, gentes de la ciudad,
parias del reglamento, víctimas del horario;
me inspiráis compasión, pobres seres marchitos,
pobres almas abúlicas, pobres semblantes pálidos.

Más que nadie, vosotros me inspiráis compasión,
galeotes de este siglo, turbas de asalariados
que labráis el boato de Midas y de Cresos,
náufragos en el sótano lóbrego de los bancos.

Vosotros, para quienes sólo hay sol el domingo
y la luna no es más que un mal arco voltaico,
me parecéis — tan pálidos, tan correctos, tan pulcros —
elegantes cadáveres que se visten a plazos.

En la vasta necrópolis a donde iréis un día
tenéis, ricos o pobres, un lugar destinado.
En la fosa común o en la suntuosa bóveda,
desde que habéis nacido ya estáis encasillados.

En cuanto a mí, maldigo de toda disciplina
Hago mi voluntad. Sólo su ley acato.
Bajo el sol del Señor me siento vagabundo.
Yo, decididamente, no nací para esclavo.

Así quiero vivir, así quiero morir.
Quiero que mi cadáver caiga en mitad del campo;
que dentro de la jaula de mis costillas mondas
celebren lujuriosas bacanales los pájaros.

Quiero que mi esqueleto bajo el sol se calcine;
que, lentamente, en flores se vaya transformando,
lavado por la lluvia, besado por el viento,
igual que la osamenta podrida de un caballo.

ENRIQUE MÉNDEZ CALZADA

DIBUJOS DE MACAYA



Miembros de la comisión oficial que tiene a su cargo la organización de los festejos patrios, reunidos en el salón de la Municipalidad.

EL ÁRBOL DE LA CIENCIA

Si resquebrajamos la cascarilla de las palabras y les arrancamos su meollo secreto, se nos mostrará con limpidez esta verdad. De tres maneras denominaban los latinos a las colecciones de obras eruditas: *caudex* o *codex* (de aquí, códice), *liber* (libro) y *volumen*. Pues bien: *codex* significa tronco del árbol; y también significa libre alusión al postulado de libertad de espíritu para la cultura, y *volumen*, lo que gira y se envuelve sobre sí mismo, como la corteza; una reconcentración material. Lo popular deriva de *populus*, que significa tanto pueblo como álamo, ya que en esta especie de árbol el tronco se prolonga hasta la cima y las hojuelas, mellizas, caedizas y gárrulas, símbolo de la plebe, rodean el tronco casi desde la base, nutriéndose de él.

RAMÓN PÉREZ DE AYALA.

PENSAMIENTOS

El que lo abandona todo por ser útil a su patria no pierde nada y gana cuanto le consagra.

— He conservado intacta la ley de las leyes: LA IGUALDAD. Sin ella perecen todas las libertades, todos los derechos. A ella debemos hacer los sacrificios.

— Dios ha destinado el hombre a la libertad. El lo protege para que ejerza la celeste función del albedrío






Williams
JABONES
PARA LA BARBA

Enlaces



Ricci-Lizondo Borda. — Tucumán.



Cornet Tercin-Pérez Colman. — Tucumán.



Señorita Catalina G. Ortega con el señor Pedro Guanega. — Lincoln.



Señorita Rosa Talia con el señor Humberto Cocchi. — Bayauca



Señorita Elena Mobbili con el señor Segundo Fermanelli. — Arenaza.



Señora: Una sola visita a la
CASA IZQUIERDO
CARLOS PELLEGRINI, 490

especialista en ***corsés*** y ***fajas*** de calidad, dará a Vd. la oportunidad de admirar la grandiosidad de nuestro surtido y la belleza de nuestros modelos.



NUESTRO REGALO

"Pictorial Review" del mes de **Junio de 1923**

Gratis

A toda señora que nos envíe $ 1.00 le mandaremos el molde de este precioso vestido en la medida que nos indique y, **como Regalo, un ejemplar** de nuestra revista de modas y literatura **"Pictorial Review"** (edición de lujo en colores) correspondiente al mes de **Junio de '923.**

Presentamos nuestro modelo «**Aída**», cómoda faja para reducir el vientre. Modelo elegantísimo y práctico, confeccionada en coutil de seda floreado, elástico y 4 ligas también de seda

$ 25.-

Nuestro departamento de expedición al interior despacha en el día todo pedido que se nos confíe, siendo por nuestra cuenta los gastos de flete.

CASA IZQUIERDO

LA MAS IMPORTANTE DE SUD AMERICA

490 - CARLOS PELLEGRINI - 490

BUENOS AIRES

UNION TELEFONICA 4913, LIBERTAD

VN EXPOSITO





NUESTRA incompatibilidad aumentaba con los años. Mi padre ya no podía gritarme ni me llevaba del brazo a estudiar lo que él consideraba indispensable para el éxito en la vida: la aritmética. Ahora que ya tenía bigotes y era más alto que él, le era forzoso tratarme como a un hombre, me expresaba su desaprobación frunciendo el entrecejo, sacudiendo la cabeza y mirando con desprecio mis colecciones.

— ¡Las matemáticas! — me decía. — Eso es lo que te dará de comer y te hará respetar. Los yuyos y los bichos sólo van a consumir tu tiempo y tu dinero y acabarán por hacerte pasar por loco.

Mi padre era enérgico y dominante. Yo le obedecí en todo; estudié lo que él quiso; acepté el empleo que me consiguió; contribuí con la suma que él fijó a aumentar el presupuesto doméstico; pero había algo en mí que se substraía a su dominio y a mi propia voluntad: mi antipatía por las matemáticas y mi amor a la naturaleza.

Mi mundo limitado me había dado una triste experiencia, y mi índole pacífica y soñadora me hacía huir de la gente que había labrado la ruina de mi padre, la desgracia de mi madre y la desorientación de mis hermanos.

Sólo estaba entre mis semejantes durante las horas en que mi deber me lo imponía; en cuanto quedaba libre huía de la humanidad agresiva y despiadada que había dañado injustamente a los que yo amaba, y me refugiaba entre los seres maravillosos, delicados, pequeñísimos, que yo apartaba de sus misteriosas tareas para observarlos bajo el lente del microscopio.

El mundo minúsculo de los insectos y las finas hierbas que ellos habitan o recorren encerraba para mí tesoros de belleza y armonía. La variedad infinita y la exquisita finura de sus líneas, la riqueza y la elegancia de su colorido, el arsenal prodigioso de sus armas de ataque y de defensa eran mis constantes motivos de meditación y de interés.

¡Y las hierbas! Los tallos finos como agujas, llenos de vida y de elegante esbeltez, las raíces de inverosímil delicadeza que realizan su misteriosa selección de substancias nutritivas me abismaban en hondas reflexiones. Las notas grotescas no faltaban en mi pequeño mundo, y muchas veces me hizo sonreir la inesperada aparición terrorífica de diminutos endriagos, quimeras y dragones, todos los seres de pesadilla con que los pueblos niños enriquecen sus leyendas.

Muchos seres mitológicos cobraron para mí una personalidad real: los cabellos de Proserpina ondulaban al viento y la flauta de Pan sonaba en mis oídos.

El panteísmo me parecía un noble error y el microscopio uno de los más valiosos auxiliares de la inteligencia.

Mis primeras economías fueron invertidas en adquirir el maravilloso instrumento y los elementos para preparar una colección y algunos libros.

Mi padre me fulminaba con miradas de indignación; mi madre me seguía con ojos llenos de tristeza.

Un día sorprendí una conversación de mis padres.

— Déjalo — decía mi madre. — No hace mal a nadie.

— Eso no basta — contestó mi padre. — Preferiría que fuera jugador o pendenciero. Eso es varonil y se puede esperar una enmienda. ¡Pero verlo así!...

Felizmente me ascendieron en la oficina y este pequeño triunfo aplacó por un tiempo la airada reprobación de mi familia. Mi madre me preguntó tímidamente un día si no se podía sacar alguna utilidad de mis estudios y mis colecciones; «eso contentaría a tu padre», agregó.

¡Alguna utilidad! Nunca lo había pensado. ¿Qué utilidad tienen los celajes, la brisa, la escarcha?

Volví a sumirme en mis fantasías, lejos del mundo en que todas las cosas tienen precio y aplicación.

Muchas veces mi padre me había reprochado como una tacha humillante mi falta de sentido práctico.

Después de leer a Michelet y a Maeterlinck me convencí de que yo no tenía espíritu científico.

¡Ni sentido práctico ni espíritu científico!

Pero a pesar de estas dos grandes deficiencias yo realizaba una obra metódica y tenía una ambición secreta: escribía un libro y esperaba imprimirlo.

Mi libro no contenía definiciones ni clasificaciones, no consignaba descubrimientos de especies desconocidas ni la observación de costumbres o propiedades ignoradas.

Mi libro contenía solamente lo que el sorprendente y vulgar espectáculo había despertado en mi pensamiento, en mi corazón, en mi fantasía. No era sino la síntesis de mis meditaciones, de mi admiración, de mi enternecimiento ante la naturaleza llena de belleza, de amor y de dolor.

A medio camino entre nuestra quintita y la estación tenía yo un amigo.

Mi amigo vivía en dos piecitas rodeadas de una huerta con algunos árboles y dos o tres rosales. En el fondo del terreno había una colmena; al principio mis visitas fueron para la colmena, pero el fumador solitario y melancólico acabó por conquistar mi simpatía con su cordialidad silenciosa.

Estaba siempre solo cuidando de su huerta o contemplándola a través del humo de su pipa. En

la casita reinaban un bienestar elemental y la limpieza relativa de los que viven de un trabajo duro y absorbente. Allí, con permiso de mi amigo, yo escribía.

Sabiendo que mi libro sería objeto de juicios severos en mi casa, por una especie de pudor no quise exponerlo a las miradas de mi familia.

¡Mi libro! A medida que las páginas sucedían a las páginas mi pensamiento se elevaba y mi amor a la naturaleza se robustecía. San Francisco hablando a «los hermanos pájaros, a los hermanos lobos y a los hermanos montes» aparecía sonriente en mi imaginación.

Rápidos como saetas cruzaban mis páginas los insectos menudos, de alas diáfanas y corazas tornasoladas; en el silencio de mi trabajo vibraba su tenue zumbido; entre uno y otro párrafo se erguía algún tallito airoso o se balanceaba con gracia alguna gramínea doblegada por el peso de un zafiro o de una esmeralda alada y palpitante. O por lo menos así me los presentaba mi imaginación.

Las colecciones de seres muertos me parecieron súbitamente inútiles y mezquinas. No era en mis colecciones de seres inertes y opacos donde estaban aprisionados mis hermosos insectos, mis finas hierbas; era en mis páginas rumorosas, coloreadas, vibrantes de vida y de movimiento donde había que buscarlos.

Volvían a brotar las yemas y las hojas; la tierra y el aire se llenaban de seres nuevos, ávidos de luz y de calor, y el campo se cubría de terciopelo verde salpicado de puntitos multicolores.

Terminé mi libro con un canto a la belleza armoniosa y triunfal de la primavera.

Ignoro si siempre sucede así, pero la terminación de mi libro me produjo una orgullosa alegría, después una satisfacción honda y tranquila y por último un vacío penoso, algo como la ausencia de un ser querido.

Muchos se consolarán escribiendo otro libro. Yo no. ¿Qué diría yo en otro libro si mi alma entera, mi pensamiento, mi imaginación, mi amor, mis melancolías y mis nostalgias, mi fe, mi esperanza y mis sueños están en mi libro primero y único?

Un poco de fatiga y de debilidad me hicieron encontrar larguísimo el verano ardiente y muy seco. Cuando empezaron a caer las hojas mi amigo me dió consejos higiénicos, con la misma sobria cordialidad con que me había dado miel y frutas.

— Cuídese de la humedad, coma más y trabaje menos — fué su último consejo envuelto en humo.

Un ataque de gripe me retuvo en cama durante algunos días. El último día de la semana supe simultáneamente que mi pobre amigo había muerto de un síncope cardíaco y que me nombraba su heredero en un testamento hecho unos meses antes.

Me entristeció la desaparición de aquel hombre bueno y afectuoso que me había comprendido.

Mi padre me acompañó a visitar mi propiedad.

Yo me descubrí y entré conmovido en la humilde casita llena de recuerdos y de imágenes de los pasados días. Creí volver a ver a mi silencioso amigo que me miraba trabajar mientras la brisa, el sol, las abejas y las mariposas entraban a curiosear en torno a mi mesita. La hirsuta cabeza gris, el rostro curtido y los ojos profundos parecían estar allí dándome la bienvenida.

Salí muy emocionado, oyendo, sin comprenderlos, los consejos de mi padre respecto a la pequeña herencia. Además de la casita y su huerta había dos mil pesos depositados en un banco. Aprobé sin escucharlos los proyectos de mi padre y le dí plenos poderes.

Gradualmente una intensa alegría y una profunda gratitud me llenaron el alma: ¡ya podía imprimir mi libro! No tendría que ahorrar durante largo tiempo para pagar la edición. Yo era rico, puesto que podía llenar mi mayor ambición.

Cuando volví a la oficina mi paso era más seguro, mi mirada más firme; mis compañeros me miraron y después de cambiar un saludo volvieron a sus tareas respectivas. A la salida retuve a uno de ellos, lo convidé a tomar una taza de café y le pedí informes. El tenía un hermano abogado que había publicado su tesis y podía enterarme de lo que costaría mi libro y me diría dónde sería mejor hacerlo imprimir. Este compañero y otros deliberaron y me dijeron que en Barcelona se hacían trabajos preciosos, esmeradísimos y a precios económicos. Resolví encargarlo a una casa editora de Barcelona.

La noticia de que yo había escrito un libro cundió en mi pequeño círculo y me dió cierta notoriedad; poco después volví a mi habitual penumbra.

La vida revestía ahora para mí un interés profundo; todo lo que se refería a Barcelona me atraía; compré postales con vistas de la ciudad, del puerto y de Monjuich.

Me sentía casi feliz. De noche un molesto estado febril me impedía descansar, y la tos que me quedó después de la gripe no desaparecía, pero todo eso era secundario.

Ya nadie se acordaba en mi casa de mi falta de sentido práctico. Mi padre me enteraba de cosas que yo aprobaba antes de haber escuchado; mi madre, inquieta y cariñosa, me rogaba que durmiera y que comiera; recibí una nota del jefe de mi oficina concediéndome una licencia que yo ignoraba haber solicitado.

La fiebre, la tos, la lluvia, el frío, el semblante entristecido de mi padre, los ojos llorosos de mi madre... ¡cuánta tristeza!

¡Ah! pero aquí viene un rayo de sol: ¡una carta de Barcelona!

He roto el sobre con dedos trémulos de impaciencia. El libro está impreso y llegará a Buenos Aires dentro de pocas semanas.

¡Mi libro viene!

....

Un cajón que nadie reclamaba pasaba de uno a otro depósito de la Aduana. Algunas veces quedaba olvidado durante meses y después volvía a emprender su peregrinación. Empezaban los clavos a aflojarse y las tablas a separarse en un ángulo. Una vez recibió un golpe tan violento que se abrió y así quedó cerca de una claraboya. El polvo, las arañas y el agua profanaron aquel frágil cajón.

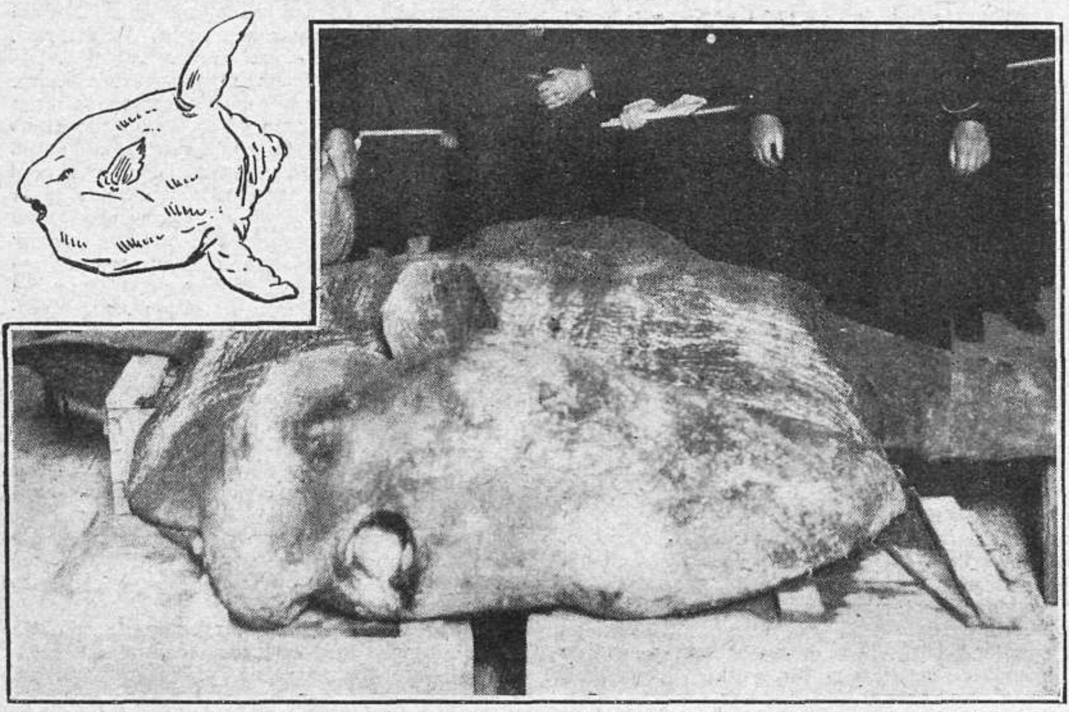
La obra de destrucción continuó lentamente; los cuadernillos sueltos y manchados, las tapas desprendidas y rotas salieron por las aberturas del cajón desvencijado; el viento se llevó algunas páginas ¡quién sabe a dónde!

El libro, como un expósito, sin amor y sin rumbo, siguió rodando y despedazándose en el áspero camino, llevando consigo un tesoro de ternuras y de ideas ignoradas. El cajón, casi vacío, sin tapa, sin forma, cubierto de manchas y lleno de astillas, fué abandonado en un galpón después de su larga «vía crucis».

Un empleado nuevo miró un día al interior del cajón que iba a ser llevado entre la paja y los deshechos, y sacó el único volumen sano que quedaba entre el montón de papeles húmedos, manchados y revueltos. Lo abrió y buscó el nombre del autor, pero solo encontró dos iniciales. El libro expósito no tenía padre: era anónimo.



Un monstruo marino



Fotografía del extraordinario ejemplar de la fauna marina pescado en las costas de Mar del Plata que se ha exhibido recientemente en esta capital. Este pez, notable por su tamaño, dos metros 30 centímetros de largo por uno cincuenta de alto, pertenece al género Ortagorisco, único dentro de la familia de los ortagoriscidas, peces óseos o teleósteos, orden de los plectognatos, que se caracterizan por tener el cuerpo trunco posteriormente, piel dura, espesa, no distensible, aletas dorsal y anal colocadas muy atrás, cerca del órgano propulsor, y carecer de huesos pelvianos. A este género pertenecen los Molas, o "peces lunas", y el Oblongus Schneid, de cuerpo más alargado, tipo en el cual posiblemente débese clasificar este ejemplar.

EL NUMERO DE



correspondiente a mayo, que aparecerá el día

4

de junio, publica una interesante nota fotográfica y literaria acerca del homenaje a Ricardo Palma celebrado en Lima por iniciativa del ministro argentino en el Perú, don Ricardo Levillier.

SUMARIO

Colaboración literaria: "El humorismo norteamericano", por **Francisco Grandmontagne,** ilustraciones de **Sirio.** "Mediodía de todos", versos de **Fernández Moreno,** ilustración de **Alvarez.** "El origen del shimmy", por **Enrique M. Rúas,** ilustraciones de **Sirio.** "Tríptico", por **Ignacio Allende,** ilustración de **Macaya.** "Las fuentecillas del parque", por **J. Muñoz San Román.** "La joya de las joyas", por **Arturo Lagorio,** ilustración de **López Naguil.** "La mantilla beata", por **Eduardo del Saz.** "Anselmo Miguel Nieto, el pintor de la aristocracia española", por **Manuel García Hernández.** "La última moda", por **Clara Patek.** "Tradiciones constitucionales. Alvear en el Congreso". "En honor del Presidente. Recepción en la embajada norteamericana".

Reproducciones a cuatro colores: "Retrato del emperador Carlos V", tabla de **Franz Holbein.** "Tipos segovianos", óleo de **López Mezquita.** "Autorretrato", óleo de **Gustave René Pierre.** A dos colores: "Retrato de la señorita Carmen Lynch", por **Witcomb.**

FIESTAS PATRONALES. — Aspecto de la procesión al pasar por la plaza Mitre, llevando la imagen del santo patrono.

Niñas de asociaciones religiosas que tomaron parte en los festejos realizados.



DISCOS DOBLES "NACIONAL" - NOVEDADES DE ACTUALIDAD

EL HIMNO NACIONAL ARGENTINO

Cantado por el célebre barítono

ARMAND CRABBE

Acompañamiento de orquesta y coros del TEATRO COLON

Disco de 30 ctms., a $ 4.75 (N.° 84001)

DUO GARDEL-RAZZANO (con 4 guitarras).

Disco Doble "NACIONAL", de 25 ctms., a $ 3.25

18071 (**Buenos Aires.** Tango (Solo Gardel). Jovés-Romero.
(**Mi refugio.** Tango. (Solo Gardel). Cobián-Córdoba.

FRANCISCO BIANCO (Pancho Cueva).

Discos Dobles "NACIONAL", de 25 ctms., a **$ 3.00**

127 (**Confidencia.** Canción. F. Bianco.
(**La doma.** Milonga. F. Bianco.

ORQUESTA ROBERTO FIRPO.

6171 (**Celosa...!** Tango. M. Jovés.
(**Sollozos del alma.** Tango. S. Paris.

UNA MAQUINA PARLANTE, ULTIMO MODELO. ES ELEGANTE, SOLIDA Y DE VOZ POTENTE.

NO DEBE FALTAR NI EN EL HOGAR MAS HUMILDE.

$ 35.00



PIDA Grafófono Glücksmann N.° 452.



Monseñor Alberti y demás autoridades eclesiásticas y civiles ocupando la cabecera de la mesa durante el tradicional banquete celebrado en la casa consistorial.

El intendente municipal, ingeniero Domingo Repetto, con el diputado provincial, doctor Manuel Obarrio, y demás autoridades de la comuna local.

DIA DE SENTENCIA

El día se levantó claro, limpio transparente: un verdadero día de ángeles. Por detrás de las ondas de la marea baja, que, a modo de verdeante anfiteatro, dan la vuelta a los últimos términos del alegre panorama, asomaban los rayos de un sol risueño, recién nacido de las aguas del mar. Y a medida que el sol escalaba el prodigio de los cielos, más gente acudía al lugar del espectáculo. El tiempo convidaba a abandonar el trabajo. Habían pasado las postreras ráfagas invernales, y todo hablaba a los sentidos de gozo, de deambulación, de fiesta. Aun no había llegado la primavera; pero ya palpitaba su preludio.

—¡Qué mañana tan hermosa! — decían unos.

— ¡Malograda para el trabajo! — exclamaban otros.

Muchos concurrentes, antes de llegar a la Explanada de los Urdidores, daban un rodeo, escalando la Sierra, para detenerse unos momentos a beber un trago o comer un bocado en cualquiera de las tabernas o barracas que, coronadas de banderolas, se esparcían al pie de la montaña de cara al mar. Pero otros había que, lejos de entretenerse, iban directamente, decididos, por miedo a encontrarse sin sitio a la hora de la sentencia. Es claro..., los que habían madrugado, no sólo lo verían todo mejor, sino que podrían sentarse en las alfardas de urdir, arrimadas a las tapias. Y como era grato estar allí tomando el sol de primera hora en aquella madrugada aun fresca de mediados de marzo, muchos, en el ansia de la espera, se consolaban con el tibio calorcillo del abrigaño.

Media hora antes de empezar la función, ya la gente llenaba el glacis. ¡Una mezcolanza! ¡Una chusma!...

Se diría que todos los cafetuchos, las timbas y las tabernas de los barrios bajos habían derramado allí toda la morralla que hormigueaba entre empellones, engolosinada por el olor carnal y por el hálito de agonía y muerte que ya se sentía llegar como si flotara en el ambiente.

— ¿También has venido a guipar cómo la diña el Largo? — gritaba una matorranga a un pillastrón.

— ¡Naturalmente! A ver si tiene tantos riñones como dicen.

Quién más, quién menos, todo el mundo acariciaba la curiosidad de saber la presencia de ánimo del reo en el patíbulo. Querían ver si se le arrugaba el ombligo a aquel hombre de sangre fría, que, a cuatro pasos del suburbio, como quien dice, había sido el terror de viandantes y carreteros. Ahora se pondría en claro la valentía que la gente atribuía al famoso bandolero. Ahora se sabría bien, ahora se vería...

Ya lo afirmaba un viejo, con prosopopeya sentenciosa.

— No es lo mismo asesinar gente de paz y mancillar doncellas indefensas, que verse de repente entre las manos del verdugo.

La horrible curiosidad patibularia se iba agarrando en los corazones, y hasta a los menos crueles se contagiaba como una lepra el terrible deseo de ver morir un hombre a garrote.

Porque no eran solamente gentuza de mal vivir los hombres, las mujeres, la chiquillería, que igual que gotas de agua se perdían en el hirviente torbellino de la muchedumbre; también se mezclaban honrados trabajadores de los talleres y fábricas, y pacíficos menestrales de la ciudad antigua, que, como la chusma, habían acudido a la Explanada arrastrados por la fruición inconfesable de horrorizarse un poco con la postrera contorsión del reo. Hombres había que por nada del mundo habrían dejado perder la sentencia; porque así como habían asistido de niños a otras, cogidos de la mano de sus padres, acompañaban a sus hijos para hacerles presenciar el mal fin a que el mal obrar conduce. Eran de aquellos que esperan que el sentenciado retuerza el pescuezo para dar a los chicos la tradicional bofetada que les sirva de experiencia.

Además de los menestrales humildes, habitantes de los barrios bajos, también se hallaba algo de señorío en el poso de la turbia mezcolanza: gente hastiada de placeres y goces mundanos, que busca en lo más tétrico de los espectáculos humanos el áspero gozo de un estremecimiento. Algunos hasta parecían medio avergonzados del mal instinto que les roía el alma, y así decían con acentos de afectada indiferencia que si habían ido allí no era más que para pasear y tomar el sol, contemplando tanto gentío.

— ¡Como el día está tan hermoso!

— ¿Verdad que sí? ¡Si hasta convida!

En cambio, otros curiosos aparentaban cumplir un deber social asistiendo al acto de justicia; porque decían que aquello era un escarmiento útil a todos, un ejemplo que era preciso que todos presenciasen.

— ¡Aquí se aprenden muchas cosas! — recalcaban con doctoral convicción.

— ¡Son lecciones para el día de mañana!

La verdad era que, en el fondo, señores y menestrales, obreros y gente del hampa, todo el mundo se sentía misteriosamente unido por iguales impaciencias, por las mismas curiosidades.

— ¡Cuánto tardan! — decían unos.

— ¡No sé a qué aguardan! — murmuraban otros.

Habían dado las siete y media, y no se advertían aún indicios ni señales de comitiva. Muchos concurrentes temían que a última hora llegase el indulto y les dejase sin sentencia. Ya hacía dos o tres días que circulaban rumores de que se removía cielo y tierra para librar al reo del patíbulo. Según se decía en los corros y grupos, el Largo era hombre de valimiento y le protegían personajes de influencia porque, formando parte de una caterva armada, en un momento de peligro había salvado la vida a uno de los políticos de más campanillas. Y todo esto daba mucho que hablar.

La ira iba por momentos inflamando el corazón de la multitud, como si uno encendiese a otro con la chispa de su enojo. Hombres hubo que empezaron a baladronar como loros contra los gatuperios de la justicia. Y un mozo joven, robusto, exaltado por la locura del ambiente, llegó a desprender una pata de una bancada de urdir y, blandiéndola en el aire con gesto amenazador, blasfemaba como un espiritado contra los hombres de autoridad que hacen mangas y capirotes de la ley. Inmediatamente, por ese instinto de las multitudes que les lleva a hacer lo que hizo un hombre solo, docenas de manos se dieron a buscar patas de banco, alfardas, como si el pueblo quisiese de aquel modo armarse para defender los fueros de la ley contra las conjuras de los que mandan. Fué una batahola, un alud de la gente, lanzándose a las herramientas. Pero las parejas de la fuerza pública, al advertir el movimien-

to tumultuoso, acudieron presurosas. El pueblo, por un momento, tuvo intención de resistirse. Y quién sabe el desastroso final que habría tenido todo aquello si, al propio tiempo que los guardias corrían, no hubiese circulado el rumor de que no se suspendía la ejecución.

— ¡Escuchad! ¡No escandalicéis! — decían los más serenos a los más forajidos. — ¡Escuchad! ¿No oís que los monagos de la Sangre siguen pidiendo para el reo? Si le hubieran perdonado, ya no tocarían las campanas.

Como aquello no podía desmentirse, porque era la pura verdad, por un instante todos prestaron atención, y allá, no muy lejos de la Explanada, se oyó el rumoreo tétrico de la cuestación. Primero fué el tintinear de la campanilla, como balido luctuoso, con temblor funerario. Después la voz del monago, acriaturada y solemne.

— ¡Por el bien... del alma... del que van a ajusticiar!

La gente se tranquilizó. La alarma no tenía motivo.

No, no; el miedo era más que todo. ¡No faltaría ejecución! Sólo algún testarudo lo negaba todavía.

— Pero ¿por qué no vienen? — interrogaba un jornalero con aire incrédulo. — Son las ocho menos cuarto, y no se ve ni sombra de comitiva.

— ¡Tiene razón! — añadieron unos impacientes.

— Ya veréis cómo tendremos que volver a casa sin haber visto la comedia.

Nuevamente la duda se apoderó de la multitud y todo volvía a enredarse. Fortuna que en aquel instante llegó una noticia que explicaba la tardanza.

— ¡El reo se ha desmayado al sacarle de la capilla! — anunciaban unos que llegaban de la cárcel, sofocados por la carrera.

— ¡Un desmayo! ¡Esta sí que es buena! ¡El pobrecito se ha desmayado! — Y se sucedieron otras pullas por el estilo.

Como si aquello tuviese la virtud de promover la alegría, a medida que la noticia se propagaba por los corros nacían las carcajadas.

— ¡Y a esto se le llama un hombre! — decían los de aquí, sosteniéndose el vientre, sacudido por la risa.

— Pues ¿qué se ha hecho la valentía del *romance*? — preguntaban los de allá, en plena carcajada.

— ¡Un asesino desmayado como una mujer!

— ¡Un bandolero en basca!

Y todos eran a reír.

Otra vez la muchedumbre era divertida y gaya. Lo que un momento antes parecía que tenía que acabar en drama de indignación se convertía en comedia regocijada. Todo eran vayas, chistes y ocurrencias. Los hampones de los barrios bajos, sobre todo, decían tales cosas, que movían a risa. Los rayos matinales, risueños, idílicos, con el mismo amor bañaban las abigarradas agrupaciones de espectadores y los uniformes de la tropa, que se había alineado a uno y otro lado del patíbulo. Hasta el mismo catafalco, ornado de negro y coronado por la horca, adquiría, besado por la luz, un aspecto menos siniestro. El sol todo lo pintaba de alegría, y como la alegría acerca a los hombres, todo era fraternidad en el glacis luminoso. Segura como estaba de que no fallaría la sentencia, la muchedumbre hormigueaba, confiada, por los aledaños del patíbulo, y entretenía el dolor de la espera con el bálsamo de aquella hora amable, sonriente, dulce, cuando de pronto se dejó oír un rumor, un ruido, que sobresaltó los corazones.

— ¡Ahora! ¡Por fin! ¡Ah! — anunciaban los que, por estar sobre las alfardas, podían extender la mirada más allá del glacis.

— ¡Ahora, ahora! — repetía suspirando la chusma, como libertándose de la postrera desconfianza.

Y un remolino de gente, venido de fuera, empujaba a los de dentro. Era que los guardias de a caballo, desenvainado el sable, abrían camino, entre la carne humana de la entrada, al fúnebre cortejo. Pero la turba, atropellada por el furioso empuje, rompió al instante en imprecaciones contra la fuerza pública, siempre odiada.

— ¡Canallas! ¿Este es modo de tratar al pueblo?

— ¡Así os arranquen las orejas, malas bestias!

Y entre improperios de los que protestaban, y reniegos de los que empujaban, y maldiciones de los que se quedaban atrás, y malas palabras de los que no querían abandonar su sitio, empezó a desfilar lentamente la procesión pavorosa. Carceleros y mozos, y oficiales del presidio, y monaguillos de la cuestación, y congregantes de los Desamparados, y cofrades de la Purísima Sangre... Comenzaban las vestiduras toscas de los seglares; seguían las cotas bermejas de la escolanía y las filas tenebrosas de los encapuchados, llevando todos cirios encendidos, que parpadeaban sin dar luz, como cegados por la claror del día. Y al ritmo cansino de unas canturías lastimeras, el fúnebre cortejo fué pasando ante los ojos febrilmente abiertos del gentío, como pasan por la imaginación calenturienta de un enfermo las fantasías del delirio.

Finalmente, en el extremo de la procesión, a la vera de la imagen del Cristo, compareció el Largo, al lado de un sacerdote que le exhortaba. Se levantó un rumor entre las turbas. Todo el mundo empujaba para ver de cerca al reo. Era un hombre alto, tan alto, que la cota negra que llevaba ceñida al cuerpo le era corta de un palmo. Estaba traspuesto, sin color, blanco como el papel...; pero llevaba erguida la cabeza y adelantado el pecho, como si con aquel aire ardido quisiese disfrazar el reconcomio interior. En conjunto, tenía una prestancia terrible y ridícula. La cara barroca que semimostraba bajo el casquete enlutado acababa de infundirle un aire grotesco. Tenía larga la nariz, colgante, indecorosa, retorcida en la punta a modo de voluta; y la barba, rizada y torcida, se le encorvaba hacia arriba, como la de un sátiro...

Una mueca de desagrado se pintó en el rostro de la multitud.

— ¡Qué hombre tan repugnante!

— ¡Hace daño verle!

— ¡Tan mala pinta!

— ¡Tan siniestra!

— ¡Oh, no las tiene todas consigo!

— Quiere aparentar valor.

— Pero la procesión le va por dentro.

La gente recordaba los modales desenvueltos del Vesana, sentenciado dos años atrás, que era un buen mozo juncal y bien parecido... La gente pensaba también en José, el de las Aleluyas, tan ingenioso, que en el propio cadalso había tenido una ocurrencia. Y al establecer estas comparaciones, la muchedumbre sentía asco por aquel pingajo que iba hacia la muerte con andar de cómico huero. No. El reo no había caído en gracia, no había sabido captarse admiraciones ni piedad. Tan sólo recogía a su paso burlas y tirria.

— ¿Y para salvar a este espantajo se han preocupado señorones? — exclamaban muchos con desencanto, mientras el reo, trastornado y trémulo, como si no pudiese llevar por más tiempo la máscara de serenidad, atravesaba lentamente el glacis, al lado del sacerdote. Reinaba por todos los ámbitos el mal humor y la inquietud, llena de desilusión. Acaso, sin darse cuenta, todo el mundo habría preferido que el sentenciado fuese más simpático, porque así la emoción del desenlace habría sido más agridulce, más contagiada de compasión. Pero... ¿qué compasión podría sentirse por un miserable que de una hora lejos ya se advertía que había

nacido para ser carne de horca? Por eso, cuando pasaba temblando por entre las murallas de espectadores, parecía que pasase por las baquetas, recogiendo sólo miradas atravesadas, palabras de desprecio, señales de befa...

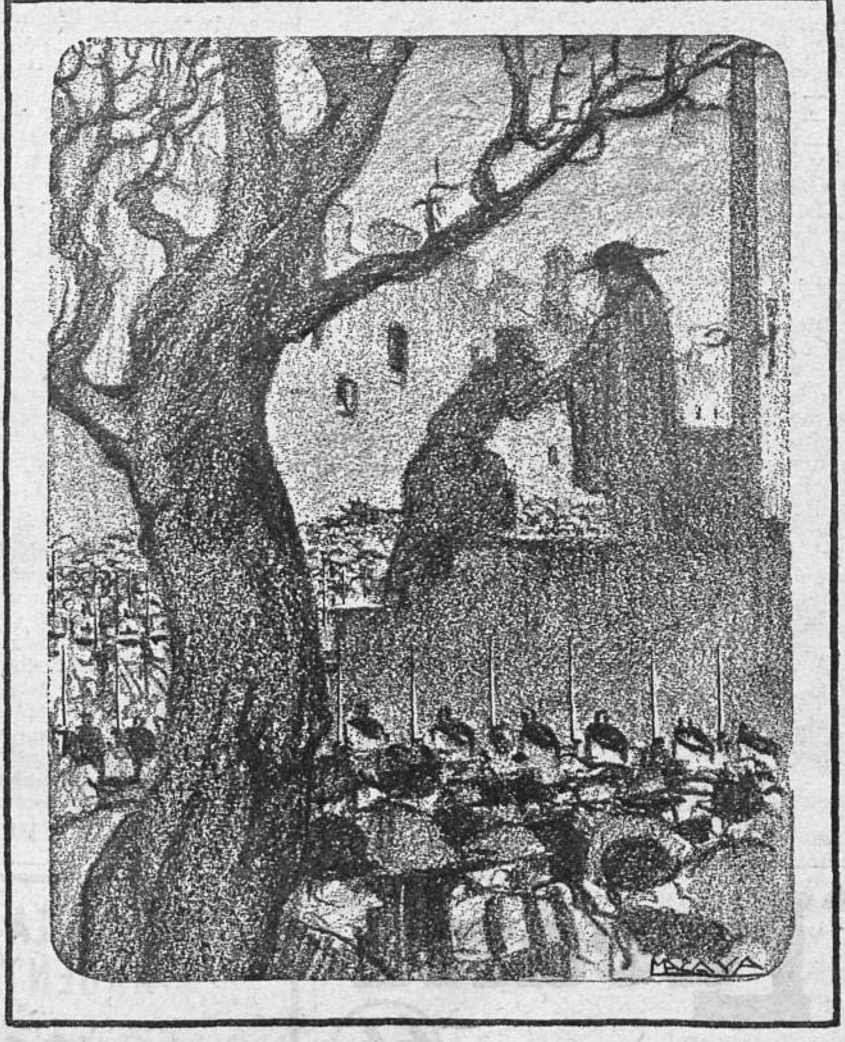
Por fin, reo y sacerdote llegaron al pie del cadalso. Pero así que iban a subir el primer peldaño, la turba, súbitamente alborotada, se removió tempestuosamente, mientras una ronca algarabía llenaba los aires.

— ¿Qué hay? ¿Qué es esto? ¿Qué pasa? — preguntaban algunos, asustados.

— ¡Allá, allá abajo! ¿No veis? — clamaban otros, señalando hacia el patíbulo.—¿No veis?

— Sí... Ahora sí... — contestaban todos, poniéndose de puntillas.

Por entre las primeras filas de la tropa se veía cruzar a un soldado con una carta atravesada en l. bayoneta, y creyendo que aquel papel encerraba la salvación del Largo, los primeros en darse cuenta habían dado el grito de alarma.



— ¡El indulto! ¡Ha llegado el indulto!

Y un rumor de indignación se elevó entre el gentío. Rugió la fiera humana como debe rugir la fiera del desierto cuando otra le arranca la presa sangrienta que lleva entre los dientes. Era como un trueno lejano, henchido de furor y rabia... Un bramido sordo, pero elocuente, que hablaba sin palabras, como diciendo: «Me arrebatáis lo que es mío; me robáis lo que me pertenece». Y muchos ojos, ardiendo en ira, se volvieron hacia las alfardas como si nuevamente buscasen las turbas armas con que defender la justicia, que iba a ser escarnecida.

Pero de nuevo se había engañado la multitud salvaje. El miedo de que le escamotearan la víctima le hacía ver visiones. El soldado no traía el indulto ni la conmutación de la pena, sino una orden para el jefe de la fuerza, y siempre, con la carta en la bayoneta, se esfumó entre el azul y el verde de los uniformes.

Se calmó el alboroto popular. Las escenas del patíbulo siguieron su curso pavoroso. Ya el reo había subido al patíbulo y le sentaron en el banco fatídico. Ahora besaba el Cristo que el sacerdote le acercaba. Ahora rezaba el Credo. Ahora, con unas tijeras, le desmochaban el cuello de la camisa... Después, el vergudo cerraba la argolla y ponía la mano en el garrote...

La multitud tenía los ojos horriblemente abiertos y las bocas cerradas, como si hubiese perdido la respiración. Tan hondo era el silencio, que el glacis parecía desierto. Y en medio de aquella quietud se oyó un crujido. Muchos espectadores volvieron la cabeza. Algunos se cubrían la cara con las manos, y otros entornaban los ojos, entre estremecimientos de horror y curiosidades terriblemente sangrientas.

El drama patibulario había llegado al desenlace fatal, y una parte de la muchedumbre desfiló horrorizada. Pero otros muchos no se movieron, como si esperasen algo más. Pasado el estremecimiento de un minuto, parecían descontentos del espectáculo.

— No ha dicho una palabra — murmuraba gran parte de la chusma.

— ¿Y qué queríais que dijera, si temblaba como hoja al viento? — replicaban bravoneles de oficio.

A muchos de los que habían asistido a las últimas ejecuciones les caía el alma a los pies al pensar en el reo de aquel día, sobre todo, al recordar las palabras dirigidas a la multitud por los otros sentenciados, como premio al esfuerzo realizado por ir a verles morir.

— ¡Aquellos eran hombres!

— ¿Os acordáis de José el de las Aleluyas, que tranquilamente dijo en su última hora: «Ya podéis bajar el telón, que se ha terminado la comedia»?

— Y Vesana, que dijo: «¡Pueblo, me matan por un triste navajazo! ¡Perdonad si en algo he faltado!»

Y recordando hechos y palabras de aquellos hom-

bres bravos y serenos, protagonistas heroicos de las tragedias del glacis, la gente se quejaba del desengaño sufrido con el espectáculo que acababa de representarse.

—¡Y para ver esto hemos madrugado tanto!

—No valía la pena.

—¡Jamás se vió cosa más tonta!

Y sin que se supiese cómo ni por qué, los descontentos volvían a mirar de nuevo los útiles de los urdidores, lo mismo que si buscasen algo que les sirviese de desahogo, de diversión, en aquellos instantes de nerviosidad extraña. Faltaba un juguete cualquiera que les vengase del desencanto sufrido con la sentencia. Un deseo de romper, de destruir, de destrozar, roía el corazón de la gentuza. Y éstos para desahogar el malhumor, y aquéllos por risa, para divertirse, volvieron a echarse sobre las herramientas, probando de desherrar los bancos. Era una tentación, un prurito incontenible. Parecía que aquellas maderas tenían el misterioso poder de envenenar a las turbas, como si fuesen los culpables de su malestar. Y hombres, jóvenes y mozalbetes se dedicaban a la destrucción, cuando uno de ellos dijo:

—¡Prendamos fuego!

—¡Qué buena idea!

La coronaron las aclamaciones, los vivas y los aplausos.

—Sí, sí, ¡fuego! ¡Ahora ya se han ido los guindillas!

Y mientras uno disponía trozos de papel a modo de chamarasca, otro raspaba las cerillas, los demás recogían astillas, y en un momento se elevó una llamarada chisporroteante y viva, como la de una hoguera de San Juan.

Fué un bullicio, una gresca, una gran alegría popular. Pero la algarabía duró sólo un instante, porque la fuerza pública lo advirtió desde lejos y acudió en seguida, tanto para detener el daño como para despejar. Todo el mundo huyó de allí como pudo, mofándose de la fuerza pública por las fatigas que pasaría para ahogar el fuego. ¡No fué menuda la batahola!

Gran parte del gentío, en lugar de volver a su casa, echó tranquilamente hacia la montaña, para estirar las piernas. Al fin y al cabo, iba ya perdida la mañana, y valía más aprovechar lo bonancible del tiempo. Tabernas y barracones no daban abasto. ¡Era tan agradable pasar el rato allí, sintiendo la dulce caricia del tibio sol de aquella hora y el aliento perfumado de los árboles, que florecían al primer beso de la primavera! ¡Era tan grato contemplar la mar bordada de oro! Vigiladas de cerca, paseaban al sol muchachas libres y obreras desocupadas, disfrutando por aquellos lugares idílicos del brazo de los gañanes. Y hablando de los terribles episodios presenciados, del miedo tembloroso del ajusticiado y de la mala catadura del verdugo, parecía que las parejas sintiesen crecer con el recuerdo el insano placer que les proporcionara aquel macabro espectáculo.

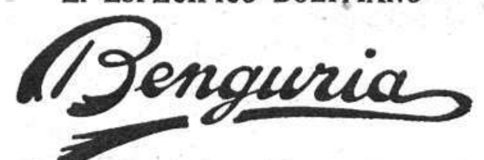


¿Tiene usted cabello escaso y sin vida a pesar de tonificarlo diariamente?

—«¿Por qué será — preguntan muchas personas al presentarse para su primer tratamiento en uno de nuestros consultorios — que a mi cabello le falta vida y lustre, o es seco, duro y difícil de peinar, a pesar de que lo cuido regularmente?»

La respuesta es que el cuero cabelludo necesita ejercicio y mucha limpieza para tener cabello sano y hermoso. Una cosa sin la otra no es suficiente.

El ESPECIFICO BOLIVIANO



preparado a base de vegetales extraídos de la flora boliviana, se elabora especialmente para suplir esa necesidad del cuero cabelludo. **Destruye la caspa y cura radicalmente la calvicie, devolviendo a las canas el color natural del cabello sin teñirlo.**

La tonificación regular del cabello es muy importante, pero lo es más aún — para conservar, recuperar u obtener exquisita hermosura de su cabellera — friccionar el pericráneo con el **Específico Benguria.**

En esta forma el **Específico** penetra y nutre el cuero cabelludo. Cada aplicación de **Benguria** hace que la sangre circule con más facilidad y las glándulas funcionen normalmente.

Las glándulas oleosas y tejidos bien alimentados aseguran un cabello hermoso, sano y abundante, libre de caspa y de grasitud, evitando asimismo que sea seco.

Sírvase escribir al doctor **Rafael Benguria B.** solicitando detalles sobre su maravilloso invento.

UNICO LUGAR para la venta del Específico en esta ciudad, atendido personalmente por su propietario

Dr. Rafael Benguria B.

Avenida de Mayo, 1239. — Buenos Aires. — Unión Telefónica 5753, Rivadavia

SUCURSALES:

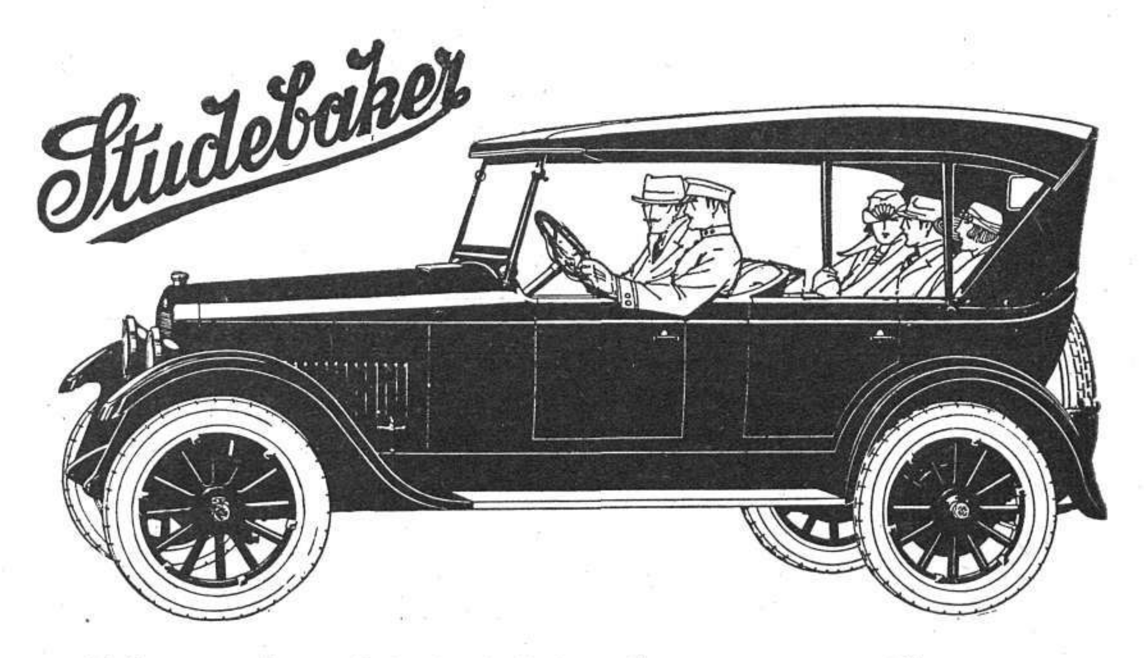
En Rosario de Santa Fe: "La Buenos Aires", Córdoba esquina Entre Ríos — En la Plata: Jockey Club Avenida 7 esquina 51. — En Santiago de Chile: Moneda esquina Estado. — En Montevideo (R. O.): Sarandí, 429.

ATIENDO PEDIDOS Y CONSULTAS DE PROVINCIAS POR CORRESPONDENCIA

Bellas Artes

El Presidente de la República, doctor Alvear, con los miembros de la Comisión Nacional de Bellas Artes contemplando los trabajos expuestos en el IX Salón de acuarelistas, pastelistas y aguafuertistas, que en conjunto ofrecen una encomiable nota artística.

El doctor Alvear rodeado por las alumnas de la Academia de Bellas Artes al abandonar la exposición.



Más de 100.000 Automovilistas
Recomiendan el "Seis Liviano" Studebaker

El "Seis Liviano" Studebaker ha demostrado su sólida construcción y la seguridad y economía de su funcionamiento a más de 100.000 automovilistas que han optado por este coche.

La prueba de su economía ha quedado establecida en 27 ensayos verificados en distintas partes del mundo, durante los cuales ha dado un promedio de 9 1/2 kilómetros por litro de gasolina.

No puede invertirse mejor el dinero que en la compra de un automóvil "Seis Liviano" — pues, además del testimonio de los cien mil compradores que manifiestan su entera satisfacción, hay que tomar en cuenta la fama de que goza la empresa Studebaker desde hace 71 años, por su integridad en las transacciones y la excelente calidad de sus productos.

El coche de turismo Studebaker "Seis Liviano" es un automóvil de *calidad* ofrecido a un precio de *cantidad*. Su precio entregado en la casa de Vd. es de **$ 4.550.** Queda Vd. invitado a examinar el "Seis Liviano" en nuestros salones de venta.

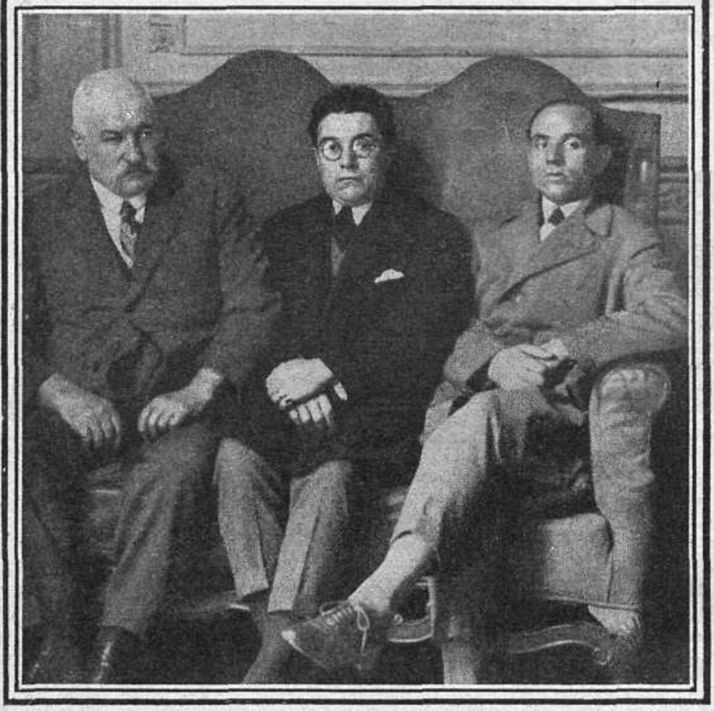
The Studebaker Corporation of America

Montevideo:
Avenida 18 de Julio, 912

Buenos Aires
Avenida de Mayo, 1235

Nuestros Talleres, situados en la Avenida Quintana, 59-63, están a la disposición de todos los dueños de coches Studebaker. Equipo moderno y expertos mecánicos, aseguran un servicio cortés, rápido y eficaz.

Cámara de Comercio Argentina



Señores Andrés G. Mitjans, presidente de la Cámara de Comercio Argentina de Río de Janeiro; Ernesto J. Oca y José R. Trotz, secretarios, que nos visitan a fin de desarrollar un vasto plan de propaganda que acreciente el intercambio comercial entre Argentina y Brasil.

LOS FERROCARRILES EN EL ORIENTE

La principal característica de los ferrocarriles japoneses y coreanos administrados por japoneses es una escrupulosa limpieza y casi una gracia festiva en los departamentos, no olvidando los excelentes vagones-restoranes en donde las más variadas comidas europeas están servidas por impecables camareros. Pero pasando a China ya es otra cosa; la pulcritud deja mucho que desear y puede darse el caso de recibir durante el viaje la desagradable sorpresa de ser secuestrado por una banda de aventureros. En Siam los trenes no viajan de noche para no topar con las bandadas de elefantes y de búfalos que vagan por aquellas selvas; el tren se para y los viajeros descansan en pabellones construídos para este objeto. En los ferrocarriles indios, salvo en los trayectos más importantes, a la hora de las comidas el tren se para y los viajeros se reunen en mesas particulares, en las cuales, si los manjares no son muy exquisitos, está compensado por la alegre cordialidad que reina en las comidas.

Hay sentimientos que no se pueden contener en el pecho de un amante de la patria; ellos rebosan agitados por su propia violencia, y a pesar del mismo que los abriga una fuerza imperiosa los comunica.

— Quien dijo, «lo que abunda no daña», ni recibió palos a cansar la mano ni dineros a pedir de boca.

LA CALAVERA DE ADAN



Don Primitivo Peña del Canto Rodado, nacido en la Edad de Piedra, hombre prehistórico, o sea anterior a la época de la invención de las historias, fábulas y cuentos con que hoy nos engañan,



conoció en un bar, durante un viaje de placer a la ciclópea ciudad de Las Cavernas, a Pepita Pedernales de Chispa, encantadora chica, sin historia aun por ser prehistórica, que con sus encantos le dejó encantado.



Su tez era de alabastro, su pecho de ónix veteado, sus brazos de mármol de San Luis. Don Primitivo se quedó petrificado de amor y decidió casarse con ella, más o menos morganáticamente.



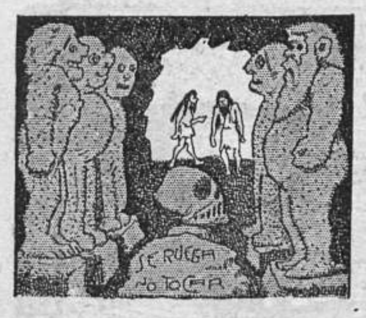
Y a las nueve lunas, pues aun no se contaba el tiempo por meses, tuvieron el primer fruto de amor, hermoso y rollizo nene, que dado el pétreo talento de sus padres, prometía no ser un adoquín.



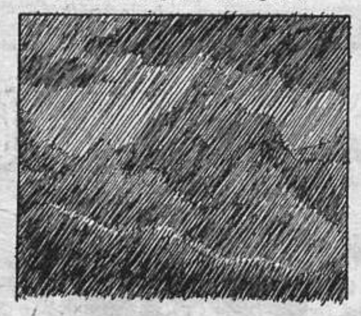
El papá, deseando darle una gran educación, quería, al ver sus ideas torcidas, que estudiara derecho y se hiciera doctor, o si no quinielero, pero al chico le gustaba el descanso y le tiraba ser caricaturista en piedra berroqueña.



Y le causaba al padre grandes disgustos con las mordaces caricaturas que esculpía de los patriarcas, próceres y mandones de la ciudad, los que le amenazaron con machucarle la cabeza a pedradas.



Ya famoso humorista pétreo, hizo una gran exposición o feria franca de sus obras en la Gruta Museo Nacional, llegando a cobrar por la cabeza de un prócer seis cabezas de mastodonte, diez de rinoceronte y tres plesiosaurios.



Cuando más gozaba de sus glorias vino el diluvio universal que tan encharcado dejó al mundo por muchos siglos, borrando del mapa la ciudad con todas las calles, plazas, arrabales y obras de arte que tenía.



Como en los folletines, han pasado cien mil años. Una expedición de sabios, geólogos, antropólogos, antropófagos y antropométricos cae por aquellos pagos en busca de la pétrea ciudad y sus riquezas.



Los que después de remover muchas toneladas de tierra descubren una gruta llena de restos humanos petrificados, y una calavera que sospechan perteneció al primer hombre que vino a la tierra cuando aun estaba desalquilada.



Y por si es un balón de football, o una bocha de bolos, o un cráneo terciario petrificado o sólo de celuloide se vienen a las manos golpeándose duramente sus mates con la oxiiicada calavera.



La Academia de Ciencias, tras largos estudios, declara que es el cráneo del primer hombre, y lo dona a un museo. Y así pasa por ser la calavera de Adán la primera caricatura que se hizo en el mundo.

DIBUJOS DE REDONDO


LA FAMOSA
Concertola
SERA IMITADA
PERO JAMAS IGUALADA
AMERICA
Concertola
¡FESTEJE
EL DIA DE LA PATRIA!
Adquiriendo la famosa "CONCERTOLA" y haciendo resonar con ella los Himnos y Marchas Nacionales!
CON SOLO $ 250 AL CONTADO
o bien: $ 25 al contado y 10 mensualidades de $ 25 cada una, entregamos este maravilloso aparato, igual al dibujo, el más perfecto y harmonioso conjunto de arte y estética que jamás se haya podido ofrecer a precio tan módico.
OTROS MODELOS desde....... $ 45
Pidan catálogo N.º 21.
DISCOS RECOMENDADOS:
68238 Himno Argentino. Cantado por Aldea y Quesada, con orquesta. Marcha 4 de Febrero. Banda 6.º Infant. $ 4.60
85083 Himno Argentino. Cantado por el bajo Mardones. El Artillero. Canción. $ 5.—
22035 Himno Argentino. Banda militar Saludo Militar. Marcha. Banda militar. $ 3.—
22034 San Lorenzo. Marcha. Banda militar. El Tala. Marcha. Banda militar. $ 3.—
22037 Ituzaingo. Marcha oficial. Banda militar Tres Arboles. Marcha. Banda militar. $ 3.—
T 247 Mi Bandera. Marcha cantada. Vida Beata. Marcha. Banda 1.º Infant. $ 3.—
21011 Batalla de Tucumán. Estilo. Desde entonces. Vals. Payador Betinoti. $ 3.—
Ofrecemos el más grandioso y selecto surtido en Bailables modernos, Cantos Nacionales y Extranjeros, Operas y música clásica. — Solicite catálogo N.º 22, enviando $ 0.20 en estampillas.
CASA AMERICA
STAHLBERG & RIGOTTI
AVENIDA DE MAYO, 979 — BUENOS AIRES
NO TENEMOS SUCURSALES
(NO CERRAMOS LOS SABADOS)



Conocerá usted la nota más elevada de lo delicado y de lo selecto al comprar

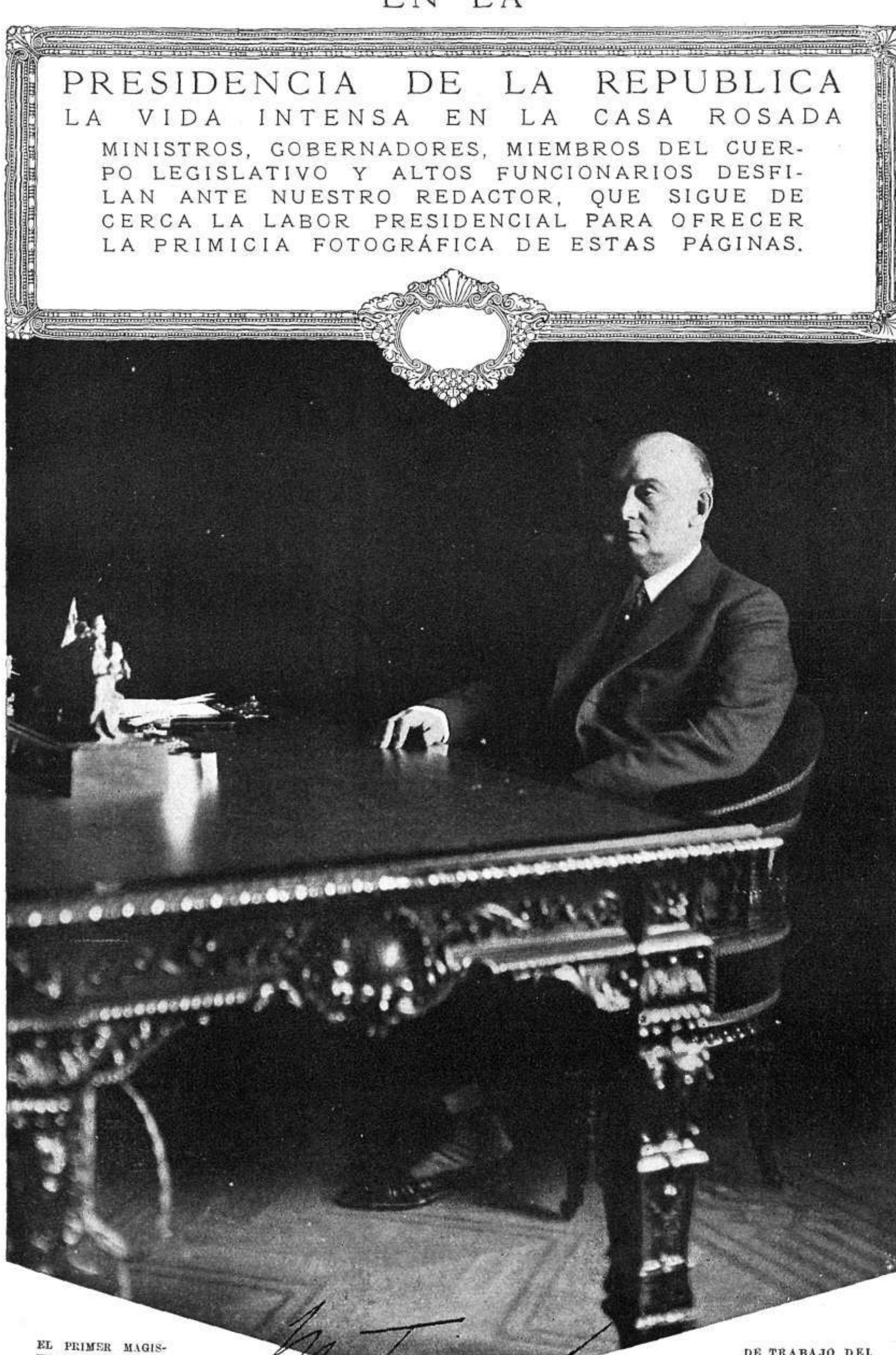
Oporto DOM LUIZ

cuyo éxito mundial es una deslumbradora prueba de su rápida eficacia como reconfortante y de su exquisitez como vino generoso.

BUENOS AIRES, 26 DE MAYO DE 1923

AÑO XXVI — CARAS Y CARETAS — N.º 1286

EN LA



PRESIDENCIA DE LA REPUBLICA

LA VIDA INTENSA EN LA CASA ROSADA

MINISTROS, GOBERNADORES, MIEMBROS DEL CUERPO LEGISLATIVO Y ALTOS FUNCIONARIOS DESFILAN ANTE NUESTRO REDACTOR, QUE SIGUE DE CERCA LA LABOR PRESIDENCIAL PARA OFRECER LA PRIMICIA FOTOGRÁFICA DE ESTAS PÁGINAS.

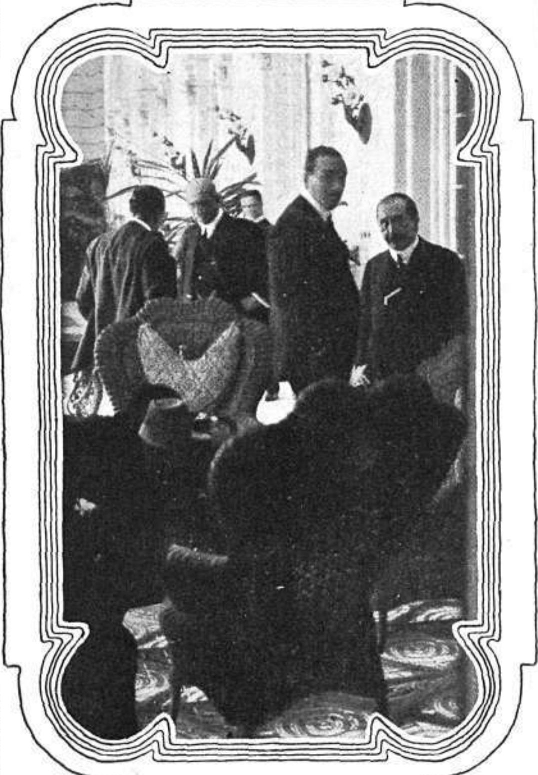
EL PRIMER MAGISTRADO EN SU MESA DE TRABAJO DEL DESPACHO OFICIAL.

EL DOCTOR ALVEAR LLEGANDO A LA CASA DE GOBIERNO.

Pocos días fueron suficientes para que el doctor Alvear diera a la Presidencia de la República una fisonomía propia. Poseyendo un excedente de cualidades aristocráticas, nuestro presidente es, y en ello no hay paradoja, un gobernante esencialmente demócrata. Y no porque en un mensaje insistiera en serlo para convencernos. Basta con visitarlo. La prensa ha vuelto a encontrar en la Casa Rosada la casa de cristal donde vivieron nuestros presidentes históricos, seguidos sus actos y pensamientos día a día por la opinión que debía grabar, con más o menos justicia, su nombre en la piedra conmemorativa de la nacionalidad.

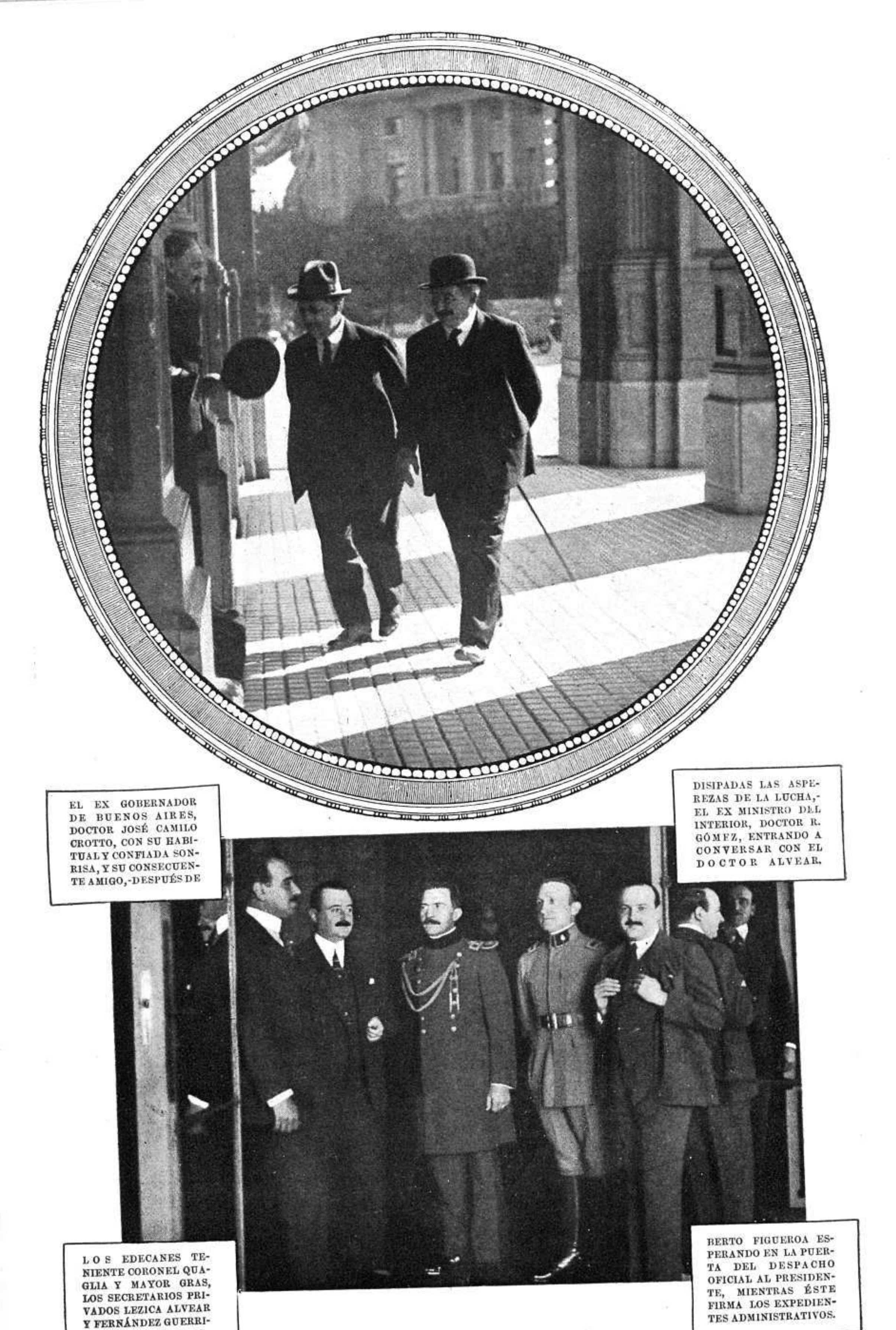
He visitado al doctor Alvear y me ha recibido en su calidad de dueño de casa. He podido seguir la jornada de labor intensa del mandatario que, como lo dice una vieja imagen retórica del tiempo de Ulises, «tiene en su mano el timón del estado». Ninguna tarea tan dura ni menos envidiable por cierto. No hay funcionario más ocupado. Su día no le pertenece, y escapando al asalto ininterrumpido de consultas y solicitaciones, las horas que le restan son demasiado breves para meditar en los contradictorios y urgentes problemas que debe resolver horas más tarde.

Al rededor de su despacho son varias las salas cargadas de ministros, funcionarios, huéspedes distinguidos, diplomáticos, postulantes, simples visitas de cortesía y de aquellos que alzan siempre la mira de su objetivo



EL SENADOR POR LA CAPITAL DOCTOR VICENTE GALLO CONVERSANDO DE LOS SUELDOS A ORO DEL CUERPO DIPLOMÁTICO Y LA JUBILACIÓN, CON EL FUTURO MINISTRO EN BÉLGICA, DOCTOR ALBERTO FIGUEROA.

y suponen que debe ser el presidente de la nación el que ha de expedirse sobre sus asuntos particularísimos. Toda esta muchedumbre en contra de un hombre solo. Las antesalas desbordan, la espera afiebra. Y están además los acuerdos de gabinete, las recepciones, los actos de representación, los viajes. Durante seis años, por donde quiera que fuera, no puede



EL EX GOBERNADOR DE BUENOS AIRES, DOCTOR JOSÉ CAMILO CROTTO, CON SU HABITUAL Y CONFIADA SONRISA, Y SU CONSECUENTE AMIGO,-DESPUÉS DE

DISIPADAS LAS ASPEREZAS DE LA LUCHA,-EL EX MINISTRO DEL INTERIOR, DOCTOR R. GÓMEZ, ENTRANDO A CONVERSAR CON EL DOCTOR ALVEAR.

LOS EDECANES TENIENTE CORONEL QUAGLIA Y MAYOR GRAS, LOS SECRETARIOS PRIVADOS LEZICA ALVEAR Y FERNÁNDEZ GUERRICO Y EL DOCTOR AL-

BERTO FIGUEROA ESPERANDO EN LA PUERTA DEL DESPACHO OFICIAL AL PRESIDENTE, MIENTRAS ÉSTE FIRMA LOS EXPEDIENTES ADMINISTRATIVOS.

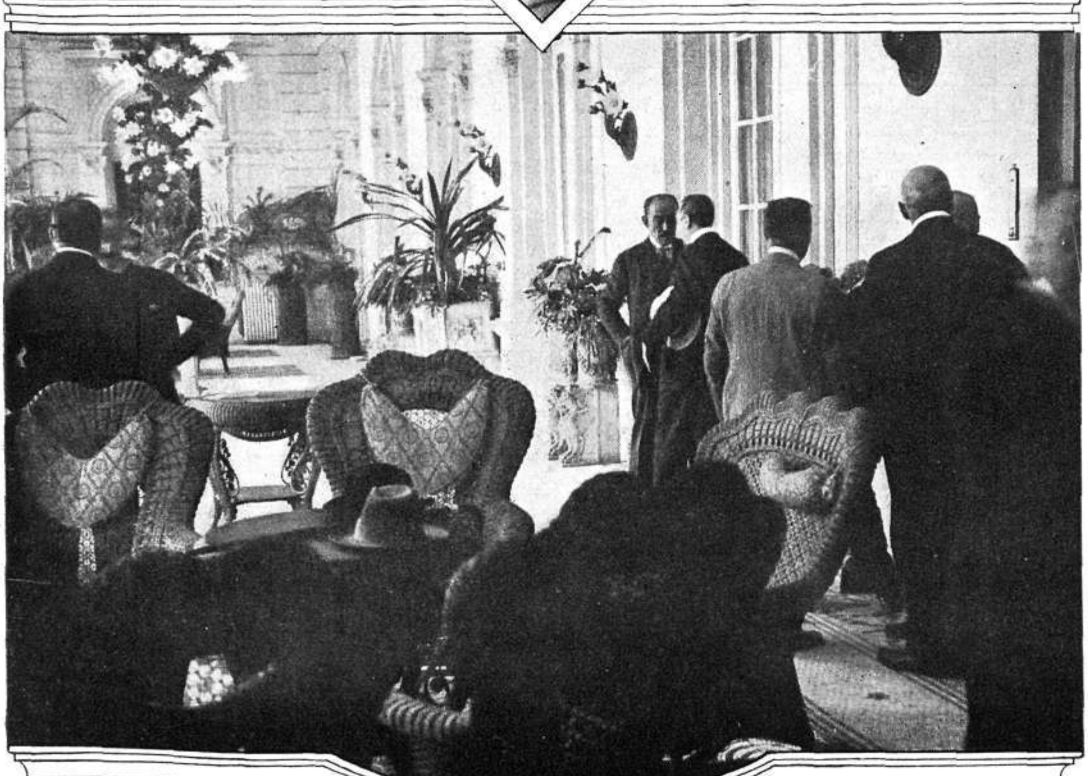
UNA FOTOGRAFÍA HISTÓRICA

EL PRESIDENTE DE LA NACIÓN DR. MARCELO T. DE ALVEAR EN EL SALÓN BLANCO DE LA CASA DE GOBIERNO, CON SU MINISTERIO, DE IZQUIERDA A DERECHA: DR. TOMÁS A. LE BRETÓN, DE AGRICULTURA; CORONEL AGUSTÍN P. JUSTO, DE GUERRA; DR. RAFAEL HERRERA VEGAS, DE HACIENDA; DR. JOSÉ NICOLÁS MATIENZO, DEL INTERIOR; DR. ANGEL GALLARDO, DE R. EXTERIORES; DR. CELESTINO I. MARCÓ, DE INSTRUCCIÓN PÚBLICA; ALMIRANTE MANUEL DOMECQ GARCÍA, DE MARINA, Y DR. EUFRASIO S. LOZA DE O. PÚBLICAS.



FOT. DE VARGAS MACHUCA.

EN ANTESALAS ES COMENTADA ELOGIOSAMENTE LA ACTUACIÓN DEL DR. MONTES DE OCA EN CHILE, POR EL MINISTRO DE RELACIONES EXTERIORES, DR. GALLARDO, EL DR. VERONELLI, SECRETARIO DE LA PRESIDENCIA, Y LOS SECRETARIOS PRIVADOS LEZICA ALVEAR Y FERNÁNDEZ GUERRICO.



UN RINCÓN DE TERTULIA A LA ESPERA DEL PRESIDENTE. EL SEÑOR REMIGIO LUGO, EL INTENDENTE MUNICIPAL, DOCTOR CARLOS NOEL, LOS DIPUTADOS GUIDO Y SIRI Y EL SENADOR PROVINCIAL MIERES

EL DOCTOR ALVEAR CONVERSANDO CON EL DIPUTADO CANALE EN LA PUERTA DE SU DESPACHO QUE DA AL JARDÍN DE INVIERNO, EL CUAL CON SU FLORA TROPICAL NO CONSIGUE PERSUADIR AL ACTIVO GOBERNANTE «QUE LA VIDA ES SUEÑO»

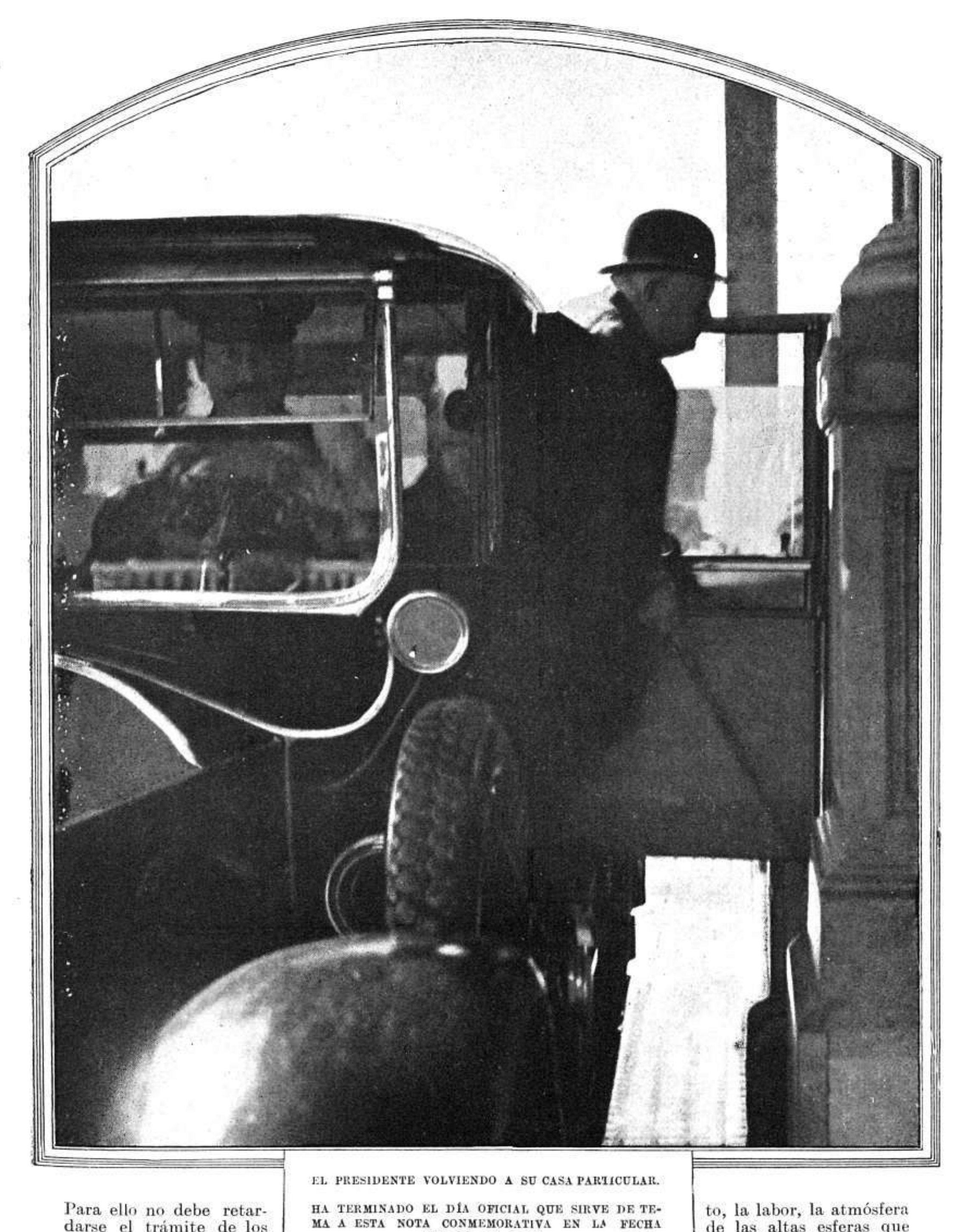
EL MINISTRO DE HACIENDA, DOCTOR HERRERA VEGAS, CON LOS DIRECTORES DEL BANCO DE LA NACIÓN, CAMBIAN IDEAS SOBRE EL PRESUPUESTO, MIENTRAS PASA EL TIEMPO EN LA ESPERA, Y NO ES UN TIEMPO PERDIDO...

olvidar que es el primer mandatario. Todo se lo recuerda y la obsesión tal vez lo hostiliza. Nadie le perdona un instante. Y toda esta extensa tarea de tacto y *savoir faire* exige salud, paciencia y distinción de espíritu que han hallado en el doctor Alvear su hombre. Y mucho mejor dicho, como lo dicen los ingleses: *The right man in the right place*. La misma fatiga que en otros conduce al descontento, no cambia la impresión de su rostro, y aquello que menos placer le causa sírvele sólo de blanco a una amable ironía. Porque para bien de la Nación, el doctor Alvear sabe sonreir. Su persona posee la desenvoltura de las buenas maneras que no están reñidas con las posiciones representativas El conde d'Orsay, embajador de Francia, había hecho de la forma de dar la mano el gesto más inteligente de su misión.

Debe regular un presidente, desde arriba, toda la vida administrativa.



LOS DIPUTADOS MARIO GUIDO Y TEODORO DE BARY CONVERSANDO SOBRE LA CUESTIÓN GANADERA QUE VAN A SOMETER AL PRESIDENTE.



EL PRESIDENTE VOLVIENDO A SU CASA PARTICULAR.

HA TERMINADO EL DÍA OFICIAL QUE SIRVE DE TEMA A ESTA NOTA CONMEMORATIVA EN LA FECHA DEL 25 DE MAYO.

Para ello no debe retardarse el trámite de los expedientes. El termómetro de la firma presidencial indica en su exactitud la moral del gobernante. Sobre el bufete del doctor Alvear los expedientes no conocen demora, y esta rápida solución dada a las gestiones que le alcanzan significarán al fin de su período una gran economía nacional. El tiempo ganado es un capital que no se va del país.

Las placas sensibles han sorprendido, el movimiento, la labor, la atmósfera de las altas esferas que muchos se imaginaban hoscas y reservadas. En muchas de ellas aparece nuestro primer mandatario, y en una que se publica fuera de texto, con su gabinete al concluir un acuerdo de ministros. En toda mi visita — en ese día del presidente — una sensación de equilibrio y ecuanimidad me alcanza. Está en el ambiente del hombre sano, honesto y feliz a quien se le han confiado los destinos de nuestra joven democracia.

VIZCONDE DE LASCANO TEGUI


FLORENCIO LEZICA ALVEAR, SECRETARIO PRIVADO.


DOCTOR PEDRO VERONELLI, SECRETARIO DE LA PRESIDENCIA.


EZEQUIEL FERNÁNDEZ GUERRICO, SECRETARIO PRIVADO.


TENIENTE CORONEL LEÓN D. QUAGLIA, EDECÁN.


TENIENTE CORONEL ABRAHAM QUIROGA, JEFE DE LA CASA MILITAR.


CAPITÁN DE FRAGATA, JULIÁN FABLET, EDECÁN.


MAYOR MARTÍN GRAS, EDECÁN.


JUAN G. LOWRY, OFICIAL MAYOR DEL M. DEL INTERIOR, ADSCRIPTO A LA PRESIDENCIA.


AGUSTÍN J. PODESTÁ, ENCARGADO DE LA FIRMA PRESIDENCIAL.


CÉSAR SUÁREZ CASTRO, OFICIAL MAYOR, JEFE DEL PERSONAL DE LA SECRETARÍA.


GOYKO CETKOVICH, AUXILIAR PRIMERO DE SECRETARÍA.


MIGUEL A DE SANTO, ENCARGADO DE LA MESA DE ENTRADAS Y SALIDAS Y ARCHIVO.

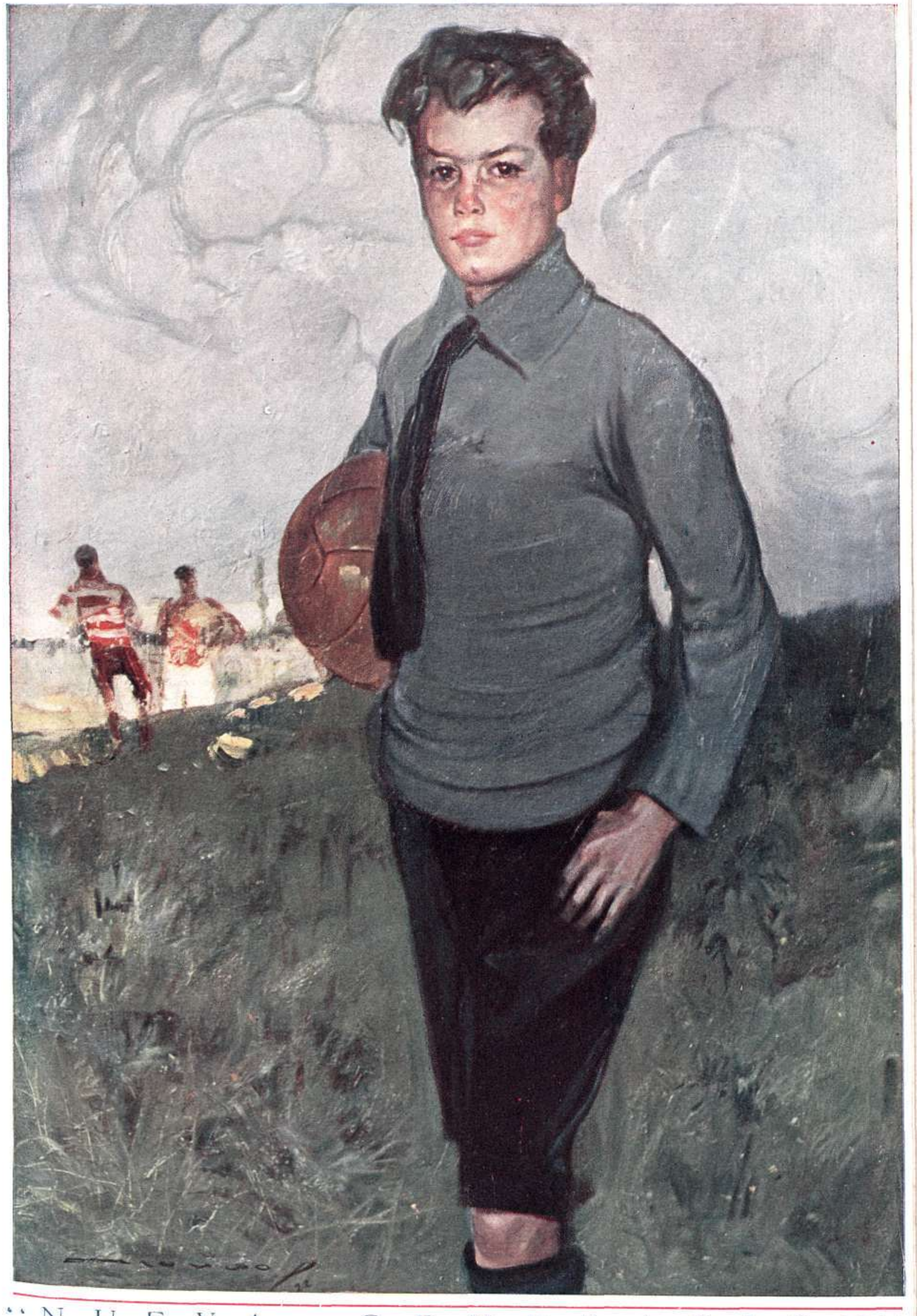

FRANCISCO LASTRA, CORRESPONDENCIA DE SECRETARÍA.


EVAR MÉNDEZ, ENCARGADO DE LA SECCIÓN BIBLIOTECA Y PUBLICACIONES.


SILVINO A. REY, CORRESPONDENCIA DE SECRETARIA.


ROQUE V. PANDOLFO, ENCARGADO DE LA SECCIÓN INDULTOS PRESIDENCIALES.

Fotografías de Vargas Machuca obtenidas exclusivamente para CARAS Y CARETAS.



"NUEVA GENERACION"

ÓLEO DE J[illegible]

ARTÍSTICO MODELO EXHIBIDO EN LAS ÚLTIMAS CARRERAS DE LONGCHAMP.



ELEGANTE ESTILO DE GRAN SENCILLEZ, CON CAPITA DE CUELLO FRUNCIDO.

ORIGINAL TRAJE DE SACO CON CINTURA BAJA Y LLAMATIVO ECHARPE.

VESTIDO DE PRECIOSO EFECTO PROFUSAMENTE BORDADO EN LA PARTE SUPERIOR.



LA CIUDAD DE LOS SUEÑOS

POR ARTURO CAPDEVILA

MÁS ALLÁ DE LAS HORAS.

Yo no podría precisar con la necesaria exactitud en qué ocasión llegué por la primera vez a la Ciudad de los Sueños; aunque paréceme casi seguro que ello fué al tiempo de un gran dolor.

Mi primera impresión se perdió en vaguedad de delirio. Sólo he recordado más tarde que predominaba en la atmósfera un tono gris.

Nada sé tampoco de la hora del arribo. No era ni de mañana, ni de tarde, ni de noche. Era más allá de las horas. Era simplemente el sueño: el aire gris y un tanto opaco del sueño.

¿Y las cosas? No había cosas. No había más que el vapor de las cosas.

UN AIRE OPACO.

Cuando hablo de este modo, diciendo «el aire un tanto opaco del sueño», ¿se me entiende bien? Confronto la expresión con mis reminiscencias y lo cierto es que finalmente no la apruebo.

¡La física de los sueños es tan distinta de lo que se llama física!...

UN DATO.

Aquel aire es grueso y sutil a la vez: *según sea el pensamiento del que mira.*

En aquel aire, pongo por caso, se puede bogar, tornándose uno más liviano que él.

Pero nadie generalice ley alguna; pues, en cambio, aquel mismo aire en que un hombre, sin auxilio de instrumentos, puede volar o bogar, impide en ocasiones los movimientos más fáciles. Quieres correr y no puedes correr. Aquel aire estorba y ataja. Aquel aire envuelve y ciñe. Aquel aire empaqueta y enfarda.

Cauteloso como de mío soy para las definiciones, yo no sabría enunciar por de pronto un concepto más claro que el enunciado: *aquel aire se conforma al pensamiento*

del que mira. ¿Pensamiento digo? Me expreso completamente mal.

DOS ZONAS BIEN DIFERENTES.

A nadie le está cerrado el camino de los sueños; esto es de toda evidencia. Pero sépase que hay dos zonas en el mundo de los sueños: la primera (todos llegan a ésta), en que apenas se dislocan un poco los sucesos comunes de la vigilia; y la segunda, que es verdaderamente una región misteriosa. En la primera, ¿qué encontraremos, como no sea el remedo y la burla de nuestros propios actos, lejanos o próximos? En la segunda, todo esto se olvida. La personalidad habitual se desvanece. Es un mundo aparte.

Ahora bien; en este mundo aparte fué donde fundaron unos antiguos genios la Ciudad de los Sueños propiamente dicha.

Algo que oí. Aquellos genios se tenían por discípulos de los Arquitectos de la Noche.

TODAVÍA LAS DOS ZONAS.

Entre los hombres que sueñan, los más se quedan en la primera etapa. Sus visiones soñadas carecen de un particular interés. Constan de un resto de realidad más que de un principio de ensueño. Limítanse a ser meramente evocaciones del ayer o cuanto más del anteayer.

Sólo más adelante se espesa, transfiguradora, la niebla del enigma.

Una noche, en la frontera misma, pregunté:

— ¿Cómo se puede avanzar?

Me dijeron:

— Hay dos caminos.

Pregunté:

— ¿Cuáles son?

Me contestaron:

— Un gran dolor o un gran crimen.

Y EN UN SUEÑO, DE PRONTO...

Y en un sueño, de pronto, noté que estaba en una ciudad desconocida; ciudad ciclópea, de inmensas construcciones, de galerías gigantescas, por donde andaba una gente que me infundió pavor y duda; gente extraña, quizás una pecadora gente que movía a miedo y a piedad.

Anduve errante a lo largo de unas calles anchísimas, a la sombra de unos descomunales edificios. Con frecuencia, iglesias y monasterios (¿cómo sabía yo que eran iglesias y monasterios?) me llenaban el espíritu de aguda inquietud.

También atravesé plazas desiertas y abandonadas, donde crecían ciertos árboles negros y crespos, tres veces más altos que el más alto ciprés.

AQUELLA GENTE.

Recuerdo este episodio:

Súbitamente dobló una muchedumbre por la esquina de una plaza vacía; una muchedumbre que no sé por qué iba en pos de un hombre. Oí que le nombraban «el mercader de olas». Sentí la brusca angustia de no saber dónde estaba. Me imaginé que «el mercader de olas» — ¡esos nombres de los sueños! — debía ejercer sobre mí un poder tiránico. Adiviné que toda la multitud me odiaba secretamente. Perturbado, traté en vano de retroceder o de esquivarme. Fué imposible. Noté aún que todos mis pensamientos se traslucían. El mercader, que vestía una hopalanda rarísima, se acercó a mí a tiempo que la columna se detenía. Me miró en los ojos, a darme con el aliento en la cara e hizo un mohín de infinito desprecio.

Nunca se clavó en mí más perversa mirada.

EL CIELO DE LA CIUDAD.

Mi primera impresión fué largamente confirmada después. La Ciudad de los Sueños está situada más allá del tiempo.

Andando plazas y calles, quise saber qué horas eran. ¿Horas?... Quise saber, al menos, si era de día o de noche. El cielo estrellado se extendía, sobre el aire gris, de un color plomizo y triste.

Y aquí diré una cosa grave: Aquellos astros plateados y pálidos, no ofrecían semejanza alguna con los de nuestros cielos. Estoy seguro. No vi una sola constelación de las que en uno u otro hemisferio presiden el humano destino. Era aquel un amontonamiento de estrellas sin orden ni ley. De ahí que sea la zona de los sueños ámbito de toda loca libertad.

Y SUCEDIÓ...

Y sucedió que un día fuí visto por los bazares de la ciudad comprando abalorios.

Y un sabio que a la puerta de un bazar fumaba en enorme pipa, hubo de interrogarme:

— ¿Para qué compras todas esas mentiras de los sueños?

A lo que respondí:

— No sé por qué las compro: por gusto de comprar.

Y el sabio dijo:

— Llévate este consejo: Trata de hacer con todas esas mentiras un poco de verdad.

— ¿Se puede?

— Se puede.

DIBUJOS DE S. RIO



ANICETO EL FATALISTA

POR ALFREDO R. BUFANO

DIBUJO DE SIRIO

Aniceto era un muchachote ingenuo y trabajador que veía las cosas del mundo con los mejores ojos posibles, y siempre con un sentido intuitivo de lo fatal.

En la escuela del lugar, Aniceto era siempre el blanco de las pillerías y burlas de sus compañeros.

¿Qué le robaban la pizarra en la que nunca escribía? Aniceto no decía ni una sola palabra. ¡Se la tenían que robar!

Todo le parecía perfectamente natural. Para su pequeño cerebro nada había de extraordinario.

Aniceto no había conocido al autor de sus inútiles días. Ni le interesaba.

— ¡Bah! — pensaba. — ¿Qué más me da saberlo que no saberlo? ¡De todos modos!...

Abandonó la escuela, porque eso de leer y escribir no le hacía ninguna gracia al microcéfalo Aniceto. Más aún, creía con la mayor seriedad del mundo que esa sabiduría estaba de más en el reino del hombre.

Un buen día se le murió la madre, y el joven fatalista se quedó lo más fresco. ¿Afligirse? No, señor. Eso tenía que pasar, sencillamente.

Ya solo, se dedicó al cultivo de su pequeño pedazo de tierra. Trabajaba, eso sí. Aniceto era trabajador. Todo lo contrario de los lejanos beduínos que se pasan los días al sol mirando las moscas.

Dedicóse especialmente al cultivo de las sandías y melones. Eso le gustaba.

Acontecía a menudo que los rapaces de la vecindad le robaban los mejores ejemplares; pero Aniceto, ¡nada!

— ¿Me roban los melones? Es porque son buenos.

— ¡Pero, Aniceto! — le decían las comadres. — ¿Por qué no los corre y los castiga?

— ¿Castigarlos? ¡No faltaba más! Me roban los melones porque tienen que robarlos.

Otro buen día el bueno de Aniceto, después de haber ido a misa y visto al salir a una muchacha del pueblo linda y fresca como su sembrado, sintió un insólito cosquilleo que no sabía si era en el pecho o en el estómago. Fué la única vez que Aniceto se preocupó por algo, pues el dichoso cosquilleo se producía cada vez que veía a la muchacha.

Una mañana fué a ver a una vieja del lugar, docta en ciencias ocultas, y le explicó el caso.

— Tenés que casarte, muchacho — le dijo la vieja; — eso es amor.

— ¿Las cosquillas?

— Sí, Aniceto.

Y Aniceto, el fatalista enamorado, salió dispuesto a casarse lo más pronto posible, pues el cosquilleo empezaba a fastidiarlo. Y Aniceto se casó.

A los pocos días del suceso estaba tan fresco y tranquilo como antes. Cuidaba sus melones, sus sandías, su caballo y, al atardecer, se iba a su rancho y conversaba, ¡Dios sabe de qué!, con su compañera.

En una de esas llegó al rancho un viejo amigo suyo. Y Aniceto se alegró. Le dijo que se quedara con él, y el otro, que no era lerdo del todo, aceptó el ofrecimiento del amigo.

Aniceto seguía cultivando su tierra, haciendo viajes al pueblo y dejándose robar la fruta por los muchachos.

Al atardecer de un día en que regresaba de un pueblo vecino notó, al entrar a su rancho, que no había nadie en él. ¿En dónde estarían su mujer y su amigo?

Fué a preguntar a un vecino, quien le dijo que los había visto salir a la tarde temprano, cargados de paquetes, con rumbo a la ciudad, y que le habían encargado recuerdos para él.

Aniceto se encogió de hombros, y, después de un minuto de reflexión, exclamó con toda tranquilidad:

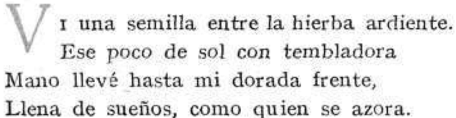
— Bueno.

Y se alejó silbando en dirección al rancho desierto.



ARTURO VÁZQUEZ CEY, COLABORADOR DE «CARAS Y CARETAS», ES UN EXQUISITO RIMADOR DE ALTOS VUELOS, UN SENSITIVO QUE LOGRA TRASMITIRNOS, EN LA DELICADA TRABAZÓN ARMÓNICA DE SUS ESTROFAS, EL FUEGO DE SUS INQUIETUDES INTELECTUALES.

La Frente y la Simiente



Vi una semilla entre la hierba ardiente.
Ese poco de sol con tembladora
Mano llevé hasta mi dorada frente,
Llena de sueños, como quien se azora.

Y hacia el oriente y hacia el occidente
La tendí... Fué visión deslumbradora:
¡Una selva latía en la simiente!
¡Daba en mi frente una infinita aurora!

En la llanura que el solar Enero
Flagelaba de luz, volví al profundo
Sueño celeste del horror primero.

Yo era Pan; materiales e ideales,
Palpitaban los gérmenes del mundo
En mi frente y mis dedos inmortales.

Nostalgia de la Pena



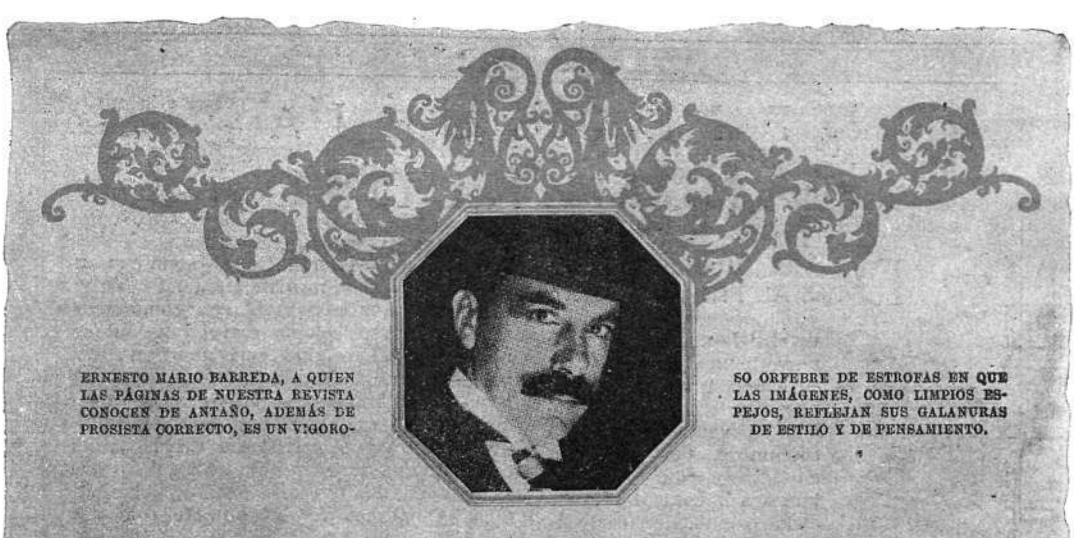
De mi penar que ha sido?
Dígome, alegre, cuando
Entre fuegos de aurora tiembla un nido
Y el silvestre zorzal está cantando.
¿Por qué su pesadumbre
No agrava ni cual seda mis espaldas,
Y en la vida me interno,
Como en fúlgida gruta de esmeraldas
Un silvano, en los ojos nueva lumbre
Y en el labio un amor que sueño eterno?
El viento cuando suena
Entre rosas doradas,
— ¡Oh, el ayer y el poniente! —
Me trae la nostalgia de mi pena,

Y al escuchar levísimas pisadas
Me murmuro: ya vuelve, a las calladas,
Con pie de ángel, quizá por los caminos
De Dios que inundará la luna llena,
O por la verde sombra de los pinos
Donde el jilguero despidió en sus trinos
La hermosura sonámbula del día,
Y tiembla de alegría
Toda mi alma serena...



ARTURO VAZQUEZ CEY





ERNESTO MARIO BARREDA, A QUIEN LAS PÁGINAS DE NUESTRA REVISTA CONOCEN DE ANTAÑO, ADEMÁS DE PROSISTA CORRECTO, ES UN VIGOROSO ORFEBRE DE ESTROFAS EN QUE LAS IMÁGENES, COMO LIMPIOS ESPEJOS, REFLEJAN SUS GALANURAS DE ESTILO Y DE PENSAMIENTO.

Dice la vida al soñador

HURRA, muchacho
De los brazos fuertes y la voz sonora!
Eres como la copa de un quebracho
Cantando en el viento a la luz de la aurora.

Los pájaros de la belleza
Harán su nido en el follaje protector.
¡Deja que los amantes desgarren tu corteza
Con las fervientes letras del amor!

HURRA, muchacho de mirada franca!
La verdad en tu fe busca su arrimo,
Como en un seto de mosqueta blanca
Donde fuera la vid a colgar su racimo.

PARA tu frente los laureles,
Si aprendes a cumplir tu deber:
Saben las abejas a quien dan sus mieles,
Y a quien da sus besos, sabe la mujer...

No hay jornada perdida,
Ni ha de morir tu canto de palpitante son:
En los labios sedientos de la vida
Como un ardiente cáliz vuelca tu corazón.

FLECHA lanzada hacia el destino,
Alma que vuelas transitoria,
Vas a perderte en el camino
O a clavarte vibrando en la gloria...

HURRA, muchacho! Corres hacia una voz lejana,
Y una sangre de luz dejan tus huellas:
Que un día pueda ungirse tu frente soberana
Sobre la cumbre azul temblorosa de estrellas!

ERNESTO MARIO BARREDA



FILOSOFIA AL MENUDEO



DE LOS LIBROS CON NOTAS AL PIE DE PAGINA

QUE el siglo XIX fué preferentemente un siglo romántico, es decir, un siglo de valores poco ponderados y poco sólidos, lo vemos hasta en la costumbre, tan extendida en él, de escribir libros con una o más notas al pie de cada página. El ochocentista puro no sabe escribir una página sin una llamada al pie, bien sea para hacer una referencia bibliográfica, bien para ampliar o aclarar el texto. Entre nosotros compruébase esta aserción, por ejemplo, en José Ingenieros. Y lo peor es que aun hombres de hoy, que se sindican como adversarios irreconciliables del siglo XIX, también siguen la costumbre; a tal extremo, aunque ellos no lo sospechen, pesan todavía sobre ellos las influencias del ochocentismo. José Ortega y Gasset es un ejemplo elocuente.

El hombre de pensamiento orgánico y de cultura aquilatada evita las llamadas de toda suerte al pie de página. En el mejor de los casos, las notas correspondientes denuncian una indebida preocupación por lo periodístico — por el libro que se acaba de leer, por la gacetilla que se ha suscitado, por lo accesorio, en fin; — y de ordinario no son sino prueba de poca confianza en uno mismo o de escasa firmeza en la expresión y en el pensamiento propios. En Ortega y Gasset (ya que lo he mencionado) son decididamente una falta de aquilatación de las ideas, pues a menudo consisten en una promesa de desarrollar más ampliamente en «otra oportunidad» algún tópico del texto.

Supóngase que un posible accidente de imprenta extravía las notas que se tenían compuestas para un libro: el accidente, además de posible, es fácil, desde que la composición de las notas no puede hacerse corrida con la del texto; una de dos: o sufre o no sufre el texto con la pérdida de las notas; en el primer caso, el texto era incompleto, en el segundo, las notas eran una adición; en uno y otro caso, pues, hay algo mal hecho y debe remediarse.





DE LOS ANTEOJOS EN LA ESCENA DRAMÁTICA

NO tengo noticia aún de que un autor dramático haya ofrecido en una obra suya una mujer joven y aventurera en amores y con anteojos. Cuando en la escena aparece una chica con anteojos, ya se sabe qué es: una mujer seca de cuerpo y de alma y adusta con todos, del tipo de la institutriz inglesa.

Yo presentaría una Doña Juana con anteojos y estoy seguro de que tendría éxito. Claro que los anteojos involucran comúnmente toda una psicología especial de mujer; pero ahí está lo original, pues una Doña Juana — una de las tantas conquistadoras de hoy — tiene independencia hasta para llevar anteojos sin creerse afeada. Piénsese en la desenvoltura que tendría que desplegar por otro lado una mujer que sin afeites del rostro (puesto que los anteojos excluyen el afeite facial) rivalizase victoriosamente con otra bonitilla.



DE LA VESTIMENTA MASCULINA ACTUAL

AUNQUE con frecuencia recordamos los versos de Jorge Manrique acerca del pasado mejor, pocas veces, por no decir ninguna, nos sentimos convencidos de que en nuestra época haya cosas inferiores a las de épocas precedentes. Las doctrinas de la evolución nos han hecho a la idea de que todo progresa, y por más que de palabra nos lamentemos de usos contemporáneos en comparación con usos anteriores, de sentimiento nos sostiene la tranquilidad de creer que también mañana nuestros hijos añorarán lo que nosotros ahora despreciamos.

Preciso es ir reconociendo, sin embargo, que si en conjunto nuestra época no es inferior a ninguna otra, en detalle bien puede significar un retroceso o un estancamiento. En cuanto se refiere a la vestimenta masculina, por ejemplo, debemos convencernos de lo siguiente: nuestra época no dejará tipo característico para la historia, como lo ha dejado la Edad Media, como lo ha dejado el siglo XVII, como lo ha dejado el romanticismo. Los hombres vestimos hoy de una manera híbrida y lo menos artística posible, aun los que llevan uniforme, como los militares. De toda la vestimenta masculina contemporánea creo que apenas quedará con rasgos más o menos originales el casco militar alemán.



DE LA MODERNA EDIFICACIÓN

TAMBIÉN en la edificación de Buenos Aires impera la chalafonía. Todas las casas de Buenos Aires chafalonía son. No hablemos de estilos puros: ni materiales puros hay en ellas, fuera del esqueleto de hierro. La mezcla y los ladrillos se pulverizarán pronto, la madera se pudrirá.

A vuelta de un tiempo, si el hierro y el

cinc no se oxidan también, sólo quedarán los esqueletos de nuestras casas.

Buenos Aires parece construída como los tendidos de feria: para ser derribada a la semana siguiente.

En un solo edificio, que yo sepa, el constructor ha sido lógico: en el que ahora sirve de Museo Nacional de Bellas Artes. Como el único material puro de que disponía era el hierro, el constructor dejó el edificio en la armazón.

Lógico, por otra parte, es asimismo que en casas que no habitan gente noble no haya piedra tampoco, el único material noble para la edificación.

DEL CÁRACTER SOBRESALIENTE DE NUESTRA ÉPOCA

En mi modo de ver la Edad Media se caracteriza como la época en que el hombre voluntariamente se imponía sacrificios personales. Siempre en mi modo de ver, la época moderna y contemporánea se caracteriza como la época en que el hombre procura por todos medios halagar las pasiones.

El arte romántico sólo ha podido florecer después del Renacimiento. Verdad que en arquitectura se considera al gótico arte romántico, y que el gótico es precisamente una creación de la Edad Media; pero es arte romántico por exaltación de los elementos clásicos y no por falta de esfuerzo, como lo son todas las demás artes románticas. La literatura sentimental, la arquitectura barroca, la escultura pasionista, la pintura impresionista, la música sin línea melódica y la política resueltamente popular, que nacen de un relajamiento del espíritu, únicamente en esta época de floja tensión mental han podido hallar campo propicio.

En nuestros días hemos llegado al colmo de la relajación. Hoy nuestro único fin es hallar comodidad y facilidad. Se enseñaba en otro tiempo que había que vencer las naturales inclinaciones del hombre, siempre retrógradas, así como todo buen hortelano enseña hoy mismo que hay que evitar que la patata se reproduzca por sus medios naturales para que no salga raquítica. En nuestro tiempo, al contrario, si el instinto sexual busca cómo ejercerse libremente, se inventa una moral del amor libre; si todo el mundo quiere intervenir en cosas que no entiende, se otorga el sufragio universal; si los adolescentes quieren cultivar la picardía, se les dan novelas escabrosas; en fin, si se desea perder en público toda compostura, se adopta la costumbre de poner los pies sobre la mesa.

No hay actualmente quien se atreva a contrariar las pasiones. No hay actualmente quien crea que puede hacerse un bien con negarse a satisfacer gustos y comodidades. No hay actualmente quien comprenda que es más digno y más higiénico, aunque no sea tan cómodo, dormir en cama dura, sin jergón elástico.

Estamos en manos del vulgo y de los comerciantes, y si el vulgo es todo instinto y pasión, el comerciante, por necesidades de oficio, es todo inmoralidad.

DE LA LECTURA Y LA ESCRITURA CORRECTAS Y BELLAS

El maestro que enseñe a un niño a escribir con ortografía y que le haga conocer uno o cien libros buenos, creerá haber cumplido con su deber. Y yo pienso que no es poco enseñar a escribir correctamente y dar a conocer buenos libros; se enseñaría a escribir mejor que lo que ahora se enseña y se darían a conocer más libros buenos, y sería menos poco, sin duda; pero bastante sólo sería si, además, se enseñara a escribir con bella letra y a leer con gracia. Para el gusto contemporáneo es superfluo reparar en la caligrafía y en el modo de leer. No obstante, téngase por seguro que hacer buena letra y leer bien, si no lo primero, es lo paralelo e ineludible en escribir y en leer con inteligencia.

Claro, ¿cómo no va a verse despreciada la caligrafía cuando todavía hay escritores de oficio que juzgan innecesarias la ortografía y la corrección gramatical? Estos desaprensivos escritores me traen al recuerdo aquel alcalde de zarzuela que, después de suprimir importantes detalles de una representación teatral por falta de actores, y como aun no dispusiese de los elementos debidos, suprimió el argumento de la obra también. En respuesta a la optimista actitud de estos escritores fueron dichas aquellas palabras de Hebbel: — «¿Qué es necesario para escribir libros? El arte de escribir».

Diez puntos, pues, si se quiere, para el alumno que escribió sin faltas y supo la lección; pero para el que encima escribió con buena letra y leyó bien, diez puntos y mención honorífica.

JOSÉ GABRIEL



RICARDO GUTIÉRREZ ES UN POETA EN CUYOS SUTILES VERSOS ALETEA EL ANSIA DE LOS PENSAMIENTOS BELLAMENTE APRISIONADOS EN EL RITMO DE SUS RENGLONES. ESTE NUESTRO COLABORADOR SABE EXPRESAR, EN HERMOSOS CONCEPTOS, LOS DIVERSOS MATICES DE SU TEMPERAMENTO EMOCIONAL.



Serenidad



La Discreción divina me hizo callar un día
Deteniendo la mano que tejía la red;
Los dedos de la suerte quedaron indecisos
Y voló el alma ingenua sola y libre de sed.

Su voz grave me dijo: resguarda tu tesoro,
Efímero y ligero, tan sólo para ti...
—Y fué en el intimismo de mi yo solitario,
Que exaltado el sentido de la pureza vi.—

No has nacido profeta ni el honor te reclama,
Detiene la palabra que se allega a tu boca,
Deja para las aguas que se encrespan inútiles
El batir de sus olas sobre la Ultima Roca.

La Discreción divina me hizo callar un día
Deteniendo la mano que tejía la red;
Los dedos de la suerte quedaron indecisos
Y voló el alma ingenua sola y libre de sed.

Anhelo



Vivir en el silencio supremo de un crepúsculo,
Germinar como grano de fe bajo la tierra,
Ser un poco de brisa corriendo por los prados
Y acariciar la barba sedosa de las hierbas.

Subir hasta las nubes con dos alas de nieve,
Ser como la Victoria serena de mi templo,
Ser un pañuelo blanco con la intención de un voto
Saludando a las barcas ligeras del ensueño.



Ser sólo una palabra de bondad y cariño
Encerrada en tu alma como en un relicario;
Y llegar al Perfecto con la oración más pura
Después de haber quedado detenida en tus labios.

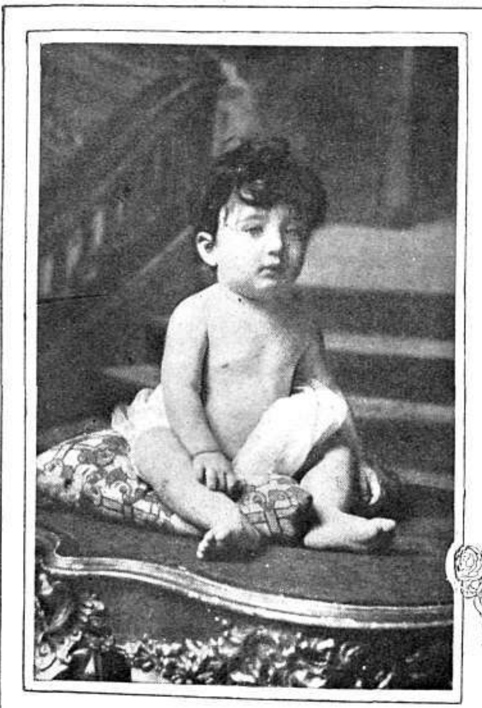




RICARDO GUTIERREZ

Página Infantil

Carlota Haydee Cenoz Tarradellas





FOTOS DE BIXIO

Juan Enrique Miró

Mario Arcuri



"EL COIMERO"

ÓLEO DE CESÁREO BERNALDO DE QUIRÓS

Concurso Literario Municipal 1923

AUTORES DE LOS LIBROS EN PROSA PREMIADOS



Señor Arturo Cancela, cuyo libro "Tres Relatos porteños" ha merecido por unanimidad el primer Premio: 5.000 pesos.



Señor Víctor Juan Guillot, autor del libro "Historias sin importancia", a quien le fué concedido el segundo premio: 3.000 pesos.

La publicación de «Tres Relatos Porteños» fué, sin duda, uno de los más salientes sucesos literarios del año pasado. No eran desconocidos; y el público inteligente había podido apreciar sus méritos; pero cuando fué posible leerlos reunidos en volumen esos méritos aumentaron de valor al confrontarse unos a otros. En definitiva, el señor Cancela quedó reconocido como uno de nuestros prosistas más originales y profundos en su aparente liviandad. Acostumbrados como estamos a una literatura de ordinario demasiado seria, «Tres Relatos Porteños» dieron al traste con la gravedad reflexiva del lector, para reemplazarla por la sonriente preocupación de las cosas y de los hombres, provocada por una ironía que, aun sin llegar a lo más hondo de la vida, es siempre aguda e inteligente y da siempre en el blanco. A las veces, la ironía del señor Cancela es también graciosa, pero con una gracia que suele ser un poco amarga, como casi todas las que se hacen a costa de las imperfecciones del prójimo; mas ello no quita mérito a «Tres Relatos Porteños», pues su gracia no llega nunca a la crueldad. Además, un estilo suelto, elegante y correcto completa las excelencias de la bien premiada obra.



Señora Delfina Bunge de Gálvez, autora del libro "Imágenes del infinito", que se hizo acreedora al tercer premio: 2.000 pesos.

La señora Bunge de Gálvez, escritora de rica y sana inspiración, no mira la vida sino como un ras..., un relámpago apenas durable entre dos infinitos que en realidad no son sino uno; y como la bondad no basta a un espíritu tan finamente impresionable como el de la señora Bunge de Gálvez, y para que su satisfacción se vea completa—si acaso una satisfacción puede ser completa en este mundo—la acude una fe religiosa tan sincera como profunda. A un concepto tan elevado de la vida tenía que corresponder en literatura...

También fué el libro del señor Víctor Juan Guillot, «Historias sin importancia», uno de los sucesos literarios más salientes del año pasado. Es una colección de cuentos. Las colecciones de cuentos son, en nuestra producción literaria, casi tan abundantes como las colecciones de composiciones poéticas; pero el libro del señor Guillot se destacó, desde el primer momento, entre la abundante producción del género, siendo una de las causas principales de ello la porción de vida cálida y palpitante que el autor ha puesto en cada uno de sus cuentos. La vida de los demás es, con pocas excepciones, poco menos que sin importancia para cada cual, y aun la propia vida no la tiene, en realidad, muy grande, pues en todo instante estamos haciendo algo susceptible de ponerla en peligro; mas el arte del señor Guillot, en sus «Historias sin importancia» triunfa precisamente con hacernos ver la importancia de hechos y personas a las cuales no les damos ninguna. Golpeando discreta pero eficazmente en nuestra inteligencia y en nuestra sensibilidad, el señor Guillot nos hace pensar y sentir en forma que a nosotros mismos nos sorprende, tal es el vigor de sus creaciones, aun las que al lector distraído pueden parecer frágiles.



Caras e Caretas pede-me algumas palavras, que signifiquem os meus sentimentos, em relação á Republica Argentina.
Mais do que por palavras, tenho demonstrado por factos, o affecto que me prende a este paiz e a admiração que consagro aos seus homens de Estado e a sua historia gloriosa.
A Caras e Caretas as minhas saudações e votos por sua prosperidade.
Buenos Aires, 16 de Maio 923.
Pedro de Toledo

"Caras y Caretas" pídeme algunas palabras, que signifiquen mis sentimientos, en relación a la República Argentina.

Más que con palabras tengo demostrado con hechos el afecto que me liga a este país y la admiración que consagro a sus hombres de Estado y a su historia gloriosa.

A "Caras y Caretas" mis saludos y votos por su prosperidad.

Buenos Aires, 16 de Mayo, 1923.

PEDRO DE TOLEDO.

Con el Embajador del Brasil Dr. Pedro de Toledo

En el término de un año dos pueblos hermanos han elevado al grado de Embajada sus respectivas representaciones ante nuestro gobierno: Brasil y Chile. Como tan elocuentemente lo dijera el doctor Alvear en un discurso de recepción: «Tal acto excede en mucho al nivel de una simple medida protocolar. Es la afirmación solemne de un alto propósito político, la consagración de todo un pasado común, un nuevo lazo entre los dos países frente a las imposiciones de un mismo porvenir.»

Por eso, y a raíz de la Conferencia Panamericana, hemos querido traer a estas páginas que ven la luz en el aniversario de nuestra libertad, la palabra amiga de los representantes del Brasil y de Chile.

La prensa inquieta con su visita, generalmente, la tranquilidad de los diplomáticos. Y éstos a su vez se muestran a la prensa como esas puertas en torniquete a la entrada de los hoteles. Cuando uno empuja una hoja, ya viene la otra a cerrarla. Es difícil acertar la hendidura y cuando se está adentro de la caja de vidrios, por falta de espacio, el cronista ha perdido mucho de su desenvoltura...

El doctor don Pedro de Toledo, embajador del Brasil, ofrece en cambio a CARAS Y CARETAS todas las puertas abiertas. Hasta recuerda, con la minuciosa precisión de un recuerdo de infancia, el lugar donde compraba nuestra revista en su país natal, lo que nos lo hace con elegante palabra, y tiene para la prensa argentina conceptos gratos y admirativos.

— Es con un íntimo placer, me ha dicho, que los años de independencia americana se añaden a las formas ya robustas de las naciones latinas de América. En nuestro aniversario hay que celebrar anualmente el instante histórico, pero sobre todo mucho más aún como se acusa ante el mundo de más en más potente los prestigios que nos conquistan el esfuerzo del trabajo y del ideal de paz. Las naciones europeas están cansadas de ser mayores. Se emocionan apenas en los centenarios. Nosotros conocemos recién esa satisfacción y contamos, al llegar tarde, con los beneficios de la perfección de los otros. Nuestro continente es y será, debido a esta herencia de Aladino, un lugar de encanto para el hombre que lo habite.

— Por eso cuando se lee «Cándido», Voltaire en su geografía, previendo el destino de América, coloca al «Eldorado», en la boca del Amazonas.

— Del Amazonas o del río de la Plata, añade el doctor de Toledo, mientras escribe el autógrafo que publicamos, ya que puede hacer al mismo tiempo varias cosas amables con soltura, y si como diplomático rehuye la tierra firme, continúa como San Francisco su camino sin dificultad sobre las aguas.

— He aquí estas líneas. Antiguo periodista, soy enemigo de los clisés. No quiero hacer guirnaldas de flores retóricas, y este autógrafo es más bien, en su sobriedad, un apretón de manos afectuoso y si pudiera reconfortante, como cuando se le da la mano a un amigo.

El doctor de Toledo y su distinguida esposa poseen una cualidad más de las que aduce la perfección al terminar sus modelos: la del encanto.

BALTASAR

CON EL EMBAJADOR DE CHILE

DON JUAN E. TOCORNAL

El presidente de Chile, señor Alessandri, ha sacudido, con el entusiasmo latino que hace una de las galas de su voluntad de gobernante, las masas graves y pesadas de los países de América, distantes entre sí, por falta de vías que los acerquen. Y los ha unido en su propia casa queriendo hacerlos conocer mejor, para mejor apreciarse. Esa Conferencia Panamericana había ofrecido la oportunidad de recordar «los lazos indisolubles que la naturaleza y la historia nos han creado» cuando pocos días después de terminada el nuevo embajador de Chile ante nuestro gobierno, don Juan Enrique Tocornal, repetía idénticos motivos al presidente de la nación en un párrafo sincero e inspirado de su discurso.

En el cuadro regio de la embajada chilena hemos tenido la ocasión de entrevistarnos con el distinguido representante de la nación hermana.

Esa misma calidad comunicativa, esa fácil simpatía que atrae en el primer mandatario de la nación vecina, la hallamos en el embajador. Grande la persona física, sonriente y feliz, lacias y afectuosas al mismo tiempo las manos. El señor Tocornal es todo franqueza y entrega con suma gentileza su persona y su casa a la curiosidad del periodista y del fotógrafo.

—Nos mueve el motivo de reunir en el número de CARAS Y CARETAS que consagramos al aniversario patrio el nombre y las palabras de los representantes en la Argentina, de Chile y del Brasil, que tienen fechas históricas idénticas, de una causa idéntica: su libertad.

—El 25 de Mayo es, para nosotros los chilenos, una fiesta patria. Desde el primer día de la revolución estábamos unidos por el mismo ideal. Cuando llegó a Chile el primer representante de la Junta de Buenos Aires ya encontró la primera junta chilena conformada: Figuraba en ella un mendocino, don Juan Miguel de Rozas.

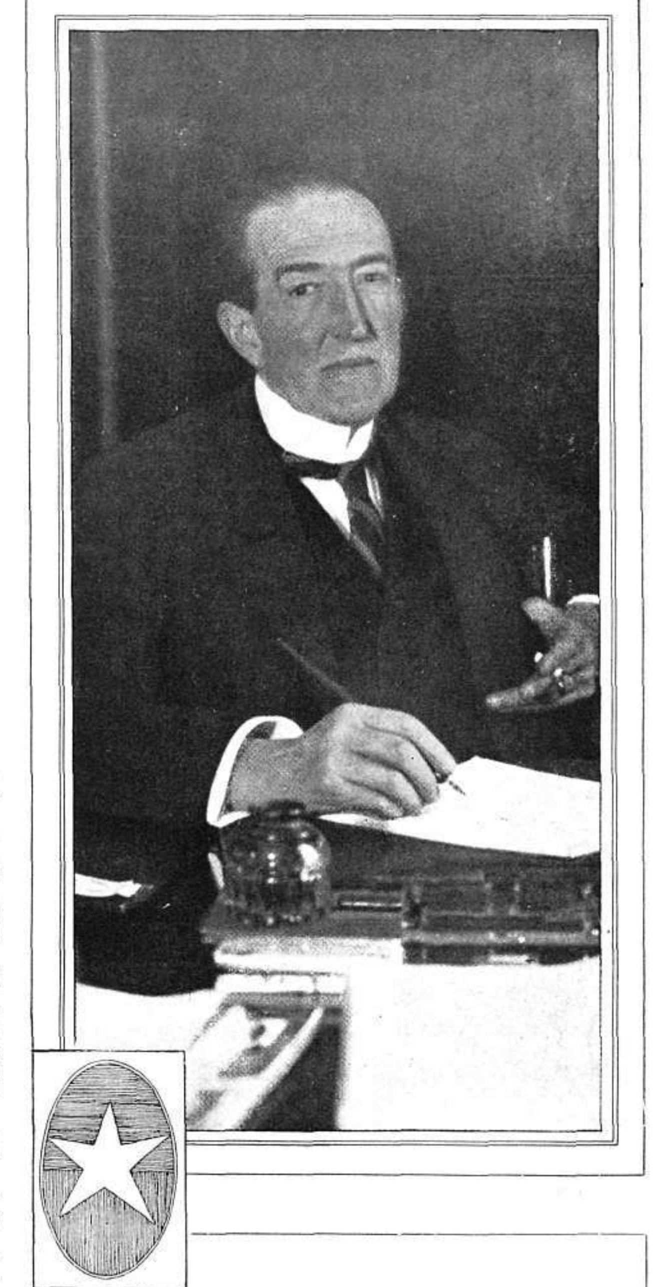
—¿Ha recordado el señor embajador en su discurso de recepción un oficio de la primera junta a la que alude?

—Sí... Y como a ustedes puede interesarles, voy a exhibirle el documento que pienso regalar al Museo Histórico.

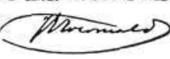
El señor Tocornal pone en nuestras manos un papel amarillento. Es un autógrafo de Mariano Moreno y el que rubrican además del secretario, Manuel de Azcuénaga, Cornelio de Saavedra, Domingo Matheu, Larrea. El espíritu de Moreno flota sobre él. La doctrina del revolucionario tiene una dignidad majestuosa que no poseyeron los secretarios jacobinos de las juntas revolucionarias del 89. Dice así y se dirige al Cabildo de Santiago de Chile: «La sólida unión y estrecha fraternidad entre esas y estas provincias puede únicamente presentar la fuerza real y de opinión necesaria para contener a los enemigos exteriores e interiores de la felicidad de la América».

—Está, pues, desde hace más de cien años — dice el señor Tocornal — la vía trazada. Argentinos y chilenos no podemos dejar de seguir la clara ruta abierta por el alto patriotismo de nuestros mayores. El señor Juan Enrique Tocornal y su distinguida esposa, poseen una calidad más de las que aduce la perfección en su obsequio: la seducción.

DE LAON



Asentada sobre tan sólidas bases, la amistad chileno argentina jamás puede peligrar: ya hizo sus pruebas i afronta serena cualesquiera que le reserva el porvenir; porque, además, vive a pleno sol, sin cláusulas secretas ni pretensiones de hegemonía; de modo que, lejos de ser una amenaza para nadie, es prenda segura de que el mismo espíritu de concordia i de respeto a las soluciones de derecho ha de prevalecer en las relaciones internacionales del continente sudamericano.



Asentada sobre tan sólidas bases, la amistad chileno argentina jamás puede peligrar: ya hizo sus pruebas y afronta serena cualesquiera que le reserva el porvenir; porque, además, vive a pleno sol, sin cláusulas secretas ni pretensiones de hegemonía; de modo que, lejos de ser una amenaza para nadie, es prenda segura de que el mismo espíritu de concordia y de respeto a las soluciones de derecho ha de prevalecer en las relaciones internacionales del continente sudamericano. — J. E. TOCORNAL.







HERMOSA FIESTA ARTÍSTICA ORGANIZADA POR EL MINISTRO ARGENTINO EN LIMA, DON ROBERTO LEVILLIER, PARA FOMENTAR EL CARIÑO A LAS TRADICIONES, LA ADMIRACIÓN HACIA RICARDO PALMA Y LOS VÍNCULOS FRATERNALES.

EPISODIOS · SINGVLARES · D · LAS · TRADICIONES PERVANAS · REPRESENTADAS · EN · LA · CASA · D · LA · REPVBLICA · ARGENTINA · EN · LIMA EN · HOMENAJE · A · LA · MEMORIA · INSIGNE · D DON · RICARDO · PALMA · · · IMAGINO · ESTA EVOCACION · D · LA · VIEJA · VIDA · PERVANA DON · ROBERTO · LEVILLIER · · DIERONLE FORMA · ANIMADA · HIDALGAS GENTES · D · LA · SOCIEDAD · D · LA TRES · VECES · CORONADA CIVDAD · D · LOS REYES

SEÑOR FERNANDO ORTIZ DE ZEVALLOS

SEÑORITA CLEMENTINA BASURCO

Reproducimos dos páginas de la artística nota gráfica que, en seis páginas, dará PLVS VLTRA sobre la brillante e inolvidable fiesta organizada por el ministro argentino en Lima, señor Roberto Levillier, para honrar la memoria del tradicionista



aquellos libros y en nuestra memoria. Don Roberto, buen catador de castizas prosas y revolvedor de papeles arcaicos, quiso rendir homenaje al ilustre tradicionista. Y como a la corta o a la larga no hay quien no consiga su soberano gusto, la noche del 5 de abril de este mismo año ardía en fiesta evocadora la legación argentina. — *¡Voto a Dios, que me espanta esto grandeza — Y que diera un doblón por describilla!...* — El palacio parece construído durante una de aquellas épocas de auge para el mineral en que la gente no pensaba sino en desentrañar plata para gastarla sin medida. No lo hubiera elegido mejor el propio Ricardo Palma. Hay allí primores de restauración arquitectónica y un caudal de joyas y

EL PRESIDENTE DE LA REPÚBLICA, EL MINISTRO ARGENTINO Y ARISTOCRÁTICAS DAMAS.

LA VIRREYNA (SEÑORA MARÍA OLAVEGOYA DE BARREDA) Y LOS SEÑORES CARLOS Y LUIS DE LOS HAROS EN «BEBA, PADRE, QUE LE DA LA VIDA».

OTRO ASPECTO DE LA DISTINGUIDA CONCURRENCIA EN EL MIRADOR QUE DA AL JARDÍN.

poeta Ricardo Palma. Bello trasunto de espiritualidad y tradición, tuvo el carácter patriótico que tan ardientemente se mantiene en aquel pueblo, y es por ello que con íntimo placer la incluímos en nuestro número conmemorativo.

CREEMOS SINCERAMENTE QUE GLORIA SWANSON NOS ADULA AL LEER EN LOS ÁNGELES NUESTRA REVISTA. PERO NOS QUEDA LA SATISFACCIÓN DE QUE POR ESOS RINCONES DEL MUNDO DONDE EL DIABLO PERDIERA EL PONCHO SE NOS CONOZCA, AUNQUE MÁS NO SEA QUE POR LAS TAPAS...

COMO SE LEE CARAS Y CARETAS



Vamos a cumplir veinticinco años y no es posible que hablemos en tono demasiado grave de nosotros mismos. Nuestra edad y nuestra educación no condicen con la solemnidad. ¡Decir que nunca hemos sido serios!... ¡Al menos que nunca lo hemos parecido! Nos hemos reído de todo el mundo. Tal vez por eso podemos exclamar hoy: ¡Cómo se lee CARAS Y CARETAS!... Desde hace un año, el vuelo ha sido sorprendente. Hemos alcanzado el más grande tiraje de la



A ESTE CONOCIDO SEÑOR PUEDEN TOMARLE EL PELO, PERO NADIE LE SACA NUESTRA REVISTA DE ENTRE LAS MANOS.

EL ACTO MÁS DIFÍCIL NO ES LEER SINO COMPRAR UNA REVISTA. PARA ADQUIRIR «CARAS Y CARETAS» TODO PARECE FÁCIL.







¡QUÉ LINDA DEBE SENTIRSE LA REVISTA EN MANOS DE UNA CHICA BONITA!

LAS CRÓNICAS SOCIALES TIENEN SU ENCANTO EN LAS PÁGINAS DE «CARAS».

ELLAS SE HAN OLVIDADO DE BAJAR DEL TRANVÍA A TIEMPO. INSISTEN EN CONOCER, TODA, TODA LA HISTORIA DE LA COSTURERITA DE CARRIEGO.



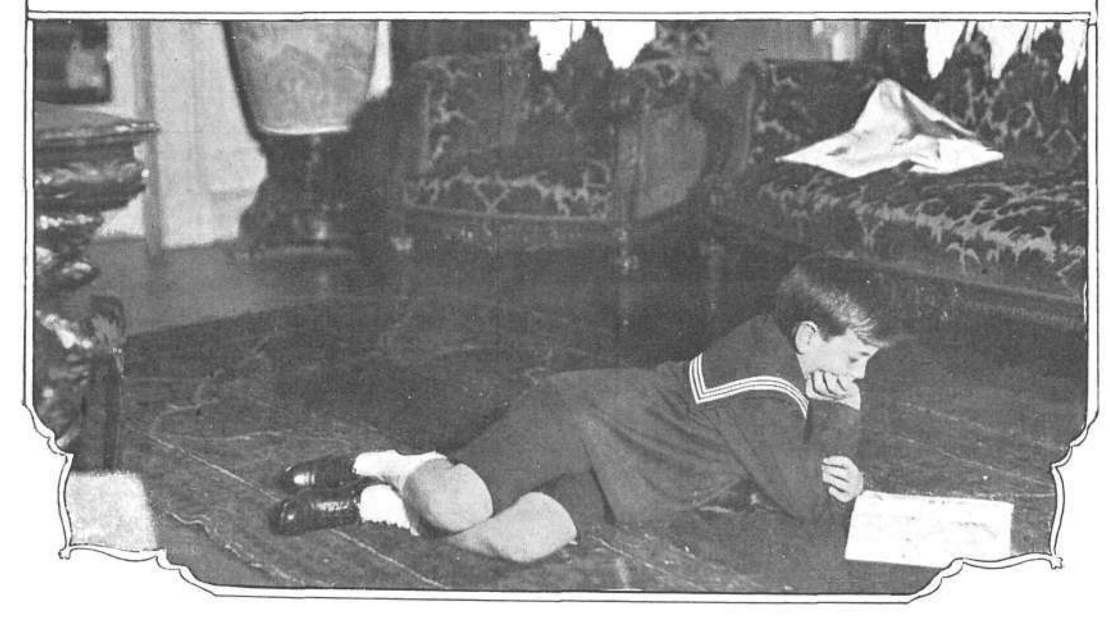
república: 140.000 ejemplares! Es el país entero que nos lee y nos juzga. ¡Pero cuán difícil es hablar de sí mismo!... Se adquiere en seguida una actitud de cómico vanidoso y nos vienen ganas de contarnos a nosotros mismos, para ridiculizarnos, la historia de la sardina aquella que era tan grande que logró cerrar el puerto de Marsella.



EN LOS RINCONES DEL ZOOLÓGICO EL GUARDIÁN SE DELEITA LEYENDO LA HISTORIA DE LOS ANIMALES QUE EDUARDO DEL SAZ DEDICA A LOS NIÑOS DE BUENA VOLUNTAD.

¡LA PÁGINA DE LOS NIÑOS!... TODA LA CASA ES POCA PARA EL LECTOR MINÚSCULO QUE SE ECHA A TIERRA CÓMODAMENTE PARA LEERNOS MEJOR.

EL FOTÓGRAFO CALLEJERO PROFESA UN ALTO RESPETO POR NUESTRA ACTUALIDAD Y CORRIGE SUS POSES EN LAS FOTOGRAFÍAS ARTÍSTICAS DE LOS MAESTROS DEL DAGUERREOTIPO.



EL CREPÚSCULO. UN CUARTO DE HOTEL Y LA BELLA ACTRIZ FRANCESA FERNANDA ALBANY TOMA «CARAS Y CARETAS» PARA VER EN ELLA LA PALPITANTE ACTUALIDAD DE LA ARGENTINA Y SENTIR EN LAS PÁGINAS GRÁFICAS DE FRANCIA LA NOSTALGIA DE PARÍS.

ARGUS

FOTOS DE VARGAS

NO SABEMOS LO QUE PENSARÁ DE NOSOTROS ESTE TIERNO LECTOR. PERO NOS RESPETA, PORQUE NO HA SIDO CAPAZ DE ROMPERNOS, QUE ERA, NO HACE MUCHO, LO QUE MÁS LE ENTRETENÍA...



«CARAS Y CARETAS» TRAE EN SUS NOTAS DE ITALIA, UN RECUERDO PARA ESTE HIJO DISTANTE



EL REPARTIDOR DE LECHE VUELVE LEYENDO «CARAS Y CARETAS» PREOCUPADO POR LA SECCIÓN «GANADERÍA»...



CARAS Y CARETAS abre desde la fecha un concurso de novelas cortas INÉDITAS. La extensión no podrá exceder de OCHO PÁGINAS de texto de nuestra revista. (Aproximadamente 9.000 palabras.)

Los originales deben estar escritos a MÁQUINA y firmados con un lema igual al que, en sobre cerrado, acompañe a la novela.

Podrán presentarse a este concurso todos los escritores residentes en la República Argentina.

El asunto es libre, con la sola limitación de que no haya en la obra nada que ofenda a la religión ni a la moral.

El concurso, abierto desde la fecha, quedará clausurado el día 21 de septiembre.

N. B. — El sobre debe venir escrito en la forma siguiente:

Sr. Director de
CARAS Y CARETAS.
Para el concurso literario 1923. Buenos Aires.

El CAPITAN ARREGUI



El ejército realista, a las órdenes de La Serna, acampaba en Santiago de Cotagaita.

La noche fría y tempestuosa había hecho buscar a los soldados un albergue donde pasarla; sólo algún centinela quedaba en el campo y su voz de alerta iba de cuando en cuando a mezclarse con los gemidos del viento y el rumor de la ciudad aun no dormida.

En una casa de no mezquina apariencia, a través de las mal juntadas maderas de las ventanas, veíanse brillar las luces del interior, y un murmullo de voces alegres hacía ver que aquella casa era a tal hora asilo de tumultuosos militares.

Y, en efecto, allí se alojaban cinco o seis oficiales de La Serna. Allí estaban junto con Marquiegui y Olañeta los capitanes de los cuerpos recién llegados de la península.

Se hablaba hasta por los codos; se fumaba lo suficiente para saturar la atmósfera, rodeando de azulado humo las cabezas de los circunstantes, y de vez en cuando se oía el ruido seco de los dados al rodar sobre la mesa que sostenía las dos velas de sebo, cuya inquieta y pálida luz luchaba apenas con las sombras de la estancia.

Los recién llegados, jóvenes algunos, valientes todos y henchidos de vanidad un tanto pedantesca, discutían acerca de la próxima campaña, juzgando fácil y seguro el triunfo sobre los intrépidos gauchos de Güemes, única barrera que les cerraba el paso para llegar a medir sus armas con el vencedor de Tucumán.

Para ellos los heroicos defensores de la frontera argentina no eran dignos de combatir con los bravos militares que, no hacía mucho, sembraran de franceses trofeos los campos de Vitoria y San Marcial.

— ¿Qué facha tienen esos gauchos salvajes? — preguntaba desdeñosamente el capitán Arregui, jefe de los Dragones de la Unión.

— La facha de unos centauros, tal se sientan sobre el lomo de sus potros, tan salvajes como ellos — respondió el capitán Narvaja que había peleado contra Güemes.

— ¿Centauros? ¿En la fuga? — insistió Arregui burlonamente.

— ¡En la carga! — respondió Narvaja, mostrando con orgullo la ancha cicatriz que le dejara en la frente el rebote de un lanzazo.

Alguien preguntó la hora. El capitán Arregui sacó un soberbio reloj de oro, con círculo de brillantes.

— Las ocho y media.

— ¡Hermoso reloj! — dijeron a su lado.

— Regalo de un tío, que Dios tenga en su gloria.

Guardó el reloj, recostóse contra la pared, y midiendo con la vista a Narvaja díjole con burlona sonrisa:

— Pues, señor capitán Narvaja, si a usted le han parecido tan bravos esos salvajes es porque usted no ha mandado nunca los Dragones de la Unión.

— Señor capitán Arregui — respondió ofendido Narvaja, — no he mandado nunca sus dragones, pero he llevado al combate tropas, si no mejores, tan buenas como ésas, y, sin embargo, esos gauchos salvajes que usted desprecia han arrollado en el

ímpetu de sus cargas los mejores escuadrones realistas. Esos salvajes, señor capitán, son unos héroes.

El capitán Narvaja era americano. Sus palabras salían de su corazón: Se había batido con los gauchos de Güemes y los juzgaba dignos contendientes de las mejores tropas del rey.

— Pues le digo a usted, señor capitán, que con mis dragones...

— Pues yo le digo a usted que delante de los gauchos huirán usted y sus dragones — respondió encolerizado el capitán Narvaja.

Una llamarada de ira ardió en el rostro de Arregui. Iba a responder brutalmente cuando uno de los oficiales presentes, poniéndole la mano sobre el hombro, le dijo:

— ¡Una apuesta, capitán!

Arregui se volvió.

— ¿Una apuesta? ¿Qué apostamos?

— Si usted es o no capaz de lanzarse sin temblar, al frente de sus dragones, contra un puñado de esos gauchos.

— ¿Yo con mis dragones contra un puñado? ¡Bah! Le aseguro que con mi compañía me atrevo a llegar, no a Salta, sino a Buenos Aires, pasando por el corazón del ejército de Belgrano.

— ¡Es demasiado! — exclamó el oficial — me contento con apostar cinco onzas de oro a que usted vuelve bridas en viendo asomar a los gauchos.

— Pues apuesto, mi amigo, a que con sólo la Guardia de Prevención de mis dragones haré frente a un número diez veces mayor de esos salvajes, y volveremos triunfantes o quedaremos en el campo de batalla.

— ¡Bien dicho! — exclamó el de la apuesta. — ¡Van mis cinco peluconas, capitán, contra otras tantas!

En aquellos tiempos las peluconas no abundaban, y nada de extraño fué que el capitán respondiera:

— No las tengo.

— Pues van contra su reloj.

— Mi reloj vale diez onzas de oro bien contadas.

El capitán Narvaja se levantó y fuese a registrar el fondo de su maleta.

Volvió y arrojó sobre la mesa un cartucho de onzas.

— Ahí van las que faltan, capitán Arregui; — ¿acepta usted?

— ¡Acepto! — exclamó el brioso militar.

— ¿Las condiciones?

— Ya están dichas: Yo, con sólo la Guardia de Prevención de los dragones, haré frente a doscientos gauchos, si los hay, y volveremos triunfantes o quedaremos en el campo.

— ¡Muy bien, capitán! — exclamó Narvaja, entusiasmado a su pesar; — ¡es usted un valiente! — y le estrechó la mano.

— ¡Bravo!— gritaron todos.— ¡Son unos valientes él y sus dragones!

¡Porque los soldados de la Guardia de Prevención de los dragones eran quince!

II

El seis de enero de 1817 el general don Pedro Antonio Olañeta había enarbolado la insignia real sobre los muros de Jujuy. Entre sus soldados se encontraban los Dragones de la Unión.

Don José María Pérez de Urdinea, comandante de vanguardia del general Güemes, estrechaba a los realistas de la plaza con sus heroicas tropas.

Diariamente necesitaban los españoles comprar con su sangre los víveres de que la estrechez del sitio les privaba.

Con el objeto de proveerse de los necesarios forrajes para las cabalgaduras Olañeta desprendió un escuadrón de caballería, protegido por una compañía del batallón Extremadura, hacia los alfalfares de San Pedrito.

Temerosos de una sorpresa, mientras una parte de los soldados forrajeaba el resto, pronto a la defensa, protegía la operación.

Los patriotas, que acechaban los movimientos del campo realista, se aprestaron al ataque de la pequeña columna forrajeadora.

El comandante Juan Antonio Rojas, al frente de dos de aquellos formidables escuadrones de gauchos, se arrojó a la carga contra los realistas.

Apercibidos éstos, recibieron a los atacantes con un mortífero fuego; pero las balas eran barreras harto débiles para contener el empuje irresistible de los gauchos salteños, y los realistas, arrojando por inútiles los fusiles, hubieron de apelar a las espadas, trabándose uno de aquellos extraños combates en que los lazos y las boleadoras tenían tanta parte como las lanzas y los fusiles.

Una vez más el denodado esfuerzo de los gauchos triunfó de los aguerridos soldados realistas, y cien cadáveres quedaron en el campo.

Los españoles de la plaza presenciaban asombrados aquel espectáculo nuevo para la mayor parte de ellos.

El capitán Arregui contemplaba atónito la banda indisciplinada que destrozaba la tropa realista y recordaba la apuesta que hiciera algunos meses antes con el capitán Narvaja.

El general Olañeta se recobró de su momentáneo aturdimiento. Era necesario volar en auxilio de los que aun quedaban.

— ¡Capitán Arregui!

— Presente, mi general — respondió el interpelado, cuadrándose delante de su jefe.

— Tome usted la Guardia de los Dragones de la Unión y corra a destrozar esa columna de bárbaros. Vuelva usted vencedor o quede en el campo de batalla; ¿entiende usted?

El capitán nada respondió; se puso pálido, pero una sangre generosa discurría en sus venas. Volvió el rostro y se encontró con la mirada burlona del capitán Narvaja.

— No son doscientos—díjole señalando a los gauchos, — pero Dios lo guarde, capitán.

Arregui por toda respuesta sonrió, montó a caballo y, al frente de sus quince dragones, brillantemente uniformados, salió de la plaza.

Comprendía que iba al sacrificio, pero había empeñado su palabra y la cumplía.

Pronto la calma volvió a su espíritu, y sintió encenderse en sus puños el brío español.

Con voz breve mandó tocar a degüello y sable en mano a toda brida se arrojó sobre la columna de Rojas, que en ese momento recogía los despojos del campo de batalla.

El choque fué terrible. De un lado la conciencia del deber y la disciplina; del otro el instinto de la libertad y el valor ciego.

Los quince Dragones de la Unión no se amilanaron, e imitando a su bravo capitán hicieron prodigios de heroísmo por la bandera del rey.

Tras largo combatir las reducidas filas españolas comenzaron a clarear

Uno por uno aquellos héroes fueron abatidos en el polvo, y cuando todos sucumbieron los clarines de Güemes anunciaron la victoria.

El capitán Arregui había ganado la apuesta, pero quedaba en el campo de batalla...



HVGO WAST

DIBUJOS DE SIRIO



Salmos a una mujer enigmática





Tiene las manos frías y la mirada dura,
en sus labios divinos no ha cantado el amor.
Nadie encontró la fuente donde está su ternura,
nadie aspiró el perfume ni deshojó la flor.

Pasa por su camino magnífica y tranquila;
no hay un día de Pascuas en su Jerusalén;
tras su frente de mármol una idea vigila;
como un gran perro amigo la custodia el Desdén.

He besado sus labios: eran dos rosas yertas;
he besado sus manos: era un frío glacial;
he besado sus ojos, y en sus pupilas muertas
naufragaron mis ansias y renació mi mal.

Yo conozco el origen del afán invencible
que la torna serena y enigmática y cruel.
¡Se acumulan los siglos en su alma impasible!
¡Ella es todo el pasado de la antigua Israel!

Piensa siempre en las cosas de la patria lejana,
en los rudos trabajos que soporta Jacob.
Piensa en el agua fresca que surge en la fontana
y que lava, piadosa, las heridas de Job.

Piensa en los bellos salmos, en el Rey de los Reyes.
—¡Oh canción de canciones que escribió Salomón!—
Piensa en los graves libros en donde están las leyes
augustas y terribles de la perdida Sión.

Vive así en el pasado y en el futuro sueña;
aguarda lo imposible, lo que vendrá después.
(¡Vanidad de los sueños en que su alma se empeña!
¡Vanitas vanitatum, dice el Eclesiastés!)

Mas ella, indiferente, sigue por su camino;
jamás hubo en sus ojos un dulce resplandor.
Yo me acerqué a sus labios, sediento de su vino,
pero me dió los labios y me negó el amor.

Y sé que entre los días, entre todos los días,
el alma, el alma suya, no será para mí.
Serán sus labios rígidos, serán sus manos frías,
el alma, el alma suya, está ausente de aquí.

Y no será de nadie. Y se irá de la tierra
sin haberme ofrecido una gota de miel.
¡Alma que, con los hombres y los siglos en guerra,
vive lejos, muy lejos, enigmática y cruel!

Nicolás Coronado



LA PSIQUIS

Al amanecer, en el rosado horizonte brilla una estrella, la más hermosa de la mañana. Sus rayos se deslizan sobre el blanco muro, como si en él quisieran escribir lo que en miles de años vió en nuestra móvil tierra.

Oye uno de sus cuentos:

Hace poco tiempo (su poco tiempo es, para nosotros, hombres, muchos siglos) vieron mis rayos un artista. Era en la ciudad papal, en la Ciudad Eterna, en Roma. Mucho ha cambiado ésta desde entonces, pero no tan pronto como el hombre pasa de la infancia a la vejez. El palacio de los Césares estaba ya en ruinas; la higuera y el laurel crecían entre las caídas columnas de mármol y en las salas de las derruídas Termas, cuyas paredes decoraron dorados estucos. Sonaban las campanas entre nubes de incienso, pasaban las procesiones luciendo ricos palios. Era la ciudad de la Religión y del Arte. El gran Rafael y Miguel Angel vivían todavía. El Papa les colmaba de honores; pero, ¡ay!, no por esto se reconoce todo lo grande y bello.

En estrecha calle había una casa edificada sobre las ruinas de un templo. Allí vivía un joven artista, pobre y desconocido. Sus amigos, artistas como él, le decían que tenía grandes dotes, pero que hacía mal en no creerlo así. Y en verdad que era rara su manía de romper cuanto en barro modelaba; nunca estaba satisfecho, no acababa ninguna obra, y así no se gana dinero.

— Eres un soñador — le decían, — y esa es tu desgracia: todo porque aun no has entrado en la vida, cual cumple a la juventud. Sigue el ejemplo del gran maestro Rafael, que el Papa distingue y el mundo admira; ése toma del festín la parte que le toca.

— Y la que no, dígalo si no la hermosa Fornarina — dijo Angelo, el más alegre de los amigos.

Todo esto le decían. Querían llevárselo a sus orgías, y había momentos en que les hubiera se-

guido, pues al fin era joven, de sangre ardiente y viva fantasía. Y sin embargo, todos los atractivos de lo que sus amigos llamaban la alegre vida de Rafael, se desvanecían como una niebla matinal al ver ese reflejo de Dios que brilla en las pinturas del maestro. Y al contemplar en el Vaticano las bellezas que los maestros de la antigüedad trasladaron al mármol, entonces su pecho se dilataba y sentía un deseo grande y puro, el de crear, de cincelar en el mármol aquellas líneas que tanto amaba. Buscaba la forma de aquel ardor que de su pecho se elevaba al infinito; pero ¿cómo encontrarla? ¿Cuáles eran sus líneas? El barro adquiría forma entre sus dedos, pero al día siguiente rompía lo que había hecho.

Un día, al pasar por delante de uno de los muchos palacios que hay en Roma, vió al través de la abierta puerta de honor un patio rodeado de arcadas, en él un jardín lleno de rosas con una fuente de mármol en el centro, y pasando por allí una joven ligera y hermosa: la heredera de aquella familia patricia.

¡Nunca había visto mujer tan bella!... Sí, la Psiquis de Rafael en uno de los palacios de Roma; pero allí estaba pintada, aquí tenía movimiento y vida.

Fué a su casa, y en su pobre habitación formó en barro una estatua: una Psiquis.

Era la joven romana, la opulenta patricia, y por vez primera halló su obra perfecta; tenía significación, era algo, era ella.

Los amigos quedaron admirados al ver la obra.

— Es una revelación — decían; la manifestación del genio, que ellos habían adivinado y que ahora el mundo iba a conocer.

El barro había adquirido vida y movimiento, pero no tenía la blancura del mármol.

Y en mármol iba a hacer la Psiquis. Allá en el patio, y entre un montón de escombros y cascos de botellas, yacía una columna ennegrecida por el tiempo, pero blanca como la nieve en cuanto el cincel le quitara la primera capa. De aquella columna despreciada nacería la Psiquis.

Un día (esto no lo cuenta la estrella, porque no lo vió, pero nosotros lo sabemos) aparecieron en la calle varias damas y caballeros, precedidos de sus pajes. La carroza había tenido que quedarse en la esquina por ser muy estrecha la calle. Iban a ver la estatua. Y, ¿quiénes eran? ¡Desgraciado joven! ¡Oh, joven demasiado dichoso!, se le podía también decir. Es ella, ella, la que ahora está en tu humilde estudio, mientras su padre dice, asombrado:

— ¡Pero, si es tu vivo retrato!

¡Qué sonrisa la de la joven en aquel momento! ¡Ah! Aquella boca no se podía cincelar ni su mirada reproducir; aquella mirada que clavó en el artista, que a la vez daba vida y mataba.

—Que se haga en mármol. Yo la compro — dijo el padre. Y estas palabras fueron el *fiat* para el pesado pedazo de mármol.

Desde entonces todo cambió en el pobre estudio. Ahora todo era vida y actividad, alegría y trabajo. La estrella de la mañana veía avanzar poco a poco la obra.

Parecía que el barro se había animado desde que ella estuvo allí, y que a la presión de los dedos del artista reproducía, aun más hermosas, aquellas facciones queridas.

— Ahora sé lo que es vivir — pensaba el artista; — el amor es elevarse sobre lo real, extasiarse en la contemplación de lo bello. Lo que mis amigos llaman goce es la fermentación de un montón de estiércol, no el puro rayo de la inspiración divina.

Trajeron al taller la columna de mármol. El cincel le arrancó grandes pedazos. Después se tomaron medidas, se señalaron puntos, y poco a poco la columna fué cuerpo, una Psiquis, hermosa como la imagen de Dios en la joven patricia. La piedra antes maciza era ahora flotante y ligera, una Psiquis con una sonrisa celestial y pura, tal como se había reproducido en el alma del joven escultor.

La estrella, en el rosado ambiente de la mañana, tal vez comprendió lo que latía en el corazón del joven, encendiendo aquel fuego que brillaba en sus ojos, mientras creaba o reproducía lo que Dios había formado.

— Es una obra digna de los griegos — le decían los amigos, entusiasmados. — Bien pronto el mundo admirará tu Psiquis.

— ¡Mi Psiquis!... — repetía el joven. — Mía, mía será... Es verdad, soy artista como aquellos grandes muertos. Dios me ha dado el genio, me ha elevado sobre los demás hombres.

Y caía de rodillas, y lágrimas de agradecimiento se desprendían de sus ojos. Pero bien pronto olvidaba a Dios por ella, por su imagen en mármol, por su Psiquis, que estaba allí como tallada en nieve; los primeros rayos del sol la iluminaban con su luz rosada, y parecía que un ligero tinte de rubor rodeaba a la estatua.

La iba a ver a ella, la Pisquis viva, aquella cuya voz es dulce armonía. Fué a palacio a anunciar que la estatua estaba acabada. Pasó la puerta de honor, atravesó el patio, cruzó junto a la fuente rodeada de rosas, y llegó a la escalera decorada con frescos y timbres ducales. Criados con lujosas libreas, orgullosos como caballos con penachos, paseaban por el anchuroso vestíbulo; otros, cómodamente recostados en tallados bancos de encina, parecían los dueños de la casa.

Un lacayo acompañó al artista. Subieron la alfombrada escalera, y cruzando magníficos salones, de pintados techos y suelos de mosaicos, le condujo hasta el gabinete del duque. Todo este lujo y riqueza pesaban como una losa en el corazón del artista, que esperaba algo más de aquella visita. Pero bien pronto desaparecieron sus temores, pues el noble duque le recibió cortésmente y con cariño, acabando por rogarle pasara a ver a su hija, que deseaba saludarle.

De nuevo volvió a cruzar suntuosos salones hasta llegar al camarín donde ella estaba, rodeada de riquezas y obras de arte.

Le habló. Ninguna armonía, ningún cántico religioso llegó tan al fondo de su alma ni elevó más el corazón del artista. Cogió su mano y, al imprimir un beso en ella, sintió desbordarse su ser. Las palabras brotaron apasionadas y ardientes, y sin darse cuenta de ello, le confesó su amor. ¿Sabe el cráter que arroja lava hirviente? Ella se levantó sorprendida, ofendida y altiva, con un ademán de infinito desprecio, las mejillas encendidas, pálidos los labios; fuego eran sus ojos y, sin embargo, negros como la noche.

— ¡Insensato! — exclamó. — ¡Lejos de mí! ¡Bajad!

Y le volvió la espalda. En aquel momento, sus facciones dulces y hermosas tenían algo de la expresión de aquella cabeza petrificada con la cabellera de serpiente.

Como un objeto sin vida, que cae por su propio peso, bajó el joven la escalera; como un sonámbulo llegó a su casa, y allí despertó en la furia de la desesperación. Cogió el martillo, blandiólo en alto, y cuando ya amenazaba la bella cabeza de la estatua, su amigo Angelo le sujetó violentamente por el brazo, diciéndole:

— ¿Estás loco? ¿Qué vas a hacer?

Largo tiempo lucharon a brazo partido; pero Angelo era más fuerte, y, jadeante y vencido, se dejó caer el joven sobre una silla.

— ¿Qué te ha sucedido? — le preguntó Angelo. — Vuelve en ti, habla.

Pero ¿qué iba a responder? ¿Sabía él mismo lo que le pasaba en aquel instante?

— Te vuelves loco con tus ilusiones. Sé hombre como los demás y no te formes un mundo especial, si no quieres sufrir muchos desengaños. Toma, aquí hay un vaso y vino; bebe y verás cómo olvidas. Deja que una muchacha sea tu médico. La campesina de la Campagna es hermosa como la princesa del palacio de mármol: las dos, hijas de Eva, y en nada se distinguen en el paraíso. Sigue a tu Angel, al ángel de tu vida. Con el tiempo llegarás a viejo, y un hermoso día, cuando la Naturaleza sonría y viva, ya serás frío e inerte, serás una planta seca que nunca volverá a retoñar. Yo no creo lo que nos cuentan los curas. ¡La vida eterna tras la tumba! ¡Bonita alegoría cuando se puede creer. Yo no me hago ilusión. vivo en el mundo real. Ven, sé hombre.

Le llevó consigo; esta vez pudo lograrlo. Y era que un fuego extraño ardía en la sangre del joven. Parecía que su ser se había transformado. Era el deseo de romper con su vida pasada, de olvidar su yo. Y por eso siguió a Angelo.

En las afueras de Roma había una hostería muy frecuentada por los artistas. Estaba edificada sobre la ruina de unos baños. Junto al muro había hermosos limoneros, destacándose entre la verde y brillante hojarasca los dorados frutos. La sala principal era parte de la derruída bóveda, casi un agujero en las ruinas. Una lámpara ante una *Madona*, roja llama en la chimenea, y a la puerta, bajo los limoneros, unas mesas.

Grande fué la alegría de los artistas al ver a Angelo y a su amigo. Comieron poco, bebieron más, y esto alegra. Se cantó, se tocó la guitarra, y apenas se preludió el *saltarello*, empezó el baile. Dos romanas, modelos de los artistas, bailaron también; dos provocativas bacantes. No tenían la hermosura de la Psiquis, pero eran dos florecientes y frescos claveles.

¡Qué calor hacía aquel día! Fuego en la sangre, fuego en el aire, fuego en las miradas.

— Al fin estás una vez entre nosotros. Déjate llevar por la corriente — le decían sus amigos.

— Nunca he estado tan bién ni tan contento — respondió el joven. — Tenéis todos razón: el hombre se debe a la realidad, no a las ilusiones.

Cantando al son de la guitarra y cuando ya brillaban las estrellas, salieron los artistas de la hostería, acompañados de las dos modelos, y por calles estrechas y solitarias llegaron al estudio de Angelo.

Las paredes estaban llenas de bocetos y apuntes. En muchos de ellos se reconocía a las dos romanas en diferentes posturas. Allí continuó la fiesta.

....

— ¡Apolo, Júpiter! Me elevo a vuestro Olimpo. Parece que la flor de la vida brota en este instante en mi corazón...

Brotó, pero se marchitó bien pronto. Su fuerte aroma enervó el pensamiento, pero los fuegos artificiales de los sentidos se apagaron, y todo fué obscuridad.

Llegó a su casa, se sentó en la cama, se puso a pensar, y del fondo de su pecho salió una voz que le gritaba:

— ¡Qué has hecho! — Y luego: — ¡Insensato! ¡Lejos de mí! ¡Bajad!...

— *¡Lejos de mí! ¡Bajad!...* Aquellas crueles palabras de la Psiquis viva sonaban en su oído y las repetían sus labios. Se recostó en la almohada. No pensaba. Se durmió.

II

Al amanecer despertó sobresaltado; volvió a pensar. ¿Qué había pasado? ¿Había soñado? ¿Habían sido un sueño sus palabras, las fiestas y las campesinas en la hostería? No, que todo era real; la realidad, que hasta entonces no había conocido.

En el rosado ambiente de la mañana brillaba la estrella. Sus rayos caían sobre la estatua. El la contemplaba tembloroso y mudo... La Psiquis... la imagen de la pureza... Y de repente le pareció que su mirada la ofendía. Echó un paño sobre ella; varias veces intentó descubrirla, pero no se atrevió a hacerlo.

Callado, sombrío, reconcentrado en sí mismo, pasó el día, sin sentir nada de lo que a su alrededor se movía.

Pasaron días tristes y largos; las noches más largas aún.

La estrella le vió una mañana abandonar el lecho. Estaba pálido y calenturiento. Descubrió su estatua. La miró con inmensa amargura, y después, casi cayendo bajo su peso, la llevó al jardín. Había allí un pozo seco, un agujero se le podría llamar. Allí hundió la Psiquis y la cubrió con tierra y ramas.

— *¡Lejos de mí! ¡Bajad!* — Esa fué la oración fúnebre de la estatua.

La estrella vió brillar dos lágrimas en las mejillas del pobre enfermo, del moribundo, como decían las vecinas.

El hermano Ignacio le asistió como amigo y como médico. Y trajo el consuelo de la religión, y le habló de la calma, de la Iglesia, del pecado, de la gracia y de la paz en el seno de Dios.

Y como de la tierra húmeda se levantan tules de nieblas al calor del sol, así las palabras del fraile levantaron en el alma del artista vagos pensamientos, que se fueron elevando, y desde ellos, como desde islas flotantes, contempló la vida humana.

Desengaños, ilusión, era la vida. Lo había sido para él.

El Arte, una sirena que nos arrastra al orgullo y a los placeres de la carne. Falsos somos con nosotros mismos, falsos con el prójimo, falsos con Dios. La serpiente siempre nos dice: «Prueba y serás igual a Dios.»

Por primera vez en su vida le pareció conocerse y haber encontrado la senda de la verdad y felicidad, en la Iglesia la luz de la fe, y en la celda esa paz que necesita el árbol de la vida para extender sus ramas más allá de la vida, a la eternidad.

El hermano Ignacio le dió fuerzas. Su resolución fué irrevocable. El hijo del mundo sería el siervo de la Iglesia; el joven artista renunció al mundo por el claustro.

¡Con qué cariño le recibieron los hermanos! ¡Qué solemne fué la ordenación! Parecía que Dios flotase en el hermoso rayo de sol que en la iglesia penetraba, y que aquí y allá iba a posarse en las junturas y en las cruces doradas. Y cuando al caer de la tarde entró en su celda, abrió la ventana y contempló largo rato la Roma antigua, los ruinosos templos, el potente pero muerto Coliseo; al ver todo esto rodeado de los halagos de la primavera, las acacias en flor, las rosas abiertas, las palmeras columpiando sus ramas a impulsos de la brisa de la tarde, el monje se sintió inspirado y conmovido como nunca lo había estado. La solitaria Campagna se extendía ante su vista, y a lo lejos las montañas cubiertas de nieve parecían pintadas en el horizonte, donde todo se disolvía en un tinte azulado. Todo respiraba paz y alegría. Parecía un sueño.

Sí, un sueño es la vida, pero el sueño dura sólo

unos instantes; la vida del claustro años, muchos y largos.

¿Qué llama era la que constantemente ardía en su pecho?

¿Qué poder oculto luchaba siempre en el fondo de su ser?

Maltrataba su carne y el enemigo no huía. ¿Qué átomo de su alma, traidor como una culebra, se retorcía torturando su conciencia? ¿Qué voz salía de su pecho, que la santa casulla cubría, y que le gritaba: «No temas: los santos y la Virgen ruegan constantemente por ti; Jesús vertió su sangre por tu salvación; no te has de salvar»? ¿Fué la inocencia del niño o la ligereza de la juventud lo que le hizo entregarse en brazos de la gracia divina y creerse elevado sobre los demás? ¿Y por qué no? ¿No había arrojado lejos de sí el orgullo mundano y era un hijo predilecto de la Iglesia?

Un día, después de muchos años, se encontró a Angelo, que le reconoció al instante.

— ¿Tú, monje? — le dijo. — Sí, eres tú. ¿Eres ahora dichoso? Has pecado contra Dios; has despreciado las dotes que él te dió y has abandonado tu vocación en este mundo. Lee, lee la parábola del dinero prestado. El Maestro que nos la enseñó dijo verdad. ¿Y qué consuelo encontraste? Te has forjado en el cerebro una religión como hacen todos. Dime, ¿y si todo fuera un sueño, una ilusión, un hermoso ideal?

— ¡Lejos de mí, Satán! — dijo el fraile. Y se alejó apresuradamente.

— Era el diablo; le he visto hoy — murmuraba el monje. — Le tendí una vez un dedo y por poco se me lleva. Pero, ¡ah, no!; en mí está el germen del mal: él, al menos, le resiste, mientras yo busco en vano consuelo en la religión. ¡Si no hubiera consuelo! ¡Si todo fuera como el mundo, un sueño nada más, como el oro de las nubes al ponerse el sol, como el azul de los montes, que de cerca son un montón de peladas rocas! ¡Eternidad, eternidad! Eres como el infinito tranquilo océano que, ocultando su fondo, nos llena de deseos; pero al querer verlo, nos hundimos, desaparecemos... Morir... dejar de existir... Ilusión, lejos de mí.

Sin lágrimas, ensimismado, queriendo descubrir el fondo de un interminable abismo, pasaba el día arrodillado... ¿Ante quién?... ¿Ante la cruz que pendía del muro? No, la costumbre hacía que el cuerpo tomara aquella postura.

Cuanto más hondo quería mirar, más obscuro le parecía. Nada, la nada absoluta. Una vida desperdiciada y vacía. Y la amargura de este pensamiento a veces amenazaba ahogarle.

— A nadie me atrevo a confiar este remordimiento que me abruma.

Y la duda luchaba y vencía en su pecho.

— Señor, Señor — decía en su desesperación, — ten misericordia de mí; dame fe. Tus dotes arrojé lejos de mí, mi destino en este mundo desprecié. Me faltaron fuerzas. ¿Por qué no me las diste?... ¡La inmortalidad!... ¡Mi Psiquis!... quitaos de mi vista... ¡lejos de mí! Como aquella estatua, el latido más noble de mi alma... nunca, nunca saldrá de su tumba.

La estrella brillaba en el rosado ambiente de la mañana, la estrella que un día ha de apagarse y desaparecer del orbe, mientras el alma seguirá viviendo y creando. Sus rayos se deslizan sobre el blanco muro, pero ningún signo deja en el de la eternidad de Dios, de la gracia divina, ni de ese amor que palpita en el pecho del creyente.

III

— ¿Morirá la Psiquis en mi pecho? ¿Puede suceder lo inconcebible? Sí, inconcebible es mi *Yo;* inconcebible, tú, Señor; inconcebible, el mundo, una maravilla de poder y amor.

Sus miembros se agitaron convulsos. Sus párpados se cerraron. El eco de las campanas fué el último rumor que flotó sobre el muerto. Le enterraron en tierra traída de Jerusalén y mezclada con polvo de reliquias.

IV

Años después, desenterraron su esqueleto con el de otros monjes. Le pusieron un hábito, en la mano un rosario y le colocaron en un nicho en el panteón del convento.

Pasaron años.

Los huesos se desprendieron y cayeron confundidos. En el muro exterior de una iglesia se ven varias filas de calaveras. ¡Cuántas había! ¿Sus nombres? Estaban olvidados. También el suyo.

Mirad, algo se mueve en las huecas órbitas. ¿Qué es? Un lagarto que salta en la vacía calavera. Esa era ahora la vida de aquella cabeza, donde una vez el pensamiento se había agitado, donde hubo tan plácidos sueños y tanto amor al arte, por cuyas mejillas ardientes tantas lágrimas habían rodado y que tanto anheló la inmortalidad. El lagarto desapareció entre las piedras. La calavera se convirtió en polvo entre polvo.

Han pasado siglos.

La estrella de la mañana brilla trémula y melancólica como hace miles de años.

Lo que fué estrecha calle con las ruinas de un templo pagano, es hoy anchurosa plaza y en ella hay un convento.

Allá, en el jardín, están abriendo una fosa. Una novicia ha muerto y van a enterrarla al amanecer. El azadón chocó con piedra: blanca es como la nieve. Poco a poco apareció un hombro. Con cuidado manejaban el azadón. Mirad... una cabeza... alas de mariposa... y de la fosa donde iban a enterrar a la novicia, sacaron al rosado ambiente de la mañana una hermosa estatua, una Psiquis de mármol.

¡Qué hermosa!... ¡Qué acabada!... Una obra maestra de la Edad de Oro... ¿Quién sería el maestro?

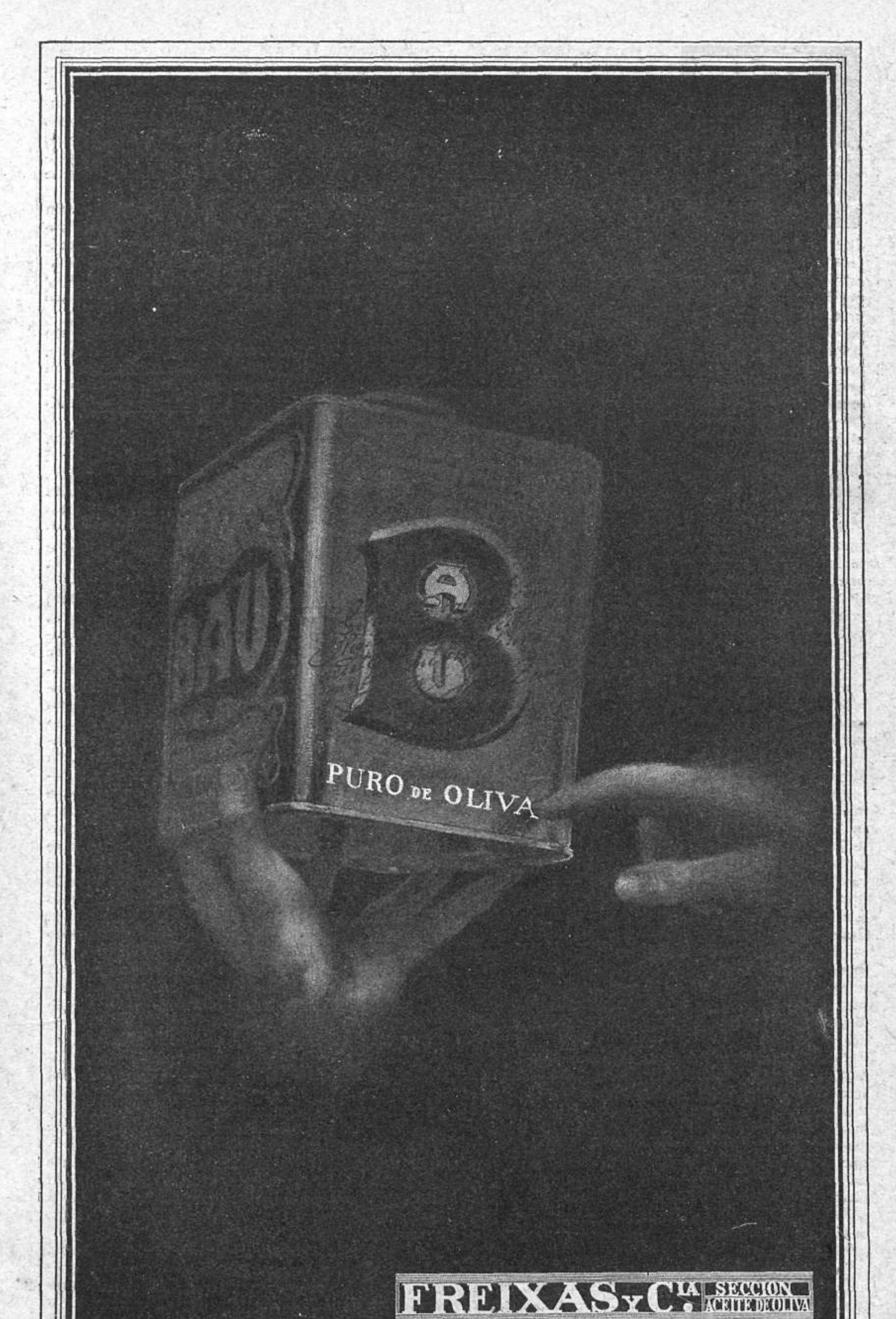
Nadie lo sabía; solamente la estrella de la mañana, que vió su vida, su prueba y su debilidad.

Había muerto, desaparecido cual debe el polvo; pero su deseo más puro, lo sublime que mostraba lo divino de su alma, la Psiquis, nunca muere, es eterna, y estaba allí reconocida y admirada. La estrella, en el rosado ambiente de la mañana, la besaba con sus rayos, y veía la admiración en los ojos de los que contemplaban absortos el alma cincelada en mármol.

Lo terrenal desaparece y se olvida, sólo la estrella en lo infinito lo sabe. Lo divino es eterno, y si se olvida el nombre del autor, siempre queda la Psiquis.

H. C. ANDERSEN

DIBUJOS DE LÓPEZ NAGUIL.


PURO DE OLIVA
FREIXAS Y Cia
SECCION ACEITE DE OLIVA



El peor comunismo

POR

MIGUEL DE UNAMUNO



HAY para las discusiones de palabra un arma prohibida por Nuestro Señor Jesucristo, un arma prohibida a los cristianos. En el eterno Sermón de la Montaña, tal como se nos expone en los capítulos quinto, sexto y séptimo del Evangelio según Mateo, se nos dice que el que dijere a su hermano *racá* — esto es: «un nada» — será reo ante el concejo y el que le dijera *moré* — esto es: «soso» o «zonzo» — será culpable de la geena del fuego (V. 22). El texto original griego emplea primero la palabra hebrea *racá* y luego la griega *moré*. Y *morós*, que el texto latino oficial de la Iglesia Católica Romana traduce por *fatuus*, significa primeramente: insípido, desabrido o desaborido, insulso — o sea sin sal — y luego tonto. Lo grave, pues, no es llamarle al prójimo embustero o ladrón o pervertido o... es llamarle tonto. ¡Y cuántas maneras hay de llamárselo! ¡Qué rica sinonimia!

Se comprende que de la rica sinonimia que el idioma griego tenía para llamarle a uno zoquete el evangelista escogiera el término *moré*, zonzo o soso, ya que en el mismo Sermón de la Montaña dice el Cristo a sus discípulos que son la sal de la tierra y que si la sal se desvaneciere o «asosare» (*moranthei*) ya no se le salará (V. 13). Y el español *soso*, portugués *ensosso*, viene de *insulsus*, sin sal. Y de ahí debe de venir *zonzo*, aunque Meyer-Luebke lo dude.

¡Qué de metáforas para llamarle al prójimo tonto! *Tonto* pudiera ser «tundido». Luego se le llama *bobo*, o sea *balbus*; tartamudo o balbuciente. O *idiota*, que quiere decir un particular, un hombre privado, uno que no es ni concejal siquiera o de la Junta del Casino. O *imbécil*, que es — *imbecillis* — el que no tiene *bacillus* o bastón, el inerme, el flaco, el débil. O mentecato — *mentecaptus* — privado de la mente, casi demente. O estúpido, el que se queda aturdido. Y vienen luego las metáforas del reino animal y del vegetal.

No sabemos por qué se habrán escogido ciertos animales, sobre todo peces, y no otros para llamarle tonto al hombre. Se le llama burro, cernícalo, ganso y luego congrio, besugo o percebe. ¿Es el congrio más tonto que el salmón o que la sardina? Y entre los vegetales, ¿por qué hemos de decir de un tonto que es un alcornoque o un ciruelo y no un olivo o un manzano? Porque si es por dar éste fruta, también el ciruelo la da. Lo del alcornoque debe de ser por el corcho. Aquí se dice de un tonto de capirote que si se le sacude suelta bellotas. Pero esto no es poco.

Tonto de capirote es el que con un capirote o bonete puntiagudo hace de tonto en las fiestas. Es un tonto de alquiler y casi oficial. El tonto de atar es ya otra cosa.

En una ocasión le oímos a uno decir de otro que era un majadero de piedra, y como le pidiéramos explicación de la frase nos explicó que majadero de piedra no quiere decir que sea hecho de piedra o con piedra el majadero sino que sirve para majar o machacar piedra. Porque majadero es, en su sentido primitivo, la mano del almirez con que se maja en éste ajos, pimienta o lo que sea. Y ya le veíamos al calificado de majadero de piedra majando pedruscos con la cabeza. Una metáfora parecida a la de majadero es la de adoquín.

Hay otros calificativos que más que cerrazón mental o tontería implican ligereza, tales como: badulaque, botarate, mequetrefe, chisgaravís, zanguango, mamarracho, zamacuco, zampatortas, papanatas, papamoscas, etc., etc. La lista sería muy larga. ¡Porque hay tantas maneras de llamarle a uno zoquete y memo!

Un amigo nuestro acostumbraba decir de un tonto de capirote que era tonto constitucional y absoluto, y nos hacía observar que en los tontos no son, como en los reyes, contradictorios estos adjetivos.

Pero de toda la riquísima sinonimia de la dementalidad nada nos ha hecho más gracia que aquella expresión usada por los psiquiatras o alienistas cuando hablan de un «idiota profundo». ¡Idiota profundo! ¡La profundidad de la idiotez!

Idiota quiso decir, como ya hemos dicho, un particular, uno que no ocupa cargo alguno público, uno que no se distingue por nada. Para nosotros, idiota es el que no discurre más que con lugares comunes, el que no hace sino repetir las frases tradicionales, aquel que todos los años observa a primeros de año — en este hemisferio — que empiezan a alargar los días y acortar las noches; el hombre sensato, en fin, el que odia las paradojas. Ese es el idiota. Es el hombre del sentido común porque carece de sentido propio. Y la profundidad de la idiotez consiste en que su sentido no sea más que común. La comunidad del sentido es lo que hace la profundidad de la idiotez. Los idiotas profundos son comunistas de la inteligencia. O mejor de lo que entre ellos hace sus veces.

La imaginación en ellos no pasa de imaginación en el sentido etimológico, *mimaginatio* o sea facultad de *mimar* o de imitar — *mimitare* — sin que pueda llegar nunca a fantasía. Esta se queda para los locos, que pueden ser poetas, esto es: creadores. Pero por lo común ni imaginación tiene el idiota profundo.

¡Y qué cóleras les acometen a los idiotas ante ciertas manifestaciones de arte o literarias! Al idiota se le conoce en que siempre tiene en la boca las palabras: extravagancia, locura, paradoja, chifladura, macana...

De todos los comunismos el más terrible, el más devastador es el comunismo del sentido común, el de los que discurren con los tópicos tradicionales gastados por siglos de choque de ellos en sus cabezas de majaderos de piedra.

Y basta por ahora de... paradojas a cuenta del comunismo del entendimiento.



NOTA COMICA DEL

GLAUDA VERMOUTH ARGENTINO

— ¿Cuánto vale esta langosta con salsa?
— Cinco pesos.
— ¿Y la salsa?
— La salsa nada.
— Entonces tráigame una ración de salsa.

De Saldungaray (F. C. S.)



Concurrentes a la fiesta campestre organizada por los señores Lubos, Bachi y Perrone conmemorando el día de los trabajadores.

SALVAMENTO DE LA LUNA

Cuéntase en China la historia de Chen, que una noche salvó la luna de un grave peligro.

Chen tenía una de esas almas heroicas y tenaces, de los que están llamados a practicar grandes acciones.

Una noche su amo le envió en busca de agua. Al inclinarse sobre el pozo vió Chen el reflejo de la luna.

—Esto *sí que es grave, pensó.* La luna se ha caído al pozo.

Y Chen emprendió el salvamento de la luna extrayendo agua y más agua.

De pronto, agobiado de cansancio, se cayó hacia atrás, y al mirar al cielo vió a la luna brillando en todo su esplendor.

—¡Es verdad que estoy bien cansado — exclamó Chen, — pero al fin la he salvado!

No sólo en China; existen en todas partes salvadores de la luna que se agitan mucho, toman por realidades sus ilusiones, están muy contentos con sus habilidades, mientras todos los demás se ríen de su fatuidad.

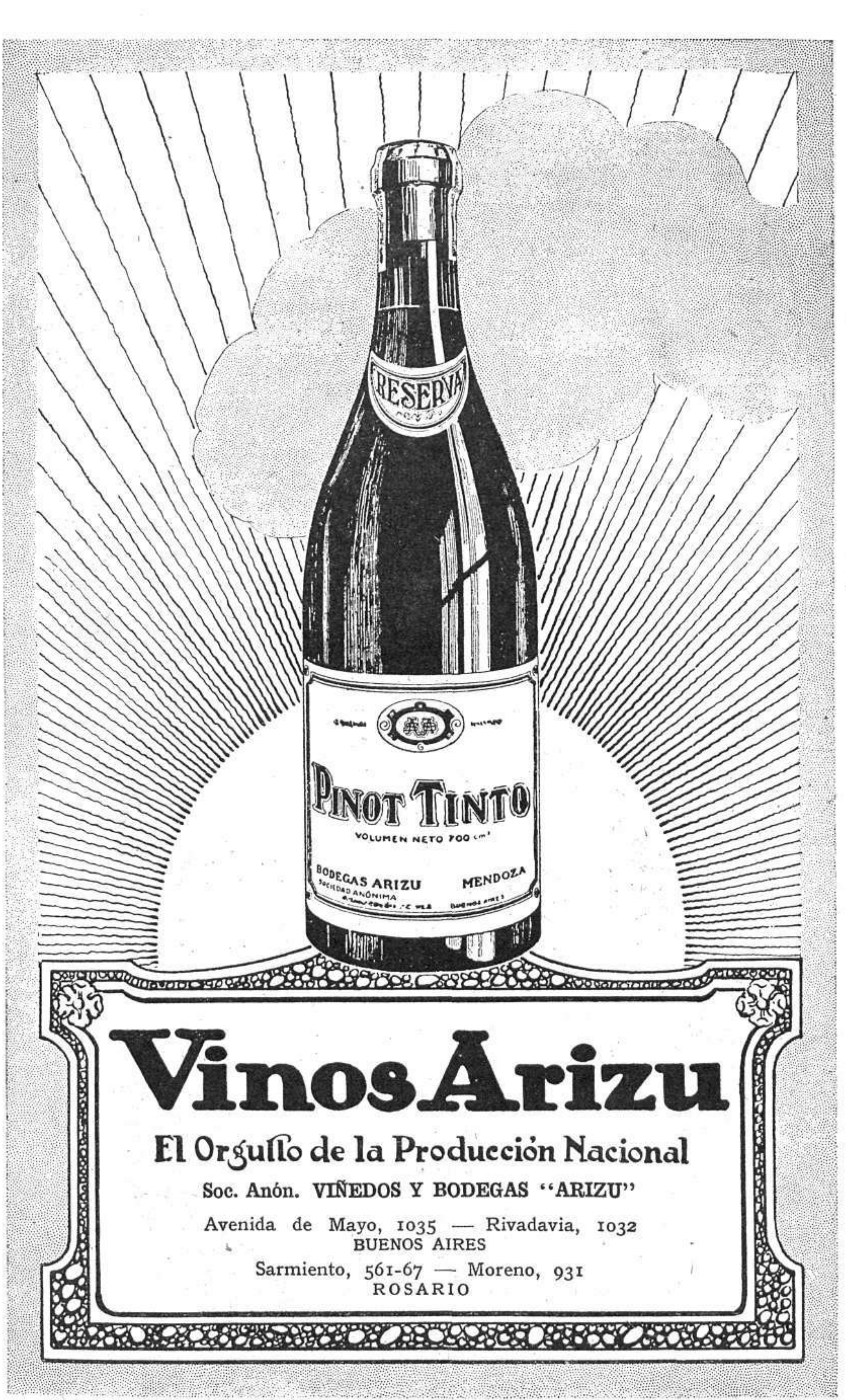
Cuando una mujer se eleva sobre cumbre de hipocresía es difícil destronarla para restituirla al modo de las verdades.

Los halagos de la mujer se parecen a los dones del avaro, que da uno para sacar ciento.


Por la conservación de su propia belleza
debe usted adquirir el convencimiento de que con el uso diario del POLVO GRASEOSO
LEICHNER
mantendrá su cutis en el más alto grado de transparente suavidad y delicadeza, fresco y lozano, como en la primera juventud, y depurado de cualquier imperfección que pueda menoscabar el mérito de los naturales atractivos.
Señora: si aun no ha empleado usted en su toilette el POLVO GRASEOSO LEICHNER, haga una prueba durante varios días, y tendrá que agradecer el consejo por sus indudables beneficios para la estética facial.
MENDEL y Cía.
Bs. Aires.—Guardia Vieja, 4439
Montevideo. — Cerrito, 673.

De Berutti

Grupo de señoritas y jóvenes que asistieron al picnic organizado por el Centro Recreativo Berutti en honor de las familias de sus asociados.



RESERVA
PINOT TINTO
VOLUMEN NETO 700 cm³
BODEGAS ARIZU
SOCIEDAD ANÓNIMA
MENDOZA
Vinos Arizu
El Orgullo de la Producción Nacional
Soc. Anón. VIÑEDOS Y BODEGAS "ARIZU"
Avenida de Mayo, 1035 — Rivadavia, 1032
BUENOS AIRES
Sarmiento, 561-67 — Moreno, 931
ROSARIO



Aspecto exterior del Mercado Municipal recientemente inaugurado, y cuya instalación se ha hecho de acuerdo con todos los adelantos higiénicos modernos.

EL AZÚCAR CONTRA LA TUBERCULOSIS

Las opiniones expuestas por un médico inglés acerca de las saludables propiedades del azúcar y del lacre no pueden ser más halagüeñas para las personas delicadas que suspiran por tener buena salud y buenos colores y para las que aspiran a verse libres de la tisis.

Las fábricas de dulces y las fábricas de lacre son los mejores sanatorios del mundo para los tísicos. El doctor ha observado que todas las jóvenes que trabajan en la fabricación del lacre son sin excepción robustas y de buen color, sin duda alguna porque todo el día lo pasan respirando un ambiente tan estimulante como el de los sanatorios establecidos en medio de grandes pinares. El polvillo de la resina es la esencia de la goma del pino y reune propiedades excelentes para la curación de las enfermedades laringeas.

En estas fábricas las operarias no tienen más remedio que absorber un poco de sulfito rojo de antimonio, producto que a pesar de ser muy venenoso es muy bueno contra la anemia.

En las fábricas de dulces donde, como es natural, las obreras toman cuanto azúcar quieren, se observa un fenómeno idéntico: todas son robustas y tienen excelentes colores.

«La experiencia me ha demostrado — añade el doctor — que las personas que comen azúcar con relativa abundancia no adquieren la tisis ni se aficionan a las bebidas alcohólicas. Además no hay cosa tan buena para las muchachas pálidas como tomar mucho azúcar. A los niños debe dárseles abundante azúcar en las bebidas y permitirles comer bastantes dulces, sin llegar a la exageración, porque de este modo se inmunizan, digámoslo así, contra la tuberculosis».

El médico aconseja a continuación que comamos diariamente por lo menos veinte terrones de azúcar para gozar de buena salud.



Un criminal es siempre un criminal — suele decirse con acento de profunda convicción.

¿Es verdad esto?

Bueno; yo no soy de los que gustan echarse flores a sí mismos. No, señor; no es mi procedimiento. Por otra parte, no quiero contradecir a nadie.

¿Que cómo me he matriculado y actuado en el gremio de los ladrones?

Ese es mi secreto. Si yo fuera tan imprudente que me pusiera a relatar los mejores procedimientos que nosotros, los profesionales del robo, usamos en nuestras aventuras, más de un personaje pagaría las consecuencias y con seguridad que aumentaría el número de culpables.

Pero yo no tengo familia; yo soy un solterón perfectamente conservado. mezcla de elegante y sentimental, y la verdad pura es que mi primera entrada en «Casa Grande» fué un delito cometido por otro. Desde entonces he aprendido bastante; me he vuelto cuidadoso, observador y experimentado.

Ahora vamos derechos al asunto: de cómo me hice honrado.

Apenas tenía yo treinta años y — palabra de honor — mi abundante record hacía palidecer de envidia a más de cuatro veteranos en el oficio.

Por aquel tiempo fuí preso y encarcelado por un compañero traidor, Spike Dawson. Por causa de sus declaraciones la cosa se enredó entre cinco y veinte años a la sombra. Si cuando el muy canalla me vendía ante el tribunal llego yo a tener conmigo mi automática, seguro que le envío una «píldora» entre ceja y ceja; pero — un buen consejo — no porte usted armas nunca cuando comparezca ante la corte.

Salí de la prisión y entonces, acordándome de Spike, compré de nuevo un precioso juguete que desde entonces llevo escondido en la manga izquierda.



EDDIE, ECHÁNDOME LOS BRAZOS AL CUELLO, NO SE DIÓ CUENTA DE MI MANIOBRA Y ME ROGÓ QUE CORRIERA A LA HABITACIÓN DEL AGONIZANTE "OLIVER".

PAGANDO UNA VIEJA DEUDA

(HISTORIA DE UN LADRON)

Cómo me las arreglé para hacer creer a los jefes del presidio que yo era un hombre bueno, un sincero arrepentido de pasados yerros, me sería difícil decirlo. Estas cosas particulares siempre dependen de algo de casualidad con mucho de arte escénico. Yo, durante mi encarcelamiento, fuí un actor paciente con total dominio de mis facultades para poder dominar a los demás. Conseguí el mínimo de la pena y puse en evidencia los embustes de mi denunciador.

Seis meses después me hallaba yo en Boston tan libre de dinero como un carnero de alas. Claro que, en estas circunstancias tan poco prósperas, me acordé en seguida de mis buenos y viejos procedimientos para adquirir dólares.

No quise verme con ninguno de mis colegas. No; nada de malas compañías; trabajaría solo, bajo mi única responsabilidad. El «honor entre ladrones», que con frecuencia ha constituído, entre los de la clase, una excelente hoja de servicios con ejemplos de admirable abnegación, quedaba roto para mí desde el momento en que el canalla de Dawson me había denunciado. Así que, por dignidad personal, me refugié en discreto lugar de una calle silenciosa, y esperé, con los ojos abiertos, a que algún oportuno suceso me brindara ocasión para rellenar el vacío de mis bolsillos.

Un hombre sin dinero es una cosa que no se mueve casi nada o que se mueve demasiado.

Y ahora viene mi fracaso con *Oliver* al presentárseme la suspirada oportunidad.

Sería cerca de la una de la madrugada. Desde mi natural observatorio descubrí una abultada sombra que se deslizaba por la obscura calle. Los momentos no podían ser más aprovechables; el *policeman* tardaría sus veinte minutos en dar la vuelta reglamentaria. El hombre caminaba tranquilamente cuando yo le detuve por sorpresa. Llevaba

una gruesa cadena de oro que le cruzaba el chaleco y que yo calculé *in mente* en veinte y cinco dó'ares.

Varios segundos antes, cuando, por conocida y profesional precaución, iba yo a taparme la mitad del rostro con el pañuelo, descubrí, echándoseme encima, a dos «compañeros» con los brazos al aire y con propósito decidido de atacarme.

Verdaderamente yo no sé lo que pasó bajo mi sombrero. En un segundo me vi apuntando con mi revólver a la agresiva pareja y la vi desfilar al trote, a un enérgico gesto mío, hasta doblar la esquina.

El juego es juego.

Bueno; mi hombre gordo, que presenciara la rápida escena, creyéndome su salvador, se apresuró a darme las gracias, prometiendo contar la hazaña a todo el mundo. No puedo negar — tal es mi poética naturaleza — que me sentí satisfecho de mi negocio de la noche.

No había duda de que me tomaba por otro, y el hombre me preguntó cómo me gratificaría tan buena acción.

No titubeé. Mi segunda naturaleza profesional triunfaba de falsos sentimentalismos, y le dije si podía tomar su reloj con la cadena.

Me lo entregó en el acto. Un relojazo de oro magnífico.

— Deseo verle mañana — me dijo. — ¿Quiere?

— Con todo gusto — le contesté.

Y nos despedimos como si fuéramos amigos de toda la vida.

En tanto llegaba el día siguiente, preguntábame yo qué podría sacarle al gordo «millonario».

A la hora de la cita departimos cordialmente y me enteré que se llamaba Burton Joneses la casa donde, cerca de Nueva York, trabajaba en calidad de mayordomo, pero su nombre, como si se le olvidara tan insignificante detalle, no sonó para nada.

Enseguida me preguntó cuáles eran mis intenciones. Antes de contestarle me convidó a cenar y yo acepté encantado. El era un respetable criado inglés y a mí me había tomado por un caballero.

— Qué casualidad — le fuí explicando a medida que los platos y los tragos nos animaban: — yo trabajo en el mismo oficio. Yo fuí ayudante de un mayordomo en Londres.

— *¡Good!* — exclamó regocijado. — Burton Joneses necesita un camarero de prestigio. La cuestión es ser fino, político. ¿Qué le parece? Yo puedo influir.

Unos segundos me quedé pensativo. La suerte me estaba toreando y yo no soy de los que desaprovechan las oportunidades.

Bueno — me dije: — conduzcámonos con maneras y lenguaje de auténtico duque inglés.

— ¡Admirable, *Oliver!* Espléndido. ¡A fe mía! Una gran idea.

Pero instantáneamente me acordé de que carecía de recomendaciones que me acreditaran, lo que me hizo tomar la ofensiva.

— Lo que ocurre, mi buen amigo, es que he perdido mis papeles. Fué en un incendio, y gracias que salvé la vida. Por cierto que tuve ocasión de salvar a una compatriota y sus dos hijitos. Precisamente ahora estoy esperando nueva documentación. Por eso me encuentro un poco desorientado ahora.

Oliver mostróse satisfecho con mi franqueza. Todo se arreglaría bien. Luego me dijo que se hallaba en Boston, tomando vacaciones por vez primera durante veinte años.

Dos días después ambos salíamos para Nueva York y tomábamos habitación juntos.

Hago constar que le había devuelto el reloj por un extraño prurito de honradez. ¡Oh, complicado temperamento humano! Yo me preguntaba por qué era tan imbécil y por qué, de una vez, no tomaba su fajo de billetes y la desdeñada alhaja. Por un lado me tentaba Satán y por otro se declaraba en rebeldía mi poética naturaleza. Terminé riéndome de mí mismo, aguardando con cierta curiosidad el curso de los acontecimientos.

EL LADRÓN ME REGISTRABA, MIENTRAS QUE YO, CON MI AUTOMÁTICA LISTA...

Por fin arribamos a The Willows, donde se alzaba la casa de Burton Joneses. Cuatro de familia en total. Padre, madre y dos hijos, uno de ellos, varón, internado en un colegio, y la otra, una linda muchacha, haciendo compañía a sus viejos.

Eddie, que así se hacía llamar, recibió a *Oliver* con la cordialidad con que se recibe a un abuelo. ¡Excelente familia!

Eddie se encaró con *Oliver* y comenzó a preguntarle detalles de su estancia en Boston, y los dos viejos, con visibles muestras de complacencia, estaban pendientes del relato de mi compañero.

Los Burton eran lo que hemos dado en llamar nuevos ricos. El dinero llovió sobre ellos como tormenta de verano.

El viejo Jones se ocupaba de ganar dólares y su esposa se entretenía en gastarlos, ansiosa de figurar en sociedad. Para *Oliver* aquello era un

perfecto empleo; desempeñaba el cargo de mayordomo y a la vez de instructor social con toda la seriedad inglesa del caso.

— Muy buena gente; no la hay mejor — me explicaba. — Míster Jones no se cuida poco ni mucho de la sociedad, pero, en cambio, su mujer... ¡oh, su mujer se desvive por balancear la indiferencia social de su marido!

Oliver, al llegar a estas confidencias, meneó la cabeza enigmáticamente, sonriendo apenas con una sonrisilla que guardaba muchas cosas.

Todos le querían. Eddie le mostraba un particular afecto a mi compañero y jefe. La señora llegaba a respetarlo como si fuera su profesor oficial. De ello tuve pruebas al tercer día de mi trabajo, cuando, habiéndome equivocado en una orden, ella me reprendió con cierta acritud. En tal momento penetró en el salón *Oliver*, se dió cuenta del incidente y deteniéndose con impresionante aire de dignidad, más rojas que de costumbre las mejillas, dijo:

— Una señora jamás pierde su temperamento. Esto no se puede olvidar, especialmente delante de criados.

Diez minutos después la señora de la casa se hacía servir con toda etiqueta en sus habitaciones.

Oliver, empero, no se inmutó por esta deserción circunstancial. Conocía sus deberes y los cumplía

En cuanto al viejo Jones, le encantaba la conducta de su instruído mayordomo.

El día de mi santo fumé con placer optimista en una pipa que me había regalado Eddie. ¡Siempre triunfando mi poética naturaleza!

Gustaba ella de que yo le relatara historias interesantes, sobre todo las que tenían por argumento ingeniosos episodios perpetrados por ladrones. Figúrense ustedes el deleite con que se las refería sin el menor esfuerzo imaginativo, sin inventar nada.

Disparos, escalamientos, cajas fuertes abiertas por electricidad, collares, diamantes a puñados, fugas sensacionales... todo un vasto repertorio de la propia cosecha.

Y ella me escuchaba encantada, maravillándose de mis complicados episodios.

Bueno; estará bien que ahora me ocupe de mis planes. El oficio es el oficio. Yo tenía mis ojos puestos — no podía remediarlo — en unos diamantes que viera a *Oliver* guardar en la caja fuerte. Dos veces le había ayudado yo a la grata operación de recontarlos. Estaban tasados en más de cien mil dólares. ¡Apetitoso regalo, como hay Dios!

Pero... ¡no, no! Satán, déjame en paz ¿quieres? Yo era un criado modelo, acreditado; dos veces hube de actuar como «hombre bueno» en los tribunales del pueblo y con esta reputación a cuestas ¿cómo atreverme a...? ¡Satán, huye, que te hago la cruz!

Habría que escribir un tratado voluminoso y con ejemplos para demostrar la «velocidad» que se adquiere en el uso de cualquier profesión, mala o buena. Es casi imposible librarse de las influencias del hábito, y es bien cierto que engendra naturaleza.

Mis ojos — mis ojos mentales — no se apartaban de las piedras preciosas.

DISPARÉ SOBRE SPIKE DAWSON, QUE CAYÓ COMO UN FARDO.

Por otra parte, la señora Jones todos los días las usaba, y era una tentación vérselas. Además, ¿no era una imprudencia exhibirlas tan descuidadamente?

Comencé a perder el sueño, pensando. Mi automática me acompañaba siempre, escondida en la manga izquierda de mi saco, porque soy persona supersticiosa y de hábitos viejos, ya lo he dicho.

Un año transcurrió hasta que, al fin, la oportunidad más apetecible vino a sacarme de mi aburrimiento.

Oliver enfermó, cayendo en el lecho después de varios días en que luchó bravamente por recuperar la salud. Y la primera cosa que dispuso, en cuanto el médico le ordenó absoluto reposo, fué darme la combinación de la caja fuerte.

¡Satán, huye; no me tientes!

Esto aconteció un miércoles. El sábado sabía yo que mi gente asistiría a cierto festival y que no regresaría hasta las dos de la madrugada, y a las tres yo me hallaría en Nueva York.

Mi plan era matemático, pero...

A las doce me deslicé escaleras abajo a «trabajar». Al pasar por el corredor me acerqué a la puerta de mi buen *Oliver* y percibí su respiración.

Lo primero que hice fué dejar abierta la puerta, de modo que cupiera la probabilidad de un robo «exterior». Me refiero a la puerta de la biblioteca donde se hallaba la caja fuerte. Esta precaución era conveniente. Hacía dos semanas que sorprendiera yo la sombra de un «compañero» tratando de forzar las hojas de la ventana, una noche, el cual había huído en cuanto se apercibió de que yo le enfoqué para asustarlo simplemente. No me convenía meter barullo acerca del particular porque, ante el temor de una nueva acometida de los la-

drones, era muy posible que la familia se decidiera por guardar los diamantes y demás valores en la caja de algún banco, y entonces adiós mis planes.

Ya en el salón de la bilbioteca me acomodé delante del cofre. Disponía de mucho tiempo y no deseaba apresurarme porque nunca conviene exhibirse en las estaciones a la espera del tren. En nuestro negocio hay que calcularlo todo.

La una y media. Dí dos vueltas a la llave de la caja y hacía girar el disco un cuarto de circunferencia a la izquierda, cuando sonó un inesperado ruido detrás de mí. Quedé helado, pero no perdí la cabeza. La automática salió instantáneamente de su escondite para colocarse en mi mano.

¡Dios de Dios! Eddie se hallaba a dos pasos de mí. Sin duda se había quedado vigilando a *Oliver*.

— ¡Ah, usted! Estaba asegurándome de que la caja se hallaba bien segura.

Mi voz sonó como si saliera de otros labios.

Ella, acercándose, sonrió, encontrando muy natural mis precauciones.

— Vengo a buscarle apresuradamente porque *Oliver*, que está muy mal, desea verle ahora mismo — exclamó en tono aflictivo echándome los brazos al cuello. — Le busqué en su habitación, pero como no le hallé y vi luz aquí... Suba, suba, por Dios, en seguida.

Eddie lloraba; era manifiesta su debilidad y tuve que sostenerla en mis brazos y así subir las escaleras.

La casa comenzó a agitarse; pasos precipitados alteraban el habitual silencio del hogar. Mr Jones bajaba las escaleras apresuradamente, en pijama, y nos dijo que iba a telefonear al doctor.

Entregué mi preciosa carga a Nora, la *nurse*, y corrí a la pieza de *Oliver*, donde encontré a la señora a la cabecera del enfermo, aprisionándole las desmayadas manos.

— ¡Animos, viejo amigo! — exclamé sin saber lo que decía, desconcertado por el fracaso de mi plan y por el espectáculo de la gravedad de *Oliver*.

El enfermo me miró en silencio; luego alargó una de sus enflaquecidas manos y habló con bastante trabajo.

— Quiero decirle... cierre la puerta... solos.

La señora, a una señal mía, se deslizó hacia la puerta, saliendo y cerrando.

— Yo me voy, Thomas — fué suspirando el hombre — y estoy contento porque no me fuí hace un año. Los señores Jones se hubieran hallado desamparados sin tener alguien que cuidara de ellos. Pero ahora... ahora queda usted, Thomas. Usted me reemplazará dignamente.

Su rostro fué tornándose cada vez más pálido.

— Lo reemplazaré como mejor pueda y cuidaré de ellos, *Oliver*, mi buen...

— Sí, sí, Thomas. Confío en usted. No olvide el temperamento de ella. Todo es cuestión de cuidar sus compromisos sociales... no confundir las invitaciones... estar siempre sobre aviso. A cada cual lo suyo, según su temperamento, Thomas... según... su tem...pera...mento.

Y *Oliver* pasó a mejor vida.

Todos los de la casa se habían concentrado en el hall; la señora, cuando yo aparecí dando la mala noticia, comenzó a llorar deshecha en lágrimas; Eddie, sobre un sofá, daba unos sollozos que partían el alma, y el resto de la servidumbre mostraba su aflicción silenciosamente.

Faltaba Mr. Jones y me dirigí a la biblioteca. Lo vi amarrado a la silla en que sentara, con un pañuelo fuertemente atado alrededor de la cara, tapándole la boca, y los ojos desorbitados.

Apenas anduve dos pasos en su dirección:

— ¡Manos arriba! — gritó alguien.

No pude distinguir al asaltante, acaso el mismo que intentara robar la otra vez. En un instante me dí cuenta de que Mr. Jones, sorprendido por el ladrón, no intentó la más débil defensa. Dada su pacífica condición, se dejó maniatar sin oponer resistencia, lo que fué mejor para él.

— ¡Regístrelo, Ed! — sonó la misma voz autoritaria.

Y como nacido en la sombra de un rincón, surgió un segundo colaborador.

Me dejé manosear por el ladronzuelo con los brazos rígidos hacia arriba... en una de cuyas mangas se escondía mi automática.

Eran dos. Uno de ellos, enfocándome con su minúscula linterna sorda, murmuró algunas palabras cerca de la oreja del otro.

— ¡Diablo! Este es el viejo Butts que se nos adelantaba... o su hjio o...

— ¡Chitss! La combinación de la caja — sonó la voz del otro sin dejar de apuntarme con el revólver.

Decir un segundo es exagerar. Mi pistola, al tiempo que disparaba sobre uno, caía con toda la fuerza de mi brazo sobre la cabeza del otro. Ambos cayeron como dos fardos. El del balazo no se movía; el del terrible golpe, sobre cuyo cuerpo derribado me abalancé, era... Spike Dawson, el traidor delator.

Me reconoció.

¡Ah, qué cara puso de espanto al verse argollado por mis manos, que no son de señorita!

No anduve con contemplaciones. Había que despachar. Con la mano izquierda apoyé el cañón de mi automática sobre su pecho y disparé. Se estremeció, se acentuó su palidez hasta ponerse blanco y... nada más.

Estábamos en paz.

....

Bueno. Héteme aquí convertido en honrado y valiente salvador de una familia.

Me obligaron a tomar unas largas vacaciones en las montañas y fuí, como lo había sido el viejo *Oliver*, el mayordomo y el instructor social de la señora de la casa.

En cuanto a Eddie...

Cuando yo, paseando por el jardín al atardecer, enciendo mi pipa y me envuelvo en humo la cabeza, añorando melancólicamente mis bravos tiempos profesionales, la ingenua y comunicativa muchacha siempre sale a mi encuentro sonriéndome con los brazos estirados y enviándome, como delicioso anticipo, la cálida luz de sus ojos azules. Y como una chiquilla adorable, con las mejillas encendidas, salta a mi cuello y me besa como si besara a un santo. ¿Qué he de hacer yo? ¿Qué remedio hay para...?

En fin; soy un honrado e inteligente mayordomo estilo inglés que acaba de enterrar su pasado tan para siempre como en el pueblo enterraron — sin consideración alguna — el cadáver de mi ex compañero Spike Dawson, el delator.

En paz.





Leche sola, no; leche con "*Germinase*", sí!

Es éste un precepto de alto valor higiénico que desearíamos que todas las madres tuvieran presente al preparar el alimento para sus hijitos.

Porque está probado científicamente que asociando la leche de vaca con la ***"Germinase"***, se combina un alimento de gran valor nutritivo, más digerible y mayormente aprovechable que el insubstancial te o café con leche, que empobrecen la leche que deben ingerir los pequeñuelos.

DE VENTA EN FARMACIAS Y CASAS DE ALIMENTACION.

HARINA DE CEREALES FRESCOS
PREPARADO CIENTIFICAMENTE PARA LA ALIMENTACION DE NIÑOS SANOS Y ENFERMOS Y ADULTOS A REGIMEN
Germinase

Enlaces




Señorita Isidora Dolores Zeballos con el señor Ireneo V. Zocca — Capital.




Señorita Julia Ferrua con el señor Luis M. Badia. — Capital.



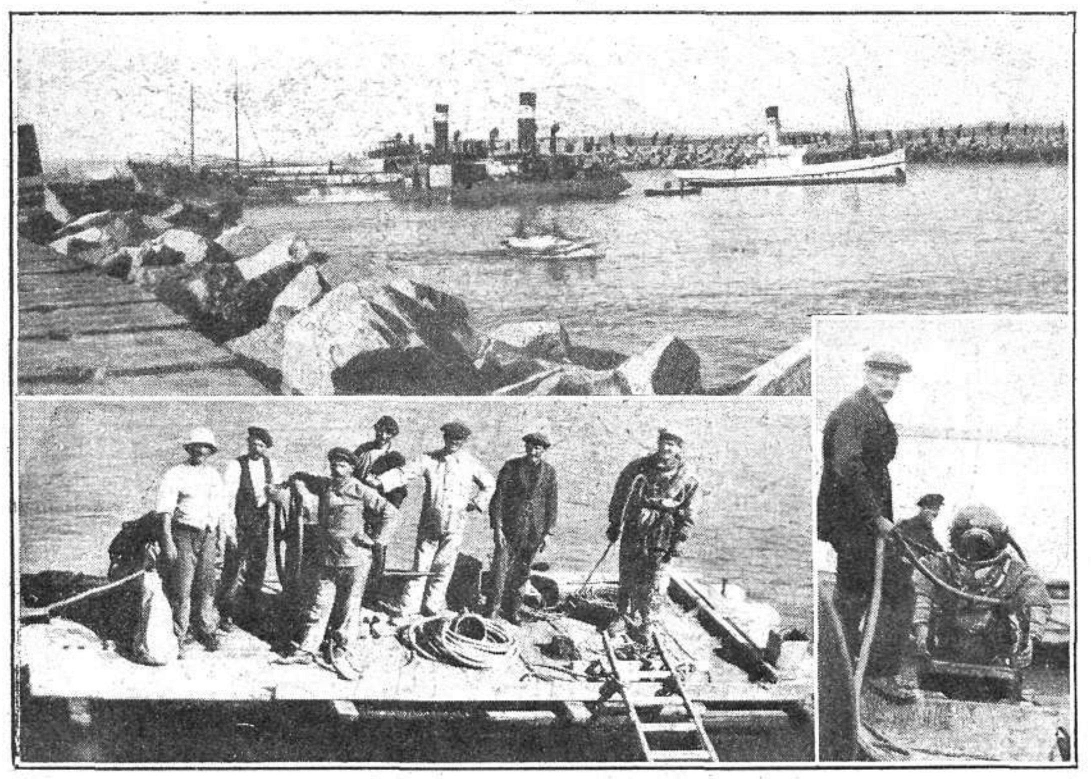

Señorita Antonia Darricao con el señor Pedro Perezo. — Trenque Lauquen.




Señorita Elena Mae Guire con el señor Santiago Helbling. — Rosario.




De Quequén



LAS OBRAS DEL PUERTO. — Dragas a succión "204 C" y "213 C" del M. O. P. trabajando en la boca del puerto de esta ciudad. El buzo Stradio Parasio preparándose para descender a inspeccionar el trabajo efectuado, habiendo permanecido bajo las aguas dos horas y media.

— ¡Tomá Seneguina y dejáte de toser!

La inquietud de fray Raimundo

Fray Raimundo nos acompañó aquella tarde a pasear por los alrededores del convento, cerca de las huertas y de las granjas, a ras del caserío y a través de las mal cultivadas extensiones.

De cuarto en cuarto de hora deteníase para explicarnos las virtudes de algunas de las plantas medicinales que hallábamos al paso: centauras contra el daño de la fiebre; manojos de hierba doncella, hierba mora y hierba lombriguera, contra la estrechez, los nervios y el dolor de estómago; el purgante ruibarbo y la salvia que tonifica; la emética hipecacuana y el narcótico beleño; el cáustico llantén y el toronjil antiespasmódico.

Fray Raimundo iba despacio, iba siempre despacio, meditando a menudo en las frases del salmo de David que dice: «En tí, ¡oh, Jehová!, he esperado; no sea yo confundido para siempre; inclina a mí tu oído, líbrame presto; en tu mano encomiendo mi espíritu»; o, según andaba, musitaba latines de los Santos Padres, fijándose con frecuencia en los pinares del monte porque ellos contenían como la sutil esencia de los pinos que un buen sacerdote de Ubeda llamó pinos de la Bienaventuranza; o murmuraba dulcemente estrofas de Luis de León, y suaves ritmos rimados de Sor Juana Inés de la Cruz, y oraciones poéticas de Francisco Javier, o, aislado de cuanto rodeaba su figura prócer, repetía, como un conjuro, diez, veinte, treinta veces el «mel et lac sub lingua tua», elevado a la mueca agónica de Cristo.

Hacía tiempo que fray Raimundo, encerrado en la celda penitencial que para su pecado habíase impuesto, veía el cielo raso nada más que asomándose al tragaluz de la memoria, por otra parte, llena de preceptos purificadores, de cláusulas evangélicas y de complicadas exégesis sagradas. Pero aquella tarde de sol, aquella brisa de octubre bienhechora y sedante, aquellas ráfagas de perfume a hoja muerta que le llegaban hasta la hosca soledad del retiro monástico, le empujaron, con nosotros, hacia fuera, hacia el campo mustio por los comienzos de la otoñada, y no olvidaremos fácilmente la recogida exaltación del sabio fraile sintiéndose saludado por el triste lamento de las tórtolas: «Ved, hijos míos, cómo la tristeza de las aves acompasa la de los que sufren porque una flor pierde el aroma, porque una mariposa se deshace entre los dedos, porque un alma, mariposa y flor, vuela en busca de los astros». ¡Qué pagana teoría espontánea la del religioso y qué brusca manera de insertar al margen de su fe credos de Grecia!

En la glorieta de los Caños, donde las gallinas picoteaban el salvado esparcido, multitud de niñas rubias acudieron a besar la mano huesuda de fray Raimundo. El las bendijo y cada niña tuvo para él un gracioso movimiento de cabeza y una coquetona sonrisa de gratitud.

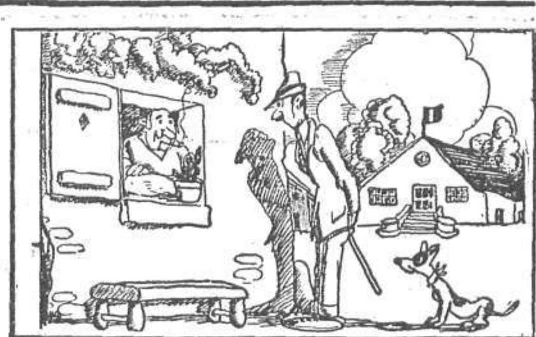
Los alrededores del convento, chamuscados a la solanera del estío, daban una impresión de paisaje lánguido. Por aquí, sementeras quemadas, olivares y viñedos frescos aunque dolorosos, zanjas abiertas en medio de los llanos y secas; por allá, colinas, muchas colinas de verde caparazón, y palomas, muchas palomas. Fray Raimundo gustaba del panorama como si mascase, como si bebiese la otoñal transparencia en copa mejor modelada y labrada que las del veneciano Seguso, y comulgaba en el altar mayor de la atmósfera limpia recibiendo la Eucaristía del cielo azul.

Un poyo de piedra, capaz para seis personas, uno de esos poyos rectangulares que se encuentran a lo largo de los caminos, ofreciónos asiento. Frente a nosotros describía fantásticas y pesadas espirales una pareja de águilas. Fray Raimundo nos narró un episodio muy interesante que tituló «Las águilas del aventurero Juan Manuel», sacado de cronicones del siglo XIV. A la mitad de la narración observamos que el rostro atezado de fray Raimundo se descomponía y que temblaba todo como flojel de jilguero al viento norte. Intentamos auxiliarle y nos contuvo señalándonos un punto de la lejanía. A duras penas, pues la distancia era respetable, distinguimos amplias sombras que se aproximaban. Pronto las sombras adquirieron contornos, y lo que antes fué masa informe resultó un rebaño de ovejas, pocas, doce o catorce, las suficientes para que la chicuela que



—¡Ah! ¡Usted se adorna el sombrero con las plumas del plumero!...

—¡También se hace usted los bucles con las crines del cepillo!...



PREVISIONES METEOROLOGICAS

—¡Usted siempre esperando a su señora!... Quizás no habrá querido salir hoy.

—No; espero las previsiones meteorológicas de mediodía para decirle la ropa que debe ponerse.

atendía a su cuidado no se distrajera ni aun en desgajar matas de romero.

La guardadora del minúsculo rebaño era muy hermosa. Al hombro llevaba un ternerillo balador, en la diestra una vara de fresno, en los labios un geranio y con la siniestra sostenía las patas del ternerillo. Daba gritos agudos y llamaba a las ovejas por nombres del santoral: Rolía, Petrita, Angela, Virtudes, Aurora, Cristina... Bajo el incendiado poniente de la otoñada, parecía una gentil Cenicienta envuelta en sábanas de fuego.

Fray Raimundo clavó los ojos en la alegre muchacha.

— ¿De paseo, padre?...

— De paseo, hija mía.

— ¿Quiere que le regale el ternerillo?...

— ¿Es tuyo, hija?...

— Mío, padre.

— Pues resérvalo para comparar tu color con el de su lana.

— ¿Lo dice por lo manchado?...

— Lo digo por la blancura.

— La nieve y el sudario son de la misma familia, padre.

— ¿Oíste hablar del armiño?...

— ¡Y bien de ellos que cacé!...

— Alguno de mis ascendientes cubrió de armiño reales espaldas y en blanco puro María Verónica enjugó el sudor de Jesús. Mira cómo la blancura antes significa nobleza y caridad que muerte.

— ¿Me deja que le bese la mano, padre?...

— No. Anda. Sigue tu marcha. No te entretengas. Ya es noche.

— ¿No soy digna de besar su mano?...

— Hay en tu boca demasiada púrpura y la púrpura encendió de rabia la túnica de Barrabás.

Cuando el rebaño y su guardadora traspasaron el bosquecillo de hayas, fray Raimundo suspiró:

— He vencido de nuevo las tentaciones. Desde que me trasladé a este convento no acierto a borrar de mi imaginación a la chicuela. En el oratorio la adivino a mi lado; mientras cumplimos la disciplina del ayuno, me asiste y me vela; en el claustro, si alguien agita mi corazón apartándole de sus acostumbradas devociones, es ella, que merodea junto a mí y me transporta a paraísos fronteros al de mi Dios. Yo sé que peco, y mi voluntad me traiciona... Ayer, entonando el Gloria in Excelsis, me repercutían los tiples del órgano en la carne como si en la vil materia tintinearan sonajas de pandero...

Y después de una pausa:

— No he debido salir, no he debido volver a correr el riesgo de afrontar su hermosura, y si el suicidio no constituyese un atentado a las divinas leyes...

— ¡Socorro, socorro, por la Virgen!... — interrumpió un chillido tras el boscaje de hayas.

Fray Raimundo, con salto de tigre, se precipitó en el laberinto de árboles centenarios. Transcurrió el intervalo preciso para el regreso del fraile. Esperamos vanamente; fray Raimundo no regresaba. De las colinas ascendieron a la altura las palomas rezagadas. Agotada nuestra paciencia, nos precipitamos también en el laberinto de centenarios árboles.

— ¡Fray Raimundo, fray Raimundo!...

Ni una respuesta, ni un eco; sólo el casi imperceptible cencerreo del ganado en retirada y las voces de los garrochistas.

— ¡Fray Raimundo, fray Raimundo!

Creímos percibir sollozos como de ahogo contenido.

— ¡Fray Raimundo!...

— ¡Vengan, vengan, lo han muerto, lo han muerto!

Al pie de una de las hayas el cuerpo del sabio fraile yacía exánime, y una mujer, pegada la boca a la del extinto religioso, le aspiraba a furiosos besos el estertor.

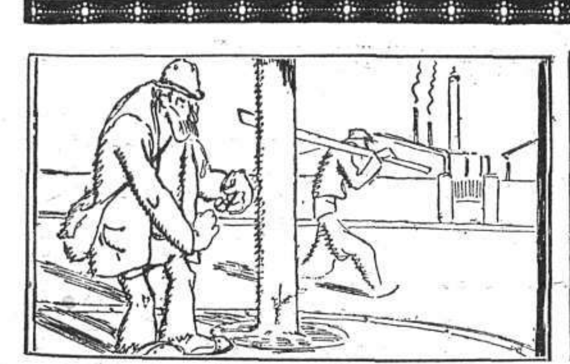
— Le adoré por bueno en vida y ahora le adoro por hidalgo en muerte. Me defendió de un ladrón de honras y defendiéndome cayó malherido. ¡No hay justicia en el mundo, no hay justicia en el cielo!

La guardadora del rebaño se abrazaba al cuerpo inerte que la amó, correspondiendo al amor imposible con el suyo tardío e insatisfecho.

— ¡Le adoro por hidalgo, por bravo, por caballero!...

Era verdad. Fray Raimundo Carlos de Mendoza descendía del primer virrey de Nueva España y virrey del Perú, del esforzado granadino comendador de Socuéllamos y trece de Santiago, de Antonio de Mendoza, el que organizó la expedición marítima a las islas de la Especería y el Archipiélago, el fundador de la Universidad de Méjico. Ambos murieron hidalgos, ambos legaron a las posteridades irrebatibles testimonios de caballerosidad... Y nosotros, mirábamos el cadáver de fray Raimundo bajo los inútiles besos de la pastora rezando a la flor que pierde el aroma, a la mariposa que se deshace entre los dedos, al alma, mariposa y flor, que vuela en busca de los astros...

Félix Paredes



— ¡Sin un centavo, sin tabaco!... Hay momentos en que uno siente deseos de trabajar.



La muchacha. — ¡Eh! No grite tan fuerte. ¿No ve que acaba de dormirse mi hermanito?

De Santa Fe



PIAMONTE. — El gobernador, doctor Mosca, y sus ministros rodeados por la concurrencia que acudió a recibirlos durante la visita que efectuaron a esta localidad para inaugurar el Correo.



CASILDA. — Empleados de policía que asistieron al picnic realizado en la chacra del señor Colompo celebrando una fiesta íntima.



Concurrentes al banquete ofrecido al doctor Juan A. Rebeshi por un grupo de destacados colegas con motivo de su próximo enlace.

TODOS TENEMOS HAMBRE

Bien sabes que todos tenemos hambre: hambre de pan, hambre de amor, hambre de conocimiento, hambre de paz...

Este mundo es un mundo de hambrientos.

El hambre de pan, melodramática, soflamera, ostentosa, es la que más nos conmueve pero no la más digna de conmovernos.

¿Qué me dices del hambre de amor? ¿Qué me dices de aquel que quiere que le quieran y pasa por la vida viendo en todas partes mujeres hermosas sin que ninguna le dé una migaja de cariño?

¿El hambre del pobre espíritu que ansía saber y choca brutalmente contra el zócalo de granito de la Esfinge?

¿Y el hambre de paz que atormenta al peregrino inquieto, obligado a desgarrarse los pies y el corazón en los caminos?

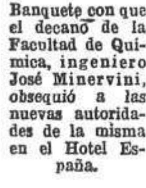
Todos tenemos hambre, sí, y todos, por lo tanto, podemos hacer caridad.

Aprende a conocer el hambre del que fuera del hambre de pan todas se esconden.

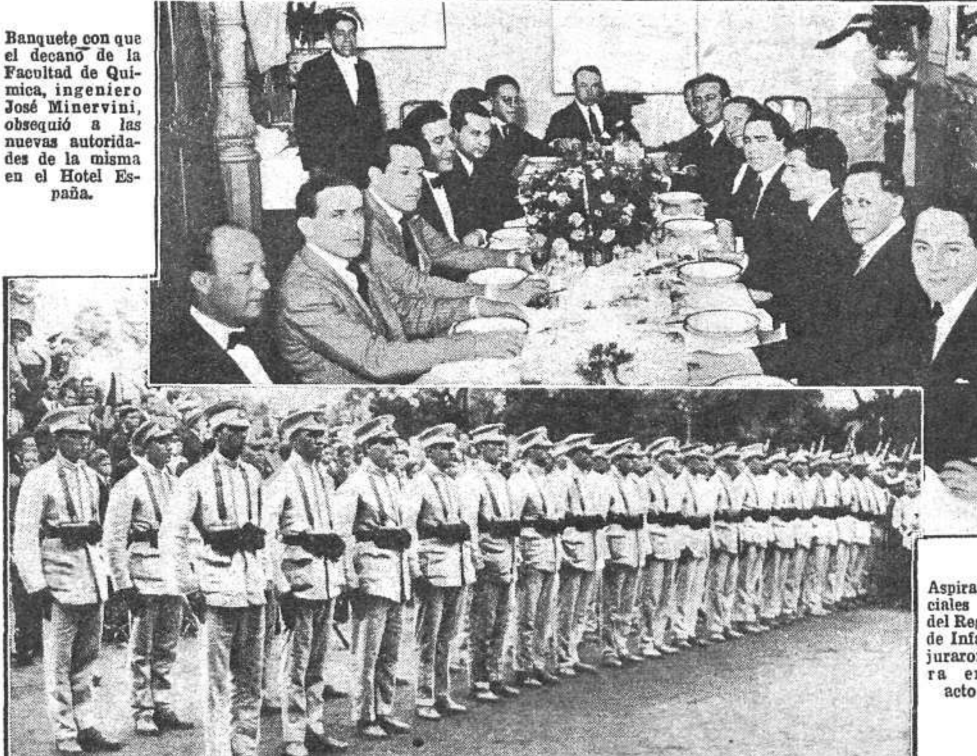
Cuanto más inmensas más escondidas. — AMADO NERVO.

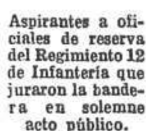
¡Sopla, sopla viento glacial del invierno! Nunca serás tan helado como la ingratitud de los hombres. — A. DE MUSSET.


La perplejidad...
del médico es explicable cuando nota que el tratamiento no ha dado el resultado que esperaba, siendo que era el único y seguro en ese caso.
Ante esa situación nace la duda de si será el medicamento... el que falla, como ocurre algunas veces cuando la receta es preparada en farmacias que no inspiran confianza.
En cambio, cuando la receta se encarga a nuestros laboratorios, Vd. sabe, mejor que nadie, el extremo cuidado que ponemos en su preparación y que no hay el más mínimo temor a equivocaciones o sustituciones porque sólo intervienen profesionales expertos bajo nuestra inmediata dirección.
Por otra parte, empleamos siempre drogas patentadas y frescas y no cobramos sino lo que en realidad vale lo que entregamos.
Ensaye nuestros servicios profesionales.
Diego Gibson
FARMACIA Y DROGUERIA
DIEGO GIBSON
192, DEFENSA, 192
Unica Sucursal:
FLORIDA, 159 (Pasaje Güemes)
U. Telef. del 5921 al 5925. Avenida

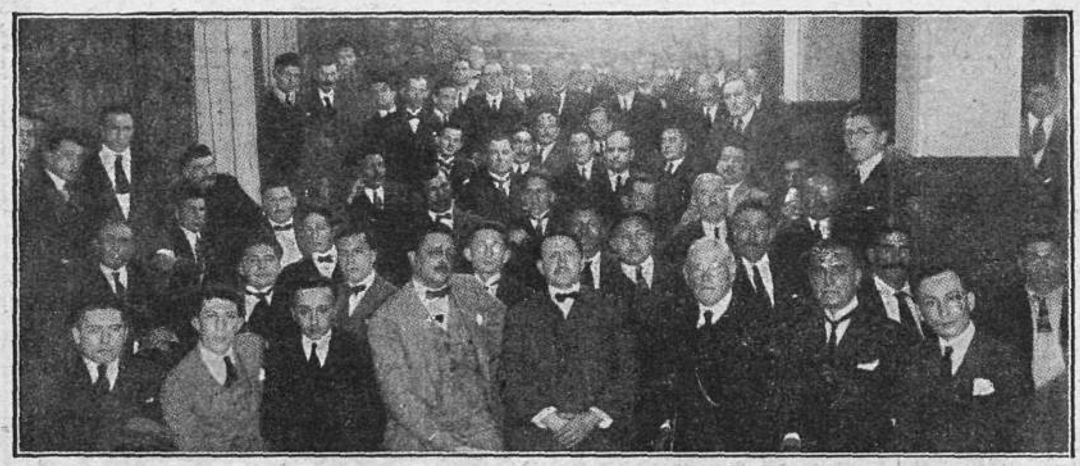


Banquete con que el decano de la Facultad de Química, ingeniero José Minervini, obsequió a las nuevas autoridades de la misma en el Hotel España.





Aspirantes a oficiales de reserva del Regimiento 12 de Infantería que juraron la bandera en solemne acto público.



Miembros del radicalismo opositor que preside el diputado señor Manuel Fernández durante la reunión celebrada en el Palace Hotel para constituir una nueva entidad política.

LOS EFECTOS DE LANDRÚ REMATADOS

Los efectos de Henri Desire Landrú, el tristemente célebre Barba Azul de Gambais, a quien se guillotinó por el asesinato de una docena de esposas y novias suyas, fueron vendidos en París, en subasta pública, en el mismo salón donde fué juzgado y convicto de los crímenes que se le imputaron.

Marcel, un domador de leones parisino, compró un lote de accesorios de automóvil por $ 5.00.

La estufa en que se asegura Landrú incineraba los cadáveres de sus víctimas y los cuchillos con que les arrebataba la existencia, exhibiéronse en lugar prominente, vendiéndose por $ 800.00.

La mayoría de los presentes eran mujeres.

El lugar donde Landrú tomaba asiento durante el transcurso de su juicio, estaba lleno de colchones. En frente del banco del juez encontrábanse varios baúles y la estufa. Cerca podían verse tres o cuatro cuchillos de carnicero, veinticuatro peinetas, rizadores, numerosos pares de zapatos femeninos.

La estufa y los cuchillos fueron comprados por cuenta de M. Honoré Anglade, propietario de un museo ambulante.

M. Pulot, uno de los que pujaban por la estufa, derramó copiosas lágrimas al verse derrotado.

Un saco que contenía ropa sucia de Landrú vendióse por $ 3.25.



EL TRIUNFO DE LA INOCENCIA

El doméstico de Gilberto Latrille anuncióle que un señor esperaba en el salón.

— ¿Le ha preguntado el nombre? — dijo Latrille.

— Si, señor... Pero me dijo que usted no lo ha conocido jamás... y que viene por un asunto muy importante...

— Está bien... ya voy.

Gilberto Latrille entró en el salón. Encontró allí a un hombre de unos cuarenta años, talla mediana, la cara adornada por una barba clara y en punta, los ojos miopes protegidos detrás de un par de lentes, que iba y venía a grandes trancos a lo largo del salón.

— Tenga usted la bondad de sentarse — dijo Latrille... — ¿A quién tengo el honor de hablar?

El visitante quedó de pie y respondió:

— Es innecesario que se haga el ignorante... He aquí lo que traigo...

Y tendió a Gilberto Latrille una tarjeta de visita doblada en cuatro. Este la desplegó y comprobó que llevaba grabada esta inscripción: «Gilberto Latrille, 78 rue Lavoisier, París, 8me.». Y aseveró:

— Esta tarjeta es mía...

— Sí — repuso el visitante... — Es la que usted ha deslizado a mi señora.

— ¿Cómo?... — dijo Latrille. — No comprendo muy bien...

— Es, sin embargo, muy claro. Usted ha dado ayer noche esta tarjeta a mi señora...

— Está usted equivocado, señor. Yo no he dado ayer ninguna tarjeta a nadie. Y por otra parte, es esa una manera de proceder que no fué nunca mía...

— Decididamente es usted un fresco... Hemos ido con mi mujer a tomar un café con leche al café Pallas...

— Es posible.

— Usted estaba sentado frente a nosotros.

— Eso no es cierto.

— Pues bien... ¡usted exagera!... ¿Usted no estaba sentado frente a nosotros?

— No, señor.

— ¿Y usted no le hacía la corte a mi señora?...

— Eso me hubiera sido muy difícil porque no solamente yo no estaba sentado frente a ustedes, sino que yo no estaba en el café de Pallas, cuyo sitio ignoro y ni tan siquiera conozco de nombre.

— Sí... sí... usted es muy hábil, pero usted no me burlará... Usted estaba ayer noche sentado frente a nosotros en el café de Pallas... Usted le guiñaba el ojo a mi señora... Usted salió en el momento en que salíamos nosotros y se aprovechó de que estábamos apretados en el ascensor para pasarle su tarjeta...

— Tengo el sentimiento de afirmarle que no hay una palabra de verdad en toda la historia que usted me cuenta.

— ¡Entonces usted niega! — gritó el visitante dando un paso hacia Gilberto Latrille.

— Cálmese, se lo ruego — repuso éste. — No toleraré ningún gesto de violencia de su parte... Por otra parte es inútil preguntarme si confieso o si niego. Desde el momento en que me hallaba ayer sentado frente a usted en el café, y que yo le guiñaba el ojo a su esposa, usted debería reconocerme...

El hombre quedó abismado por la reflexión. Abrió y cerró varias veces la boca y terminó por murmurar:

— ¿Usted cree que voy al café para mirar a los clientes?

— Entonces — exclamó Gilberto Latrille — usted ni me ha visto; se halla en la imposibilidad de identificarme y me acusa.

El visitante habíase calmado. Tomó la tarjeta de visita que Latrille había puesto sobre una mesa y, agitándola:

— ¿Y esta tarjeta?... ¿Esta tarjeta que usted ha reconocida ser suya?

— Y, después de todo...

— ¡Cómo!... ¿después de todo?... ¡Pero es una prueba esto!

— ¿Una prueba de qué?... Esta tarjeta es sin duda de las mías... Pero conozco demasiada gente para que no se encuentren muchas de mis tarjetas entre las manos de muchas personas...

— ¡Está bien! ¡No lo hubiera jamás sospechado!— dijo el visitante decepcionado.

— Un hombre que tenía en su cartera una de mis tarjetas hallábase ayer noche enfrente de ustedes en el café — prosiguió Latrille... — Ha hecho la corte a su mujer...

— ¡Ah, esto es cierto!... Mi mujer me lo ha dicho...

— ...y en el momento de irse le ha dado una tarjeta para divertirse...

— ¿Para divertirse!... ¡Cuernos del diablo!... ¡A mí no me gustan las bromas!, ¿sabe?...

— ¿Y es que puedo yo impedirlo?

El visitante dió dos vueltas al salón y vino de nuevo a plantarse frente a Latrille.

— Usted está en vías de *engatusarme* con sus frases — dijo... — pero mi esposa me espera abajo... Voy a ir a buscarla... Veremos entonces si ella lo reconoce.

Gilberto Latrille puso su mano sobre el brazo del hombre y le dijo con un tono de impaciencia en la voz:

— Si a usted no le gustan las bromas... a mí mucho menos. Y yo le prevengo que esto ha durado demasiado...

— ¡Ah!... ¡Ah!... — exclamó el hombre, — ¡Usted se siente menos seguro!... ¡Voy a buscar a mi mujer!...

— Usted puede ir a buscarla si le da la gana... pero ¿usted se imagina que una confrontación va a probar algo?...

—Sin embargo, ella puede decir que lo reconoce...

—Si le presta fe a sus declaraciones, es cosa muy suya.

—¡Le prohibo insultar a mi mujer!

—Quería evitar una confrontación, precisamente para no encontrarme en la obligación de juzgar a su esposa delante de usted... Pero ya que usted lo quiere, me hallo obligado a defenderme contra objeciones... sospechosas...

—¡Sospechosas!

—Sí, señor; como lo oye... ¿Cree usted que una mujer que tenga un poco de dignidad y un poco de respeto por sí misma y por su marido va a ir a decirle a éste que un señor le ha guiñado el ojo?...

—Mi mujer me cuenta todo...

—Tanto peor... ¿Y piensa usted que una mujer honesta y reservada irá a decirle al marido que un desconocido le ha entregado una tarjeta, y a mostrarle esa tarjeta, corriendo el riesgo de provocar un incidente a estos dos hombres, de hacer explotar un escándalo de proporciones?...

—Ese es otro punto de vista...

—Un punto de vista que no es despreciable... y aun diría más: que si su mujer le ha mostrado la tarjeta que ha recibido era necesario de antemano que ella no haya despechado por su actitud al hombre que la miraba y en seguida que haya aceptado la tarjeta que el desconocido le daba...

El visitante quedó mudo. Bajó la cabeza y murmuró:

—Es cierto... no me había dado cuenta...

Gilberto Latrille continuó, sin piedad:

—Una mujer que es capaz de crear complicaciones malsanas puede poseer en los pliegues misteriosos de un temperamento degenerado la audacia para afirmar y reconocer a un hombre que ella no ha visto jamás... Ella puede creer hasta de buena fe que lo reconoce... No se sospecha jamás hasta donde puede llegar la histeria...

—¡Una paliza!... ¡Una buena paliza!... He ahí lo que se merece! —vociferó el visitante, y no bien pronunció estas palabras salió del salón como un bólido.

Cuando quedó solo, Gilberto Latrille se acercó a la ventana y levantó una cortina para ver así la escena que iba a desarrollarse en la calle.

—¡Ouf!, —exclamó.— ¡He escapado de una buena!... No hubiera podido prever que le diera mi tarjeta a su marido!... ¡Falsa!





esperan los niños, que al despertar encontrarán un tarro del exquisito

Dulce crema de leche

"GRANJA BLANCA"

el postre más codiciado por los niños; el más nutritivo y de fácil digestión.

El DULCE DE LECHE GRANJA BLANCA está hecho a base de pura **Crema de Leche y Azúcar Refinada,** estando envasado con la más rigurosa higiene.

Exíjalo a su proveedor.

GRANJA BLANCA

José Julio Palma & Hnos.

Necesitamos en algunas plazas del interior agentes para los productos "GRANJA BLANCA".

Granja Blanca
Dulce Crema de Leche
José Julio Palma y Hnos
Buenos Aires

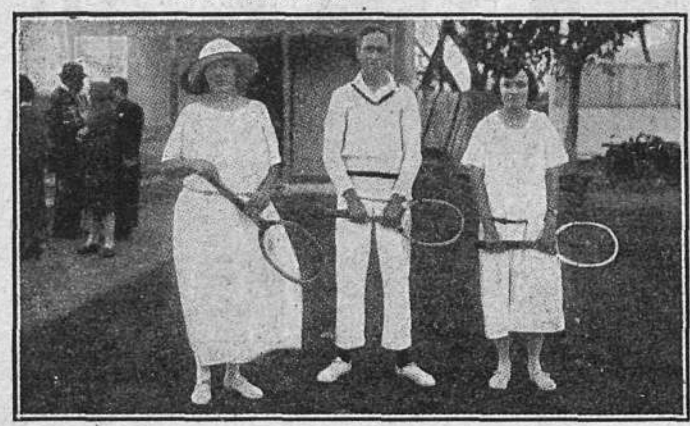
De Rosario



Equipo de Newell's Old Boys que ganó el partido de football jugado con el Club Nacional.



Team del Club Nacional que, a pesar de su brillante juego, resultó perdedor.



Señor J. M. Culloch, señoritas M. O. Bowling y Emilia Nochetto, ganadores del torneo de tennis organizado por el Club Atlético Rosario.



Señor Enrique Zanni, ganador del campeonato interno de dicho club.



L'HOMME CHIC

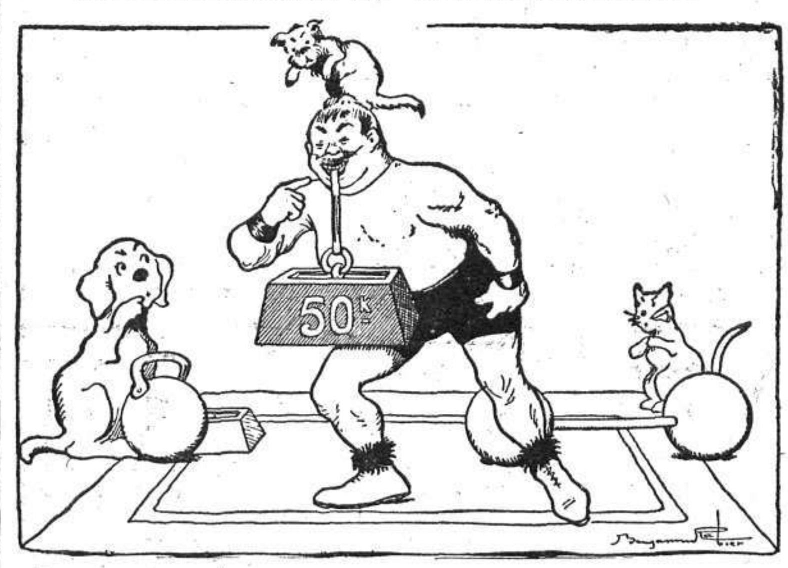
ne porte que les

TIRANTES CH. GUYOT

LA PRIMERA MARCA DEL MUNDO

Rechácense las imitaciones.

Dentadura Excelente



Emplead el Dentol y tendréis como este hombre una dentadura excelente.

El DENTOL (agua, pasta, polvo, jabón) es un dentífrico que además de ser un excelente antiséptico, está dotado de un perfume muy agradable. Fabricado según los trabajos de Pasteur, endurece las encías. En pocos días da a los dientes la blancura de la leche. Purifica el aliento estando especialmente indicado en los fumadores. Deja en la boca una sensación de frescura deliciosa y persistente. El DENTOL se encuentra en todos los buenos establecimientos que venden perfumería y en las Farmacias. Depósito general: MAISON FRERE, 19, rue JACOB, PARIS.

BELL VILLE. — Personal médico y administrativo del Hospital Regional del Centro, cuya dirección se encuentra a cargo del doctor José A. Ceballos, y que presta un imponderable servicio a esta vasta zona.


GUARDE ESTE CUPON, TIENE VALOR
Serie B
548765
La Perfumería Higiénica
Brissac.
entregará gratis una caja de Polvo Grasoso Brissac a toda persona que en canje remita veinticinco de estos cupones más 20 cts. para flete.
Unicos Concesionarios: L. AUBERT y Cía.
J. Newbery, 3443-55
U. T. 2045, Belgrano
Bs. Aires
Este cupón es copia del que va dentro de la caja, y no tiene ningún valor.
SEÑORA: Si sabe cuidar su belleza, su rostro será un encanto.
El POLVO GRASOSO
Brissac.
por su preparación esmerada, sus componentes purísimos, su exquisito perfume fresco y agradable y sus tonos Blanco o Rachel para las morenas y Rosado para las rubias, es el preferido.
Dentro de cada caja lleva un cupón como el que aparece en esta página, que por 25 de ellos entregamos una caja absolutamente gratis.
L. AUBERT y Cía.
Jorge Newbery, 3443-55 U. T. 2045, Belgrano
REPRESENTANTES EN MONTEVIDEO:
SASSOLI Y ALONSO
RONDEAU, 1440-42
Polvo Grasoso de Brissac
POLVO GRASOSO de BRISSAC
BRISSAC
MARQUE DEPOSEE
PARIS - Bs AIRES
PARFUMERIE
$ 1.40
la caja



LA SOMBRA DEL CONDE ARNALDO

por

ALFONSO MASERAS

TRADUCCIÓN DE JUAN TORRENDELL

DIBUJO DE BESARES

Silba el viento. Las lechuzas velan en el campanario y los perros ladran al cuarto de luna. Hay trozos de cielo que parecen lenguas de plata; nubes gruesas que semejan montañas que se desploman. Duermen los villanos en sus casas y las bestias en los establos. Cuando el viento calla, se oye en la plaza el sollozo de una fuente. Todas las ventanas están cerradas y sólo, al través de los vidrios del mesón, cae sobre la calle una mancha de luz.

Bajo el candil legañoso hay tres desconocidos que juegan a los dados. El mesonero dormita en un rincón. Un gato ceniciento ovíllase sobre una estera. Bajo unas viejas pinturas bíblicas cuelgan los chambergos y capas de los jugadores. La jarra de vino de Valdepeñas se vacía en los vasos mientras sobre la mesa caen escudos, reales y maravedises. Y suenan diez horas.

—He perdido y me quedo sin un real — dice uno de los jugadores.

— Ya no juego más — dice otro.

El que gana, calla y sonríe. Pero, después de tomar un trago, pregunta al primero:

— ¿De dónde sois? ¿De dónde venís?

— Soy catalán, natural de Vich, antes Ausona, y voy por tierras de Castilla tan perdido como vos.

Los otros dos jugadores se miran en silencio. Y para corresponder a la confianza que les da el catalán, declaran su procedencia. Uno dice:

— Pues yo nací en Sevilla, tierra de fuego y de amor. No voy perdido como vos, compañero, pues, sin ser mercader, me gusta rondar por caminos y jugar en las posadas.

Y el otro:

— Yo vengo de Wittemburgo, de las riberas del Elba, más allá de los Alpes, hacia el norte. Me dijeron que los moros de España poseían secretos maravillosos para fabricar metales y venenos. Por eso he venido. Gusto de ver mundo. Soy hábil en todos los oficios y mi pasión secreta es vagabundear.

El ausonense, con altivez, responde:

— No soy un avaro mercader, como vos pensáis, señor sevillano; no tengo el oficio de jugador y no soy mago ni vagabundo, a pesar de que me encontréis en un mesón. He sido capitán, y no de ladrones, y si os he dicho que andaba perdido por tierras de Castilla es que la venganza me llama a Segovia y la honra de un catalán no puede quedar pisoteada. Si, como yo supongo, sus señorías son personas de honor, creed que estimo en mucho a los gentiles hombres, vengan de Sevilla o de Wittemburgo. Y, ya que el azar nos junta, no será para pelearnos, creo yo, sino para hacernos amigos. Y, como amigo, permitidme que os diga, caballero sajón, que ya no hay sabios moros en España, pues se fueron con sus secretos y Alá los guarde para él, que a nosotros poca falta nos hacen.

— Tiene razón el capitán. Sevilla es tan cristiana como Roma. A los moros de Granada, que son ruines e ignorantes, ya no se les toma en cuenta para nada. Y si la guerra me tentase, con ellos querría vérmelas, y les probaría, así, lo que vale el brazo de un sevillano.

El tercero repuso:

— Habré hecho el viaje en vano. Mas decidme: ¿no hay nigromantes aquí?

El andaluz afirmó:

— Hay judíos, como en todas partes.

El catalán añade:

— Hay herejes, enemigos de toda fe.

— ¿Herejes? — replica el sajón. — En Alemania tenemos uno en cada casa. Pero son gente pacífica.

— En Sevilla — añade el otro — toda herejía se paga con un auto de fe.

Y el catalán:

— Que es el preludio del infierno. Veis, entonces, cómo la gente ya no vive en el temor de Dios, sino del diablo. Decíais vos, señor de Wittemburgo, que los herejes de vuestra patria son pacíficos. ¡Válgame Dios, que no lo son en Cataluña! En mi patria, cuando el demonio se encarna en un hombre, escoge el más noble, el más valiente y el más osado. Y os lo quiero probar con el testimonio del conde Arnaldo.

El mesonero se despierta y se acerca a la mesa de los jugadores. El gato ha huído. El viento aúlla y sacude las puertas. La llama oscila y da una luz amarillenta. El catalán continúa:

— Yo he visto vagar por las montañas de mi tierra su alma condenada; alma de brujo, de caballero y de seductor. Hombre temible y admirable. Era bello como un dios. ¿Habéis visto, alguna vez, esas cabezas de mármol que desentierram por ahí y que dicen que son la verdadera imagen de Júpiter? ¿Habéis sentido todo el espanto y toda la seducción que esos dioses inspiran? Pues él era así: el famoso conde espantaba y seducía. Viven aún mujeres centenarias que se vanaglorian de haberse extasiado delante de su cabellera encrespada que aureolaba su frente altiva, y, no sin temblor, hablan de la fascinación de su extraña mirada, en donde fulguraba el mismo fuego del infierno. Si estas viejas no lo vieron con sus propios ojos, lo vieron, sin embargo, con la imaginación, pues fué la gloria de su tiempo y la obsesión de todas las almas. Cabalgaba de noche por los montes, llanuras y hondonadas como un torbellino rápido y furioso. Los malos espíritus que le acompañaban formaban un séquito de truenos y relámpagos. Embozado en su capa obscura, pasaba como una devastación. Sorprendía a las doncellas, de noche, en sus lechos purísimos; de

día, en los senderos apartados. Y las raptaba. Sorprendía a las viudas en sus oratorios y a las casadas en sus aposentos, mientras esperaban la vuelta del marido. Y ellas no se resistían. Sorprendía a las monjas en los conventos, y novicias y abadesas se olvidaban de Dios para postrarse a sus pies. El fuego de sus ojos penetraba en los corazones, devoraba la sangre y encendía el pecado. Era el terror de padres, maridos y hermanos. Y no respetaba la inocencia, la candidez ni el desamparo, y era un monstruo de dulzura y de maldad. Burlaba juramentos y votos y desafiaba a los hombres y a Dios. Penetraba en los santuarios por puro placer y destrozaba reliquias y oficiaba en misas malditas ofrecidas a Satanás. Y las mujeres le amaban. Le amaban por su belleza y por su valentía, por sus ojos turbadores y malignos, por su soberbia y misteriosa voz y por su carne indomable. Le amaban porque las humillaba y las engañaba y les descubría secretos de muerte y de tentación. Nadie fué amado como él, pero es que nadie, como él, ha vivido en la ignominia. Y todas le daban amor, seguras de no ser pagadas. Todas pedían a Dios que el conde las raptara porque él era para ellas, a la vez, la vida y la muerte, la gloria y la condenación. «—¿Dónde os han dado posada, conde Arnaldo? ¿Dónde os han dado posada?» — le preguntaban. «—En el infierno» — respondía. «—¿Por qué en el infierno?» «—Porque estoy en deuda con el mundo y todos los hombres son mis enemigos; porque mis manos son tan impías que profano todo lo que toco; porque mis labios son blasfemos y perjuros; porque mis pies arrastran el fango de la corrupción por donde camino; porque mi caballo es un monstruo que no pasta en las praderas ni come en los establos, sino que sólo se nutre de las almas que yo condeno.» Y las mujeres rendidas de amor besaban sus pies fangosos, sus manos impuras y sus labios blasfemos. Y, marcadas por el estigma de sus besos, volvían a su casa llenas de vergüenza y desolación. Y los maridos juraban por Dios, los deudos clamaban venganza, y hasta los muertos se levantaban de sus tumbas para lavar su deshonra. El conde Arnaldo pasaba. Su capa obscura tapaba el cielo como una nube henchida de relámpagos. Corría de las cumbres a las llanuras, de los valles a las sierras, de las soledades a los poblados. Por todos los caminos se encontraban las pisadas fatídicas de su caballo. Y era el huésped inesperado de los castillos, de las iglesias, de los palacios, de los conventos, de las tabernas, de las ermitas, de todos los lugares donde fuera posible un sacrilegio y una infamia. La gente consultaba a sacerdotes y nigromantes para librarse de su poder; las brujas rezaban sin cesar, y las devotas se entregaban a prácticas endemoniadas. Y los hombres que no le temían y le odiaban se condenaban en vida para poder obscurecer su gloria por un momento. El conde Arnaldo pasaba entre el clamor de odio, de vergüenza y de muerte, que se levantaba en torno suyo. Mas el demonio no se había metido en vano dentro de su cuerpo, pues burlaba los conjuros de las brujas, los exorcismos de los sacerdotes y las cábalas de los nigromantes con nuevas cábalas, nuevos exorcismos y nuevos conjuros ignorados. De la ciencia de los sabios, de las oraciones de los devotos, de las súplicas de los desesperados y de las lágrimas de los tristes se burlaba, y no escuchaba otra voz que la de sus designios devoradores y la de su voluntad infernal. Y sus criados renegaban de él; sus deudos lo repudiaban; sus hijos pedían la sangre de su cuerpo y la perdición de su alma. Sus criados y sus deudos eran legión. Eran legión sus hijos, nacidos de la lujuria, de la traición y de la deshonra; y sus voces llenaban la tierra, y sus lágrimas anegaban el mundo. Y Arnaldo pasaba como un rey del terror, como un dios del pecado.

El sajón y el sevillano míranse extrañamente; brilla en los ojos de ambos ambición diabólica, ambos sienten en el pecho mortal deseo. Pero callan. Calla el mesonero desvelado por sobrehumano temor. La claridad del pábilo sigue lamiendo las viejas paredes con su caricia amarillenta; afuera el viento ya no silba: ruge.

El ausonense añade:

—Nadie era más caballeresco, ya que ni los reyes le aventajadan en gracia ni los capitanes en generosidad. ¿Es que no concebís estas virtudes en él? Toda virtud era para el conde como la pluma de un chambergo que puede cambiarse o suprimirse. Pero él sabía adornarse con todas las que los hombres se esfuerzan por tener, para saberlas menospreciar cuando le conviniera. Preguntaréis, caballeros, cómo murió. No murió, os responderé: pues vive entre nosotros. Unos dicen que Satanás se lo llevó sin dejar huellas de su paso; otros que la tierra se abrió a sus pies no pudiendo soportar más a semejante monstruo; otros, todavía, que un ángel malo lo arrebató y que desapareció en las nubes, como Elías, como el Redentor. Sea como sea, todos se inclinan delante de su gloria. Su voz imperiosa no se oyó más; no se oyó más el galopar lejano de su cabalgadura, no se ha sabido de nuevos raptos, de nuevas traiciones ni de nuevos sacrilegios; pero el pueblo ha seguido atemorizado, y sus víctimas y enemigos han seguido clamando en la soledad y en las tinieblas. Sus hijos no cesaron tampoco de pedir la sangre del padre. Viviente todavía es su sombra, su sombra errante e indomable, que flota encima de las almas como una nube fatídica, y es obscura como su capa henchida de truenos y relámpagos. Yo le he visto. Yo he visto este soberbio espíritu magnífico, y me siento aún conmovido por su presencia. ¿Cómo no admirar a este hombre que nadie ha podido emular? ¿Hay algún irredento, en Sevilla, que se le parezca? ¿Hay algún hereje, en Wittemburgo, que pueda obscurecer su gloria?

Calla el catalán. Se miran de nuevo el andaluz y el sajón, y ambos toman el chambergo. Lívido y tembloroso, el mesonero pone más vino en los vasos, y los tres extranjeros, de pie, beben en silencio. El ausonense tiene los ojos divagadores y la frente cansada y después de beber se sienta de nuevo. Pero los otros dos abren la puerta a la vez, y la puerta violentamente se cierra detrás de sus pisadas. Delante de la mancha de luz que ilumina la plaza los dos hombres se estrechan la mano. El viento sigue rugiendo. El cuarto de luna se ha puesto. Allí, a lo lejos, un relámpago desgarra la obscuridad. Todo parece estremecerse.

—¿A dónde vais?

—Vuélvome a mi país, bajo las brumas sajonas, para ver si encuentro allá la sombra del conde Arnaldo. Si no, yo la resucitaré, os lo prometo.

—Yo me voy a la ventura. ¿No hay conventos, no hay palacios por aquí?

—Idos en buena hora. Ya sabréis algún día del Doctor Fausto.

—¿Doctor? Yo os juro por el diablo que, a pesar de vuestra ciencia, no me ganaréis en resucitar muertos. Recordadlo: os lo dice Don Juan.

Y sin decir más separáronse los dos hombres.

De Córdoba



RIO CUARTO. — *Comisión directiva del Club Atlético "El Diario",* organizadora del picnic realizado en esta ciudad.

Conscriptos de la cuarta compañía del batallón Arsenales que concurrieron a la procesión realizada en el pueblo de Holmberg con motivo de la fiesta religiosa del Patronato de Santa Catalina.

De Tucumán



Banquete servido en el Cuerpo de Bomberos celebrando los ascensos últimamente habidos y al que asistió el gobernador, señor Octaviano Vera.

MÉJICO INTELECTUAL

ESCUELAS PARTICULARES. — Según informes publicados por la Secretaría de Educación Pública, en 1922 se fundaron en toda la República 556 escuelas particulares.

PREMIOS PARA LOS MEJORES LIBROS. — La Academia de Estudios Políticos y Sociales, deseando fomentar por todos los medios posibles la producción científica, literaria y artística de Méjico, resolvió instituir dos premios de 2.000 pesos oro nacional cada uno, para recompensar las dos mejores obras científicas o literarias publicadas en la República durante el año de 1922. La misma Academia iniciará ante la Representación Nacional la institución de los *premios nacionales* Sor Juana Inés de la Cruz, Juan Luis de Alarcón y Mendoza, Antonio Alzate y José María Mora, destinados a recompensar la mejor obra en verso, la mejor obra en prosa de carácter literario y los mejores trabajos científicos y sociológicos que se publiquen durante cada año en la República.

El amor ilumina la vida, y trae consigo la felicidad y la alegría.

Nada hay más sublime que la reprodución.

La mujer reina sobre nuestros espíritus por médio de la materia.

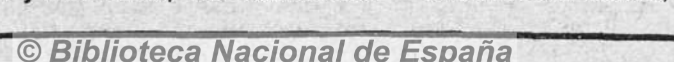
El alma, cuando dormimos, tiene ojos de lince.

ESQUILO.

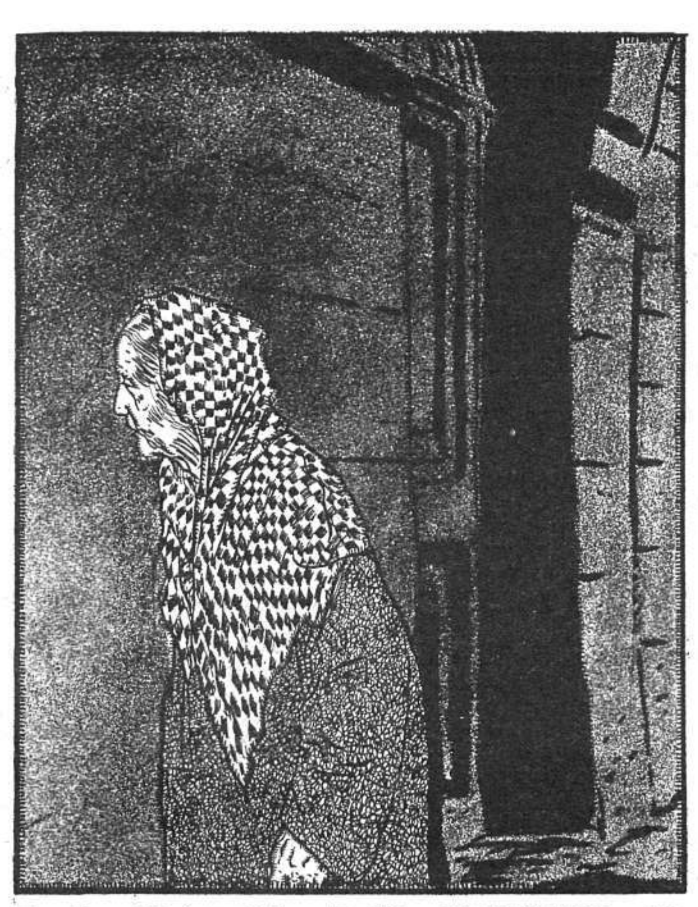


Aspecto del salón de la sociedad Sarmiento durante la velada cultural realizada con asistencia del gobernador y autoridades.

El gobernadot, señor Octaviano Vera, con la comitiva oficial que lo acompañó en su reciente visita a La Cocha, donde fué saludado en nombre del magisterio por la señorita Rosa Victoria.



Mayo 15.



LA CASA MISTERIOSA

(*De las "Memorias de Esteban Amaressano*")

POR

BERNARDO GONZALEZ ARRILI

DIBUJOS DE BESARES

Las conversaciones alrededor del «misterio» encerrado en aquella casa eran infinitas, y si no tantas, por lo menos iguales en número a los vecinos que contaba el barrio, pues cada uno, hasta los más pequeños y los más indigentes de imaginación, gastaban la poca que poseían en tejer una historieta sobre la «casa misteriosa».

Tengo observado que el afán de los vecinos, especialmente en los barrios suburbanos, es siempre ese buscar, sin salir de los límites de la parroquia, casa o persona a quien hacer objeto de un largo y revuelto divagar, grato para emplear en ello las horas desocupadas en que el fastidio de los que viven una existencia monótona, sin atractivos, sin accidentes, parece que se prende al cuerpo y al espíritu, maniatándolos. La manera más cómoda y, desde luego, de menor precio para ahuyentar el fastidio está en saber encontrar tema de conversación interesante, es decir, en descubrir, sin abandonar el patio, sin salir de la puerta de calle, o todo lo más de la otra cuadra, una cinta cinematográfica, en largas series, con el argumento de mayor contenido posible.

El de la «casa del misterio» de mi barrio no fué todo lo dramático que «fuera de desear» para conformación de mis excelentes vecinos, pero para mí no careció de algún interés...

La casa era grande, con numerosas ventanas siempre cerradas, como la puerta que apenas se abría por las mañanas temprano para que una mujer pequeña y sucia sacara el cajón de desperdicios poco antes que pasara por allí el basurero. Una vez por semana venía un carro de reparto de una conocida tienda central y bajaba un canasto mediado de cosas, seguramente comestibles. De vez en cuando veíase entrar y salir a un hombre, que tenía «facha de médico» según se decía, y muy de mañana a la pequeña mujer, que regresaba a poco con una canasta de verduras. Eso era todo cuanto veían los vecinos de la cuadra desde hacía varios años.

¿Habitaba aquel caserón solamente la vieja pequeñita? No, seguramente. Ella no debía ser más que la acompañante de alguna otra persona, mujer, hombre, o los dos juntos, ¡vaya uno a saber! Y precisamente eso era lo que quería saberse, aunque no le importara a nadie ni mucho ni poco.

Renuncio a anotar algunas de las suposiciones interminables que se hacían sobre ¡quiénes y cuántos habitaban la casa misteriosa. Sería tarea para nunca acabar...

Un día me dijo doña Federica, mujer muy amiga de la encargada de la casa en que vivo:

—Usté, don Esteban, que es hombre, ¿por qué no le pregunta a esa vieja la verdad?

Ignoro, hasta ahora, que ventajas puede tener un hombre para formular esa clase de preguntas, pues si, como supuse al principio, referíase al «valor», yo estoy seguro, y ella también, que más valor tenía la amiga de la encargada que éste que aquí garabatea sus memorias. Pero, en fin, es lo cierto que la buena mujer no podía verme sin acordarse de la vieja que aparecía por las mañanas en la casa misteriosa y sin espetarme la incontestable preguntita:

— Usté, don Esteban, que es hombre, etc.

La centésima vez que la oí quedé conforme en que debía yo preguntarle a la vieja todo cuanto se quería saber, y tal cual lo prometí me dispuse a hacerlo.

Una mañana llamó a mi puerta la encargada, antes de que amaneciera. Me lancé de la cama con una resolución pocas veces puesta en uso... Me lavé, me vestí, y con dos mates en el estómago fuíme a la puerta de calle para aguardar a la vieja.

La calle estaba envuelta en esa luz lechosa de las auroras ciudadanas en que nada hay que admirar y es necesario conformarse con la contemplación de los avances que hace la luz sobre el adoquinado de piedra, sobre los charcos y sobre las copas, a medio desvestirse, de los árboles, cuyas hojas amarillo-doradas, secas y semisecas, se pegan a las piedras humedecidas de las veredas, sin que haya viento suficiente para hacerlas rodar hasta el arroyo, conforme dicen los poetas que acaece al comenzar el otoño.

En esa contemplación pasé una media hora, suficientemente larga como para ponerme en un tris de desdecirme y tornar a la cama en espera de la hora en que acostumbro a dejarla. Estaba ya por abandonar mi vigilancia cuando siento que me dan un golpecito en el hombro y la voz de la encargada que me dice suavemente:

— ¿No oye?... Ahí está abriendo...

En efecto, un momento después vi aparecer el cajón de la basura y posarse, como si se moviera por su cuenta, en el escalón de mármol del umbral. Tres minutos después se asomó la vieja, acomodándose con las dos manos un gran pañuelo a cuadros sobre las greñas grises. (No sé por qué, acordéme de una campesina rusa que conocí en una novela de Andreiev.)

— ¡Ahora, ahora! — díjome la encargada, y de un empujón me sacó de mi sitio, echándome sobre la cera.

En el medio de la calle echó una enorme pincelada de amarillo el sol.

La vieja cerró la puerta de la calle de la casa misteriosa y comenzó a caminar arrimadita a la pared. Yo detrás de ella, con una emoción de enamorado primerizo, repentinamente amagado por la mudez y la asfixia.

Caminamos así varias cuadras, no sé cuantas. La «campesina rusa» advirtió, a poco de andar, que la seguía, y apretó el paso cuanto pudo. A ratos inclinaba la cabeza lo suficiente para medir la distancia que de mí la separaba, de reojo. Yo, a mi vez, como un idiota, apresuraba también el paso...

Al llegar al mercadito del barrio la vieja entró en él y yo detrás, pero ante el primer puesto de carne que encontré comprendí que no era esa precisamente mi misión, según doña Federica. ¡Vaya un hombre! Giré entonces sobre mis talones, y como detrás de mí hubiera un puesto de verduras y frutas, y el puestero me mirara con insistencia, acaso porque a tales horas el hombre no tenía cosa mejor que hacer, inquirí el precio de una docena de naranjas verdes que allí estaban; parecióme exorbitante el precio, y salí. Una cuadra más allá «pasaba» un tranvía. ¡Arriba! Aquella mañana, con gran sorpresa del portero, que en esos momentos barría concienzudamente el escritorio, llegué a ponerme frente a mi pupitre una hora y cuarto antes que todos los demás.

El menos avisado comprende que no se apartó de mí ni un minuto, durante todo el santo día, la figura pequeñita de la vieja de la «casa misteriosa», y unida a ella las de doña Federica y la encargada. No me parecía poco, ni mucho menos, el «papelón». Ya estaba oyendo lo que dirían de mí: «Esteban esto»; «Esteban lo otro»; «Esteban lo de un poco más allá»...

Me saltaban los números y las letras que iba yo haciendo sobre los libros.

Al oscurecer la tensión de mis nervios disminuyó, afortunadamente. Fuí a comer a casa de un amigo, procurando olvidarme de la casa misteriosa, de la vieja, de la encargada y de doña Federica, empresa harto difícil dado que aquel día parecía yo un ser predispuesto desde miriadas de años para pensar exclusivamente en aquella vieja que sacaba el cajón de basuras todas las mañanas y lo ponía frente a su puerta como la cosa más natural de cuantas pueden hacerse.

Como siempre, fuí muy bien recibido en la casa de mi amigo; comimos con buen humor y con apetito siempre envidiable; de sobremesa, que yo hice todo lo posible porque fuera larga, pues deseaba volver a casa cuando todos los inquilinos estuvieran durmiendo, conversamos de muy diversos temas.

Tiene mi amigo una mujer encantadora, no en lo físico, sino en lo espiritual, y su conversación es sumamente interesante. No obstante los hijos, abundantes, y sin descuidar en lo más mínimo su crianza y su educación, esta mujer de mi amigo, que no quiero nombrar, está al tanto de cuanto ocurre en el mundo y que merece la atención femenina, sin excluir la literatura, naturalmente. El marido no lee cosa que ella no le recomiende, con lo que creo decirlo todo. Si él compra un libro nuevo, ella lo hojea primeramente y a su juicio se atiene. Basta que su mujer le diga con su invariable sonrisa: «Este libro es un mamarracho», para que él al otro día lo lleve en su bolsillo o debajo del brazo a su oficina y lo preste a algún compañero de tareas, con lo cual está seguro de que aquel mamarracho no vuelve a ocupar lugar en la reducida estantería de su biblioteca, donde se guardan unos dos centenares de libros escogidos, que aquel matrimonio dichoso prepara para sus hijos... Pues bien, con la mujer de mi amigo y mi amigo hicimos una velada muy entretenida, tanto que llegué a olvidarme durante algún tiempo de mis obsesionantes ideas. Saboreábamos unas tazas pequeñitas de un café muy espeso y aromático y fumábamos unos cigarrillos de tabaco rubio que nos dejaban la lengua picante y la garganta seca, mientras hablábamos de la última novela aparecida. De pronto, cuando menos lo pensaba, se me atraviesa en el cerebro la mujer de la casa misteriosa, seguramente en razón de que yo la comparé anteriormente con una campesina con quien trabé conocimiento en una novela rusa. Con ella delante de los ojos, dije yo algunas palabras sobre la existencia de casas con contenido misterioso, y hacia esos vericuetos llevamos entre todos la cháchara, de tal manera que nos estuvimos dos horas largas perdidos en ellos. Mi amigo, que ha sido y continúa siendo un gran lector — yo dejé de leer hace algunos años y ahora me conformo, como creo haberlo dicho, con los periódicos, — posee una verdadera erudición sobre la materia y estúvonos dando una extensa conferencia sobre ello, citando los más variados ejemplos desde cierto palacio húngaro donde se cometieron espeluznantes crímenes hasta las taperas de nuestra campaña que habitan las clásicas «viudas», las almas en pena de inolvidables difuntos, el espíritu de un



NO QUISE PERMANECER EN EL UMBRAL DE LA PUERTA Y ME INSTALÉ EN LA BOCACALLE. CONTEMPLÉ OTRA VEZ EL AMANECER LENTÍSIMO DE AQUEL DÍA.

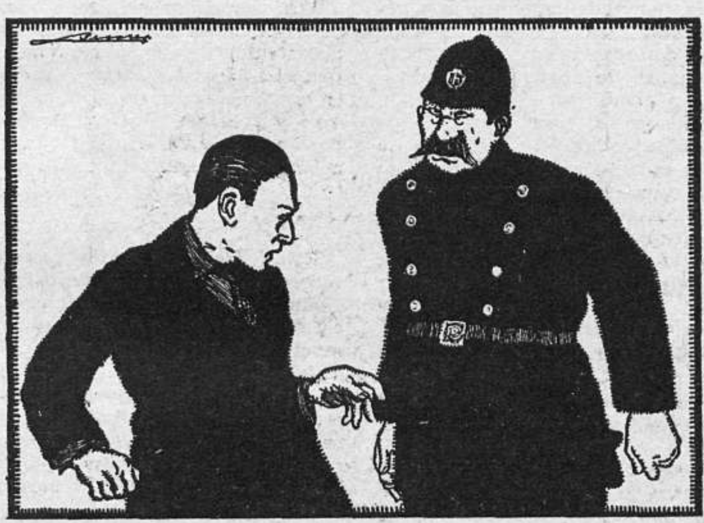
hombre convertido en tigre, o el de una mujer que murió de amor, trastrocada en paloma torcaz...

Desde luego, ninguno de los «casos» traídos a colación por mi amigo podía yo relacionarlo con la casa misteriosa que está en mi calle, y por otra parte evité que mis gentiles huéspedes supieran nada de lo que veníame ocurriendo.

Lo cierto es que, a media noche, agotado el tema, terminada la grata tertulia, me marché con el espíritu sumamente intranquilo, más aun que durante el día. La casa misteriosa me pareció fantástica al pasar frente a ella, y al meterme en la cama, dispuesto a levantarme otra vez al amanecer para encararme con la vieja, creí oír ruidos lejanos, seguramente producidos por las brujas en el caserón de la vereda de enfrente...

Dormí sobresaltado, y tuve una pesadilla de la que recuerdo pocos detalles pero que me obligó a despertarme en el convencimiento de que terminaba de morir degollado por las garras de una harpía.

A las cinco en punto estaba yo de pie. Para no llamar la atención de la encargada me privé de tomar mate y me lancé a la calle con la cara apenas lavada y el pelo revuelto. No estaba dispuesto a que la vieja se me escapara, dando con ello ocasión a las frases de doña Federica que yo me imaginaba. ¡Esteban iba a probar que era hombre suficiente para conversar con una vieja.



— ¡OH, VEIANLÓ AL NIÑO! CAMINÁ, CAMINÁ, SI NO QUERÉS QUE TE ROMPA EL BAUTISMO DE UN PLANAZO... MALEVO DE TAL...

No quise permanecer en el umbral de la puerta y me instalé en la bocacalle. Contemplé otra vez el amanecer lentísimo de aquel día, más fresco de lo que debiera, y conté hasta seis carros de categoría municipal distinta que pasaron por allí. De pronto abrióse la puerta de la misteriosa casa, asomó el cajón de basuras y después la vieja, con su pañuelo en la cabeza. Esta, antes de salir, miró a ambos extremos de la calle, cerró luego la puerta con llave y echó a andar a pasos ligeros.

¡Y yo detrás como la mañana anterior! No habíamos andado así cien metros cuando se acercaron a la vieja dos individuos que estaban escondidos en la puerta de un corralón; cambiaron con ella media palabra y se vinieron a mi lado en menos de lo que se cuenta.

— ¡Alzá las manos! — me gritaron.

Yo me dispuse a la defensa, pues no deseaba que me robaran en una calle de mi ciudad mi reloj, mi cadena, mi cortaplumas y los siete u ocho pesos que tenía. Dí dos pasos atrás y puse mis puños en guardia como el mejor boxeador. Entonces uno de los asaltantes me gritó:

— *No seas sonso. No te resistás... Entregate si no querés ganarte una pateadura!*

Y me pusieron por delante de las narices una medalla de la Policía...

¡Caramba! Eso no había entrado, francamente, en mis cálculos. ¡Me quedé de piedra!

Por fortuna reaccioné de inmediato y procuré explicarme con las palabras más amables que en situación tal es posible encontrar a mano. Pero valióme de bien poco, pues aquellos dos empleados de la policía de Investigaciones no quisieron ni oírme y me «acompañaron» hasta la comisaría seccional más próxima.

Eran las 5 y 20 en mi reloj en el preciso momento que me lo quitaron del bolsillo del chaleco cuando me revisaron y se quedaron con todo lo que yo llevaba encima, que no era gran cosa.

Los dos agentes desaparecieron de mi vista; un jovencito uniformado preguntóme mi nombre, mi domicilio, mi profesión y unas cuantas tonterías por el estilo, y luego un vigilante, terminadas las anotaciones, me dijo con voz gruesa y cara de membrillo verde:

— Sígame...

— Pero, señor — dijo yo juntando las dos manos admirado y confuso, — esto es una equivocación.. háganme ustedes el favor de oírme...

El jovencito uniformado me dijo entre dientes y sonriendo con socarronería que esperara la hora de «prestar declaración», y el vigilante, empujándome por un hombro, me llevó hacia el patio.

Un minuto más tarde estaba sentado en el frío (y nada limpio) mármol de un viejo cuarto de servicio, cuya puerta de rejas de madera se cerró al entrar yo. Nueve horas seguidas estuve maldiciendo de doña Federica, la encargada y la vieja, todas tres causantes de mi infortunio. A las dos y media de la tarde, cuando desfallecía de hambre, pues estaba en ayunas como ya lo anoté, vinieron a buscarme para declarar.

Al sacarme de «mi calabozo» llega un cabo con un gran manojo de llaves y me grita:

— *A ver, vos, vení pa'ca... Apurate... Mové las tabas... No te hagás el guiso, chorro de tal por cual...*

Naturalmente enrojecí de indignación no obstante el hambre, y protesté. El cabo, riéndose y haciendo reír a cuantos estaban en aquel momento en el patio, me respondió:

— *¡Oh, veianló al niño! Caminá, caminá, si no querés que te rompa el bautismo de un planazo... malevo de tal...*

En la habitación donde me introdujeron había una mesa y una silla ocupada por otro jovenzuelo pluma en ristre. El fué quien comenzó a hacerme preguntas, y conforme yo las respondía íbalas trasladando a unas hojas de papel de oficio que en abundancia tenía sobre la mesa. Aquel interrogatorio duró algo más de una hora y por él induje el motivo de mi detención por la policía. La vieja de la casa misteriosa habíame denunciado como un vulgar ladronzuelo que quería arrebatarle las monedas que ella llevaba para efectuar sus compras en el mercado.

Terminado el interrogatorio intenté explicarme con el oficialilio aquel, capaz de mover la pluma como el mejor de los escribanos, pero, igual que el de la mañana, no quiso oirme, y se concretó a ordenar al cabo, que habíase quedado detrás de mí, me llevara a la habitación vecina, donde debían tomarme las impresiones dijitales y no sé cuantas cosas más. Yo, reuniendo otra vez las pocas y dispersas fuerzas que en mi debilitado organismo quedaban, protesté. Inútil decir que mi protesta estuvo encuadrada dentro de lo que todos llamamos la buena educación, pero ello no fué óbice para que el cabo me dijera a media voz:

— *Calláte pedazo e'pavo* — y me diera un regular empellón apurando mi paso hacia la pieza vecina.

Estaba ya cansado de amenazas y alcé el gallo. Metí un escándalo, por el que recibí una buena docena de puñetazos, patadas en los tobillos y rodillazos en el estómago, que dos vigilantes y un oficial, además del cabo, rivalizaron en propinarme con valentía digna de recordación y recompensa. No obstante, conseguí que, puestas las esposas en mis muñecas y bajo la amenaza furibunda de otra paliza de órdago al volver al «calabozo», llegara el comisario en averiguación del porqué de aquellos gritos, y me oyera.

Oyéndome, yo estaba seguro, el nublado se aclararía, pues sólo érame necesario explicar la verdad para poner completamente en limpio mi situación personal. Afortunadamente el comisario se dignó oirme diez minutos y me permitió hablar luego por teléfono otros tantos. Llamé a la casa donde estoy empleado; vino el gerente con su respetable *yaqué* y sus patillas de mucamo buen mozo; hubo explicaciones, aclaraciones, etc., y a las seis de la tarde abandonaba yo la comisaría en compañía del gerente, que, muerto de risa, perdía la gravedad de sus años y de su empleo para sujetarse el bailarín abdomen con las dos manos...

Cinco días de cama me costó la aventura.

Durante esos cinco días desviviéronse doña Federica y la encargada de la casa a su vez por atenderme, y confieso que por ello llegué a perdonarles el trote en que me habían metido.

Doña Federica, que es una viuda de cuarenta años, o poco más, algo basta pero no despreciable ni mucho menos, venía por la mañana y por la tarde a arreglarme la pieza, a darme la cucharada de remedio que habíame recetado el médico, seguramente para justificar su visita, y a darme el entretenimiento de su conversación, siempre amena aun cuando la circunscribía a los chismes del barrio, que bien sabe Dios que aborrezco ahora más que nunca. La discreción de doña Federica rayó mucho más alto de lo que yo pudiera imaginarme. Ni una palabra me dijo, durante aquellos días, de la casa misteriosa, ni de la vieja, ni de mi ridícula estada en la comisaría. ¡Se lo agradezco de todas veras!

....

Octubre 14.

Desde mi aventura con la vieja de la casa misteriosa a la fecha han transcurrido algunos meses.

Durante todo ese tiempo en la casa de la vereda de enfrente se ha hecho lo mismo de siempre, al parecer, ya que las manifestaciones externas han sido exactamente las mismas.

Por mi parte abandoné definitivamente la ocurrencia de averiguar el misterio que esa casa puede o no encerrar, y me concreté a esperar tranquilo que el misterio se nos revelara espontáneamente. Bien es cierto que la encargada y doña Federica — ¡mi encantadora doña Federica, autora de tantas inquietudes de mi corazón! — han dejado de azuzarme en ese sentido.

Pero hete aquí que ayer, según me cuentan, sorprendiéronse los vecinos de la cuadra al ver detenerse frente a la casa misteriosa un furgón de cochería fúnebre, y descargar de él un lujoso ataúd y los conocidos artefactos indispensables para un velorio.

— ¿Quién ha muerto? — le preguntó una chica meterete al que descargaba los candelabros.

— No sé; creo que una vieja... — respondió el hombre.

Los vecinos suponen, suponen, suponen...

Al oscurecer salió la vieja de todas las mañanas, envuelta en un gran pañolón negro; tomó un carruaje cerrado que estaba a la puerta, y se fué. Dos o tres horas después regresó como habíase ido. Por la noche vinieron un cura y algunas personas a la casa, seguramente al velorio.

Los avisos fúnebres de los diarios de la mañana de hoy nos han aclarado un tanto el misterio, que no parece tal. La muerta es una buena señora muy rica, que hace unos quince o veinte años que estaba en cama, paralítica. Servíala la vieja que iba al mercado y hacía todos los quehaceres de la casa, vieja miedosa que vivía encerrada día y noche por temor a los ladrones, su idea fija, su obsesión...

Octubre 20.

Esta tarde hemos visitado doña Federica, la encargada y yo la casa misteriosa.

Muerta y enterrada con gran pompa y abundancia de responsos su propietaria, desaparecidos los muebles y la vieja sirviente que dicen llamábase Valentina (Va...liente vieja), se ha ordenado la limpieza, pintura y empapelamiento de la casa, que está muy sucia y destruída, seguramente para ponerla después en remate. El pintor encargado de la restauración es un antiguo conocido de doña Federica y nos ha facilitado las llaves para visitar la casa a gusto, y así lo hemos hecho.

La casa no tiene nada que llame la atención, a no ser su suciedad. Hay allí suciedad de años enteros, telarañas centenarias, cáscaras de naranja que parecen ser de nueces, polvo para cargar un carro. No queda ninguna pared entera ni con su papel que no cuelgue como una bandera derrotada en mil combates. Los pisos están acribillados de agujeros de ratas. Los cielos rasos han caído a pedazos dejando al descubierto el entablillado donde estuvo fijo el yeso. El olor de aquellas piezas no tiene comparación ni explicación posible.

Menudo trabajo tendrán los albañiles y pintores para dejar presentable aquellas catorce habitaciones y aquellos tres patios cubiertos por los yuyos...

Al salir, desilusionados, corridos, Doña Federica, que habíase quedado detrás de la encargada, me obsequió con un pellizco en un brazo y una mirada picaresca de sus lindos ojos oscuros.

— Nos han estafado — dijo como único comentario. — Nos han estafado con esta casa misteriosa.

— Sí, sí — agregó la encargada, sonriendo, — lo misterioso es como pudieron vivir aquí tanto tiempo entre esta porquería... Sí... Sí...

Antes de salir a la calle devolví yo el pellizco a la simpática doña Federica, y tornamos a mirarnos en los ojos alegremente, sonriendo.

Creo que aquella sonrisa paga una parte bien grande de los disgustos que me debe la casa misteriosa y cuantos creyeron en ella...



¡Siempre será poco lo que usted haga por sus viejitos!

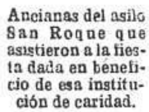
CONTRIBUYA Vd. por todos los medios a su alcance para que sus últimos años de vida sean llenos de felicidad y satisfacción. ¡Cuídelos! — Muchos médicos y de los más renombrados indican la MALTA PALERMO como bebida de mesa ideal para los ancianos; sus propiedades nutritivas completan admirablemente la alimentación, con frecuencia insuficiente a causa de una asimilación deficiente, mientras que sus efectos tónicos sobre el sistema nervioso se manifiestan en un sueño reparador y en la tranquilidad de espíritu y buen humor.

EN TODOS LOS ALMACENES DEL PAIS

CERVECERIA PALERMO S. A. — BUENOS AIRES



De Tucumán



Ancianas del asilo San Roque que asistieron a la fiesta dada en beneficio de esa institución de caridad.



Señoritas que disputaron los diversos números del *torneo atlético* organizado por el Club Independiente, pro asilo San Roque.

De Tucumán

Señoritas y jóvenes que asistieron al te danzante organizado por el "Tucumán Lawn Tennis Club" al inaugurarse la temporada deportiva.

UN RESFRIO MAL CURADO

acarrea siempre tras sí una serie de males rebeldes y dolorosos. Se ha comprobado que, muchas veces, el origen de la tuberculosis fué una tos o una bronquitis mal curada que abrió el camino a la terrible enfermedad.

Contra la TOS, la BRONQUITIS, el CATARRO, el remedio que se destaca entre todos es el

Licor Alquitrán PARODI

gran antiséptico de acción rápida y agradable al paladar.

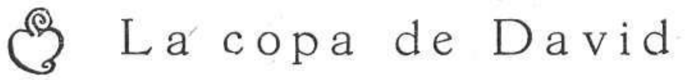
EN VENTA:

DROGUERIA DE LA ESTRELLA Ltda.

DEFENSA 215,

Y EN LAS BUENAS FARMACIAS





La copa de David





I — LA ISLA SUPREMA



Más allá de las olas y más allá del mar,
lejos de todo ruido, lejos de todo horror,
envuelta en un divino cielo crepuscular,
se alza la isla suprema, ¡bella como una flor!

El ángel del silencio sus jardines decora,
la suavidad habita sus playas armoniosas,
y esa hora, que es la misma en la tarde y la aurora,
sonríe, eternamente coronada de rosas.

No es isla del placer, no es isla del amor,
no es isla de fugaces sensaciones extrañas;
hemos dicho que es bella, frágil como una flor,
y sin embargo tiene corona de montañas.

¿Su nombre? Lo describen las aves en su vuelo,
es toda la Inocencia, es toda la Bondad,
el diamante más puro del más puro consuelo,
la redención suprema: Isla-Serenidad.



II — EL COLLAR DE ESTRELLAS

¡Ruidos de todo el día, silencio de la noche!,
se prueba que fué sólo vanidad y presunción...
Como un collar de estrellas del que Dios es el broche:
la verdadera vida florece en la inacción.

Es inútil hablar ante el inmenso grito
que producen las sombras muy más allá del sol,
y sentimos el viento del espacio infinito
que hace crujir la casa, que alumbra el corazón.



III — TIERRA PROMETIDA

He cerrado los ojos sobre el mundo exterior
y a solas con mi ángel camino hacia la estrella...
Pierden las apariencias su efímero valor
y el alma se sorprende de hallarse sola y bella.

La vanidad del hombre se queda con la vida,
y no turba el reposo del Universo astral...
poco a poco, aparece la tierra prometida
y el espíritu bebe la luz original.



FERNÁN
FÉLIX DE
AMADOR

MCMXXIII



De Entre Ríos

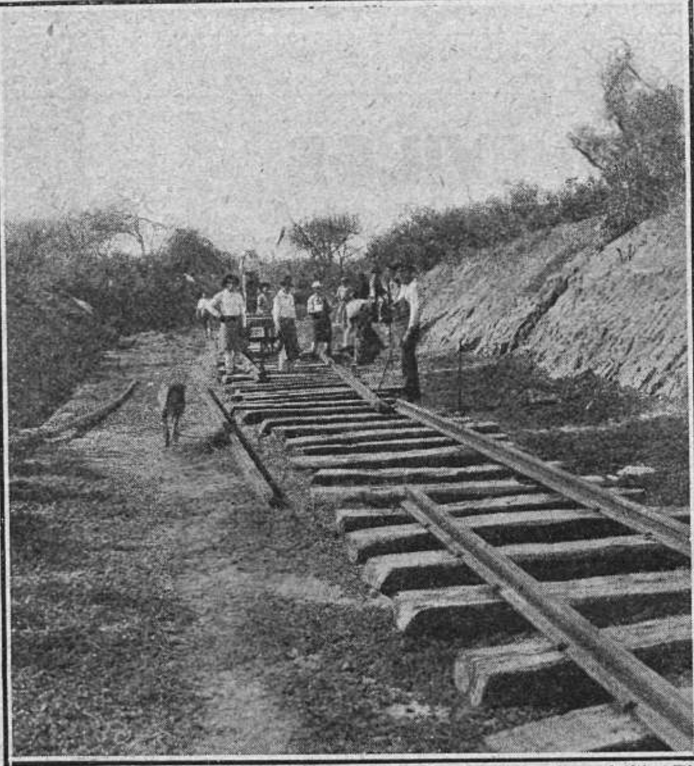


CONCORDIA. — Público congregado en la plaza oyendo la disertación de un orador, durante la manifestación obrera realizada el 1.º de Mayo.

Columna de manifestantes recorriendo las calles de esta ciudad al son de cantos alusivos a la fecha celebrada.



De Salta



ROSARIO DE LA FRONTERA. — Vista tomada en el momento de colocar el último riel de vía ferrocarrilera que unirá esta ciudad con Antilla, y que dará gran impulso al comercio local.

EL PAPEL DE ARROZ

Así como el mar Negro no es negro, ni en Veracruz hay tal cruz, ni en Ciempozuelos hay esos pozos, el papel que llamamos de arroz, de manufactura China, no está hecho con arroz ni con pasta de arroz ni con nada que tenga relación alguna con el arroz.

El tal papel lo hacen los chinos con la médula de un árbol parecido al olmo. La médula es extraída en grandes masas de forma cilíndrica que los chinos van mondando en capas muy delgaditas con unos cuchillos muy afilados hasta que la masa cilíndrica queda convertida en una gran sábana que se prensa fuertemente y a la que se van sobreponiendo otras hasta que tiene el espesor que se le quiere dar. Después se le da toscamente la forma y tamaño que se desea y ya está listo para la venta.

Cuando por primera vez se conoció en Europa se supuso que estaba hecho con una pulpa obtenida con la paja de arroz y se le dió el nombre que aun lleva aunque se sepa que nada tiene que ver con la tal gramínea.

La araña puede vivir cerca de un año sin comer.

Las primitivas naranjas eran poco mayores que cerezas y tenían forma de pera.

Necrología



Señora Carmen Matta de Rebota. — Rosario.

Señora Tomasa Chesaro de Buono. — Capital.



Señor Antonio Ruggiero. — Capital.

Señor Manuel Alvarez Rodriguez. — Jujuy.



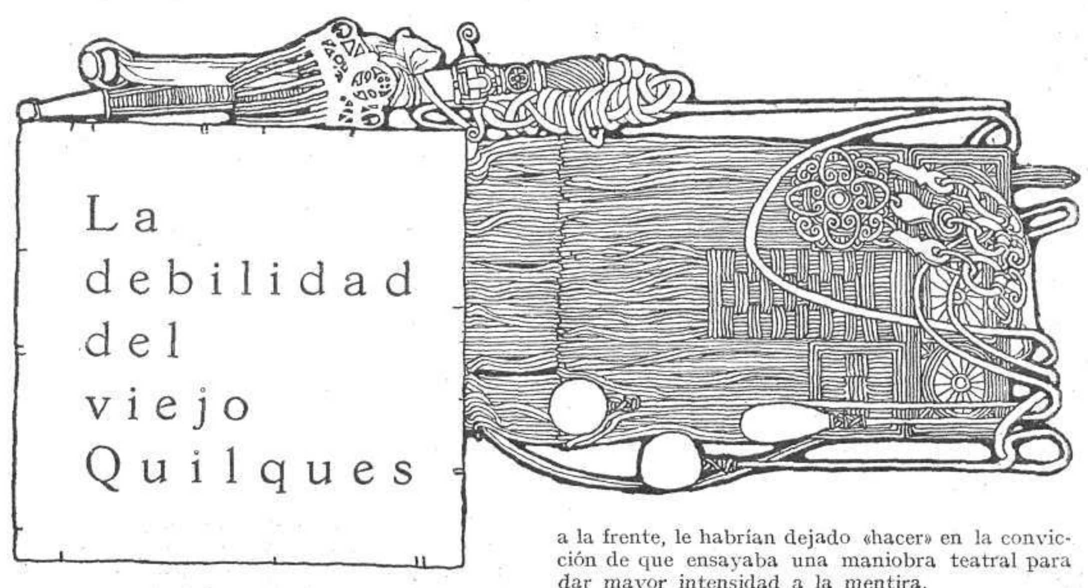
Señor Francisco Vidiri. — Capital.

Señor José Bonald Jiménez. — Capital.



Señor Domingo Puricelli (hijo). — Capital.

Señor Pedro Quilici. — Rosario.



La debilidad del viejo Quilques

La verdad es que el viejo Quilques fué siempre un gaucho algo «bohemio», sobre todo en su juventud, porque, desde muchacho, sintióse inclinado a «correr mundo», como los personajes fantásticos de los cuentos infantiles, y, aunque no lo parezca, el campo es un «mundo» dilatado, de múltiples perspectivas, aun cuando sólo presente a la vista del observador la inmensidad silenciosa de sus planicies. Para el espíritu aventurero del criollo sin profesión determinada, sin «rancho» propio y sin familia, el cambio de paisaje es como un cambio de vida, llena de nuevas sensaciones. Diez leguas más allá del «pago» las costumbres silvestres no se singularizarán por diferencias esenciales, pero la «pulpería» es otra, y otras las mujeres, aunque todas tengan los ojos obscuros, la piel trigueña y vistan el traje usual del figurín campesino. Luego, la «cancha» desconocida posee atractivos encantadores, de irresistible influencia para el paisano que se ha creado «larga fama» de bailarín y «guitarrero», de conversador pintoresco y agudo que lleva en el cofre de los recuerdos el romance de amor de sus mocedades y la épica leyenda de sus hazañas heroicas.

El amigo Quilques era viejo, sin duda, pero él afirmaba que tenía el «corazón nuevito», y que era «juerte como el ñandubay, que sabe hacer serrucho de las hachas más filosas», y fué por eso, acaso — por considerarse aún con juveniles energías — que decidió abandonar «para siempre» la «querencia» en que se había hecho tan popular y en donde todos le querían y respetaban, a pesar de su lengua punzante y a veces bravía; a pesar de saber todos que la mayor parte de sus relatos eran pura invención de su imaginación calenturienta.

Cuando la noticia se difundió, en el primer momento no fué creída. Se necesitó que el juez y el comisario la confirmaran para que la tomaran en serio, porque el «hombre» había conquistado tal reputación de humorista y mentiroso que no lo consideraban capaz de ninguna resolución extrema. Si le hubieran oído decir, poniendo cara de circunstancias:

— Esta noche mesma me quito la vida, porque estoy cansao d'ella.

Y le hubieran visto llevar el «trabuco naranjero» a la frente, le habrían dejado «hacer» en la convicción de que ensayaba una maniobra teatral para dar mayor intensidad a la mentira.

Pero esta vez la cosa «iba de veras». El viejo ahora no mentía. Bien se le conocía en sus ademanes y en la expresión melancólica que salía de sus ojillos, otro tiempo malignos de sorna, y en ocasiones tan reidores como su boca.

Inmediatamente se produjo gran revuelo en los rancheríos.

— Hay que atajarlo — dijo el juez, mirando a su camarada el comisario, como si esa grave tarea estuviese encomendada exclusivamente a la autoridad.

— ¿Y quién le pone puertas al campo? — contestó el aludido haciéndose cargo de las arterías del viejo.

— Póngalo preso — agregó el pulpero, — ansina se le acabarán las ganas de matreriar.

— A mí me parece — dijo el comisario — que lo mejor sería reunir al vecindario y dir a su rancho en manifestación pa pedirle, en un güen discurso, que se quede, y que estamos dispuestos a enlasarlo, en cuanto monte a caballo, lo mesmo que a un animal chúcaro.

— Se va a echar pa atrás con más orgullo, sin sejar de su idea...

— Y que se eche... al fin y al cabo, hay motivo, porque el viejo es la alegría del pago... una cosa nuestra, que no tienen en otro lao, porque ahura, no hay diversión campera sin grosería, y él ha conservao el güen humor del gaucho de otros tiempos, qu'era feliz haciendo felices a los demás; diciendo picardías con la intensión solamente, riyéndose de tuito el mundo, y de mí el primerito, sin dejarnos en l'alma ningún veneno... porque él sabe pinchar sin hundir la daga... haser cosquillas, no más, en el pellejo.

¿Qué es embustero? Ya es sabido... el cristiano más embustero del mundo... Pero tuitos nos hemos arreglao pa haserle crer que no dudamos e su palabra... porque son puras invenciones, muy graciosas, contadas con una seriedá que no parese sino que ha presenciao tuito lo que compone...

— Es cierto — interrumpió el juez, — es ansina como usté lo dise, comisario, y por lo tanto tenemos la obligación de cortarle al hombre la retirada... Vamos a convenserlo y a decirle qu'él no se manda a sí mesmo, porque's un hombre público y, últimamente, que si se encapricha en dirse, no habrá más remedio que meterlo en sepo colombiano con sentinela e vista, aunque no le faltará güen churrasco y giniebra e la mejor marca...

Todos los presentes riéronse de la «salida» del juez, y con el comisario a la cabeza se encaminaron a la «pulpería», donde estaban seguros de encontrarle a esa hora. Efectivamente, el viejo se hallaba allí, «tabeando», como de costumbre, rodeado de varios amigos, que oían regocijados sus amenas y chispeantes narraciones.

Por el camino el grupo de manifestantes había engrosado considerablemente, y cuando se aproximó a la casa de comercio, el comisario se adelantó, y abrazando con efusión al viejo, dijo un poco emocionado:

— Amigo Quilques: tuito el vesindario se ha puesto e pie como un solo hombre pa venir a pedirle que desista de su resolución de dirse. En caso contrario, estamos dispuestos a cerrar tuitos los caminos y a tapar tuitas las picadas pa que no se escape. El pueblo, aquí presente, manda, y usté, que ha sido melitar disiplinao, debe obedeser sus órdenes y someterse a su voluntá, con tanta más rasón cuando son órdenes ditadas por el cariño y no por el interés... por el güen deseo de conservar en el pago al herue invito de las antiguas patriadas, qu'es orgullo e nosotros y gloria de la nasión entera...

En ninguna reunión política, homenajeando a un caudillo, resonaron, jamás, vítores más estruendosos y espontáneos que en aquel momento. Los aplausos y vivas repercutían sonoramente dentro de la «pulpería», y se espaciaban en la soledad del campo, conmoviendo la apacible serenidad de aquella tarde elegida para la apoteosis del gran hombre.

Este miraba a la multitud, al parecer sin ningún asombro. Habituado a las manifestaciones colectivas, a ser ídolo popular indiscutido, no le sorprendía la prueba de afecto de aquella gente, aunque barruntaba que, en el fondo, ella no era tan desinteresada como parecía, y pensó para sus adentros:

— Claro; si yo me marcho se van a enfermar de puro aburridos.

Y sin dejar traslucir sus sentimientos, un tanto egoístas, dijo con modestia:

— Yo, señores, agradesco mucho tanto honor... que no meresco... y particularmente al amigo comisario y al amigo jues, por haber organisao este mitin dino de un manate y no de un hombre humilde como yo, que no tiene otro mérito qu'el de saber que la boca la ha hecho Dios también pa réir y pa decir cosas amables y güenas, y que la rabia descompone la cara más linda y gasta los dientes más duros a juersa de apretar las carretillas, olvidando que debemos conservar la dentadura pa mascar, cuando llegamos a viejos, en los banquetes con que nos osequian los amigos...

— Dejelón hablar — gritó el comisario, impaciente por las carcajadas que habían provocado las elocuentes palabras del viejo; — y agregó, a guisa de prudente consejo:

— Dispués sabremos si nos podemos réir a gusto.

— Güeno, voy a seguir — dijo el viejo, con aspecto meditativo, — y permitamén que les diga, con franquesa — como siempre he hablao — que yo no me voy sin colegir qu'en ningún lao de la tierra estaré mejor que en éste, pero mi alma es igual que la golondrina, que no sabe por qué cambea e lugar, y por qué anda siempre en viaje de allá pa aquí y de aquí pa allá, mirando — al dar güeltas y güeltas — el cielo libre, siendo más feliz cuanti más lejos tenga que volar... Ansina nací y ansina moriré... en mi ley... y por mi gusto. El amor a lo que no conosco me sale de adentro, como al arroyo le sale de adentro y no de arriba el afán de correr y ganar campo ajuera, visitando, turbio de haberse embarrao en el camino, otros parajes más distantes, puede ser que menos agradables que los que vido cuando nasió, pero que tienen la importancia e ser otros.

A más, piensen bien que yo he sido un hombre muy poco amigo del remanso — sino es pa pescar anguillas, — y en medio el cariño que ustedes me han demostrao me estoy volviendo tapera, echando yuyos por los cimientos y las quinchas, y yo, francamente, no me conformo con la idea de que puedo convertirme en yuyal... Perdonemén y dejemén que obedesca a mi destino... antes que mis tobillos se pongan masetas o la vejés me clave como un poste esquinero de alambrao.

Ya sé que me han tratao bien... Hasta el comisario, hasta el juez, hasta el último milico e la polesía se han portao conmigo debidamente y me han hecho la venia, cuadrándose, como a jefe, pero... en ocasiones, el cristiano se cansa e la güena vida y se larga por áhi, lo mesmo qu'el pájaro que se escapa e la jaula ande está bien mantenido y bien cuidao...

— Entonce — arguyó el indio Ñacurutú, con un poco de cólera reconcentrada — ¿usté es como hijo el rigor y hay que acariciarlo apretando la mano? A mí se me ocurre, amigo Quilques, que tuito lo que le pasa es por ser ocioso y malcriao, lo mesmo que redomón que desparrama el grano cuando se ha llenao bien la pansa...

— Es lo mesmo que yo digo, y sólo usté qu'es tan inteligente lo ha comprendido a pesar de ser indio viejo. Estoy cansao de la linda jaula, cansao de la abundancia e ración, cansao de no poder variarme a mi gusto. Por eso es que relincho y rompo de un tirón el cabresto. Miro en frente el campo verde, bien cubierto e pastito ricién brotao, jugoso y dulsón, y ustedes se han combinao pa haserme tragar máis seco, aunque dispués me pasen la mano, muy satísfechos, diciéndome al verme parar las orejas:

— Ya estás gordaso y barrigón. No tenés por qué quejarte e la vida.

Y dispués, pensando en el pago de tan güena alimentasión:

— Ahura, amigaso, te vamos a montar pa dar un paseíto. A ver si te ponés alegre y coscojero, pa lucirle a la china...

Y yo salgo al trote, enfrenao, escarciando y dando botes, pa que se diviertan el comisario y el juez y los que me esperan en la pulpería y gane el pulpero, porque la reunión se hase más grande con mi presencia...

No señores... Yo les agradesco tantas pruebas de cariño desinteresao... Se las agradesco con tuita el alma... pero me voy mañana mesmo a la madrugada... pa que me despidan los pajaritos, cantando al ver que yo ya sé volar como ellos por esos campos de Dios...

— Entonses — interrogó el comisario, muy contrariado — ¿usté nos desaira sin tener en cuenta que tuito el vecindario ha venido a pedirle que se quede? Mire que esto no se hase ni con el Presidente e la República.

— Yo no quiero desairar a naide y hasen mal en pensarlo...

— Mire viejo, déjese de sonseras... y acuerdesé de aquel verso de Martín Fierro, que dise:

No andés cambiando de cueva;
hacé las que hace el ratón;
conservate en el rincón
donde empesó tu esistencia...
vaca que cambia e querencia
se atrasa en la parición...

El viejo acompañó en las carcajadas a la concurrencia y repuso, taimado:

— Yo ya no me puedo atrasar en nada... El

verso está mal apuntao... ha errao juego, comisario, como un chambón...

Y continuó:

— Ahura, señores, muchas grasias y vamos a tomar una copa... porque nuestro güen amigo el pulpero nos va a convidar con esa generosidá que le destingue cuando despide a un güen amigo... que le ha hecho mucho gasto y le ha servido, durante veinte años pa probar que sus bebidas no son venenosas... que son güenas de tomar como el agua fresquita del poso...

Al otro día, muy de madrugada, el viejo salió de su «rancho», al «trotecito», muy bien sentado en su lustroso pangaré de cola atada. Parecía que iba a dar sólo un paseo, porque no llevaba atado ninguno. Sólo se veía el poncho arrollado en la cabecera del recado de cuero crudo. Su casaquilla de brin, con vivos rojos, y el sombrero de alas cortas, algo echado a la nuca, le daban el aspecto de un militar a la usanza criolla, retirado del servicio. Así anduvo algún trecho, sin apresurarse, cuando al dar vuelta un recodo del camino vecinal para entrar en la carretera vió una extensa línea de jinetes que parecían esperarle. El viejo se sonrió satisfecho, porque sabía que eran el comisario y el juez en compañía de sus numerosos amigos, que hacían la última tentativa para disuadirle de su propósito.

Le vivaron y le aplaudieron estrepitosamente.

— Viejo — le gritó el juez adelantándose — dejesé de locuras... Ya ve como todos lo quieren... no se vaya... no sea caprichoso...

— Muchas gracias otra vez, señores — contestó, — pero mi resolusión es irrevocable, como dicen los menistros cuando renuncian de veras... Solamente me quedaré a la juersa si el comisario me hase prender... cometiendo una albitrariedá y ansina mesmo, será por algunos días...

— Meresía que lo arrestase — contestó el comisario riéndose — por testarudo y desagradesido, pero dise eso porque sabe que conmigo está garantido.

Y agregó, dirigiéndose a la concurrencia:

— No quiere sejar; es al ñudo pedirle más nada. Vamos a acompañarlo un par de leguas... dispués veremos... Puede que se dé güelta lo que esté lejos...

Y le formaron escolta. El iba adelante, entre el comisario y el juez, erguido sobre su cabalgadura, recordando los tiempos en que marchaba al frente de sus «montoneros», de mano dada con su fiel amiga la Gloria.

Así anduvieron como una legua, cuando vieron salir del monte un grupo compacto de ginetes que avanzaron al galope, como si quisieran salir al encuentro de la escolta. Pronto, a favor de la luz que se irradiaba, brillaron los colores de las vestimentas, que flotaban al viento a manera de abigarradas baderolas.

— Parecen mujeres — dijo el viejo deteniendo el caballo — ¿no es ansina jues?

El aludido se inclinó, poniéndose la mano sobre los ojos, y contestó:

— Y mesmo, son mujeres, no más. ¿Ande irán?

— Creo que enderesan pa aquí — dijo el comisario, achicando los ojos, como extrañado.

— Vamos a esperarlas pa ver de qué se trata — repuso el juez mirando de soslayo a Quilques, — porque si seguimos galopiando corremos el peligro de chocar y va a ver un entrevero del diablo...

Las amazonas llegaron en breve tiempo y detuvieron los caballos de un «tirón seco de las riendas». Inmediatamente se apearon. El viejo Quilques y los demás acompañantes hicieron lo mismo, sacándose los sombreros respetuosamente.

Eran, efectivamente, mujeres, pero mujeres jóvenes; «criollas güenas mosas», según el decir de Quilques. Este las miraba imperturbablemente, porque su fisonomía se mantenía, como siempre, sonriente y amable, y en ese instante más regocijada que nunca.

— Señor Quilques — dijo una de ellas, la más vistosa, la más provocativa: — hemos sabido que se va y lo hemos esperao pa desirle que de aquí no se pasa, porque no queremos que se nos vaya el mejor amigo del pago, el que siempre ha tenido pa nosotras una palabra e cariño y nos ha alegrao cuando estábamos tristes. Ansina es que tuitas le pedimos que se quede.

— Diga que sí, diga que sí — coreaban las otras — diga que sí y le vamos a dar un beso...

El viejo sintió que su fibra guerrera se ablandaba. ¿Cómo resistir a tanto empeño? Si él era fuerte, más fuerte era aquella atropellada insólita, una verdadera sorpresa de emboscada y con armas temibles...

— Conteste viejo — apresuróse a decir el comisario, para apresurar el desenlace, — no sea descortés y grosero...

— Güeno — dijo el viejo, en derrota, — me rindo niñas y doy güelta cara sin peliar, como un cobarde.

Y se entregó a los abrazos de ellas y ellos, en tanto los gritos se comunicaban a los pájaros del cercano bosque, que parecían redoblar la diana de la aurora en impetuosos trinos.

— Espero los besos — dijo entonces el viejo, poniendo cara de fauno alegre, un tanto ridícula — si no, güelvo a montar y me voy, sin mirar pa atrás... pa no dar güelta.

Y lo besaron y lo abrazaron, con gran algazara. El ponía la cara a discreción y cuando le llegó el turno a la más linda, que era la que le dirigió al principio la palabra, no pudo contenerse y le devolvió los ósculos con entusiasmo impropio de su edad...

— No se propase viejo — dijo el comisario con gesto socarrón; — mire que puede quedarse aquí pa siempre, echándonos a perder el programa...

— ¡Ah rutinero — exclamó Quilques comprendiendo el ardid. — La supo hacer, pero no me pesa haber cambiao de opinión.

Y agregó, riéndose, satisfecho:

— He sido juerte con los hombres, pero las mujeres son mi debilidá... Me les entrego siempre con armas y bagajes...



TUPUNGATO. — El jefe de policía, señor Alberto Rolis; comisario, señor Sáez, y demás autoridades locales recientemente nombradas.



SAN RAFAEL. — Grupos de bodegueros reunidos para celebrar la inauguración de un nuevo motor en la usina eléctrica local.

PIORREA o Sea Dientes Flojos y Encías Esponjosas que Sangran y Supuran, Determinando la Caída de los Dientes.



Las encías sangran fácilmente como resultado de irritación originada por partículas de alimentos y depósitos mucoides que se quedan adheridos a los dientes.



Los depósitos mucoides endurecen y forman tártaro o sarro causando el retroceso de las encías y descubriendo las raíces de los dientes.



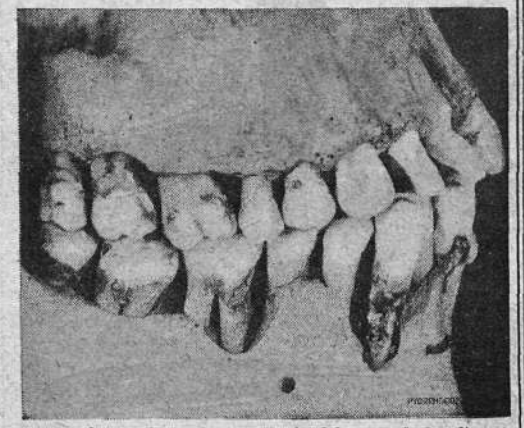
Los dientes se aflojan debido a la destrucción del apoyo alrededor de las raíces. Se forman bolsitas de pus y los gérmenes se multiplican rápidamente en estas bolsitas.



Las encías están inflamadas y duelen — la masticación de los alimentos se hace difícil.—La salud constitucional se debilita a causa de la negligencia para con dientes y encías.



Todos los dientes están flojos. La descarga de pus de las encías se mezcla con los alimentos y bebidas. Esta materia venenosa entra constantemente al sistema causando desarreglos del estómago, hígado, riñones e intestinos, como asimismo reumatismo y varios desórdenes nerviosos.



Esta calavera ilustra la destrucción del apoyo de los dientes que se realiza bajo encías dolientes, sangrantes y retrocedientes (piorrea). Este estado concluye con la pérdida de los dientes.

PYORRHOCIDE *es no sólo Preventivo sino el remedio y colaborador más eficaz de los Dentistas que combaten la Piorrea.* Limpie sus dientes cada mañana y cada noche con PYORRHOCIDE.

Mándenos el cupón acompañado de 10 centavos en estampillas de correo para remitirle gratis una muestra de polvo Pyorrhocide.

Nombre.. c. c.
Calle y N.º..
Localidad..

VENTA EN FARMACIAS Y DROGUERIAS

Unicos Agentes: MAYON Ltda. Av. de Mayo, 1245. Buenos Aires

Fabricantes: THE DENTINOL & PYORRHOCIDE Co. New York

AVISO A LOS TENORIOS



En los Estados Unidos hay un tipo de hombre al cual se le llama «masher». El «masher» es un pirata del amor, un Don Juan Tenorio a la caza de la mujer dondequiera que la encuentra, haciendo una tentativa con todas, en la esperanza de poder seducir y arrastrar a algunas. Está en todas partes. En el tranvía o en el tren subterráneo le pisa el pie o le toca la rodilla a la mujer que está al lado de él. En la calle le dice: «¡Alo!» a la muchacha que pasa. En su automóvil invita a la que va a pie a llevarla a su destino.

Pero así como en los Estados Unidos no tiene existencia legal la «cocotte» profesional tampoco quieren tolerar al «conquistador» de profesión.

Contra este tipo de hombre libra la policía una campaña formidable. Ultimamente se ha hecho en Los Angeles una gran barrida de estos piratas. Al principio la policía dedicaba mujeres para que actuaran como detectives que sorprendieran a estos caza-mujeres. Sin embargo en poco tiempo aprenden los «mashers» a distinguir y reconocer a estas detectives y no caen en la trampa.

En consecuencia la policía ha recurrido a aceptar los servicios de señoritas no profesionales, quienes, seguidas a cierta distancia por un detective, van por las calles de la ciudad como cebo para el salteador profesional del amor. Las instrucciones que reciben son tales que ellas no deben en manera alguna provocar al hombre. En realidad obedecen la consigna de no parar atención a las primeras insinuaciones masculinas para que el hombre no tenga después ante el juez el pretexto de decir que fué provocado, pues se trata de perseguir y castigar a estos piratas como seductores profesionales de niñas inocentes e ingenuas.

Se escoge, en consecuencia, para esta labor a niñas de excepcional belleza pero de traje modesto y de aspecto ingenuo. El resultado que se ha obtenido en Los Angeles con este sistema ha sido tal que centenares de hombres han ido a dar a la cárcel.

Lo mejor que le puede ocurrir a un hispanoamericano que vaya a los Estados Unidos y que anda a la caza de muchachas sencillas es que se encuentre con detectives disfrazadas de tales, porque si la muchacha con quien se encuentra es una ingenua de verdad le puede ocurrir algo peor.

Un conocido hispanoamericano encontró en las calles de Nueva York a una ingenua legítima. Ningún detective lo sujetó y las cosas se sucedieron tales como él las esperaba. Fué todo un romance. Pero de parte de él no había una intención seria ni un propósito sincero para con la muchacha. No podía haberlo, pues él era casado.

En una de sus visitas a la joven que había seducido, sin saber él cómo, sin que ella se hubiera quejado, en realidad y a pesar de que ella lo defendía, fué llevado a la cárcel y condenado a veinte años de presidio en Sing-Sing. Allí está todavía.



CARLOS RASETTI

SARMIENTO
ESQ. MAIPU
BUENOS AIRES

Casa importadora de armas, municiones y cuchillería.

LA CASA
MAS ANTIGUA EN
EL PAIS

FUNDADA EN 1857

Revólver **SMITH WESSON** Militar, calibre 38, de 6 tiros, caño de 4 pulgadas,

$ 83.-



Pistola MAUSER
Ultimo MODELO, de bolsillo, repetición automática, de 8 tiros.
Calibre 7.65 pesos...... **35.-**

Ofertas excepcionales



ESCOPETA fuego central, de 2 tiros, calibre 16, con cuatro cierres, caño izquierdo choke, fabricada especialmente para la casa, con caño de Acero Especial. Arma recomendada, a **$ 85.—**

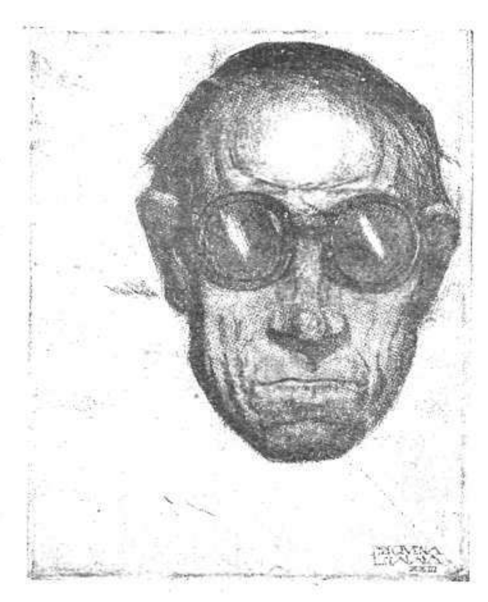
Cartuchos cargados con pólvora sin humo, calibre 16, con munición templada. El ciento .... $ **10.—**

Estamos en condiciones de vender todos los artículos a precios sin competencia.

VISITEN EL NUEVO LOCAL

SE REMITE A CUALQUIER PUNTO DEL INTERIOR. EMBALAJE GRATIS

LOS ANTEOJOS DE COLOR



Don Trinidad de Aguirre ha muerto.

Esta noticia acaso no sorprenda a mis lectores, porque los lectores ya no se sorprenden de nada; pero debía sorprenderles.

Debía sorprenderles por varias razones. En primer lugar, porque ninguno de ellos habrá conocido al difunto, cuando todavía no era difunto. En segundo lugar, porque el suceso ha venido sobre todos nosotros con la rapidez del rayo, sin preparación de ningún género, sin un mal aviso de los periódicos, sin una papeleta de defunción siquiera: se nos dice que don Trinidad ha muerto, y no sabíamos que este don Trinidad existiese. Y en tercer lugar, porque la muerte de este señor ha sido de todo punto injustificada.

Con las entradas *en* y salidas *de* este mundo de lágrimas, sucede como con las entradas y salidas de los dramas: las hay que están más o menos justificadas, y las hay que no están justificadas de ninguna manera.

El *mutis*, digámoslo así, de don Trinidad, ha sido, pues, inesperado e injustificado.

Don Trinidad era joven, era rico, tenía figura simpática, talento natural, mucha ilustración, estaba para casarse con una chica preciosa y, sobre todo, gozó de una salud perfecta hasta el momento de morirse, que esto no le sucede a todo el mundo.

¿Hay alguien que en estas condiciones se muera? Yo creo que no.

Pues, sin embargo, don Trinidad de Aguirre ha muerto.

Hace dos años viajó por Alemania; allá se estuvo unos meses y volvió del viaje como se fué: tan joven, tan rico, tan simpático, tan alegre y tan sano.

Pero en el mes de noviembre del 96 tuvo un pequeño ataque a la vista.

Poca cosa, casi nada, enfermedad que no lo era, y que no tenía de serio más que el nombre, que no sé cuál fuese.

Se puso unos *anteojos de color* para quitar fuerza a la luz, y se curó en ocho días, quedándole los ojos tan hermosos, tan brillantes y tan halagüeños como siempre.

Pero cambió de carácter; cambió por completo.

Era alegre y hasta bromista; resultó triste.

Hablaba, no con exceso, pero sí con amplia medida: resultó silencioso.

Su sonrisa era franca y espontánea: su sonrisa resultó amarga: las dos comisuras de la boca se le cayeron con caída trágica, como si huyesen de todo regocijo.

En suma, que don Trinidad se transformó.

Para los amigos no tuvo más que frases de desdén o réplicas punzantes, y, naturalmente, se fué quedando sin amigos: desde entonces siempre fué solo.

Antes se le veía en teatros, paseos y reuniones; después no se le vió ni era fácil que se le viese, porque se quedaba en casa. Pero en su casa también solo; porque don Trinidad nunca tuvo parientes, circunstancia que hace más inexplicable su muerte repentina.

Durante un mes no vió más que a su novia, y como los anteojos de color dan a la fisonomía cierto carácter ridículo, convierten la cara humana en cara de lechuza, y él tenía interés en que su amada le viese los ojos siempre *al natural*, nunca se puso para mirarla los anteojos de color.

Pero un día, no se sabe por qué razón, se los puso: la chica le encontró muy raro y se echó a reír. Pues se ofendió tanto don Trinidad, que, después de mirarla fijamente, dió media vuelta, se fué a su casa y rompió para siempre con Rosario.

Por cierto que a poco más se muere del disgusto la pobre Rosario.

Algunos días después se encontraron a don Trinidad muerto.

Estaba junto a la mesa de su despacho; había escrito unas cuartillas, los anteojos de color estaban rotos, hechos añicos; se sospechó que los había roto de un puñetazo, porque tenía ensangrentado el puño.

Una particularidad llamó mucho la atención: todos los espejos de su casa, y los había magníficos, se encontraron rotos también.

De estos antecedentes se dedujo que don Trinidad se había vuelto loco.

Y las cuartillas que dejó escritas así lo confirmaron.

No se han encontrado todas; pero algunas que pudieron recogerse decían así:



«Le encontré en un coche de primera; yo iba solo, cuando entró el maldito viejo. ¡Qué chiquitín, qué arrugado, qué color de tierra el de su cara!

Era como una esponja humana, que se apretó, se apretó, se le sacó todo el jugo, y no quedó más que una masa árida a modo de estropajo.

Llevaba puestos unos anteojos de color. No eran verdes, ni azules, ni amarillos, ni ahumados. Eran de un color extraño, mezcla turbia de todos los colores: como la vida humana.

El viejecillo me miraba mucho y sonreía con sonrisa diabólica. Si no hubiera considerado que era un pobre carcamal, le abofeteo.

Como el viaje era largo y siempre fuimos solos, hubo tiempo para que hablásemos largamente.

¡No! ¡El viejo antipático era todo un sabio!

Y estaba al tanto de la ciencia moderna y de los últimos descubrimientos.

Sobre todo, los rayos X le entusiasmaban. Pero sus entusiasmos concluían por unas sonrisas que hacían daño. No sé por qué, pero hacían daño.

Si el viaje dura más, yo le estrangulo. Mejor hubiera sido.»

Aquí faltaban algunas cuartillas.



«Para algo han servido el choque y el descarrilamiento.

Ya voy solo. Pobre hombre; murió aplastado. ¡Lo inverosímil!

Ahora que pienso en él, me da lástima; quizás fuese una buena persona.

Al morir, me miró con cierta ternura: me alargó

los anteojos y me dijo: «Tome usted, tome usted; le declaro mi heredero.»

¡Sus anteojos! ¡Sus anteojos de color! ¡Herencia infernal!

¡Bien muerto está el viejo!»

Y aquí seguían imprecaciones, gritos de dolor, gritos de desesperación.

Decididamente, don Trinidad estaba loco.

Venían después unas cuantas cuartillas escritas en una letra ininteligible.

Sólo en las últimas se entendía algo: frases sueltas; párrafos descosidos; las ruinas de un cerebro anegadas en un líquido amargo como escollera dispersa por los embates del mar salobre.

A continuación copiamos algunos fragmentos.

Decía uno de ellos:

«Volví a Madrid: me olvidé por completo de los infernales anteojos.

Hice mi vida de siempre: el arte, la ciencia, mis amigos, mi Rosario.

Días felices los de hoy, como eran felices los de ayer. Estaba convencido de que la Naturaleza me había traído al mundo para gozar.

Y yo procuraba complacer a la Naturaleza.

¡Ah! ¡Si no hubiera sido por los endiablados anteojos de color!

Un día, ¡día aciago!, me sentí mal de la vista: me acordé de las antiparras, me las puse y me fuí a la calle.

¡Horrible! ¡Horrible! ¡Invención admirable, prodigiosa, estupenda, pero horrible!»

Y decía otro parrafo:

«Los cerebros se hacen transparentes, como si fuesen de cristal de roca.

Se ve la substancia gris, sus celdillas, sus misteriosos protoplasmas, la red nerviosa que por todas partes se extiende.

Se ven las idéas escritas en maravillosa escritura: jeroglíficos de aquellas microscópicas pirámides que los ahumados cristales de mis anteojos traducen al lenguaje vulgar.

Se ven los sentimientos: cómo se agitan, cómo se estremecen, cómo circulan a modo de oleaje sutilísimo, hundiéndose unas veces, flotando otras, sin encontrar nunca orilla en aquel mar tan pequeño y tan grande.

Se ve a la voluntad ir tropezando como borracha en una y otra celdilla, cayendo aquí, mal levantándose allá, enredándose más lejos en no sé qué red de conexiones y volviendo a caer otra vez: casi siempre va a rastras.

¡Todo, todo se ve! ¡Qué admirable! ¡Qué invención tan prodigiosa!

¡Cuánta miseria, cuánta vanidad, cuánta estupidez humana en ese libro blanco y gris con red sanguinolenta!

No: realmente es un espectáculo muy divertido ver un cráneo por dentro. Y alguna vez ya suelen verse relámpagos de luz; alguna idea hermosa, algún sentimiento noble... pero ¡ay, qué pocos!

¡Divertido, muy divertido! ¡Para mí no hay secretos!»

Y siguen varias cuartillas, todas tachadas; sólo se leen palabras sueltas.

«¡Desengaño!... ¡dolor!... ¡buen amigo!... ¿Quién lo pensara?... ¡Y yo que creí que ese hombre era un imbécil y un tunante!... ¡Mal día!... ¡Ni uno!... ¡Doloroso!... ¡Muy doloroso!... ¡Ay, Dios mío!... ¡Dios mío!...»

Al fin el pobre loco coordinaba algo más sus ideas y había párrafos seguidos.

«Esta observación profunda de la humanidad por dentro, cuando se trata de personas indiferentes, es muy interesante, y muy curiosa, y muy divertida.

Pero cuando se trata de seres a los cuales algún afecto nos liga, es cruel muy cruel, es desconsolador; es infernal. ¡Ah! ¡El maldito viejo! ¿Por qué el descarrilamiento y el choque no lo aplastaron del todo y de una vez, sin darle tiempo para este horrible legado?... ¡Ay! ¡Los anteojos, los anteojos de color!

Y lo que más me extraña es que nunca veo un cráneo solo: siempre veo dos, y son distintos.

Pero uno de ellos es *el mismo siempre*: vago, confuso, indeciso, incompleto.

¿Por qué será esto? ¿Por qué serán dos?

Es un fenómeno que me confunde y que no puedo penetrar; ¡pero siento no sé qué angustia intolerable!

Y aunque este segundo cráneo no lo veo bien, veo que es muy ruin.

El egoísmo es su nota dominante: ¡yo!... ¡yo!... eternamente ¡yo!

No hay una celdilla en todo el campo cerebral que descubro, que no esté impregnada del *yo satánico!* ¡Ya me repugna! ¡Ya me da náuseas!

¡No parece sino que ese cerebro es una esponja, que se hundió en un líquido en cuyas gotas todas había escrito el egoísmo, la palabra *yo*, y que la masa blanducha se empapó del miserable y monótono flúido!

Pero ¿qué imagen es esa?

¿De dónde viene? ¿A quién pertenece?»

Aquí se encuentran muchas líneas tachadas.

Luego algunos borrones; luego algunas manchas como de lágrimas.

Y un párrafo final: claro, distinto, casi solemne, y frío, muy frío:

«Ya lo sé; ya sé a quién pertenecía aquel cerebro.

Ayer lo vi por duplicado.

Paseaba por mi sala, llevaba puestos los anteojos de color y me asomé a un espejo.

Y me vi en él. Me vi dos veces.

Una, en el espejo directamente: era imagen viva y distinta: el espejo era bueno.

Otra, en la imagen indecisa. Es natural; mi cerebro se reflejaba en la parte interior de mis anteojos, y del otro lado, proyectada en el espacio, aparecía en imagen borrosa e incompleta.

Ya me conozco: no tengo derecho ni curiosidad para ver a los otros hombres; y yo no quiero verme ya nunca más.»

Y en la última cuartilla había unas gotas de sangre.

Fué la sangre que se hizo en la mano al romper de un puñetazo los anteojos de color.



DIBUJOS DE REQUENA ESCALADA



Equipo del Club Atlético Belgrano que viene destacándose en la disputa del campeonato local de "football", por su actuación.

¿QUIÉN SOY YO?

Yo soy la que urdo todos los enredos, fabrico todas las mentiras, invento todas las calumnias, me la paso averiguando vidas ajenas, llevando de aquí para allá todos los chismes y todos los cuentos.

Yo soy la que siembro toda la cizaña y discordia entre hermanos, amigos, parientes y familias.

Yo soy la que alimento los odios, los rencores y las venganzas, cuando no soy la causa de todo eso.

Yo, a manera de voraz incendio, todo lo avasallo, nada respeto y todo devoro.

Mi hambre es insaciable: mi sed inextinguible.

Yo sirvo a la soberbia y a la envidia de telégrafo, teléfono y cable para encender la guerra entre las naciones excitando el odio de aquellos que la representan.

Yo sirvo a la impureza de tea incendiaria para prender el fuego de la concupiscencia en todos los corazones.

Yo ando de casa en casa denigrando al mundo.

Yo no dejo en paz ni a los muertos, pues los desentierro cual hiena famélica y feroz para saciarme de sus carnes podridas: es decir saco a luz sus vicios y pecados, por los cuales ya están juzgados o perdonados purificándose.

Yo soy más inexorable que la muerte, pues ésta se detiene ante el polvo del sepulcro y en él descansa, mas yo sigo adelante.

Yo soy un mundo de iniquidad y malicia.

¡Yo soy la mala lengua!

RICARDO LEON.


25 DE MAYO
1853 1923
CUMPLIMOS
70
AÑOS

De Corrientes

CURUZU-CUATIA. — Público presenciando los trabajos realizados para levantar la enorme chimenea de la usina eléctrica local que reemplaza a la que fué recientemente derrumbada por un temporal.

De San Luis



Empleados del Ferrocarril Pacífico, sección Tráfico, que conmemoraron con una fiesta campestre el aniversario de los trabajadores.

NO TE PONGAS ANTE MI VENTANA...

No te pongas ante mi ventana con esos ojos hambrientos de mi secreto, que no es más que una piedrecilla brillante de dolor, que la pasión ha salpicado de color de sangre.

Has traído tus dos manos llenas de regalos para echarlos ante mí en el polvo, y temo, si acepto, crearme una deuda que nunca podré pagar aunque perdiese todo lo que tengo.

No te pongas ante mi ventana con tu juventud y tus flores, que avergüenzas mi vida miserable.

YO SOY PARA TI COMO LA NOCHE...

Yo para ti como la noche, florecilla. Sólo puedo darte mi paz y mi silencio desvelado, oculto en la oscuridad.

Cuando abras tus ojos por la mañana, te entregaré a un mundo lleno de zumbidos de abejas y de cantos de pájaros.

Lo último que te daré será una lágrima mía, caída en lo más hondo de tu juventud. Ella te hará sonreir más dulcemente aún, y te velará la visión de la risa despiadada del día.

QUE TU AMOR JUEGUE CON MI VOZ...

Que tu amor juegue con mi voz; que descanse en mi silencio.

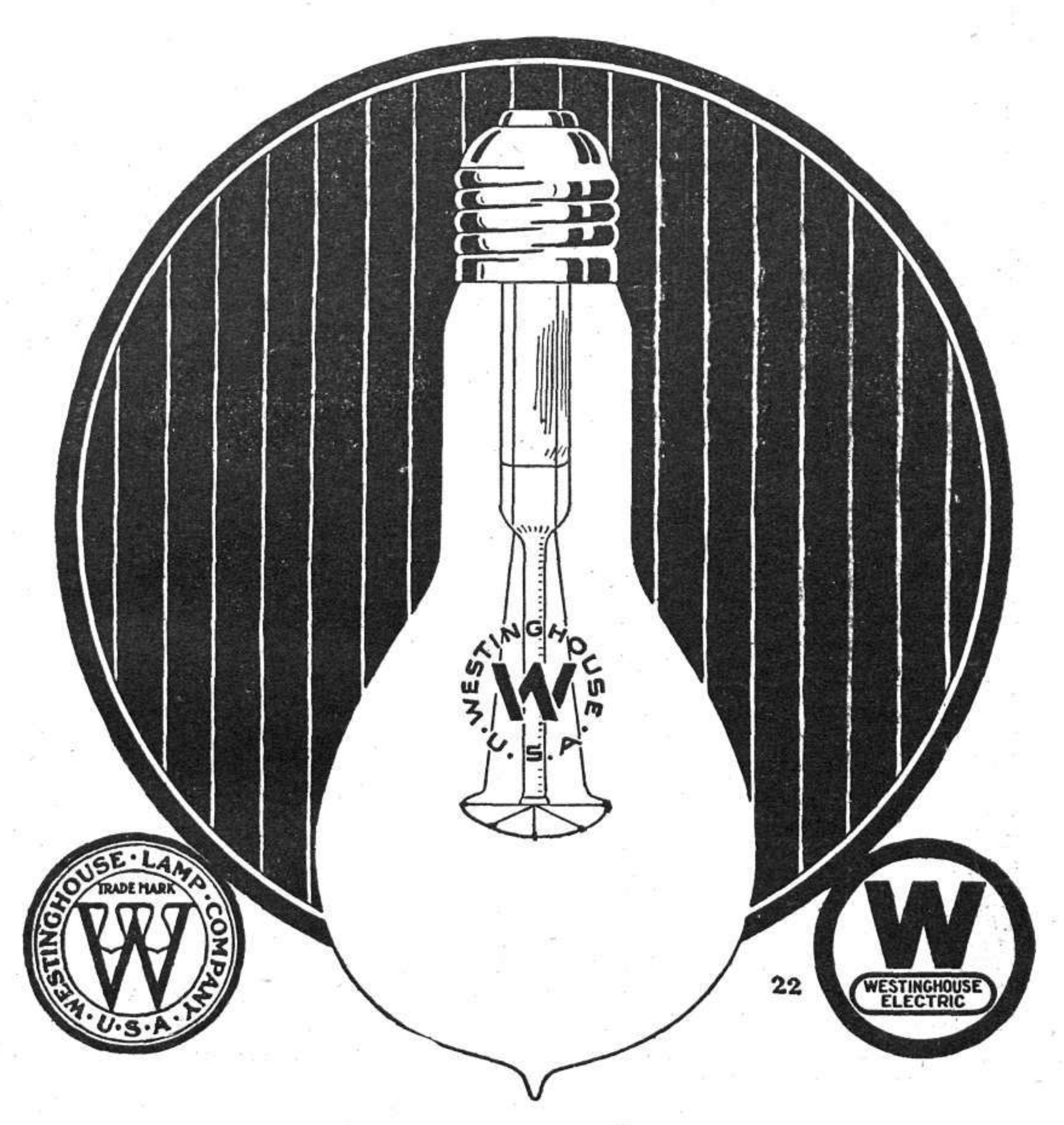
Que pase a todos mis movimientos, por mi corazón.

Que brille, lo mismo que las estrellas, en la oscuridad de mi sueño, y amanezca en mi despertar.

Que arda en la hoguera de mi deseo, y fluya en todas las corrientes de mi propio amor.

¡Que yo lo lleve en mi vida, como un arpa su música, y te lo devuelva, al fin, como mi vida!

RABINDRANATH TAGORE.



Iluminación radiante y largo servicio: tales son las características de las lámparas eléctricas WESTINGHOUSE. Esto se debe a lo cuidadoso y esmerado de su fabricación.

Artefactos y materiales para instalaciones.

Cía. Westinghouse Electric Internacional S. A.

Córdoba	Buenos Aires	Tucumán
COLON, 59	Av. DE MAYO, 1035	JUNIN, 66

Westinghouse

De San Juan



Parte de la concurrencia que asistió al gran mitin pro Ferrocarril a Jachal escuchando a los oradores al pie del monumento a Laprida.

El ministro de Hacienda, ingeniero Máximo de Oro; el vicegobernador de Santa Fe, doctor Mendieta, y el corresponsal de "La Razón" durante la visita efectuada por el primero al Dique Nivelador.



DOS HORAS

EPISODIO DE LA RUSIA REVOLUCIONARIA

Dentro de veinte minutos saldrá el último tren. Sonia se apresura a llegar a la estación. El viento azota con furia su traje, su sombrero; le arroja a la cara tierra y hojas secas que levanta el aire en torbellino violento. Es difícil caminar cara al viento: se le detiene la respiración y cierra los ojos. Sonia no hace caso, y trata de caminar lo más rápido posible. En su cerebro martillea un solo pensamiento: no perder el tren. A veces la ráfaga de viento trae a su oído el ruido sordo del trueno: son los cañonazos de la artillería bolchevique que está muy cerca. Ayer casi no se oía; pero en todo el día de hoy se siente cada vez más clara y fuerte. Por lo visto las tropas blancas se retiran apresuradamente. Sonia llega a la estación. El tren ya no está allí; solamente se ven los dos de carga listos para salir. Son los últimos, sólo para militares que van al Oeste. Sonia pregunta a un empleado:

— ¿Dónde está el tren de pasajeros? ¿Ha partido ya?

El empleado la mira de pies a cabeza con desgano, y contesta:

— Hace más de media hora que partió. ¿A dónde va usted?

— A S., a casa de mis padres.

El empleado le contesta:

— No tendrá usted tren.

— ¿Qué haré entonces? — exclama Sonia desesperada.

El empleado permanece silencioso y luego contesta señalando los convoyes de carga:

— Pregunte a los militares; tal vez quieran llevarla.

En este momento se acerca a ellos un oficial del ejército blanco, con un alto gorro de piel de oveja, casaca gris y botas altas. En el cinturón luce un revólver y dos bombas, en la mano un largo látigo.

— ¿Para qué demonios nos tienen acá? — dice groseramente al empleado. — ¿Para que lleguen los bolcheviques y tengamos fiesta?

El empleado lo mira con aire de indiferencia y contesta:

— ¡Yo qué sé!... Pregunte al jefe.

Sonia se dirige tímidamente al oficial.

— Disculpe; ¿usted va en este tren?

— Sí.

— ¿Me permitiría ir con ustedes hasta S.?

— ¿Va sola?

— Sí.

— ¿Tiene equipaje?

— No. Esta canasta nada más.

— Bueno; espere un momento; hablaré con el jefe de la estación.

Una alegría loca se apodera de Sonia. ¡Dentro de dos horas estaría en su casa! Quedándose en la estación llegarían los bolcheviques y... ¡adiós hogar, juventud, ilusiones!

A los pocos minutos regresa el oficial.

— Dentro de media hora partiremos. Vamos, pues. Permítame que la ayude — dice tomándole la canasta.

Se acercan al vagón donde se hallan otros tres oficiales. Están semiacostados sobre el heno, jugando a los naipes. Una parte del vagón está llena de heno, la otra ocupada por un largo banco. Sobre éste se halla colocado el equipaje de los oficiales. En el medio del vagón se ve una estufa de hierro alrededor de la cual se apilan la leña, las astillas y la basura.

— Señores: ¿no les desagrada que hasta S. venga con nosotros una dama? — pregunta el militar que acompañaba a Sonia.

— ¿Una dama? — Que venga — contestan con tono indiferente los del vagón sin abandonar el juego.

Sonia sube con ayuda del oficial, coloca en un rincón la canasta, se sienta encima y espera. Las ráfagas de viento golpean en una tabla rota del techo, ya apaciguándose, ya gimiendo nuevamente. En el vagón no hace frío y se está bien.

— ¡Qué felicidad! — piensa Sonia. — De aquí

a dos horas estaré en mi casa. Llegaré en el momento en que toda mi familia se hallará reunida en el comedor tomando el te. Nicolás también... El no me esperaba tan pronto... tal vez esté inquieto.

En la estación estalla un torpedo, luego otro.

— ¡Mil diablos! — dice uno de los oficiales mirando por la puerta. — Están muy cerca esos animales.

— ¿Por qué no nos dejan partir? — dice el otro con angustia. — De esta manera los bolcheviques nos tomarán junto con el vagón.

— Bueno; ¡basta! — dice un oficial alto y gordo poniéndose de pie y desperezándose; luego se dirige a otro, petizo y morocho, con bigotes largos.

— Nos sentaría bien un trago, Mitrich.

— Nunca está de más; alcanza, allí, en el heno. ¡Pero qué torpe eres, Gregorio! ¿Dónde estás buscando? ¡A la izquierda, hombre!

El gordo busca y saca un frasco casi lleno de aguardiente, y apartando los naipes lo coloca en su lugar. El acompañante de Sonia también se acerca.

— ¿De dónde es usted, señora? — pregunta el oficial gordo a Sonia mientras llena las copas de aguardiente.

— De S.

— ¿Allí están sus padres?

— Sí.

— Bueno... ¿quiere beber con nosotros? — la invita indicando el aguardiente.

— Gracias; no acostumbro beber.

— ¿Por qué?... Es bueno... todos tienen que beber. — Estaba ya semiborracho.

— Déjala; ¿por qué estás fastidiando? — le dicen los compañeros. Pero él prosigue:

— ¿Es usted casada?

— No, pero pronto lo seré; tengo novio.

Sonia adoraba a su prometido y era capaz de hablar todo le día acerca de su dicha, como si fuera para todos tan valiosa como para ella. Acordándose de su novio le brillaban los ojos; está pensando: «dentro de dos horas estaré junto a él; ¡qué bueno, qué simpático es!» La alegría le invade el corazón y hasta le da vergüenza de ser tan dichosa y le dan lástima estos oficiales que no se afeitan y viven entre la suciedad, en constante peligro, siempre temerosos de sus propias vidas. Siente deseos de decirles algo sano, algo cariñoso; de demostrarles su compasión y su gratitud, y pregunta:

— ¿Ustedes, señores, son todos de diferentes partes? Probablemente echan de menos a sus parientes y amigos... Debe ser muy penosa la vida que llevan... — Sonia suspira con tristeza.

— ¡No importa; ya estamos acostumbrados! No echamos de menos a nadie... — dice el gordo. — Yo tenía esposa y ahora no... Está en la región ocupada por los bolcheviques. Que el diablo cargue con ella.

— ¿Por qué se quedó? — pregunta Sonia.

— No se quedó; se retiró de Kiev con un comisario bolchevique.

Parece que este recuerdo le da rabia y prosigue bebiendo:

— ¡Son unas miserables todas las mujeres! — exclama volviendo a llenar las copas. — Les voy a contar cómo agarré a una comisaria bolchevique, una espía, ex colegiala de Moscú. Me la habían denunciado como muy peligrosa. Allané su casa y encontré algunos papeles.

«Confiese» — le dije. Pero ella insistía en no saber nada. La hice arrestar y encerrar en la comandancia. Era una muchacha bonita. Yo la visitaba todos los días y le decía: Confiese, si no será peor. Y ella me contestaba con una rabia y un desprecio tal, como en mi vida he visto en una mujer: «¡Cuánto lo odio, maldito pesquisa!...» Y una vez me escupió la cara... Me quedé perplejo sin saber qué decir. «Bueno, perra rabiosa: ya te voy a mostrar yo quien soy!»

Ordené a los dos cosacos llevarla al bosque cercano de la ciudad, y los seguí con mi revólver y el látigo largo. Cuando llegamos al bosque ordené a los cosacos que se retiraran, quedándome solo con ella, y entonces le pregunté:

«¿Ahora hablará?» Palideció, los ojos le brillaron con fulgores siniestros. — «¿Confesará usted que es comisaria?»

La mujer temblaba, pero ni siquiera despegó los labios.

«Si acepta mis condiciones quedará usted en libertad; si no, aquí tiene» — le dije, apuntándola con el revólver.

Repentinamente gritó:

«¡Haga fuego, bribón! No le tengo miedo, miserable, infame!»

Y me «agració» con tantos cumplimientos de igual índole, que me quedé estupefacto. Entonces perdí la paciencia; levanté el revólver y le incrusté una bala en el pecho.

Cayó esforzándose por levantarse... como una serpiente agresiva. Vaya; concluyamos... Le pegué con el látigo una vez, dos, tres... con todas mis fuerzas... Saltaba ella, sollozando, bramando... Hasta tuve miedo y me inspiró lástima; pero cuando gritó de nuevo: «¡Miserable, máteme de una vez!» la escupí y me retiré. ¡Así son las mujeres!

— ¿Y ella... después? — preguntó el oficial que acompañaba a Sonia.

— Después mandé a los cosacos que la ultimaran.

Al escuchar este relato Sonia se estremece y queda acurrucada en un rincón. Siente miedo al encontrarse sola entre estos hombres desconocidos y semiborrachos. Por fin el tren emprende la marcha. Los oficiales siguen bebiendo aunque todos ya están ebrios. El balanceo monótono del vagón les pone aun más débiles. Ya no les detiene la presencia de Sonia o, mejor dicho, se han olvidado de ella y están blasfemando y contando cuentos escabrosos. Sonia trata de no prestarles oído y piensa: «Dios quiera que pasen pronto estas dos horas». Y se arrepiente de haber aceptado ir con ellos. Escondida en su rincón, se distrae contando mentalmente hasta 60, como marcando los minutos. El tren va rápido. Ahora el viento ruge con más fuerza y en el vagón se siente frío. Dos de los oficiales, completamente borrachos, se tiran sobre el heno y en seguida se quedan dormidos. El gordo y el petizo llamado Mitrich siguen bebiendo. De repente el oficial gordo se acuerda de Sonia.

— Señorita — le dice tartamudeando; — ¿a dónde va usted?

— Ya le dije: a S.

— Señorita — prosigue él; — quiero beber con usted.

— Ya le he dicho que no bebo.

— No importa; usted tiene que acompañarnos; se lo rogamos; venga.

«¿Qué intentarán hacer conmigo?» piensa Sonia. Tiene miedo y contesta:

— Estoy muy cansada y desearía que me dejasen descansar.

— Si la montaña no viene a Mahoma, Mahoma irá a la montaña — pronuncia trabajosamente el

gordo. Y se levanta con la copa llena; luego cae, haciendo derramar el contenido; vuelve a levantarse y vacilando, con la copa medio vacía, se acerca a Sonia. De nuevo pierde el equilibrio, choca contra la pared del vagón, se echa para atrás y tropieza con la muchacha, que siente su aliento alcoholizado; la agarra por el hombro y le dice en tono de porfía:

— ¡Toma!

— Ya le dije que no bebo.

— Vas a beber; ¡quiero que bebas!

Sonia, asustada y pálida, toma la copa y prueba un trago que escupe en seguida. La cara del gordo adquiere un tono de maligna imbecilidad. Mirándolo, Sonia se acuerda de su cínico relato y un miedo atroz se apodera de ella; le asalta la idea de escapar por la ventanilla del vagón, pero ve que el tren marcha aun más rápido y se siente desamparada y sin fuerzas.

— ¿No quieres? — prosigue el gordo.

Entonces se acerca el oficial petizo y dice:

— Nosotros hemos bebido y tú debes hacerlo.

De repente el gordo abraza a Sonia y dice:

— ¿Cómo te llamas? ¡Eres bonita, diablos!

— ¡Déjeme! ¡Se ha vuelto loco usted! — exclama Sonia — y lo rechaza con energía. El gordo pierde el equilibrio y cae rebotando.

— ¡Cómo! ¿Te atreves a empujarme, infame? ¡Ah! ¡Ahora verás!

Se arroja sobre Sonia y la golpea contra el suelo. La rabia le aumenta las fuerzas. Sonia intenta gritar, lo empuja, le muerde las manos... A los pocos minutos ya le faltan las fuerzas para luchar y solloza convulsivamente. El oficial petizo envuelve en una mirada indiferente la cara de Sonia, bañada en lágrimas, un mechón de cabellos obscuros que cae sobre su frente, sus vestidos hechos girones... y permanece silencioso. Luego se sobresalta y dice con voz suplicante:

— ¡Basta, Gregorio... no la maltrates más... Que el diablo se la lleve... Es suficiente!

El gordo no le hace caso. Por fin se levanta; casi inmediatamente vuelve a acostarse y al cabo de cinco minutos se le oye roncar fuertemente. Sonia se pone de pie, arregla su vestido, vuelve a sentarse encima de su canasta y llora... llora en silencio. El oficial petizo se acuesta al lado del gordo y pronto se queda también dormido. Las fuertes ráfagas del viento golpean con furia contra las paredes del vagón. Las ruedas corren con su peculiar ruido monótono, acompasado por los ronquidos del oficial gordo y los sollozos de Sonia.

Poco después el tren acorta su marcha y se detiene en la estación S. Sonia toma su canasta, echa una mirada preñada de horror y de asco al vagón y a los oficiales borrachos que duermen, y desciende.

Otra vez el viento azota con furia su traje y le arroja al rostro tierra y hojas secas. Cansada y rendida por aquellas horribles dos horas de viaje se encamina a su casa sin apresurarse. Ya no le produce alegría la idea del encuentro cercano con sus padres y con su novio; muy al contrario, no quisiera ver a nadie y le gustaría meterse en la cama y quedarse sola, sola.

M. GOLOVIN

DIBUJOS DE MACAYA



UN PROGRAMA DE GOBIERNO

Por

HUMBERTO DE CAMPOS

Traducción de Juan Cruz Notles

DIBUJO DE MACAYA

Pasado mañana debe seguir para Maranhao, donde asumirá el cargo de gobernador del Estado, el doctor Urbano Santos, que acababa de desempeñar con indiscutible patriotismo las altas funciones de Vicepresidente de la República. Y como yo sea, para honra mía, uno de los amigos del eminente jefe maranhense, no me fué difícil obtener de él una entrevista, que efectué ayer, con el propósito de inquirirle su programa de gobierno.

— ¿Qué problema preocupará más a V. E. una vez en el poder? — pregunté.

El doctor Santos apagó su cigarrillo en la suela del botín, guardólo pausadamente y explicóme:

— Lo que más me preocupa en este momento es, naturalmente, el problema financiero. Maranhao necesita equilibrar su presupuesto, y yo no sé dónde va a conseguir dinero. Collares Moreira ya me recordó un impuesto sobre la pesca, mandando sellar con veinte reis cada camarón exportado. Yo tengo, sin embargo, aquí (y golpeó su cabeza) una idea que me parece feliz.

— ¿No podría conocerla? — indagué.

El doctor Santos sonrió con aires de hombre victorioso, y confesó:

— ¡Vender la Biblioteca Pública!

— ¿La Biblioteca? — exclamé espantado.

Y el Vicepresidente:

— Sí, la Biblioteca. Es una repartición que no da el menor rendimiento. Está fundada hace ya medio siglo y no ha dejado aun ni un sólo centavo de lucro al Estado! ¿De qué sirve una repartición así?

Yo recordé al ilustre viajero que la Biblioteca no es una repartición destinada a dar lucros monetarios y sí a ilustrar analfabetos; pero el doctor Santos me interrumpió:

— ¿Y qué adelanta eso? ¿Encuentra usted que es el *afabeto* el que hace feliz al hombre? Es un engaño. El conocimiento de las letras es una cosa antinatural. Si Dios hubiese querido que los hombres supiesen leer y escribir ya hubiéramos nacido sabiendo. Y la prueba de que El no quiere que se aprenda, es que Nuestro Señor Jesucristo, Hijo de Dios, nunca estuvo en la escuela. Esa es la verdad.

En ese instante vínome a la memoria la noticia de que el doctor Santos poseía una rica biblioteca particular, y yo, para embarazarlo, pregunté:

— ¿Y los siete mil volúmenes de V. E. quedan aquí?

— No; vendí todo.

— ¿De ocasión?

— No; los vendí a Garnier; están enteritos y pueden ser vendidos como nuevos. Yo no los quise más porque estaban con una hoja agarrada a la otra, y no convenía cortarlos para que no se estropearan. ¿Quiere ver?

Y me mostró una «Historia del Emperador Carlo Magno» absolutamente intacta.

De Catamarca



Monseñor Beda Cardinali con las autoridades civiles y religiosas que acudieron a recibirle durante la visita que efectuara a esta ciudad para asistir a las fiestas de la Virgen del Valle.



Santuario de la Virgen del Valle, cuyos festejos se han celebrado con inusitado júbilo. Aspecto de la entrada principal de la iglesia al salir la procesión que, dado el número de fieles, sobrepujo las de años anteriores.

Los Medios de Comunicación

constituyen uno de los factores que más han contribuído al engrandecimiento de las naciones modernas, y hoy la máquina de escribir ocupa indudablemente un lugar primordial en el complicado sistema de los medios de comunicación y de intercambio. Por eso la Fábrica ROYAL se ha esforzado en producir una máquina digna de figurar entre los adelantos de la técnica moderna, y que sea la última palabra en materia de simplicidad, resistencia y suave rapidez. El resultado de este empeño: la Nueva ROYAL, **semi-silenciosa,** es la máquina del porvenir, y de la cual ya puede disponerse en la actualidad. Pida usted una demostración gratuita en su oficina.

Cía. LA CAMONA. 39-Maipú-43. Buenos Aires





MERCEDES. — Vecinos de esta localidad que asistieron al almuerzo campestre ofrecido por el comisionado municipal con motivo de las Fiestas Agrícolas.

LA MUERTE

Si ya terminó el día, si ya no cantan los pájaros, si fatigado se abatió el viento, echa sobre mí el espeso velo de las tinieblas, de la misma manera que cubriste la tierra con un velo de sueño y que tiernamente cerraste los pétalos del loto inclinado hacia el crepúsculo.

La muerte, tu sirviente, está a mi puerta. Atravesó el mar desconocido y trae a mi casa tu llamado. Es negra la noche y tiembla mi corazón; pero tomaré mi lámpara, le daré mi bienvenida. Es tu mensaje que se levanta sobre mi umbral.

Una vez que haya dado tu mensaje partirá dejando una sombra negra sobre mi aurora; y en mi desolado hogar no quedará más que mi ser abandonado, mi última ofrenda para ti. — RABINDRANATH TAGORE.

EL CIEGO

Un ciego preguntó a uno que veía:

— ¿De qué color es la leche?

El otro le respondió:

— El color de la leche es blanco como el del papel blanco.

— ¡Cómo! — exclamó el ciego. ¿Ese color es tan sedoso al tacto como el papel?

El que veía replicó:

— No; es blanco igual que la harina.

— ¡Cómo! — prosiguió el ciego. ¿Es tan blanco y pulverizado como la harina?

— No; es simplemente blanco cual la liebre blanca.

— Entonces, — prosiguió el ciego: — ¿es tan velludo y tan suave como la piel de la liebre?

— No — respondió el que veía.— El color blanco es como la nieve.

Y, a pesar de cuantos ejemplos puso al ciego el que veía, no pudo aquél figurarse cómo era el color blanco de la leche. — LEÓN TOLSTOI.

CONTRA EL DOLOR

Cualquiera que sea la enfermedad que nos ataque, el dolor es el síntoma que más nos inquieta, y si es intenso es indispensable calmarlo cuanto antes, para lo cual los médicos no vacilan en emplear analgésicos y narcóticos potentes; pero como el uso continuado de estas drogas resulta siempre perjudicial, conviene no recurrir a ellas sin prescripción facultativa, especialmente si los dolores son, como los de cabeza, de los que se repiten con frecuencia.

En estos casos debemos averiguar la causa y casi siempre descubriremos que la cabeza duele porque el intestino está ocupado, lo que da lugar a que entren en la sangre los productos nocivos que contienen los residuos de los alimentos ingeridos. Hay medicamentos que adormecen y paralizan los centros nerviosos, de manera que no sentimos el dolor; pero ¿no es más lógico y más prudente eliminar la causa del mal arrojando del organismo los venenos que lo producen e impidiendo la acumulación de estos venenos? Este resultado se consigue con las



Pildoritas de Reuter

pues mueven suavemente el vientre, sin dolor ni irritación, y activan la función del hígado, *que es el órgano neutralizador de las toxinas que se forman en el proceso de la digestión.* No es extraña, por lo tanto, la eficacia de estas pildoritas en aliviar y evitar los dolores de cabeza, así como en corregir otras perturbaciones que tienen el mismo origen, como ser: dispepsias, malas digestiones, acedías, biliosidad, urticaria, granos en la cara, etc. Su precio es módico. Se venden en todas las farmacias.

Unicos Importadores: ILLA & Cía.
MAIPU, 73 — BUENOS AIRES

¡SIN ESPERANZAS!

PERO EL "HERCULEX LE CURO"

Marzo 22 de 1923.

Compañía Sanden. — Muy distinguido señores:

Al mismo tiempo que mi sincero agradecimiento por los servicios de su Faja, invento que es vida de la humanidad, van mis más arduas felicitaciones.

Hoy, querido doctor, me encuentro otro y bendigo diariamente el día aquel en que decidí (a las pérdidas) hacer (y confieso que lo hice sin esperanzas) la compra de su Faja Eléctrica, la que guardo como una reliquia y recuerdo de mis pasados días de aflicción.

Autorizo a usted el uso de este franco testimonio para los fines que crea convenientes.

Saludo a usted atentamente y siempre a sus órdenes, S. S. S.

Firmado: **Jesús L. Latorre.**

Tres Algarrobos (F. C. C. B. A.).

Día por día aumentan los "HECHOS"

Pida hoy mismo "SALUD" y "VIGOR" que explican cómo usted también puede obtener un resultado igual. Estos libros son gratis y porte pago para todos los enfermos.

Compañía "SANDEN" - C. Pellegrini, 105 - Buenos Aires

HORAS DE OFICINA: DE 9 A 18

LOTERIA NACIONAL

PROXIMOS SORTEOS: 30 de Mayo, de.... $ **80.000** — Billete entero, $ **16.25**; quinto, $ **3.25.**

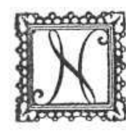
7 y 14 de JUNIO, de.............. $ **100.000** — Billete entero, $ **21.50**; quinto, $ **4.30.**

A cada pedido debe agregarse **$ 1.—** para gastos de envío, certificado y extractos. Haga sus pedidos a

LEONIDAS ROJAS — Calle Cabello, 3715 — Buenos Aires — Casilla de Correo 1047

LECTURAS INFANTILES

Aurora de libertad



NOCHE de mayo, fría, gris, con perspectiva de lluvia. Las calles desiertas casi y las ventanas herméticamente cerradas, como si temiesen la mala voluntad de alguien que en ellas fijase sus miradas. Los pocos transeuntes experimentan esa sensación de malestar que producen las cosas inciertas.

En las inmediaciones de la plaza Mayor se levanta una casona, con su sencilla arquitectura colonial, cuyos macizos muros parecen desafiar a los años. Habita la señorial morada la familia de Salas, compuesta de un matrimonio y una hija de diez años de edad.

En una de las ventanas se deja ver una lucecita. Es la que alumbra la habitación de la señora Jeromita, quien, mientras el marido discurre con otros varones ilustres sobre los planes de libertad, ella junto a su cestita de labor continúa presurosa un tejido que tiene entre manos demostrando impaciencia por darle término. La aguja se mueve rápidamente entre los largos y finos dedos. Por momentos la señora levanta la cabeza para contemplar a su hija que, a pocos pasos de allí, conversa animadamente.

La voz es dulce, suave. De pronto la niña levántase de la silla y tomando un pequeño almohadón se arrodilla junto a su madre. Mimosa e insinuante cubre con sus dos manos el tejido, diciéndole:

— Cesa, mamá, un poquito en tu trabajo y escúchame.

— Hija, habla, pero sin interrumpir mi labor. Piensa que este chaleco deberá estar terminado esta misma noche, para que mañana temprano pueda lucirlo tu padre cuando se traslade al Cabildo con otros patriotas. Quiero que lleve puesta esta prenda tejida por mi amor y llena de buenos deseos en cada punto — respondió la señora.

— Oye, mamita; precisamente de papá se trata.

— ¿Crees que pueda ocurrirle algo grave?

— No, porque él no tiene malos pensamientos...

— ¿Y a qué le llamas tú *malos pensamientos?*

— Esta mañana hablé con el señor cura sobre el particular. Me dijo que tiene malos pensamientos una persona que no está contenta de su propio estado, deseando fortunas u honores que otros poseen o alcanzan... Entonces... entonces... yo le pregunté si papá y los patriotas tenían malos pensamientos al pretender independizarse...

— ¿Y el cura?...

— Me respondió que no. «Niña, todos los yugos son oprobiosos y libertarse de ellos es el ideal más noble del hombre y su aspiración mejor.» Luego, agregó: «Que no permita Dios que tu corazón sea mordido por ese sentimiento devastador que se llama Incredulidad, Escepticismo...» Por eso, mamita, estoy contenta de papá y quiero... Espera...

Fué la niña en busca de otro almohadón y colocándolo bajo las rodillas de su madre, juntando las manos, le dijo:

— Roguemos para que papacito y los patriotas alcancen el ideal soñado.

Y así, madre e hija, unidas por el mismo pensamiento y la misma esperanza, se unieron en la plegaria.

La señora Jeromita tenía gran apuro en terminar el chaleco, porque no quería que su marido la sorprendiera al regreso con la labor entre manos. ¡Era la ofrenda que amante le reservaba para el gran día!

De manera que cuando percibió ruido de pasos, cerca del portón de entrada tuvo un sobresalto.— Es él! — murmuró. Y corrió a la habitación de su hija para esconder la labor. En seguida tomó la llave de la pesada puerta y, apenas entreabierta, preguntó con voz sofocada:

— ¿Eres tú, Juan Esteban?

— Sí, Jeromita; abre.

— ¿Traes buenas nuevas?

— Sí.

Cuando la puerta fué cerrada, el señor Salas tomó con sus manos la cabeza de su esposa y amiga y la besó con el fervor con que se besa una reliquia.

En silencio se dirigieron después a su alcoba, pero don Juan Esteban cambió de rumbo y penetró en la de su hija. La señora tomó un velador y lo colocó bien alto para poder admirar con su compañero el rostro de aquella hija adorada que era para ellos una aurora de dicha. El sueño prestaba aún mayor encanto al rostro sereno de la niña.

Padre y madre extendieron el brazo en actitud de bendecir. Después la señora, procurando dar las espaldas a la cesta de la costura allí escondida, volvió a colocar el velador sobre la mesita. Tomando luego el brazo de su marido lo llevó a su habitación, diciéndole:

— Juan Esteban, es preciso que descanses; es ya tarde, y mañana debes levantarte temprano.

— ¡Es verdad, Jeromita; mañana veré la aurora de la libertad!

Doña Jeromita, mirándole fijamente, preguntó ansiosa:

— ¿Mañana? ¿Seguro?

— Sí.

El señor Salas pronunció aquel sí con la fe de un apóstol. En seguida comenzó a relatar a su esposa todas las resoluciones y medidas adoptadas en aquella víspera inolvidable. La elocuencia inflamada de argentinidad de su marido absorbía a doña Jeromita. Los nombres que más tarde debían pasar a la historia, con todo derecho, también eran pronunciados. La señora, sin poder contenerse, interrumpió a Juan Esteban:

— No seas imprudente, baja la voz... algún espía puede estar escuchando.

— ¿Espía?, ¿espía? — exclamó con desprecio el señor Salas. — Pero ¿acaso han podido nunca ellos impedir que se cumpla el destino de un pueblo?

La señora Salas, venciendo a sus temores, continuó departiendo un rato más con su marido, pero, advirtiendo que el tiempo avanzaba sin que el chaleco estuviese concluído, pidió permiso para trasladarse al cuarto de su hija, donde quería elevar nuevamente sus preces por el triunfo de los patriotas.

¡Grande fué su sorpresa al encontrar vacío el lecho de la niña, y a ésta envuelta en una manta, sentada en un sillón, cosiendo el forro del chaleco en cuya confección ella tanto se afanaba!

— Nena, ¿qué haces?

— Ya ves, mamá, ayudarte. Las voces de ustedes me despertaron, y cuando levanté la cabeza, lo primero que divisé fué tu cesta con el chaleco sin concluir. Me levanté para serte útil, y aquí me tienes.

Doña Jeromita besó tiernamente a su hija, y de nuevo emprendió la tarea.

La aurora sorprendió a madre y a hija en la labor común. Cuando estuvo terminada, ambas se abrazaron estrechamente, confundidas en un idéntico anhelo...

¡La noche huía de la aurora, y aunque las nubes ocultaban el sol y una llovizna sutil como un velo envolvía a la gran aldea, un presagio feliz estremecía las almas de los patriotas en aquel amanecer de libertad, y manos femeninas ofrendaban una prenda que llevaba el amor de dos corazones!



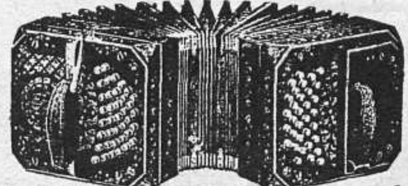

TE
BAGLEY
TE
BAGLEY
TE
BAGLEY
Son tan conocidas y apreciadas las eximias cualidades que posee este delicioso te, que su consumo aumenta sensiblemente día a día.
Es la evidencia de su alta calidad.



MERCEDES. — Grupo de obreros que concurrieron al banquete ofrecido en casa del destacado vecino señor Luoni conmemorando el Día de los Trabajadores.

MERCEDES. — Familias que asistieron al picnic organizado por los agricultores que obtuvieron premios en la última exposición.

NO HAY RIVAL QUE A ELLOS SE OPONGA



BANDONEONES de la afamada marca «A», legítimos, con voces dobles de acero y estuche.

N.º 338. — De 71 teclas ochavado .... $ **220.-**

N.º 339. — De 71 teclas ochavado, con incrustaciones de nácar, pesos.................... **240.-**

N.º 340. — De 71 teclas ochavado, con grandes incrustaciones de nácar .... $ **290.-**

N.º 15.—**HERMOSA GUITARRA** modelo concierto de voz potente y armoniosa, con lindas incrustaciones de marfilina y mosaico chinesco en la boca, clavijas y bien encordada, se remite con embalaje gratis y método figurado para aprender a tocar sin maestro, $ **25.-**

La misma guitarra con clavijero mecánico .... $ 28.

Soliciten catálogo ilustrado; lo remito gratis al interior.



Establecimiento Musical de JOSE CARRATELLI
BRASIL, 1190 — **BUENOS AIRES**
(A una cuadra de la estación Constitución).

Un bienhechor de la humanidad



es, sin duda alguna, el Rev. Padre Dr. Aquiles Blois al brindar a los asmáticos, débiles, neurasténicos y anémicos la posibilidad de curarse definitivamente con el empleo de su notable específico

"GOTAS BLOIS"

científicamente preparado a base de vegetales seleccionadísimos y de una indiscutible acción fortificante del sistema nervioso, de la imaginación y del organismo.

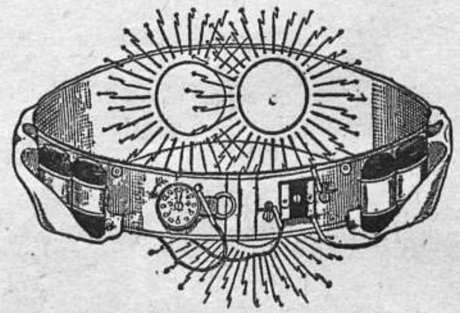
Dice un certificado:

« «GOTAS BLOIS» me curaron de una atroz enfermedad del estómago que me esclavizó durante mucho tiempo. Recomiendo las «GOTAS BLOIS» a los que inútilmente tratan de curarse con otros remedios.

« Fdo. C. Pita.

« Carlos Calvo, 1051 — Bs. As. »

Todo frasco legítimo lleva el retrato del autor y firma de fábrica. Pedidos e informes: A. Greco — Maure, 2350, U. T. 3456, Belgrano. — En farmacias y droguerías, a $ 3.80. — Rosario: Droguerías Soldati y Del Aguila. Pidan prospectos.



¡REUMATISMO!

CIATICA — DEBILIDAD

FALTA DE VIGOR VARONIL. Los enfermos del ESTOMAGO, etc., etc., deben usar el cinturón eléctrico "Robur", del Dr. Berndt, a pilas secas y Regulador para gruduar la corriente. ¡No producen quemaduras y están siempre listas para usar!

Facilidad de pago: mitad al contado, mitad a plazo. — Pidan el libro ilustrado del Dr. Berndt, gratis, en sobre cerrado, calle C. Pellegrini, 644. Buenos Aires.

TAMAÑO NATURAL.



SORDOS

Con los Timpanos Artificiales del Dr. Plobner se quita la sordera y los ruidos fastidiosos que privan oir. Colocados al oido quedan invisibles.

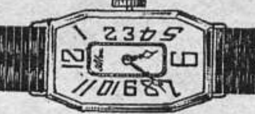
Precio $ 12.— cada uno, Pida folletos a Carlos Sdheid, calle Carlos Pellegrini, 644, Buenos Aires.



ANILLO plata fina, iniciales en esmalte, a.. $ **5.—**
El mismo en oro 18 kilates garantido, a.. $ 30.—



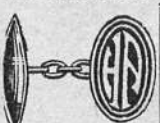
RELOJ - PULSERA enchapado en oro 18 kilates, cinta moiré, máquina fina, a.............. $ **9.50**
El mismo, más fino, a... $ 15.—



RELOJ - PULSERA enchapado en oro 18 kilates, cinta moiré, máquina fina, a........... $ **35.—**
El mismo en oro 18 kilates garantido, a.................. $ 75.—



ANILLO de oro 18 kilates y platino, con 5 diamantes finos, $ **30.—**
El mismo con 5 brillantes finos, a pesos.... 50.—



GEMELOS plata fina, iniciales en esmalte, el par a $ **5.—**
Los mismos en oro 1º kilates garantido, el par a pesos, 18.—

REMITIMOS CATALOGO ILUSTRADO GRATIS

Aceptamos en pago cartoncitos "43" a razón de $ 2.25 el cien.



ANILLO plata fina con nombre en esmalte, a $ **4.—**
El mismo en oro 18 kilates, a pesos....... **15.—**

JOYERIA Y RELOJERIA
A. Samarán

Casa Central ... 928 — Sucursales B. Mitre 927 C. Pellegrini 485

LOS BARBAROS ASALTOS A LOS CHAUFFEURS



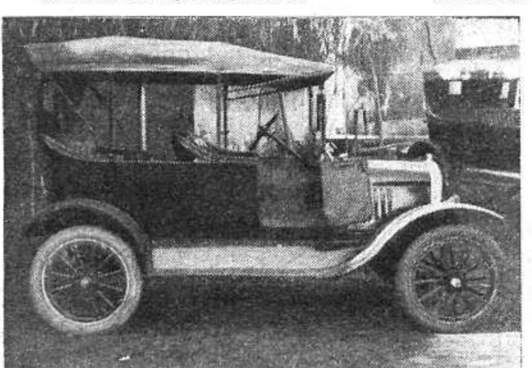
Luis Kargus, que asestó el golpe al chauffeur Barreiro y que participó en los otros asaltos a Mariano Poch y Enrique Forte.



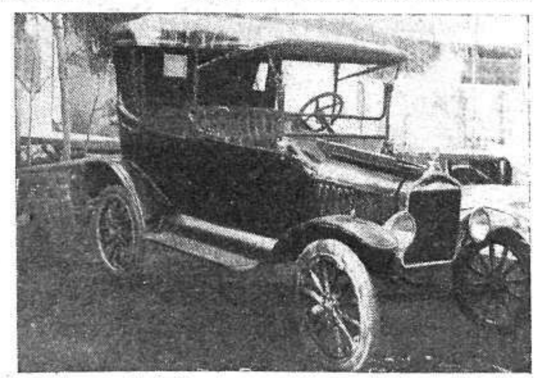
Luis Koller, quien mató de un martillazo en la sien a Forte, habiendo tomado parte en el atentado contra Barreiro.



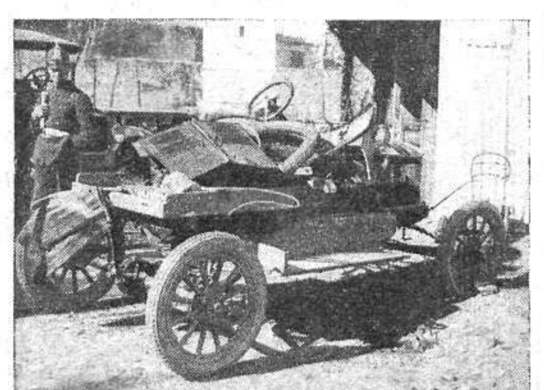
Francisco Cejas, el «reducidor» y también cómplice, el cual, según declaraciones de Kargus, asesinó de un terrible golpe a Poch.



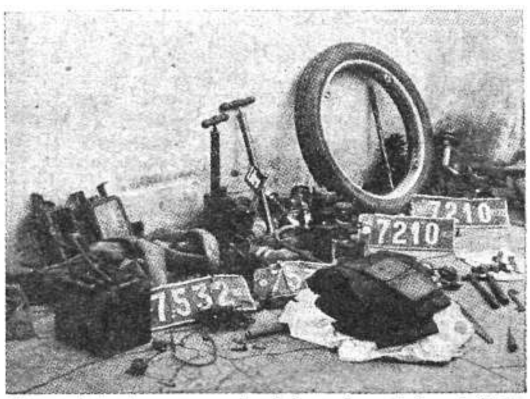
Automóvil ya refaccionado, que pertenecía al chauffeur Enrique Forte.



Coche que conducía Barreiro y que fué secuestrado, con los otros, en la casa de Cejas.



«Chassis» del coche que le fué robado al chauffeur Mariano Poch, después del atentado.



Chapas, taxímetros y accesorios de los coches robados y hallados en la casa de Cejas.

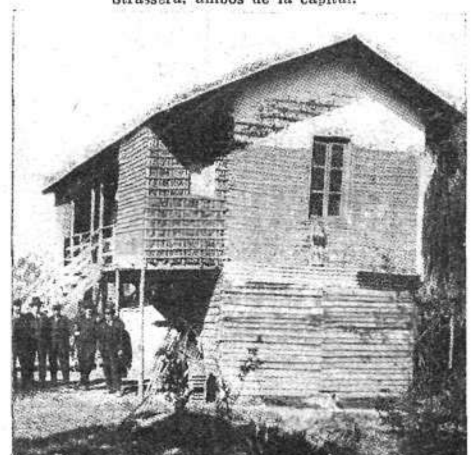
DETENCION DE SUS CRIMINALES AUTORES


El intermediario, Pedro Palaciani.


Ricardo de la Cuesta, segundo jefe de Investigaciones de Buenos Aires; comisario Mauricio Duva; subcomisario Alberto Salas; oficiales inspectores Julio C. López y Cipriano Ahumada; empleados A. Baldo, A. Tagui, E. Gómez y N. Arévalo, e inspector F. Urtubey y empleado J. B. Strassera, ambos de la capital.


Juan María Aroza, sobrino de Cejas.

Los últimos y casi seguidos asaltos que se sucedieron en las fechas 8 y 18 de abril y 13 del actual en la avenida del Tejar, en la calle de Superí (debajo del puente del F. C. C. A.) y en la avenida Maipú y Las Heras (V. López), determinando el robo de tres automóviles, las heridas del chauffeur Juan Barreiro y el asesinato de sus compañeros Mariano Poch y Enrique Forte, han sido esclarecidos merced a las hábiles pesquisas de la policía de investigaciones de la provincia, que capturó a los criminales, de cuyas declaraciones se desprende: que Luis Kargus tomó parte en los tres delitos, siendo el autor del golpe en la sien a Barreiro; que Luis Koller fué cómplice con el anterior en los asaltos de Barreiro y Forte y el que propinó el mortal martillazo a éste último; que Francisco Cejas, el «reducidor», compraba a bajo precio y luego vendía, disfigurándolos todo lo posible, los coches secuestrados, habiendo sido el autor del golpe de cachiporra a Poch, según su compañero de asalto Kargus; que Pedro Palaciani fué el intermediario entre Cejas y los otros dos asaltantes, presentando a éstos y percibiendo por cada vehículo una comisión, y que, finalmente, Juan María Aroza, sobrino de Cejas, era colaborador en las reformas que se hacían a los coches robados. Una vez más, y felizmente, la vindicta pública ha sido satisfecha y los criminales que constituían un constante peligro para la sociedad han de merecer el justo castigo de sus acciones.


Casilla de madera ocupada por Cejas, donde se guardaban los automóviles secuestrados, los que, después de sufrir hábiles transformaciones, eran vendidos.


Numerosos chauffeurs frente al domicilio de Forte antes de formar parte del imponente cortejo fúnebre que acompañó sus restos hasta el cementerio de la Chacarita.

FOTOS DE BELL



GENERAL PICO (Pampa). — Señores P. Banandi, J. Ruiz y Alejandro Boles, recientemente electos concejales, acompañados por el intendente municipal, doctor N. C. Torres, que les dió posesión de sus cargos.



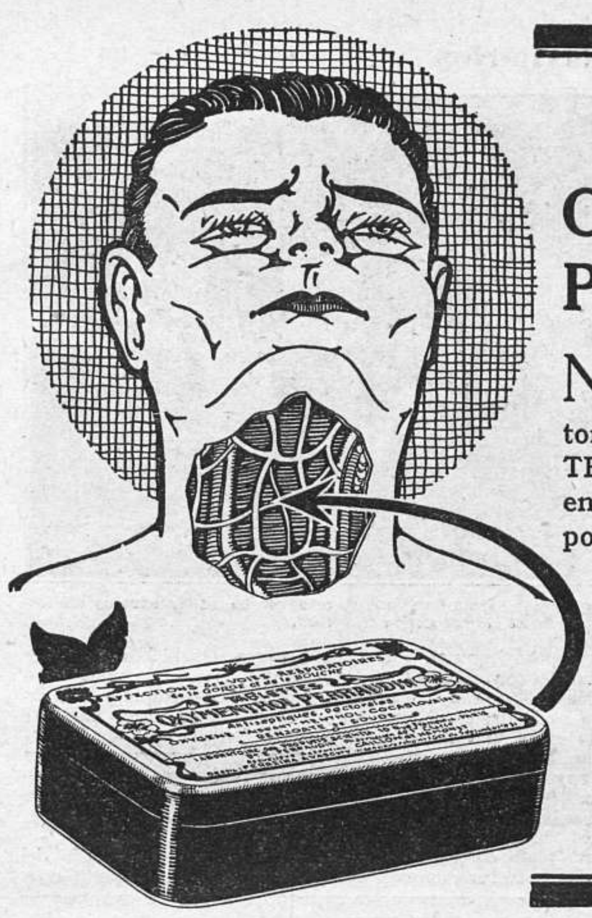
GENERAL PICO. — Aspecto de la manifestación obrera organizada por el Partido Socialista para conmemorar el 1.º de Mayo, que se verificó con gran orden y entusiasmo, siendo un exponente de cultura cívica.



GENERAL PICO. — Jugadores del Club Racing de Castex dando las hurras reglamentarios antes de disputar el partido de football con el club local.



GENERAL PICO. — Primera división del "Pico Football Club" que jugó un interesante match con el equipo visitante.



TABLETAS OXIMENTHOL PERRAUDIN

No más tos, dolores de garganta, grippe, influenza, bronquitis, si tomáis las TABLETAS OXIMENTHOL PERRAUDIN al oxígeno puro en estado naciente, el antiséptico más poderoso conocido, pero únicamente las VERDADERAS TABLETAS DE OXIMENTHOL son las que llevan sobre la caja la marca "TABLETAS OXIMENTHOL PERRAUDIN - PARIS".

De venta en todas Farmacias.

Laboratorio de los "Productos Scientia"
10 rue, Fromentin, París.



CARAS Y CARETAS

REVISTA SEMANAL ILUSTRADA

DIRECCIÓN, REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN

151, CHACABUCO, 155 - BUENOS AIRES

Teléfonos: Dirección: Unión T. 598 (Avenida). — Administración: Unión T. 2316 (Avenida)

PRECIOS DE SUBSCRIPCION

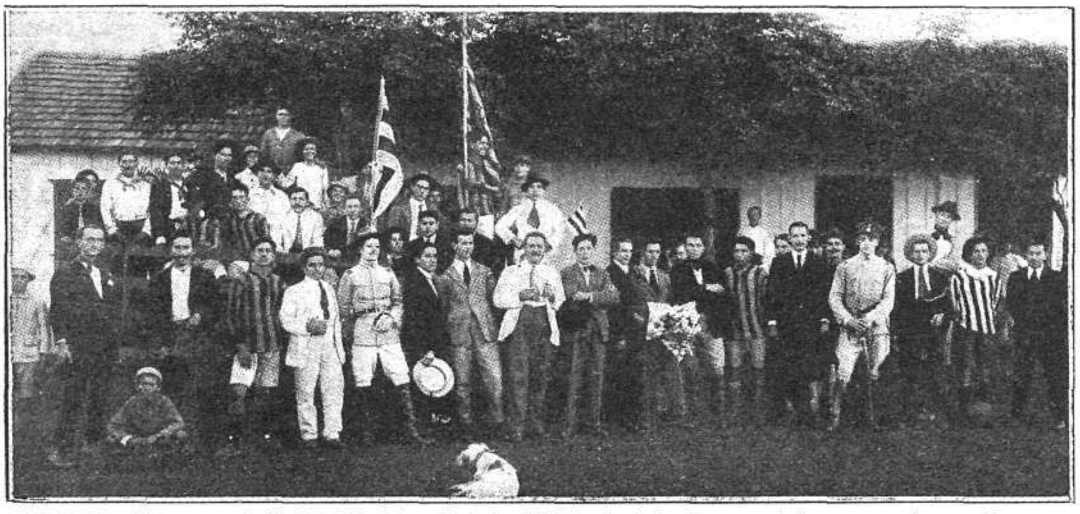
EN LA CAPITAL		EN EL INTERIOR		EN EL EXTERIOR	
Trimestre	$ 2.50	Trimestre	$ 3.00	Trimestre	$ oro 2.00
Semestre	» 5.00	Semestre	» 6.00	Semestre	» » 4.00
Año	» 9.00	Año	» 11.00	Año	» » 8.00
Número suelto	20 ctvs.	Número suelto	25 ctvs.		
Número atrasado del cte. año	40 »	Número atrasado del cte. año	50 »		

Para Brasil, Costa Rica, Colombia, Cuba, España, Ecuador, Honduras, Méjico, Norte América, Nicaragua, Perú, República Dominicana, San Salvador y Uruguay. Año, $ oro 5.—

No se devuelven los originales ni se pagan las colaboraciones no solicitadas por la Dirección, aunque se publiquen.

Los repórteres, fotógrafos, corredores, cobradores y agentes viajeros están provistos de una credencial, y se ruega no atender a quien no la presente.

EL ADMINISTRADOR.



BONPLAND. (Misiones). — Socios del Club "Independiente" y del Club "Santa Ana" que se reunieron en un almuerzo de camaradería festejando el resultado de los últimos matchs de football.

LAS ARAÑAS DE MADAGASCAR

En esta enorme isla de la costa oriental africana hay una enorme variedad de arañas, algunas de las cuales llaman la atención por su brillante colorido, otras por su enorme tamaño y no pocas por lo molesto de sus picaduras.

Entre estas últimas hay una que tiene el tamaño de una avellana y es de un negro brillante como el charol y en su abdomen completamente redondo tiene una mancha roja. Su picadura es siempre mortal, y no teme al hombre, al que ataca con frecuencia.

En esta curiosa isla hay una araña de proporciones gigantescas; es tan grande como un plato corriente. A través de los ríos y de los caminos, estos repugnantes bichos tejen sus geométricas telas, con unos hilos tan gruesos y fuertes que para romperlos es necesario hacer bastante esfuerzo.

Por cada mujer que muere de repente ocho hombres mueren de la misma muerte.

El cuadrúpedo más pequeño del mundo es el ratón pigmeo de Siberia.



EL CLOWN

Por JOSE MUZILLI

Ah, era verdaderamente vistoso aquel traje de seda de William! La blusa, amarilla, lucía cinco gatos negros en actitudes distintas, y uno de ellos maullando a la luna. Las amplias bombachas, de un rubí brillante, estaban tachonadas de estrellas bordadas con hilos de plata. Las medias, blancas. Las zapatillas, de color oro. Claro, se dirá que el traje de William era fantástico. Pero, ¿qué otro traje debe usar un hombre cuya misión es divertir al público? William vestía como un payaso que estima su profesión. Vestía como un verdadero payaso. La cara se la embadurnaba de tiza. En los pómulos se pintaba dos pequeños discos de bermellón, y lo propio hacía en los ángulos de los labios. Sobre el casquete blanco temblaba una vistosa pluma de pavo real. No se podía pedir nada tan llamativo.

Por lo demás, aquel clown poseía un corazón de oro, pero de oro puro, no de similor como los adornos de sus zapatillas. William adoraba a sus niños. Antes de comenzar la función traía un cesto lleno de chocolatines que distribuía entre sus pequeños admiradores. Y cierta vez que el empresario del circo no quiso comprar golosinas para los chicos William negóse a trabajar.

— No trabajo más de payaso si no me dan chocolatines para mis chicos — había dicho con un pundonor que ya se quisiera para sí mucha gente seria.

El corazón de William era de oro, de oro puro, no de similor como los adornos de sus zapatillas.

Yo era un chiquilín e iba todas las tardes al circo. Y confieso que con ser interesantes los demás números del programa no me llamaban tanto la atención como para ir diariamente a contemplar el espectáculo. Resultaba por demás gracioso — es cierto, y no podría negarlo sin faltar a la verdad — ese elefante de ojos benévolos que tocaba el saxofón con su habilidosa trompa; el mono que demostraba su inteligencia dibujando en un pizarrón unas caras horribles; el «jockey» Haucker, que daba unas volteretas agilísimas sobre su caballito blanco; la «ecuyere» Silvia, que hacía caracolear su alazán mientras ella, de brazos cruzados, permanecía impasible, en puntas de pie, sobre el lomo del animal; el canguro boxeador, que antojábaseme un ratón gigantesco; los japoneses equilibristas, y, por fin, madame Georgette, la bailarina... Números, todos estos, muy interesantes, que nos asombraban haciéndonos abrir tamaños ojos como dos centavos o que promovían la risa ingenua y franca. Pero... William resultaba el favorito, y aquella tarde que no se presentó porque el empresario negóse a comprar las golosinas, nos pusimos a gritar desaforadamente reclamando la presencia del ídolo:

— ¡William, William! ¡Qué salga William!

Recuerdo que el empresario apareció en medio del redondel, y dijo solemnemente:

— Respetable público: El clown William no puede trabajar hoy debido a una indisposición. Mañana estará en condiciones de trabajar...

Luego conocimos la causa verdadera de aquella ausencia, lo cual aumentó nuestra simpatía por el payaso.

Bien se la merecía un clown que no ignoraba ningún detalle para resultar agradable. Sus chistes, de buena ley, sin ofensas para nadie, nos hacían tales coquillas en el ánimo que reíamos estrepitosamente. Los chistes de William eran originales, y los renovaba muy a menudo. Eso sí, jamás desvirtuó con ellos lo que habíamos aprendido en la escuela de labios de la maestra acerca de las buenas costumbres. Y es que William demostraba que se puede ser espiritual sin ser grosero. Un alma de Dios, aquel payaso. Alternaba sus chistes con unos saltos mortales que producían la impresión de que fuera un hombre de goma. Había que verlo. Ponía, por ejemplo, cuatro sillas en fila, y de un salto, sin carrera previa, las sorteaba. Al finalizar, recuerdo, decía: ¡Jop!, y se quedaba tan campante haciendo una mueca rara. ¿Y la triple voltereta en el aire, sin interrupción? Aquello venía a ser su caballo de batalla: tres vueltas nítidas, en el aire, hasta dar en el suelo, sonreir y abrir sus brazos como queriendo ofrecerse a sus chicos. También sostenía una

botella invertida en la punta de la nariz, mientras, acompañándose de un mandolín, cantaba una cancioncilla popular y bailaba. Nosotros le hubiéramos perdonado que se le cayera alguna vez la botella, porque la prueba era difícil, pero nunca se le cayó la botella a William. Solía usar de dos escaleras muy altas como de zancos, y aunque realizaba muy bien la prueba, al comenzar no más lo aplaudíamos para que la diera por terminada, porque lo estimábamos, y él entonces descendía y nos regalaba un chiste.

Una tarde, en la escuela, durante el recreo, comentábamos un caso insólito. William estaba triste. Sus chistes no resultaban tan graciosos como antes. Sus saltos sobre las cuatro sillas en fila no eran tan limpios. Notábamos un evidente desgano en sus actitudes, en su vez, que habíase vuelto agria. Comprendíamos que algo le pasaba, algo grave, grave...

Pero nosotros seguíamos yendo al circo para comer los chocolatines de William, para verlo de cerca, a pesar de todo. Nos había divertido bastante, y bien podíamos tolerarle ese desgano. ¿Qué nos importaba la ausencia de Georgette, la bailarina? ¡Bah! Nosotros íbamos al circo a verlo a William. Lo demás ya no nos interesaba, aunque, a decir verdad, le habíamos cobrado cierto cariño al elefante, tan inteligente, tan bueno.

Fuimos dispuestos esa tarde a alegrar al payaso. Parece un contrasentido, ¿no?, pero fuimos con ese propósito. William estaba triste y debíamos animarlo. El nos había alegrado tantas veces que bien podíamos una vez alegrarlo a él.

De modo, pues, que cuando empezó William a repartir los chocolatines lo aplaudimos con todas nuestras ganas, y le gritamos:

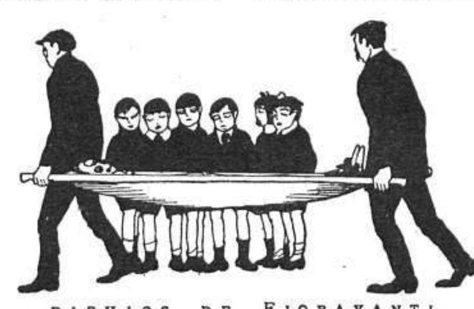
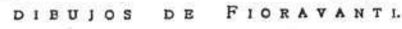
— ¡Viva William!

— ¡William viejo!

— ¡Póngase contento, William!

El clown sonreía, pero forzadamente. Y pasaron los números acostumbrados: el elefante, el mono, el «jockey», la «ecuyere», el canguro, los japoneses... William estaba permanentemente en la pista, haciendo una que otra voltereta y diciendo chistes, y asimismo tocábale rematar la fiesta con sus especialidades. Había llegado su turno. Dispuso las cuatro sillas en fila, nos hizo una mueca y dió el salto. ¡Paf! El clown había caído. El gran payaso habíase equivocado por primera vez y estaba en el suelo con la cabeza ensangrentada.

Se nos oprimió el corazón. Se nos anudó la garganta. Acudieron varios artistas a sacarlo de allí. Nosotros salimos mohínos y nos estacionamos a la entrada del circo. Presenciamos la llegada de una ambulancia. Vimos salir la camilla. William llevaba el traje de payaso y la cara llena de colorete. ¡Pobre William!



DIBUJOS DE FIORAVANTI.

Después supimos que madame Georgette, la bailarina, era la mujer de William, y que unos días antes lo había abandonado.

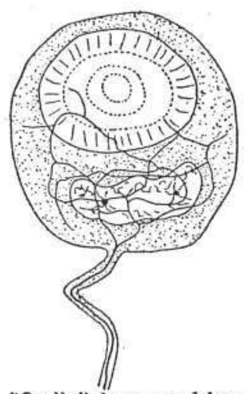
Yo no tuve ánimo para volver al circo, y estoy seguro que ese año fuí desaprobado en los exámenes.



VER SIN OJOS



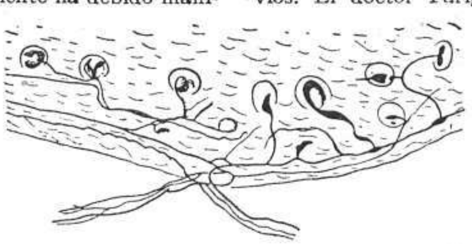
El ser humano, convenientemente educado, puede llegar a percibir las impresiones luminosas *por medio de la piel* de ciertas y determinadas regiones de su cuerpo: nariz, mejillas y extremidades de los dedos. El solo enunciado desconcierta y subleva el común sentir cual si fuera él el mayor disparate, el más estupendo de los absurdos. Y, sin embargo, la *visión extrarretiniana*, que así la ha bautizado su descubridor, el joven y sabio doctor Luis Farigoule, es un hecho controlado científicamente en el hospital Cochin el 10 de enero próximo pasado, bajo la garantía y firma de los señores doctores Cantonet, jefe del establecimiento; Saint-Martin, oftalmólogo de los hospitales de Tolosa; Stévernard, Foubert, Paul Cantonet, Fombeeurre, profesor Legrand, etc.



"Ocelle" de un pseudobranquelón (familia de las sanguijuelas).

El *hecho* que la ciencia debe al señor Farigoule está perfectamente definido; no se trata de ningún fenómeno extranatural, ni de ocultismo; débese tan sólo a la paciente educación, después de laborioso despertar, de una función latente en nuestro organismo: *el sentido paróptico*.

La visión *paróptica* inconsciente ha debido manifestarse en muchas ocasiones, dando origen a supersticiosas creencias. Los sonámbulos, que ven con los ojos cerrados, son indudablemente inconscientes parópticos.



Un racimo de "ocelles" de la epidermis digital del hombre (ampliado 800 veces).

¿Cómo ha llegado el doctor Farigoule a despertar esta función latente de nuestro organismo? Primero, operando mediante sugestiones hipnóticas; partiendo de la hipótesis, muy verosímil, de que la hipnosis no es un estado patológico, sino «estado de régimen», en el cual caemos, sin en ello parar mientes, muchas veces al día, *siempre que estamos atentos, en suspenso*. Progresivamente, el doctor Farigoule fué dejando la hipnosis artificial a medida que los *sujetos* iban consiguiendo llegar ellos mismos al estado requerido. En este punto de educación el sujeto está ya capacitado para ver *parópticamente* de la misma manera que ahora vemos *ópticamente*.

«Percibir por los ojos la forma y color de los objetos, mediante la acción de la luz», así define la Academia el vocablo *ver*. Probablemente habrá que modificar la definición diciendo: «Percibir por los ojos o por los sentidos parópticos... etc.»

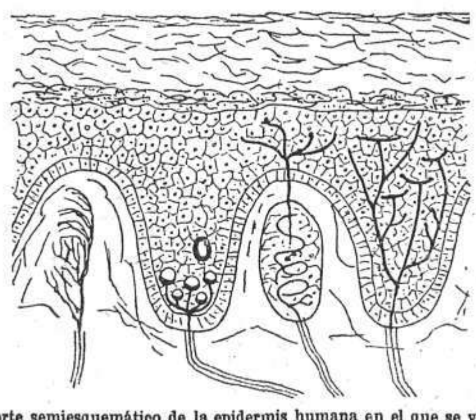
Objetivamente no hay diferencia alguna entre la visión paróptica y la visión ordinaria. Tan sólo difieren en *velocidad de percepción*. La visión paróptica procede por percepciones sucesivas; así al leer el sujeto parece como si se sirviera de un pequeño haz o foco luminoso, con el cual va iluminando sucesivamente los puntos que desea ver, quedando el resto sumido en la obscuridad. Al decir de los sujetos que han conquistado la visión paróptica, en ésta el mundo exterior se ve como si se estuviera en medio de espesa niebla que parece apartarse al avanzar para cerrarse otra vez sobre nuestros pasos.

El doctor Farigoule desarrolla la teoría del fenómeno paróptico en la siguiente forma:

La visión paróptica es la visión de los invertebrados. Los gusanos en general, y muchas familias de sanguijuelas, carecen de ojos; no tienen más que *ocelles* microscópicos dispuestos en la piel. El nautilos tiene un órgano visual tan rudimentario que se limita a una bolsa llena de agua de mar, cuya membrana interna no difiere sensiblemente del resto del tegumento.

Nuestra piel, *dermis*, *epidermis*, está literalmente cuajada de millares de organitos celulares, que Rouvier designó como terminaciones táctiles de los nervios. El doctor Farigoule ve en ellos *ocelles* pequeños y microscópicos ojos, provistos de una *célula refringente* formando *cristalino*, encajada en una especie de retina que, prolongándose por una fibra nerviosa, constituye un *verdadero nervio óptico a la vez que táctil*. Estas *ocelles* agrupadas en racimos darán una cantidad de imágenes pequeñas y confusas, si se las considera separadamente, pero que la atención sostenida y la costumbre llegarán a coordinar, del mismo modo que las coordinan ciertas arañas e insectos provistos de varios ojos de múltiples facetas (hasta 17.000 por ojo).

Así, a grandes rasgos y sumariamente expuesta, la teoría es de una sencillez aplastadora; la vida original es una; a cada etapa en la evolución, los órganos se esbozan, aparecen, fijan, perfeccionan y especializan, sin despojar por ello en absoluto de sus propiedades vitales al resto del organismo. Así, el pulmón centraliza las funciones de la respiración, primitivamente repartida por toda la superficie del tegumento, y por la piel seguimos respirando en gran parte. El ojo ha centralizado la función visual pero probablemente no por ello acapara en absoluto la facultad de ver.



Corte semiesquemático de la epidermis humana en el que se ven las diversas terminaciones nerviosas (agrandado 400 veces). Sucesivamente, comenzando por la superficie, se ve la capa córnea, capa granulosa, cuerpo mucoso de Malpighi, sede germinativa del dermis; en la epidermis, a la derecha, terminaciones nerviosas libres, corpúsculos de Meissner con racimo intraepidérmico de Dogiel; corpúsculos de Ranwier, "ocelles" de Farigoule y floculas papilares de Ruffini.

¿Cuál es el porvenir práctico del asombroso descubrimiento? ¿Será posible dotar de nueva vista a los ciegos?



CATRILO (Pampa Central). — Concurrentes al picnic realizado en la estancia del señor Baldomero Díaz, presidente de la Sociedad Española, en honor de la comisión de damas que tuvo a su cargo la dirección de las últimas romerías.

PRESCIENCIA

Abrió ella su ventana.

Era un paisaje primaveral lozano sin acabar, un paisaje de alba retrasada y de claridades esperadas, unos cielos pálidamente floridos, el revés de una seda brochada, un bordado de follaje temprano sobre un tul malva...

Hubo una parada antes de la exaltación cierta de las claridades esperadas. Algo purificador iba a surgir en la proxima bendición. La Estrella mística daba a luz el Sol de Amor...

Cerró ella otra vez su ventana, diciendo:

«Y yo, espero al que no vendrá nunca».

REMY DE GOURMONT.

SENTÍ QUE VEÍA TU CARA...

Sentí que veía tu cara, y eché mi barca en la oscuridad.

La mañana, ahora, raya sonriendo, y están abiertas las flores de primavera.

Pero, aunque la luz falte y se mustien las flores, yo seguiré navegando y navegando.

Cuando me hiciste señas callandito, el mundo dormía, y la sombra estaba desnuda.

Ahora repican las sonoras campanas, y mi barca está cargada de oro.

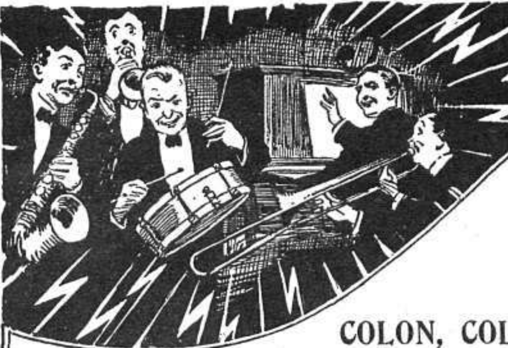
Pero, aunque se callen las campanas y mi barca se quede vacía, yo seguiré navegando y navegando.

Unas barcas se fueron ya y otras no están aparejadas todavía; yo no me entretendré.

¡Mira las velas llenas, los pájaros que vienen de la otra playa!

Pero, aunque las velas se aflojen, aunque se pierda el mensaje de la otra orilla, yo seguiré navegando y navegando.

RABINDRANATH TAGORE.



GRATIS

podrá usted oir todas las noches, a cualquier distancia que se encuentre, interesantes conciertos, las más notables orquestas y las funciones teatrales del

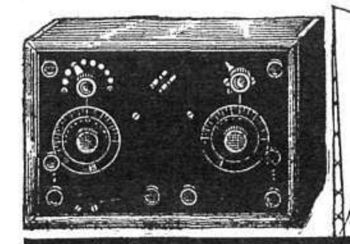
COLON, COLISEO, CERVANTES, ODEON, etc. de [la Capital, si instala en su hogar un aparato

RADIOTELEFONICO B. G. I.

Es el receptor más económico y el que por su sencillez permite al menos entendido obtener el máximum de eficacia. Como reclame lo ofrecemos a $ **70** m/n

El Receptor completo con materiales para la antena, audión, juego de teléfonos de 3.000 ohms, batería para el filamento y la placa, listo para funcionar................. $ **130** m/n

AFICIONADOS En nuestra casa encontrarán todos los materiales para construir aparatos, a precios muy convenientes. Pídannos precios.



BORSELLA & GRAND

Radiotelefonia y Electricidad

BOLIVAR 172

U.T. 5227 Av. Bs. Aires



Pobre Señor...

no sufriría tal molestia si usara

CORYZOL

el famoso producto suizo, eficacísimo contra el **RESFRIO DE CABEZA**

Unas gotas en el pañuelo basta para curarlo por fuerte que sea.

En todas las Farmacias.

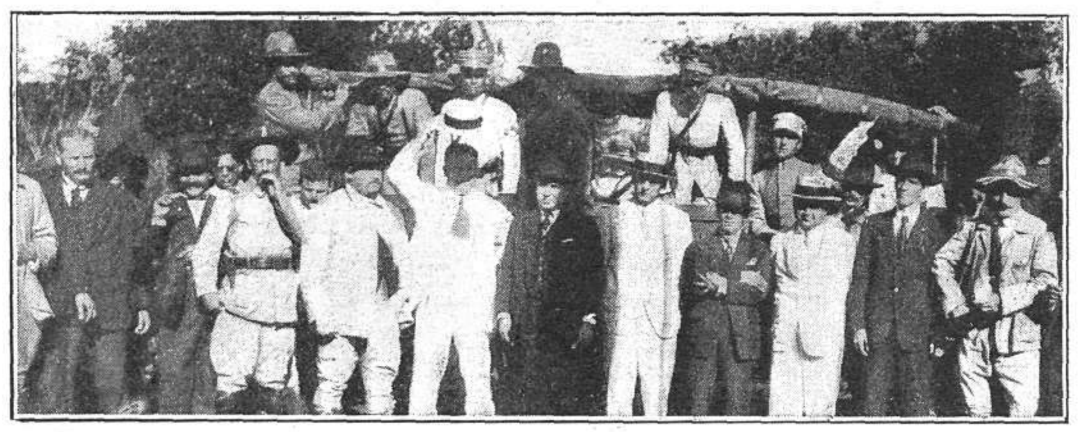


Unicos Depositarios:

P. SOLDATI & Cía.

Buenos Aires Rosario

De Territorios



MISIONES (Bonpland). — El gobernador, señor Héctor Barreyro, con la comitiva oficial que lo acompañó durante la visita que efectuara a esta localidad para asistir a la inauguración de un puente sobre el arroyo Martínez, que unirá esta localidad con la ciudad de Posadas.

¡PENSAD EN EL PRESENTE!

Porque esta es la VIDA, la verdadera
VIDA de las VIDAS,
Y en fugaz camino se encuentran
Todas las VERDADES y REALIDADES de nuestra existencia:
La FELICIDAD del PROGRESO,
La GLORIA de la ACCION,
EL ESPLENDOR de la BELLEZA;
Porque el PASADO es solamente un SUEÑO,
Y el PORVENIR una dulce VISION;
Pero el PRESENTE bien vivido,
Hace del PASADO un SUEÑO de FELICIDAD
Y del PORVENIR una VISION de ESPERANZA,
Así, pensad bien en el PRESENTE!

MÉJICO FILANTRÓPICO

El capital con que cuenta la beneficencia pública y privada en toda la República, con excepción de los Estados de Guerrero, Campeche, Michoacán, Morelos, Tabasco, Tamaulipas, Veracruz y Zacatecas, llega, según datos publicados por la Dirección de Estadística, a la suma de 64.856.842.71 pesos. Con este capital se sostienen 176 establecimientos de beneficencia, de los cuales 28 son asilos, 6 casas de expósitos, 3 consultorios, 5 hospicios, 10 escuelas, 71 hospitales, 4 manicomios y 50 establecimientos de diversa índole de los citados. El número de personas beneficiadas por estos planteles es de 20.092, siendo hombres 4.393, mujeres 4.201, niños 7.797 y niñas 3.701.

El capital de la beneficencia privada en el Distrito Federal es de 36.436.70 $, y el capital de la beneficencia pública de 19.071.689 pesos.



— David, pícaro, no quieres ir a la escuela?

A pesar de que lleva alegremente el nombre de un rey celebrado por la Biblia, y por las barajas, David, hijo de Isaac Guerzoum — ese que fabrica las galletas de pan ácimo — levanta la cabeza hirsuta en la que distraídamente su mano busca algo. Cuenta su fortuna: los boletos del subterráneo, obliterados, que recogió esta mañana. Porque si no sabe leer todavía, ya sabe contar desde hace mucho...

— ¡No tengo botines!

¡Pobre chicuelo! Zamarreado de Polonia a Rusia por la guerra, de Rusia a Constantinopla por la revolución y de Constantinopla a París por el hambre, habla una lengua extraña. Se diría un senegalés que, con acento alemán, canta a la manera rusa.

— David, tú mientes. Tus botines no tienen suela, pero tú tienes botines. Y si tú no vas a la escuela, ¿qué recibiremos nosotros en la próxima distribución?

La lógica maternal se afirma como de costumbre, implacable. David sabe bien que tendría toda la culpa, pero late dentro de sí una fuerza obscura que lo hace gemir antes de hacer como que obedece.

Con un cuidado que no se le conoce para ninguna otra función de su vida arregla su fortuna de cartón, y habiéndose calzado con lentitud de animal empecinado, sale dejando la puerta abierta que el viento golpea.

Afuera hace un hermoso día. Se apercibe una cinta de cielo entre las casas inclinadas de la calle estrecha. Una calle sólo habitada por parias como él, que han venido a través de las matanzas y los incendios de todas los sitios de la Europa.

Mas allá de la primera bocacalle el Sena sonríe a las nubes generosas. Los árboles bendicen el agua con sus ramas de un verde joven. Los pájaros viven locamente.

— ¿Adónde vas?

Es Schmil, un chico de doce años nacido en París, cuyos padres son personajes entre los ropavejeros...

— La madre quiere que vaya a la escuela.

Y David explica que no es por el hecho de aprender hebreo sino porque obtendrá al cabo un par de botines nuevos.

Schmil es un vivo y lo prueba al comprender la realidad bajo la sintaxis obscura del otro. Y decide:

— Habría una manera de arreglar todo esto, pero será necesario hacer lo que yo te diré:

— ¿Y papá, luego no me pegará?

David quiere obtener esta seguridad, porque el padre Guerzoum une a un vivo sentimiento de la autoridad un puño verdaderamente peligroso.

Schmil alza los hombros con lástima. ¿Cómo dudar de la certidumbre de este muchacho que, el año último, se ganó una bicicleta reclutando pandillas de pobres diablos harapientos para trabajar en las películas? Es un conductor de muchedumbres a quien David el rebelde obedece con una voluntad secreta.

Schmil pregunta ahora:

— ¿Sabes nadar?

¡Ah, no! David no sabe nadar. Tuvo siempre un miedo instintivo al agua y al frío. Así, cuando una vez por mes la madre intenta un lavado brusco que pone a David desnudo como el día en que nació, hay



Y DAVID EXPLICA QUE NO ES POR EL HECHO...

en el único cuarto de la familia Guerzoum carreras de obstáculos, batallas y alaridos.

— Yo sé — afirma Schmil, haciendo sentir la diferencia. — Entonces, oye bien. Vamos a jugar a saltar en la barca que está amarrada allí. Cuando has saltado diez veces, tú te has ganado los botines. ¿Estamos de acuerdo?

Da su mano leal, que David toma inquieto y maravillado.

¡Qué juego divertido!... Del muelle redondeado saltan sobre el barco que vacila como un ebrio. A cada salto se ve una cantidad de pescaditos que se desparraman por el agua mezclada de sol. Luego los chicuelos suben a la costa, por una gimnasia sabia, sirviéndose de la cadena oblicua que chilla, y recomienzan.

Schmil cuenta honestamente los éxitos: uno... dos... tres...

Y David piensa de esta manera llegar hasta quince. Si hubiera sabido lo fácil que resulta, apostado hubiera un par de botines para su hermanita Sarah.

¡Con qué seguridad salta ahora! A los siete saltos ya no mira más. A los ocho saltos, demostrando su maestría, salta hacia atrás. Es al noveno salto que la catástrofe se produce.

Insidiosamente Schmil aleja la barca cuando el otro se tira, y David, que quisiera retener su cuerpo inclinado por el envión, no lo puede ya.

Los ojos abiertos ven al espejo del agua ondulada subir hasta él. Un grito... la garganta parece quebrarse... un abrazo helado y en seguida la máscara de agua que lo ahoga.

No en vano ha visto filmar terroríficos episodios. Schmil ha previsto todo. Sin abandonar la borda del barco se deja ir al río y recoge el paquete de ropas que hace gestos.

Varios pescadores acuden y sacan del agua a los imprudentes.

Cínico, Schmil afirma:

— Yo se lo había dicho, pero no quiso escucharme... Yo lo hubiera sacado solo.

Y como lo felicitan por su presencia de espíritu, declara modestamente:

— Este es mi tercer salvamento... Ya he salvado a tres...

La muchedumbre se emociona de tanto heroísmo precoz. Una gorra generosa circula entre los espectadores y se va llenando de monedas y de billetes.

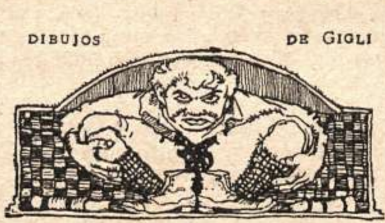
David no dice nada. Transido, tembloroso, se esfuerza en devolver al Sena el agua que le tomó.

En seguida es la vuelta a casa en un taxímetro requisicionado, al lado de un agente tardío, pero lleno de buenos consejos.

Esa misma tarde, mientras que la madre, todavía temblorosa, cuenta a los vecinos la trágica aventura, Schmil viene a tomar informes. Posa un paquete sobre el lecho de David y dice:

— Son del 35... te parecerán grandes, pero es mejor... y además, toma, te he traído esta rosca de pan de castañas para que te repongas.

Y mientras David, olvidando el baño y su pavor, toca los botines nuevos y se ahoga con la masa, Schmil calcula, silbando, que le ha quedado plata para embellecer su bicicleta, comprarse dos pneumáticos y una linterna de níquel...


DIBUJOS DE GIGLI

NUESTRO NUMERO PROXIMO:

Contendrá las siguientes colaboraciones literarias, artículos, novelas y notas: Los ardides de la envidia, por **Francisco Grandmontagne.** Cuadritos humanos, por **Carlos Ocampo.** Epílogo otoñal, por **José María Salaverría.** Los topamientos, por **Ciro Torres López.** Sandwiches y pan de Cremona, por **Lázaro Linchevitzky.** La elección de esposo, por el **Emir Emín Arslán.** La disparada del capellán, por **Roberto I. Gache.** Pietro Canónica, por **Itálicus.** Pastoral, por **Teixeira de Queiroz.** El canto del Gallo, por **Escott Campbell.** Piedad postrera, por **Pío Baroja.** La policía rusa, por **Enrique Gaspar.** Paz. Remordimiento, por **Juan Ramón Jiménez.** El desconocido, por **Dorotea Mills.** Noche de espantos, por **Mark Twain.** Las Ligas, por **Redondo.** Hombres célebres: Vasco de Gama, por **Eduardo del Saz.**